

BIBLIOTECA MUNDO HISPANO
MINISTERIOS DE PREDICACIÓN Y
ENSEÑANZA

DOCTRINA CRISTIANA

por W.T. Conner



EDITORIAL MUNDO HISPANO

© 2003

DOCTRINA CRISTIANA

POR W. T. CONNER

**VERSIÓN CASTELLANA POR
ADOLFO ROBLETO**

**DEDICO ESTE LIBRO A LA MEMORIA DE MIS TRES
MAESTROS EN TEOLOGIA,**

CALVIN GOODSPEED,

A. H. STRONG Y

E. Y. MULLINS

ACERCA DEL AUTOR

Walter Thomas Conner nació en el estado de Arkansas, EE. UU. de N. A., el 19 de enero de 1877. Convertido durante una serie de reuniones especiales, fue ordenado al ministerio en 1899.

Estudió en la Universidad de Baylor, recibiendo el título de Bachiller en Artes de dicha institución en 1906. Dos años más tarde le fue conferido el título de Maestro en Artes por la misma institución. Ese mismo año recibió el título de Bachiller en Teología del Seminario Teológico de Baylor. Durante los años 1908-1910 cursó estudios en el Seminario Teológico de Rochester, siéndole otorgado el título de Bachiller en Divinidades en 1910. Posteriormente, en 1916, recibió el título de Doctor en Teología del Seminario Teológico Bautista del Sur y en 1931, obtuvo el título de Doctor en Filosofía.

En el año 1910 inició una larga asociación con el Seminario Teológico del Sudoeste, ejerciendo el profesorado en la cátedra de teología sistemática por treinta y nueve años. Como maestro, el doctor Conner combinó ciertos aspectos de los sistemas teológicos de tres de sus profesores, el doctor Carroll, de Baylor, el doctor Strong, de Rochester, y el doctor Mullins, del Seminario Teológico Bautista del Sur.

Aunque la teología del doctor Conner recalca la experiencia cristiana y la obra del Espíritu Santo, no es enteramente mística. El doctor Conner fue influido por las corrientes contemporáneas en el campo de la revelación pero no trató de formular una teoría de inspiración. La posición doctrinal del doctor Conner, su método pedagógico, su celo misionero, y su característico humor se entrelazaron en la vida del Seminario Teológico Bautista del Sudoeste y en sus alumnos.

Durante su largo período de actuación contribuyó regularmente con artículos para las revistas teológicas y denominacionales, dictó conferencias en distintos campamentos durante los meses de verano, además de dirigir reuniones de evangelización. Fue el primer pastor de la Iglesia Bautista Gambrell, de la ciudad de Fort Worth, estado de Texas.

Contrajo matrimonio con la señorita Blanche Ethel Horne en el año 1907 y este matrimonio fue bendecido con la llegada de seis hijos. El doctor Conner falleció en la ciudad de Fort Worth el 26 de mayo de 1952.

PREFACIO

Este libro es una revisión de mi libro anterior, *Un Sistema de Doctrina Cristiana*. La revisión tiene carácter de una abreviación y simplificación. He aumentado, no obstante, dos capítulos sobre la iglesia y las ordenanzas. Con permiso del editor se reproducen estos dos capítulos de mi libro *Gospel Doctrines*.

En la preparación de este libro he tenido presente un doble propósito. Uno es su uso como libro de texto para un curso de Doctrina Cristiana en los colegios y academias. Encuentro un considerable interés sobre el asunto entre los maestros de Biblia en los colegios y una aparente necesidad de un libro tal. En ciertos casos, en que el tiempo es limitado, dichos maestros pueden ver oportuno o necesario el omitir algunas porciones del libro. Cada maestro, desde luego, usará su propio juicio en cuanto a determinar qué parte del libro deberá omitir. Yo sugiero, sin embargo, que en algunos casos puede ser sabio, si se dispone de tiempo limitado, empezar con el capítulo VII y dar un curso sobre la doctrina de la salvación y de la vida cristiana. En algunos casos, el maestro puede ver que sería recomendable dar dos cursos, usando los capítulos I-VI para el primero y el resto del libro para el segundo.

Tal estudio de la Doctrina Cristiana en un colegio, como se proyecta aquí, indudablemente que sería de valor a hombres y mujeres laicos y también a estudiantes ministeriales, ya sea que éstos más tarde entren a un seminario teológico o no. En caso de que ellos después pensaran en ir a un seminario teológico, el estudio sería una preparación provechosa para un curso más extenso en teología sistemática. En caso de que ellos se hubiesen privado del privilegio de un curso de seminario, el estudio de la doctrina en un colegio sería más que necesario para ellos.

En la preparación de este libro, sin embargo, he tenido presente al lector común. Hay cientos de predicadores y de otros obreros cristianos en nuestras iglesias, que necesitan de un breve tratado sobre la Doctrina Cristiana. La lectura de dicho libro deberá avivarles la mente y el corazón. Deberá ahondar su devoción y despertar su actividad en la causa de Cristo. Deberá también prepararlos para un estudio posterior en este campo. El autor espera que su libro pueda ser ampliamente útil en estos dos respectos —como libro de texto para un curso breve sobre Doctrina Cristiana y para lectura general.

Me siento un gran deudor al Rev. S. A. Newman, instructor en el departamento de Teología Sistemática en el Seminario del Sudoeste, por su ayuda en la preparación del manuscrito y en el arreglo de los índices. Soy también deudor a las señoritas Marie Tatum y Wilmoth Woods por su eficiente servicio en la preparación del manuscrito.

—**W. T. Conner.**
Seminary Hill, Texas.

CONTENIDO

Acerca del Autor

Prefacio

INTRODUCCION — Naturaleza y Necesidad de la Doctrina Cristiana

CAPITULO 1 — La Capacidad del Hombre Respecto a Dios

CAPITULO 2 — Revelación

CAPITULO 3 — La Persona de Cristo

CAPITULO 4 — La Doctrina de Dios

CAPITULO 5 — El Espíritu de Dios

CAPITULO 6 — La Trinidad

CAPITULO 7 — La Doctrina del Pecado

CAPITULO 8 — El Propósito de Dios en la Salvación

CAPITULO 9 — La Obra Salvadora de Cristo

CAPITULO 10 — Llegando a Ser un Cristiano o el Comienzo de la Salvación

CAPITULO 11 — Naturaleza de la Vida Cristiana

CAPITULO 12 — La Iglesia

CAPITULO 13 — Las Ordenanzas

CAPITULO 14 — La Realización Final de la Salvación; El Establecimiento del Reino de Dios

INTRODUCCIÓN — NATURALEZA Y NECESIDAD DE LA DOCTRINA CRISTIANA

I. Naturaleza

- 1.** Definición
- 2.** Propósito

II. Necesidad

- 1.** Demandada por la naturaleza del hombre
 - 2.** Enseñanza destacada en el Nuevo Testamento
 - 3.** La vida cristiana basada en la verdad
 - 4.** El conocimiento de la verdad necesario para la propagación del evangelio
 - 5.** El conocimiento de la verdad necesario para la defensa del evangelio
-

En este capítulo introductorio haremos un repaso preliminar de nuestro tema. Naturalmente, algunas preguntas surgen al abordar cualquier estudio, tales como: ¿Cuál es el carácter del estudio? ¿Qué necesidad hay de él? En este estudio introductorio consideraremos estas preguntas.

I. NATURALEZA DE NUESTRO ESTUDIO

1. Definición

La Doctrina Cristiana es esa línea de estudio que se propone mostrar las enseñanzas de la religión cristiana. Es la exposición organizada de las doctrinas principales del cristianismo. Es la enseñanza de una forma más o menos completa y sistemática de las ideas necesarias a un entendimiento de la religión cristiana.

2. Propósito

El propósito de un tratado sobre la Doctrina Cristiana no es primariamente probar que el cristianismo es verdadero, sino demostrar lo que los cristianos creen acerca de su religión. Esto significa que asumimos el punto de vista cristiano y nos proponemos hacer claro en nuestra mente y en la de otros la naturaleza y el significado del cristianismo. Nos esforzamos por descubrir y afirmar cuál es el punto de vista cristiano con referencia a los principales hechos y fases del cristianismo. Es, de consiguiente, la interpretación del cristianismo tal

como los cristianos la ven. Es un esfuerzo por hacer inteligibles los hechos del cristianismo.

II. LA NECESIDAD DE LA DOCTRINA CRISTIANA

Mucha gente hoy día tiene poca paciencia con cualquier clase de enseñanza doctrinal precisa en religión. Esta aversión por la doctrina religiosa no se confina a los que son completamente indiferentes y hostiles a la religión. Aun mucha gente religiosa es poco amistosa hacia cualquier clase de enseñanza doctrinal exacta. Ellos quieren limitar la religión al reino del sentimiento o de la apacible buena voluntad, o hacerla un asunto de actividad social práctica. Ha habido mucha discusión en cuanto a si la religión es propiamente una cuestión de sentimiento, de creencia o de actividad. A decir verdad, la religión es las tres cosas. Sin el elemento del sentimiento, la religión tiene muy poco poder motivador; sin la creencia doctrinal, carece del elemento de la inteligencia; sin actividad práctica, se vuelve insípida y vacía.

Ahora bien, nosotros mantenemos que el elemento de doctrina en el cristianismo es necesario por las siguientes razones:

1. La naturaleza del hombre necesita de doctrina.

Como se indica arriba, el ideal verdadero de la religión envuelve toda la naturaleza del hombre. Cuando la religión ministra a un solo aspecto del ser humano, entonces la religión viene a ser unilateral y pervertida y desarrolla una gente unilateral y pervertida. Los hombres no pueden esperar ejercitar su inteligencia en todas las otras fases de las actividades de la vida y luego sofocar sus intelectos en lo que concierne a la religión. Los hombres pensarán acerca de la religión; y cuando un hombre piensa acerca de la religión, lo que él piensa es su doctrina religiosa. El hombre poco amistoso a la doctrina religiosa ha pensado hasta cierto punto acerca de la religión y a menudo nos dice con gran vehemencia cuáles son sus pensamientos. Y eso nos da su doctrina o sus doctrinas religiosas. De modo que, por el mismo hecho, no puede existir la religión sin algún elemento de doctrina.

2. El cristianismo del Nuevo Testamento pone marcado énfasis en la enseñanza.

Alrededor de cuarenta y cinco veces en los Cuatro Evangelios, se le llama a Jesús Maestro, y cerca del mismo número de veces se dice que él enseñaba.¹¹ Pablo y los otros apóstoles y los caudillos del Nuevo Testamento fueron

maestros. La misma cosa es un hecho acerca de los profetas del Antiguo Testamento. Este hecho —que el Antiguo y el Nuevo Testamentos pongan gran énfasis en la enseñanza— es tan evidente que no se necesita arguir más sobre lo mismo. Los que creen que el Nuevo Testamento debe ser nuestro guía, probablemente estarán de acuerdo en que la enseñanza o doctrina es necesaria en el cristianismo. La enseñanza o doctrina era esencial en el cristianismo del Nuevo Testamento. Para nosotros es necesaria todavía.

El cristianismo del Nuevo Testamento era una religión de la verdad. Hacía énfasis en la verdad. El cristianismo siempre ha reclamado ser una forma de la verdad. Si el cristianismo no es una forma de la verdad, entonces los cristianos han sido siempre engañados en cuanto a la naturaleza de su religión.

Pablo nos dice lo que él predicó como el evangelio. Fue que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado; y que fue resucitado de entre los muertos conforme a las Escrituras (⁴⁶¹⁵⁰³1 Corintios 15:3, 4). El evangelio, entonces, consiste en ciertos hechos, pero no solamente en los hechos escuetos (si es que pudiera haber tal cosa), sino también en el significado de esos hechos. El significado de estos hechos lleva consigo la conclusión de que el evangelio es un evangelio de verdad, de importancia. El cristianismo no consiste en hechos ininteligibles, ni de mero sentimiento. El se basa en hechos, pero en hechos de una importancia muy definida para nosotros y para nuestra vida espiritual.

3. Es necesario un conocimiento de la verdad en la vida cristiana.

La vida cristiana es una vida de fe. Se llega a ser cristiano por un acto de fe. Por gracia sois salvos por la fe (⁴⁹⁰²⁰³Efesios 2:3). Y todo lo demás que sea la fe, reclama ser un reconocimiento de la verdad y un acto de confianza basada en ese conocimiento. Es un acto de aventura basada en la promesa del evangelio. La fe se basa en la Palabra del evangelio. El evangelio es buenas nuevas, buenas nuevas de algo que Dios ofrece a los hombres en Cristo Jesús. La fe es la aceptación de ese ofrecimiento.

Por la fe nosotros entramos a la vida cristiana; por la fe crecemos en la vida cristiana. La fe es un acto de confianza basada en la promesa del evangelio, y alimentándose en la Palabra del evangelio, crece la fe. Sin un conocimiento desarrollado de la verdad, puede haber poco y aun nada de crecimiento en la vida cristiana. La vida espiritual depende tanto del conocimiento de la verdad para su desarrollo como la vida física depende del alimento.

4. Un conocimiento de la verdad es necesario para propagar el evangelio.

Uno de los impulsos fundamentales en la vida cristiana es el impulso a propagar el evangelio. Se señaló antes que el llegar a ser cristiano es un acto racional y voluntario basado en un conocimiento del evangelio. El que propaga el evangelio, entonces, debe ser capaz de darle al que desea ganar a la vida cristiana, un concepto inteligente de lo que significa ser cristiano. El llegar a ser cristiano no es un asunto de dar un salto ciego en la obscuridad. El propagador del evangelio debe, de consiguiente, tener un alcance inteligente del significado del evangelio y debe estar en capacidad de dar una afirmación inteligente acerca del mismo.

5. Un conocimiento de la verdad es necesario para la defensa del evangelio.

Algunas veces el evangelio debe ser defendido. Pero no se puede defender aquello que no tiene significado alguno. Una religión sin doctrina sería una religión sin significado. Y tal religión no podría ser propagada ni defendida.

En el Nuevo Testamento, especialmente hacia la última parte, encontramos a Pablo y a otros defendiendo vigorosamente el evangelio en contra de los que lo negaban o pervertían. Pablo empleó gran parte de su vida y energía oponiéndose a los judaizantes, y tanto Pablo como Juan defendieron vigorosamente el evangelio en contra de los gnósticos. Para actuar así ellos tenían que afirmar el evangelio en términos de significado definido.

El elemento de doctrina en el cristianismo, entonces, es necesario. Hablar de religión sin doctrina es hablar disparates. Desde luego, esto no es decir que la doctrina es todo lo que hay en la religión. Es posible dar demasiado énfasis sobre el lugar de la doctrina. Necesitamos recordar también que la doctrina no existe por su propia causa: no es ninguna cosa que deba tenerse en la mente y pensarse solamente. Es un programa de actividad. Todo el Nuevo Testamento recalca el hecho de que oír la Palabra no es suficiente; debe ponérsela en acción. La doctrina no es un sistema de ideas sólo para contemplarse; es una invitación a vida y actividad. No solamente debe oírse la Palabra, también se debe practicar. Nosotros empero repetimos, la doctrina es necesaria o nuestra actividad será ciega y sin propósito.

CAPÍTULO 1. LA CAPACIDAD DEL HOMBRE RESPECTO A DIOS

I. La Opinión Bíblica General del Hombre

1. El hombre, más que un organismo físico
2. El hombre, una personalidad espiritual

- (1) Inteligencia
- (2) Voluntad
- (3) Afección racional
- (4) Naturaleza moral

II. Poderes Personales Necesarios a la Vida Cristiana

III. La Sed que el Hombre Tiene de Dios

Si el hombre ha de vivir una vida religiosa que sea digna de tal nombre, debe conocer a Dios, debe entrar en comunión con Dios. Esto envolverá necesariamente dos cosas: revelación de parte de Dios y una capacidad de parte del hombre para conocer a Dios; o para usar la más significante expresión, el hombre debe ser capaz de amistarse con Dios. El tema de la revelación se discutirá más adelante. En este capítulo queremos considerar el asunto de la capacidad del hombre para conocer a Dios o para relacionarse con él.

Debemos recordar, sin embargo, que estas dos cuestiones en realidad deben ir juntas, que ellas son dos fases de un asunto, y no realmente dos cosas separadas. La cuestión referente a si el hombre está en capacidad de relacionarse con Dios no puede establecerse aparte del punto de la revelación, así como la cuestión de que si el hombre ve no podría establecerse aparte de los objetos de la visión. Desde luego, que el hombre no podría ver a menos que hubiera objetos de visión, como tampoco podría haber objetos para ser vistos a menos que el hombre tuviera la capacidad de ver. Cada cosa envuelve a la otra. Lo mismo es cierto con referencia a la revelación y a la capacidad del hombre de tener relación con Dios. Algunas veces se ha discutido la capacidad del hombre para conocer a Dios como si tal capacidad en el hombre pudiera ser alguna cosa afuera de la revelación por parte de Dios. O se ha discutido la revelación como si pudiera existir una revelación independiente de la capacidad

del hombre para recibir esa revelación. Pero semejantes abstracciones yerran el punto. El hombre no tiene capacidad para conocer a Dios excepto en la manera como Dios se revela a sí mismo, ni Dios podría revelarse a sí mismo a un ser que no tuviera capacidad de conocerlo. Lo uno implica lo otro.

Tampoco debe tomarse esto como si en la religión Dios y el hombre descansaran en un mismo plano de igualdad el uno con el otro. Esto no es cierto. Dios es siempre el que toma la iniciativa y actúa como creador. El hombre reconoce a Dios como soberano y actúa de conformidad. Sin embargo el hombre debe tener la capacidad para responder al poder creador y redentor de Dios. En otras palabras, debe haber algo más en el hombre de lo que hay en las cosas o en los animales; de otro modo él no podría ser religioso. Si no se encontrara en el hombre la capacidad que no existe en las cosas o en los animales, Dios no podría atraerlo a su compañía.

I. LA OPINIÓN BÍBLICA GENERAL DEL HOMBRE

1. *El Hombre, más que un organismo físico.*

Resulta evidente de la experiencia y de la observación por un lado y de la enseñanza de las Escrituras por el otro, que el hombre es más que un ser físico. Su cuerpo vino del polvo de la tierra; pero Dios alentó en su nariz soplo de vida y el hombre fue hecho un alma viviente (^{<010207>}Génesis 2:7). Dios hizo al hombre a su propia imagen (^{<010126>}Génesis 1:26, 27). Esto evidentemente hace referencia a la naturaleza espiritual del hombre, y no a su cuerpo. Esta imagen divina puede reflejarse en el hecho de que el hombre camina erecto,^P pero la esencia de ello está en algo más hondo, en algo que no es visible al ojo físico. Hay una fase indivisible e inmaterial de esta vida.

2. *El hombre, una personalidad espiritual.*

Lo que la Biblia da a entender al referirse a que el hombre fue creado según la imagen divina, pudiera expresarse diciendo que el hombre es una persona espiritual. Quizá sería mejor decir que él tiene la capacidad de llegar a ser una persona así. La cosa más grande respecto al hombre no es lo que él ahora es, sino lo que es capaz de llegar a ser.

Quizá sea bueno fijarse en las capacidades del hombre, aquellas que se envuelven en su personalidad. ¿Cuáles son los poderes que el hombre posee y que lo hacen capaz de crecer en una personalidad espiritual —no poderes completamente desarrollados— antes bien, capacidades o potencialidades?

(1) Uno de ellos es la inteligencia.

El poder de pensar, de conocer, distingue al hombre de las cosas y de los animales. Los animales tienen una forma rudimentaria de inteligencia, pero en este respecto no se les puede poner en la misma clase con el hombre. El hombre tiene el poder de razonar, de reflexionar, de investigar, de sacar conclusiones, de guiar su vida por sus pensamientos y conclusiones. Los animales inferiores no pueden hacer nada de esto. El hombre no solamente tiene el poder de la conciencia; tiene el poder también de la conciencia de sí mismo. El tiene el poder de objetivar su yo, de hacer a su persona un objeto de pensamiento, de conocerse a sí mismo en relación con el mundo en el cual vivimos y en relación con otras personas. Ningún perro o caballo o mono ha mostrado nunca alguna señal de tal aptitud.

(2) Otra capacidad que pertenece al hombre en virtud de su personalidad espiritual es el poder o fuerza de voluntad.

El hombre tiene el poder de escoger, de formarse ideales, de encauzar sus energías hacia la realización de sus ideales. Algunos sostienen que el hombre no tiene libertad, que es totalmente determinado por la herencia y el ambiente. Otros han sostenido que su libertad es prácticamente sin límites, que él puede hacer cuanto le venga en gana. Ninguna de estas posiciones es acertada. El hombre es libre, mas su libertad es limitada. El está parcialmente determinado por la herencia y por el ambiente. Por la herencia y por el ambiente limitaciones muy serias le son impuestas, pero hasta cierto punto él puede superarlas un poco. Pudiéramos decir, más bien, que dentro de ciertos límites determinados por la herencia y el ambiente, el hombre tiene dirección propia. No es totalmente un esclavo de ambas cosas. Dentro del círculo de ellas, él tiene el poder de escogimiento y de determinación personal. Tiene el poder suficiente de elección como para ser un agente moral responsable.

Esta libertad es encarecida en el momento en que el hombre entra a una comunión consciente con Dios en Cristo. El Nuevo Testamento hace resaltar esta libertad de los hijos de Dios —aquellos que nacen de nuevo por la fe en Cristo. Esta es una libertad que le da al hombre, en principio, la victoria sobre sí mismo y sobre el mundo. El hombre, poseído por el Espíritu de Dios, es en verdad un ser real en cuanto a su poder sobre las fuerzas hostiles de la naturaleza y del pecado. Y aun por naturaleza hay en él un inherente poder de elección que lo hace capaz de recibir el evangelio, un poder que no posee ningún ser en el reino natural inferior a él.

(3) También el hombre posee el poder del afecto racional.

Los animales inferiores tienen el poder de la afección instintiva. En el mundo animal, la madre se sacrificaría por el bien de su cría. Pero en la vida humana, este poder de sacrificio se levanta hasta el nivel de la cualidad racional. Esto es, una persona puede, y algunas veces lo hace, elevarse hasta el nivel del sacrificio deliberado por el bien de otros. Esto se exhibe en la relación de familia —el padre por el hijo o el hijo por el padre. O tal sacrificio puede manifestarse por parte del amigo para el amigo, del patriota para su país, o en muchas otras relaciones humanas.

Luego, este poder se ve en su mejor expresión solamente donde el hombre ha sido purificado del pecado y atraído a la comunión con Dios en Cristo. La demostración suprema de semejante amor la encontramos en la cruz de Cristo; y Cristo solo tiene el poder de inspirar ese amor en el corazón de los hombres de modo que llega a ser la pasión consumidora y dominante de la vida.

(4) Como una personalidad espiritual, el hombre tiene también una naturaleza moral.

Esto significa que él tiene un sentido de lo bueno y lo malo, que puede distinguir entre lo bueno y lo malo y que se juzga a sí mismo y a otros con referencia a lo bueno y a lo malo.

El sentido de lo bueno y lo malo es inherente en el hombre; es una parte de su constitución moral. Sin esto él no sería humano; sólo sería una bestia. El hombre posee este sentido de lo bueno y lo malo en virtud del hecho de que él es humano. Por el sentido de lo bueno y lo malo damos a entender el sentimiento (o intuición) de que existen lo bueno y lo malo y de que nosotros estamos obligados a hacer lo bueno y a evitar lo malo. Este sentido de lo bueno y lo malo no puede originarse por experiencia ni en el individuo ni en la raza. Tan lejos como este autor puede ver, dicho sentido viene a la raza y al individuo por medio de un acto creativo de Dios. Tampoco puede interpretarse este sentido de lo bueno y lo malo en términos de cualquier otra clase de experiencia. No puede reducirse a lo placentero o a lo utilitario. El sentimiento de que una cosa es correcta y de que es agradable o útil son dos tipos de experiencia totalmente diferentes. La sensación de que un acto o curso de conducta es bueno o recto no es una sensación de utilidad. Ella participa de la naturaleza de un “imperativo categórico”. Sentimos que estamos *obligados* a hacer lo que es recto ya sea placentero o conveniente, o no. *Podemos* buscar

lo que es agradable o conveniente; *debemos* seguir lo que es recto. La obligación moral es algo que se nos impone. Nosotros no ponemos la obligación sobre nosotros mismos. Algunas veces daríamos el mundo si nos pudiésemos desprender de ella. Está puesta sobre nosotros por el sistema de cosas al cual pertenecemos —según el cristiano cree— por Dios. Esta sensación de obligación moral puede ser aumentada o dilucidada, o puede ser encallecida por la experiencia; pero claramente se desprende de su naturaleza que no es originada por o en la experiencia.

II. PODERES PERSONALES NECESARIOS A LA VIDA CRISTIANA

Nos gustaría ahora señalar que estos poderes o capacidades del hombre como una persona espiritual son esenciales en su vida religiosa. Nosotros creemos que esto podría hacerse evidente con referencia a cualquier tipo de religión digna de considerarse, pero lo consideraremos desde el punto de vista del evangelio de Cristo. Siendo que es la Doctrina Cristiana lo que estamos considerando, y no la religión en general, veamos cómo estos poderes son esenciales a la comunión del hombre con Dios en Cristo. Esto es muy evidente, sin embargo, si guardamos en la mente las enseñanzas del Nuevo Testamento, no se hace necesaria una discusión extensa.

El evangelio del Nuevo Testamento fue un mensaje que cada hombre debía oír y aceptar por sí mismo. Este se dirigía al hombre como un ser inteligente y apeló a su mente y a su voluntad. No se disfrutaba de sus beneficios por virtud de ser un judío, ni en virtud de ser un miembro de una familia en particular. Jesús causó división. El dividió familias (^{<401021>}Mateo 10:21, 35, 36). Los hombres se aliaron alrededor de él o en contra de él. El apeló a la voluntad de los hombres. Ellos debían escoger el seguirlo.

Además, él resumió los requisitos de Dios para el hombre —amor a Dios y al hombre (^{<411230>}Marcos 12:30, 31). Este amor del que Dios habla no es afición natural; es buena voluntad racional. Y se espera de los hijos de Dios que tengan esta buena voluntad racional hacia todos los hombres —enemigos tanto como amigos. Y sólo de esta manera podemos ser verdaderos hijos de Dios (^{<400548>}Mateo 5:43 sigtes.).

Sólo entonces, como un ser inteligente y libre, con poder para conocer y elegir, puede el hombre responder al evangelio de Cristo y aceptarlo. Solo como un ser con naturaleza moral capacitado para distinguir lo bueno de lo malo, con

capacidad para amar a Dios y al hombre, puede él vivir la vida requerida por el evangelio.

III. LA SED QUE EL HOMBRE TIENE DE DIOS

Hay algo en el hombre que no se satisfará con lo visible y lo temporal. Algo en él clama por lo espiritual y por lo eterno. El hombre tiene sed de Dios. En medio de lo visible y lo transitorio, él alcanza lo invisible y lo que permanece. El Salmista expresa este grito universal del corazón humano cuando nos dice: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía” (^{<19420>}Salmo 42:1). Dondequier que se encuentren los hombres han tenido siempre alguna forma de religión. Si hay algunas excepciones a esta afirmación, ellas son tan insignificantes que podemos descuidarnos de ellas. Todos los hombres de todas las razas y climas han clamado por Dios.

Otro hecho digno de mencionarse es que este anhelo del espíritu humano se satisface en Cristo. El es la luz del mundo (^{<43090>}Juan 9:5). Es el pan de vida (^{<43063>}Juan 6:35). Es el camino, la verdad y la vida (^{<43140>}Juan 14:6). Es al alma lo que la luz es al mundo material. Es al espíritu del hombre lo que el pan es al cuerpo. El satisface los anhelos más profundos del espíritu humano.

Así vemos que el hombre fue hecho para el evangelio, y el evangelio fue hecho para el hombre. Se ajustan el uno al otro como el guante se acomoda en la mano. Cada uno fue designado para el otro. La naturaleza del hombre fue hecha para Dios, y aparte de Dios el hombre falla en su destino verdadero.

CAPÍTULO 2. REVELACIÓN

I. El Significado de la Revelación

1. Definición
2. Fases de esta definición

- (1) Es un acto de Dios
- (2) Es Dios quien se revela
- (3) Nos viene por medio de Cristo
- (4) Hace posible el compañerismo con Dios

II. El Medio de la Revelación

1. Conciencia de Jesús acerca de Dios
2. La enseñanza de Jesús respecto a Dios
3. Carácter y vida de Jesús
4. Las demandas de Jesús en cuanto a sus relaciones con Dios

- (1) Que Dios lo envió al mundo
- (2) Que él tenía un conocimiento especial e íntimo de Dios
- (3) Que él es el único mediador de tal conocimiento de Dios

5. La obra redentora de Jesús
6. Revelación por medio de la naturaleza

- (1) Es insuficiente para las necesidades religiosas del hombre
- (2) Es esencial

III. La Biblia y la Revelación

1. Los Cuatro Evangelios presentan el corazón del evangelio
2. Los Hechos registran la obra del evangelio
3. Las epístolas interpretan el significado del evangelio
4. El Apocalipsis proyecta el triunfo del evangelio
5. La Biblia está centralizada en Cristo
6. La Biblia es el registro de una revelación progresiva
7. La Biblia es el mensaje de Dios dado a través de agencia humana
8. La autoridad de la Biblia

Según se expuso en el capítulo anterior, la religión, si es que ha de tener cualquier realidad que valga la pena, debe ser un asunto de comunión entre Dios y el hombre. Pero tal comunión depende de dos cosas: revelación por parte de Dios, y una capacidad por parte del hombre para mantener compañerismo con Dios. Esto corresponde al hecho de que en todo

conocimiento son necesarios dos factores: un objeto de conocimiento, y la actividad de la mente conocedora. La religión es una relación recíproca entre Dios y el hombre en la cual Dios se manifiesta a sí mismo al hombre y el hombre responde a la revelación que Dios hace de sí mismo.

Todas las religiones mantienen la idea de que en alguna manera Dios (o los dioses) se revela a sí mismo al hombre. La idea de revelación de alguna clase y de algún modo es orgánica a la idea de religión. Es muy dudoso, para decir lo menos, que pudiera haber una religión digna de tal nombre de la cual no se pensara como siendo dependiente de la revelación.

En el capítulo anterior consideramos la capacidad del hombre con respecto a Dios. Ahora deseamos examinar la idea de revelación —en particular— la doctrina cristiana de la revelación.

I. EL SIGNIFICADO DE LA REVELACIÓN

Antes que todo, consideremos el significado de la revelación. ¿Qué es revelación?

1. Definición

Revelación, en el sentido cristiano, es ese descubrimiento personal de Dios en Cristo, que hace posible para el hombre conocer a Dios y vivir una vida de amistad con él.

2. Fases de esta definición

Bien podemos detenernos con provecho en algunas fases de esta definición y así hacer más claras algunas cosas en el significado de la revelación.

(1) Nótese que la revelación es un acto de Dios

Algunas veces los hombres se han referido al conocimiento del hombre con respecto a Dios como una clase de actividad unida de parte de Dios, —de revelación del hombre en la parte de Dios y descubrimiento en la parte del hombre. Esto puede muy fácilmente ponerse en tal forma que resulte falso. El conocimiento del hombre respecto a Dios es una revelación de parte de Dios. Es descubrimiento del hombre en el sentido de que es algo nuevo en su experiencia. Llega a conocer algo que no conoció antes. Irrumpe en su conciencia como una nueva experiencia. Ello es nuevo, no solamente en el sentido de que él ahora conoce algo que no conoció antes, sino también en el

sentido de que es una nueva clase de experiencia. El hombre no descubre a Dios en el mismo sentido o del mismo modo que él descubre la verdad en el reino de la ciencia o de la filosofía o de otros campos del saber humano.

No queremos decir tampoco que Dios se revela al hombre aparte de la búsqueda que éste hace de aquél. El hombre busca a Dios y Dios responde a la búsqueda del hombre impariéndole un conocimiento de sí mismo.

Pero sí queremos decir que, cuando el hombre entra a una comunión consciente con Dios, él sabe en su corazón que su búsqueda no produjo esa comunión. Es consciente de que Dios produjo este conocimiento de sí mismo en el corazón del hombre. Esto significa una cosa más, esto es: que la búsqueda que el hombre hace de Dios es en sí misma la obra de Dios. Como se vio en el capítulo anterior, el hombre debe poseer la capacidad de responder a Dios. Pero en esa relación necesitamos recordar dos cosas: Una es que esta capacidad es en sí misma el regalo de Dios; la otra es que Dios mismo mueve, guía y dirige las aspiraciones del hombre hacia él. Así pues, la capacidad del hombre para conocer a Dios, su impulso hacia Dios, su despertamiento a un sentido de la presencia de Dios —todo esto es obra de Dios. Y de esa manera la revelación es la obra de Dios desde el principio hasta el fin. Dios no se revela a sí mismo aparte de la respuesta del hombre, pero él promueve la respuesta misma.

(2) No sólo la revelación es un acto de Dios; es Dios mismo la cosa revelada. Revelación es un descubrimiento de sí mismo. Dios se descubre a sí mismo. El doctor Mullins nos recuerda que la revelación es primariamente una comunicación de Dios mismo más bien que de una verdad acerca de Dios.¹³

Hoy por hoy existe un decidido movimiento de regreso a la idea de que Dios más bien que el hombre constituye el centro de la religión. Y Dios es el centro en el cristianismo, no sólo en el sentido de que Dios actúa para hacerse conocer. El contenido de la revelación se centraliza en Dios. Dios es la substancia de la revelación.

(3) Otra cosa implicada en nuestra definición es que la revelación nos viene a través de Cristo. Cristo es tal personificación de Dios que él podía decir: “El que me ha visto, ha visto al Padre” (⁴³¹⁴⁰⁹Juan 14:9). Este punto será desarrollado más adelante en este capítulo.

(4) La revelación es tal descubrimiento de parte de Dios, que hace posible una vida de compañerismo con él. La revelación es hacer a Dios conocido. Pero no

está designado en primer lugar como para darnos una teoría de Dios y del universo. Este no es el propósito. Su propósito es tal descubrimiento de Dios, de modo que pueda darle al hombre un conocimiento de Dios destinado a traer al hombre a un compañerismo con Dios. Esta definición nos da la idea general de revelación en el cristianismo. En la discusión que sigue, algunas fases de este asunto serán desarrolladas más ampliamente.

II. EL MEDIO DE LA REVELACIÓN

Uno de los principales factores en la Doctrina Cristiana de la revelación es que Cristo es el medio de la revelación.

1. Conciencia de Jesús acerca de Dios.

Una de las cosas más notables acerca de Jesús —un hecho al mismo tiempo obvio y significativo— es que él era un hombre religioso. Toda su vida la vivió a la vista de Dios y se consagró a él. Todos sus deberes fueron deberes para con Dios. No hubo esfera de la vida en la cual Dios no fuese reconocido. No hubo elemento en la vida que fuera secular, nada que fuera común o impuro. Dios fue reconocido como la Fuente de toda bendición y como el Maestro del destino de este mundo y del mundo venidero.

Su vida fue una vida de comunión sin sombras con Dios. Se distinguió no solamente por el hecho de que fue un hombre cuya vida total era religiosa, sino también por el otro hecho de que su comunión con Dios no fue interrumpida. El hacer la voluntad de Dios era su carne y su bebida. Ser consciente de Dios era para él el aliento de vida. Nunca se descubrió en él la menor conciencia de desarmonía o falta de compañerismo con Dios. Las primeras palabras que de él se registran son: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me conviene estar?” (^{<40249>}Lucas 2:49), mientras que al exhalar su aliento dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (^{<422346>}Lucas 23:46). Toda su vida fue de obediencia a Dios. Antes de negar la voluntad de su Padre, bebió la copa amarga del sufrimiento y de la muerte en la cruz.

2. La enseñanza de Jesús respecto a Dios.

Otro factor en la revelación que Jesús hizo de Dios fue su enseñanza acerca de Dios. Jesús fue un Maestro religioso, y la doctrina de Dios era central en su enseñanza. Se sostiene generalmente por toda clase de estudiantes del Nuevo Testamento que la enseñanza de Jesús respecto a Dios es la más elevada que el mundo ha visto. Es un Dios de perfecta sabiduría y poder. No hay duda alguna

acerca de la personalidad de Dios en el concepto de Jesús. Para él, Dios no era un principio abstracto o un poder impersonal o panteísmo absoluto. El era una persona de justicia perfecta y de amor. El es bueno tanto para con los malos como para con los buenos; envía la lluvia sobre el injusto lo mismo que sobre el justo (^{<400543>}Mateo 5:43-48). Esta bondad hacia los malos es el principal elemento en su carácter perfecto, el que debiera ser imitado por los hombres si es que ellos han de ser verdaderos hijos del Padre. Su carácter puede resumirse en el nombre Padre. Está interesado en todo lo que concierne a sus criaturas sobre la tierra. Los mismos cabellos en su cabeza están todos contados. Ni un solo gorroncito cae a tierra sin su conocimiento (^{<401029>}Mateo 10:29, 30). Sus hijos pueden confiar en él para la provisión de sus necesidades (^{<400625>}Mateo 6:25 sigtes.). El sabe anticipadamente lo que ellos necesitan y por tanto pueden pedirle con confianza que supla sus necesidades (^{<400606>}Mateo 6:6-8). El no da cosas malas sino buenas, en respuesta a las oraciones de su pueblo (^{<400707>}Mateo 7:7-11). Su misericordia se extiende hacia los pecadores y él los recibirá gratamente cuando se arrepientan y vengan a él. (Lucas 15). Sin embargo, no debemos interpretar esto como significando que las cualidades más severas según las enseñó Jesús están ausentes del carácter de Dios. El advierte a los hombres a temer a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno (^{<401028>}Mateo 10:28). El hombre que tiene el espíritu de odio para su hermano o el espíritu implacable, y manifiesta este espíritu en violencia y en lenguaje grosero, está en peligro del juicio y del infierno de fuego (^{<400521>}Mateo 5:21-26).

3. Carácter y vida de Jesús.

Otra cosa que entra como un importante factor en la revelación que Jesús hace de Dios es su carácter impoluto y su vida de servicio a Dios y al hombre. Jesús fue la perfecta personificación y representación de su propia enseñanza. El fue todo lo que él enseñó. El expuso delante de los hombres el carácter perfecto de Dios como el ideal hacia el cual ellos debían esforzarse por llegar (^{<400548>}Mateo 5:48). Ningún discípulo de Jesús ha podido alcanzar este alto ideal. ¿Pero qué hay en cuanto a Jesús? Con él la historia es diferente. El fue la incorporación en forma humana de la vida santa de Dios. Ningún hombre pudiera tener una aspiración más alta en el reino del carácter que desear ser como él. El vivió de tal modo entre los hombres que llegar a imitarlo fue la pasión de las más nobles almas que lo conocieron.

Este carácter perfecto de Jesús fue el exponente en forma humana del carácter santo de Dios. Cuando Jesús fue acusado de comer con los publicanos y pecadores, su respuesta fue admitir el cargo y entonces dijo tres paráolas para mostrar el amor de Dios hacia los pecadores, consideró a éstas prácticamente como de un infinito valor y estuvo listo a perdonar al pródigo penitente (Lucas 15).

¿Qué era esto si no decir que su amor por los pecadores y despreciados era el amor de Dios? Y desde ese día hasta hoy, los pecadores lo han tomado así y por venir a Cristo han encontrado el amor perdonador de Dios. Jesús declaró que él echaba fuera demonios en el poder de Dios (^{<40122>}Mateo 12:22 sigtes.). Sus obras de sanar y bendecir a los hombres eran el método por el cual la benevolencia de Dios se manifestaba hacia la humanidad pecadora y necesitada. Las obras de Jesús eran las obras del Padre y fueron una manifestación de su unidad con el Padre (^{<431410>}Juan 14:10, 11).

4. Las demandas de Jesús en cuanto a sus relaciones con Dios.

En relación con la enseñanza de Jesús referente a Dios y el carácter de Jesús como la personificación de la vida moral de Dios, será bueno pasar revista a las demandas de Jesús concernientes a sus relaciones con Dios. Aquí hay tres afirmaciones distintas pero relacionadas entre sí de parte de Jesús.

(1) Una es que Dios lo envió al mundo. Jesús vivió su vida bajo la sensación de una visión divina. Su solo deseo era hacer la obra para la cual Dios lo había enviado al mundo. El era claramente consciente de que había salido de Dios para cumplir una misión; y para cumplirla él dio su vida (^{<43043>}Juan 4:34; 5:30; 6:38).

(2) Jesús también afirmó tener un conocimiento especial e íntimo de Dios, un conocimiento de Dios que no poseyó ningún otro. El dice: “Y nadie conoció al Padre, sino el Hijo” (^{<401127>}Mateo 11:27). En este pasaje Jesús reclama tener un conocimiento directo e inmediato de Dios que otros hombres no tuvieron. Otra vez, hablando del Padre, él dice: “Yo le conozco, porque de él soy y él me envió” (^{<430729>}Juan 7:29). Hablando de él mismo como el buen pastor, Jesús dice que él conoce sus ovejas, “así como el Padre me conoce a mí, y yo conozco al Padre” (^{<431015>}Juan 10:15). Este conocimiento de Dios el cual Jesús afirma poseer es un conocimiento que fluye de una comunión directa y espiritual entre el Padre y el Hijo.

(3) Más todavía, Jesús reclama ser el único mediador de tal conocimiento a los hombres. Nadie conoce al Padre sino el Hijo, “y aquel a quien el Hijo lo quisiere revelar” (^{<401127>}Mateo 11:27). He aquí la demanda sorprendente de que todos los otros hombres dependen de él para un conocimiento de Dios. Su propio conocimiento de Dios es directo e inmediato; el de los otros hombres es por la mediación de él. En este reino, todas las cosas le han sido a él encomendadas por el Padre. El es el Señor de este reino. Los otros hombres dependen de él. Dios se revela a los otros hombres sólo a través de su Hijo.

5. La obra redentora de Jesús.

Un elemento esencial en la revelación que Jesús hace de Dios es la obra redentora realizada por Jesús a favor del hombre. El dice que el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (^{<421910>}Lucas 19:10). Su misión fue redentora. El fue un Salvador según su mismo nombre, Jesús, lo indica (^{<400121>}Mateo 1:21). El punto que nos interesa es el de mostrar que la obra de Jesús al redimir al hombre es una revelación de Dios.

El punto central acerca de Cristo en el Nuevo Testamento es que él es el Salvador de los pecados. El se dio a sí mismo, aun hasta la muerte de Cruz, a fin de que los hombres pudiesen ser salvos.

Como una parte integral de la obra redentora de Jesús y como la culminación de la misma, la resurrección de Jesús fue la obra de Dios. En el día de Pentecostés Pedro les dijo a las gentes que este Jesús, a quien ellas habían crucificado, Dios le había levantado de entre los muertos y le había exaltado a su diestra, o sea, la posición de autoridad y de poder supremos (^{<440232>}Hechos 2:32, 33). No es simplemente el Jesús que vivió entre los hombres sobre la tierra y que murió en la cruz el que revela a Dios ante los hombres; es el mismo Jesús que también resucitó de entre los muertos y ascendió a la gloria. Todo aquel que niegue que Jesús conquistó de ese modo a la muerte y que fue entronizado a la diestra de Dios, negará también que en Cristo nosotros obtenemos un conocimiento de Dios único y sin paralelo.

Podemos resumir el punto, diciendo que en Jesús tenemos una revelación histórica y objetiva de Dios según el lenguaje del cuarto Evangelio. “A Dios nadie le vio jamás: el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le declaró” (^{<430118>}Juan 1:18). El escritor dice aquí que Dios, a quien los hombres nunca han podido colocar dentro del plano visual, ha llegado ser del conocimiento de ellos a través del unigénito Hijo. En el primer versículo del

capítulo, él declara que el Verbo eterno era con Dios y era Dios mismo. Luego nos dice que todas las cosas por él (por el Verbo) fueron hechas (v. 3). Nos dice también que este Verbo se hizo carne y que habitó entre nosotros y que los hombres vieron su gloria, gloria como la del unigénito del Padre (v. 14). Esta Palabra eterna es la revelación del Padre.

La idea del Nuevo Testamento acerca de la revelación es la de que Cristo Jesús, por la vida que él vivió, por las palabras que él habló, por las obras de misericordia que él hizo, especialmente por su muerte y resurrección, y por la vida divina que él comunicó a los hombres, revela a Dios. El revela a Dios, no en el sentido de alzar una cortina de modo que los hombres puedan contemplar a Dios a distancia, sino en el sentido de que él incorpora a Dios en la vida de los hombres. El trae a los hombres a la comunión con Dios.

Una palabra más debe decirse aquí acerca de lo que se da a entender cuando se dice que Cristo es el medio de la revelación. La idea no es la de que la revelación es algo aparte de él y que nos viene por medio de él. El mismo es esa revelación. El es la substancia tanto como el medio de la revelación. La revelación se identifica con él. En él los hombres conocen a Dios.

6. La revelación a través de la naturaleza.

Al decir nosotros que Cristo es el instrumento de la revelación, con ello no queremos decir que el hombre y la naturaleza no constituyen medios de la revelación. Tal cosa no sería cierta.

La Biblia claramente reconoce que la naturaleza (y el hombre) es un medio de revelación. Los escritores de la Biblia admiten que la naturaleza es la obra de Dios y que, por lo tanto, ella expresa algo de la sabiduría y del poder de Dios. Los cielos cuentan la gloria de Dios (^{<191901>}Salmo 19:1). En substancia, este es el testimonio de toda la Biblia. Jesús considera a la naturaleza como la esfera de la operación de Dios y como el medio de expresar su voluntad. Pablo enseña que la naturaleza y el hombre revelan a Dios (Romanos capítulos 1 y 2).

Además, la historia y la experiencia humana testifican en favor del hecho de que la naturaleza le ha hablado siempre al hombre acerca de algo metafísico. La conciencia del hombre siempre ha sido una conciencia religiosa. En todos los lugares el hombre ha creído en un poder que está por encima del mundo, poder que le ha hablado a través del mundo que le rodea, y ha creído también en la voz de su propia alma que le habla en su interior.

Con respecto a esta revelación de Dios a través de la naturaleza, sobre dos cosas puede hacerse hincapié.

(1) Una de ellas es que esta revelación a través de la naturaleza (incluyendo al hombre) no es suficiente para las necesidades religiosas del hombre. Esta revelación no le trae al hombre una voz clara que le diga que hay un Dios misericordioso que lo salva del pecado. Esta voz sólo llega a través de Cristo. En ninguna otra parte del mundo, excepto en Cristo, encontramos un evangelio que nos salve del pecado. De aquí que la única revelación que puede considerarse como la revelación cristiana, es la que nos viene por medio del evangelio de Cristo. Ninguna otra revelación puede igualarse a la del evangelio.

(2) Pero esto no significa que la revelación que recibimos a través de la naturaleza y del hombre sea sin valor.

En todas partes la Biblia presupone tal revelación y construye sobre ella. En la Biblia Dios se dirige al hombre como un ser que tiene naturalmente una conciencia religiosa. Se da por aceptado que el hombre tiene conciencia de Dios y que puede conocer a Dios. De aquí que aun cuando la revelación de Dios a través de la naturaleza no es suficiente, ella, sin embargo, es esencial. Sin la conciencia religiosa del hombre, la revelación de Dios en la Biblia y en Cristo hubiera sido imposible.

III. LA BIBLIA Y LA REVELACIÓN

Cristo es la revelación de Dios al hombre. El unigénito Hijo declaró al Padre (⁴³⁰¹¹⁸Juan 1:18). El es la substancia de la revelación. El registro de esta revelación —los medios literarios de su transmisión a nosotros— es la Biblia. La revelación produjo la Biblia. O, limitando por ahora nuestra consideración sólo al Nuevo Testamento, la revelación produjo al Nuevo Testamento. Dios dio a Cristo como la expresión de su voluntad para el género humano. De este descubrimiento personal por parte de Dios surgió el Nuevo Testamento.

1. Los Cuatro Evangelios son el corazón de la Biblia.

El centro de la Biblia son los Cuatro Evangelios, los cuales nos brindan el relato del nacimiento, de la vida, de las enseñanzas, de la muerte, de la resurrección y de la ascensión de Jesús. Si quitáramos de la Biblia los Cuatro Evangelios, este Libro se quedaría sin corazón. La mayor parte del Libro perdería su significado. La Biblia es un grupo de literatura que encuentra su unidad en Cristo; y si el relato de su vida sobre la tierra se sacara de la literatura, ya no

podríamos hablar más de esta como un Libro, siendo que su unidad habría desaparecido. El es la llave de todo lo que le precede, y todo lo que viene después guarda relación con él.

2. El Libro de Los Hechos registra la obra del evangelio.

El Libro de Los Hechos contiene la historia empezada en los Evangelios. (Véase [Hechos 1:1](#)). El nos da a entender que Cristo es un Cristo superhistórico. El vivió en la historia; pero en su muerte y en su resurrección se elevó sobre la historia y su actuación sobre la historia viene de arriba. El es “un evangelio perpendicular a un mundo horizontal”. El derrama desde arriba una corriente de nueva vida sobre las debilitadas fuerzas morales y espirituales del mundo. Esa es la única esperanza del mundo.

La primera gran demostración de esto la tenemos en el día de Pentecostés. Pentecostés fue la liberación del poder redentor del Calvario. El Cristo resucitado envió a su Espíritu sobre su pueblo con el propósito de que éste hiciera la obra que Cristo le había comisionado que hiciera ([Hechos 1:8; 2:33](#)).

De manera que en el Libro de Los Hechos tenemos un bosquejo del plan redentor de Cristo ([Hechos 1:8](#)), y la inauguración del movimiento que llevó adelante este plan. Tenemos el relato de cómo el evangelio rompió las estrechas limitaciones raciales de los judíos, llegando a ser un evangelio de alcances mundiales.

3. Las Epístolas interpretan el significado del evangelio.

Las Epístolas del Nuevo Testamento son mayormente tratados escritos por Pablo y por otros apóstoles o por personas que se relacionaron muy de cerca con el grupo apostólico. Estas Cartas explican los principios de la nueva religión, corrigen los errores que aparecían en las iglesias, y aplican los principios de la nueva religión a diversos asuntos de la vida personal, doméstica, social y eclesiástica. Pero todas las cosas vuelven a Cristo y a lo que él ha hecho por los hombres así como a lo que significa para la vida humana.

4. El Apocalipsis predice el triunfo del evangelio.

El Apocalipsis anuncia el triunfo final del reino de Dios en la tierra. El representa el fiero conflicto que se libraba en los días de Juan entre el Cristo

resucitado y las fuerzas del mal —principalmente la falsa religión y las fuerzas civiles corruptas. Se escribió con el propósito de llevar seguridad y esperanza a los atribulados cristianos de aquel día, respecto a la victoria final que indefectiblemente llegaría. Era la victoria que Cristo ganaría por su Espíritu obrando por medio de sus iglesias. Dicho libro representa el triunfo final del movimiento que vemos inaugurándose en Los Hechos.

5. La Biblia tiene su centro en Cristo.

Es así como vemos que Cristo constituye el corazón y el centro del Nuevo Testamento. ¿Pero qué diremos en cuanto al Antiguo Testamento? Podemos decirlo en una palabra: El Antiguo Testamento era una preparación para Cristo y para su venida.

Dios escogió a Abraham y a sus descendientes como su pueblo en un sentido especial —no solamente por causa de ellos sino también por causa del mundo (^{<0120>}Génesis 12:1-3). Dios tuvo un trato muy particular para este pueblo y le dio un conocimiento de él, que ningún otro pueblo poseyó. Por medio de su trato providencial con dicho pueblo, de sus juicios sobre sus pecados, de su paciencia, de su gentileza y misericordia, por medio de las instituciones para el culto y de los caudillos que les levantó, y especialmente por el hecho de revelarse a ellos a través de los profetas, fue que Dios preparó el camino para Cristo y para su obra salvadora. Con tales métodos, él hizo ahondar en ellos su sentido de Dios y su necesidad de él; afinó el sentido de ellos con relación al pecado, contrastándolo con su santidad; él preparó el camino para la inauguración de una religión espiritual y para su introducción en el Imperio Romano. El afianzó de tal modo esta religión, que las fuerzas del mal no podían desarraigárla.

Para corroborar esta tesis no se necesitan referencias específicas del Nuevo Testamento. Tal tesis es la de Jesús y la de todos los escritores del Nuevo Testamento. Y ella arroja un caudal de luz sobre el Antiguo Testamento y sobre los tratados de Dios, allí relatados, con su pueblo escogido.

6. La Biblia es el registro de una revelación progresiva.

La Biblia es el registro de una revelación progresiva, que tuvo su culminación en Cristo.

Pocos hombres se atreven a negar en el día de hoy que la revelación registrada en la Biblia es progresiva. Y no obstante, esto no ha sido claramente captado.

El autor del Libro de los Hebreos, en el primer versículo de su epístola demuestra que él entendió este principio. Jesús lo entendió también. El vino a completar una revelación que era incompleta (^{<400517>}Mateo 5:17). Eso es lo que enseña Pablo. El dice que Cristo vino en el cumplimiento del tiempo (^{<480404>}Gálatas 4:4). Una revelación, históricamente condicionada, difícilmente dejaría de ser progresiva. Podemos ver esto en la doctrina de Dios en la Biblia. En la primera parte del Antiguo Testamento se pone énfasis en el poder de Dios. No se desatienden sus cualidades morales, pero éstas no reciben el énfasis que encontramos después en los Salmos y en los Profetas. Y no arribamos al pináculo del concepto bíblico de Dios, sino hasta que llegamos a la revelación de Dios en Cristo según se registra en el Nuevo Testamento.

Pero, ¿a qué se debe la prolongada dilación en llevar la revelación hasta su fin? La razón es porque la entrega de una revelación por parte de Dios está moral y espiritualmente condicionada por parte del hombre. Había condiciones morales, sociales, políticas y espirituales envueltas. Estas condiciones debían alcanzar su madurez antes de que la revelación final de Dios pudiera ser dada. Dios no tiene prisa. Para cumplir sus propósitos, él espera hasta que todas las cosas estén en forma correcta.

Esto no debe interpretarse en el sentido de que la revelación sea sólo una evolución naturalista, o en el sentido de que ella puede ser dada sólo en cuanto las cosas se desarrollan por sí mismas de modo que haya una revelación que dar. Una parte de la revelación consiste en la creación por parte de Dios de aquellas condiciones que hacen posible que el hombre reciba la revelación. Dios puede dar solamente en la proporción en que el hombre puede recibir; pero la receptividad del hombre es creación de Dios. Pero para crear esta receptividad, o, en otras palabras, para producir las condiciones necesarias para la recepción de una revelación, Dios está limitado por las condiciones que él tiene que manejar.

En lo que Jesús dijo acerca del divorcio, vemos que reconoció este principio en su aplicación a las cuestiones morales (^{<401903>}Mateo 19:3-12). Si uno mira las enseñanzas de la Biblia como estando todas ellas sobre el mismo plano moral y espiritual, entonces estas dificultades no tienen solución. Sobre la base de una revelación progresiva, algunos asuntos, como el de la destrucción total de los enemigos por orden expresa de Dios, se pueden entender con mayor facilidad. Asuntos como ése no pueden resolverse con sólo atribuirlos a la soberanía de Dios. Aun el Dios soberano debe actuar correctamente. Pero cuando

recordamos que los hombres que Dios estaba usando para llevar adelante sus propósitos fueron hombres de ideales morales muy bajos en comparación con los hombres de épocas posteriores, y cuando recordamos que las naciones que iban a ser destruidas eran tan depravadas moral y espiritualmente que su completo exterminio era probablemente lo más beneficioso para el mundo, entonces estas cuestiones no son tan difíciles. ¿Acaso no usa Dios todavía a las naciones para castigarse entre ellas mismas? ¿Y no es cierto todavía que el inocente sufre a causa de los pecados de otros? O, tómese el caso de los salmos imprecatorios. Parece que el Salmista pensaba que sería una cosa piadosa la destrucción de los niños de sus enemigos (^{19D708}Salmo 137:8, 9). ¿Debe el cristiano en el día de hoy tener tales sentimientos para con sus enemigos? Por cierto que no. Pero cada hombre debe ser juzgado según las normas de su tiempo y no por las de un tiempo posterior. Además, si Dios no podía emplear a hombres imperfectos, ¿cuánto tiempo hubiera tenido que esperar para encontrar al hombre que sí podía utilizar? El manifiesta su sabiduría al usar a hombres imperfectos, especialmente si éstos son rectos de corazón y se mueven en la dirección correcta.

Viniendo al uso práctico de la Biblia, nadie cree que todas las partes de ella sean de igual valor. No hay ninguno que colocaría las listas genealógicas del Antiguo Testamento en el mismo nivel que ^{<430316>}Juan 3:16. Y sin embargo, esto no significaría que las listas genealógicas no tienen su lugar. Mi dedo meñique no es de una importancia tan vital para mi cuerpo como lo es mi corazón, y no obstante, es una parte de mi cuerpo y no haría que me lo cortaran innecesariamente. Si un hombre quisiera emparejar su cuerpo permitiendo que le cortaran todos los miembros sin los cuáles él pudiera vivir, semejante despropósito nos recordaría las llamadas “Biblias mutiladas”.

7. La Biblia, entonces, es el mensaje de Dios transmitido por agencia humana.

La Biblia no tiene su origen en la vida del hombre, sino que fue enviada de Dios para resolver las necesidades de la vida del hombre.

¿Es la Biblia un libro humano o un libro divino? Es ambas cosas. Fue escrita por hombres inspirados por Dios. Su mensaje vino de Dios, pero él usó a los escritores bíblicos para comunicar ese mensaje a los hombres. Y al escribir ese mensaje, cada escritor fue libre. El escritor no perdió su individualidad. El hombre fue libre, sin perder su individualidad, como si Dios nada hubiera tenido que ver con la entrega del mensaje y con su reducción a la forma escrita. Cada

escritor tiene su propio estilo y su modo particular de pensar. El dice las cosas a su propia manera.

Una de las principales causas que han originado problemas con respecto a la Biblia ha sido la suposición en la mente de los hombres, a menudo inconscientemente mantenida, de que los elementos humano y divino eran mutuamente antagónicos y exclusivos. Esta suposición ha acarreado resultados perniciosos en muchos lugares. Por ejemplo, en la doctrina de la persona de Cristo, en la doctrina de la salvación por gracia en relación con la libertad del hombre, en la doctrina de la regeneración y de la fe, en la doctrina de la conservación y de la perseverancia, etc. En relación con la Biblia, los hombres a menudo han supuesto que, si Dios inspiró a los hombres a escribir la Biblia, que el hombre, entonces, deja de ser él mismo, ya que no puede tener pensamientos propios, ni escribir en su propio estilo, ni decir las cosas según él las piensa; de hecho, que el hombre debe convertirse en un instrumento pasivo, si acaso no inconsciente, en las manos de Dios; mas todo esto no es otra cosa sino desconocer que la verdadera expresión del hombre está en el uso adecuado de sus poderes.

La grandeza moral y espiritual de la Biblia está en su inspiración divina. Hay desde el principio en la Biblia una grandeza moral y espiritual tal, que no se encuentra en ningún otro tipo de literatura. En este respecto, la Biblia forma su propia clase. Posee esta cualidad en virtud del hecho de que es inspirada por Dios. Tiene la vida de Dios en su mensaje. Esta cualidad de la revelación no proviene del hombre; proviene de Dios. Y sin embargo, no es tan extraña a la vida del hombre como la ceniza lo sería al ojo. Es más bien lo que la luz es para los ojos, es decir, que los ojos fueron hechos para la luz, y sin la luz no podrían desempeñar bien su función.

La Biblia, entonces, es el libro inspirado por Dios (⁵⁵⁰³¹⁶2 Timoteo 3:16, 17; ⁶¹⁰¹²¹2 Pedro 1:21). Es el mensaje de Dios para un mundo perdido. Tiene en sí mismo la vitalidad de Dios. En él el hombre encuentra a Dios. Quizá sería más cierto decir que en él Dios halla al hombre. Es esto lo que le da el poder a la Biblia sobre la vida de los hombres. Es esto lo que le da al cristiano su confianza con referencia a la Biblia en cuanto al futuro religioso del género humano. El lugar que ocupará la Biblia en el futuro de la vida humana, estará determinado principalmente por lo que la Biblia hace por la vida religiosa de los hombres y no por lo que los críticos decidan acerca del origen y de las fechas

de sus libros. Siempre que los hombres hallen a Dios en el mensaje de la Biblia, también la amarán y vivirán en conformidad con sus enseñanzas.

8. La autoridad de la Biblia.

La Biblia tiene tanta autoridad como la voz de Dios la tiene para el alma humana. Ella encuentra al hombre, lo escudriña, y lo hace darse cuenta de su necesidad de ayuda espiritual. Si Dios le habla al hombre, debe hablarle en tonos de autoridad. Dios no está simplemente ofreciéndole al hombre consejos sobre cuestiones espirituales, como si el hombre pudiera aceptarlos o rechazarlos indiferentemente. El se refiere al pecado del hombre, a su salvación y destino, en tonos que revelan su autoridad. Hay un imperativo moral en el mensaje. En el día de hoy, los hombres hablan de un Dios democrático como si Dios fuera uno del rebaño como son los otros, y como si su voz no tuviese más autoridad de la que tiene cualquier otro miembro del grupo. La Biblia no conoce a esa clase de Dios. El Dios de la Biblia es un Dios de santidad que le habla al hombre con toda la autoridad.

La autoridad de la Biblia no intercepta la libertad del hombre. Pero aquí encontramos una objeción. La objeción es la de que una autoridad externa de esta clase impide la libertad del hombre, con su autonomía moral y espiritual. Se objeta el que la sumisión a cualquier autoridad externa resulta subversiva a la libertad del hombre lo mismo que a su más alto desarrollo. Esta es una noción equivocada. No hay conflicto entre la sumisión a la verdadera autoridad y la libertad. A decir verdad, la única manera por la que el hombre puede realizar su verdadera libertad es por la sumisión a la autoridad legítima. El rehusar someterse a la autoridad legítima no es libertad. Tal cosa no es más que anarquía espiritual.

Y sin embargo, la mayor parte de la objeción a la autoridad de la Biblia se basa en esta noción equivocada con referencia a la relación entre la autoridad y la libertad.

Hagamos un esfuerzo para presentar esta afirmación con mayor claridad. Una cosa que nos puede ayudar es recordar que la autoridad de la Biblia es la autoridad de Cristo. Se sigue esto de lo que se ha dicho acerca de la relación entre la Biblia y Cristo. Nosotros no tenemos dos autoridades, esto es, una autoridad de Cristo y otra de la Biblia; sólo tenemos una. Cristo nos habla a través de la Biblia. Después de todo, la autoridad es personal en su naturaleza. Nuestra última autoridad en el cristianismo es la autoridad de Cristo como la

revelación de Dios. La Biblia es el instrumento por el cual nosotros conocemos la voluntad de Cristo. Como la revelación de la mente y de la voluntad de Cristo, la Biblia tiene autoridad. Pero la autoridad de Cristo no esclaviza sino que libera. Pablo se gloraba en su libertad como cristiano y no obstante, él se llamaba el esclavo de Cristo. Es por la sumisión a la autoridad espiritual de Cristo que el hombre halla su libertad espiritual.

La autoridad de la Biblia es entonces, la autoridad de la gracia de Dios puesta a nuestro alcance por medio de Cristo, la gracia que libera de la culpa y de la servidumbre del pecado. Según lo demuestra Pablo en Romanos capítulo 6, sólo hay dos posibles amos para el hombre: Cristo o el pecado. Cuando Cristo, como el mediador de la gracia de Dios nos libera del pecado, nos convierte en siervos suyos. De consiguiente, la autoridad que nos gobierna como cristianos, es la autoridad del santo amor de Dios en Cristo Jesús. Esta es una esclavitud, es cierto, pero es una esclavitud voluntaria de amor. La gracia captura nuestro corazón y nos hace libres de la servidumbre del pecado.

CAPÍTULO 3. LA PERSONA DE CRISTO

I. Jesús como Hombre

- 1.** El hecho de su humanidad
- 2.** Su crecimiento como hombre
- 3.** La impecabilidad de Jesús

II. Jesús como Sobrenatural

- 1.** El nacimiento virginal
- 2.** Los milagros
- 3.** La resurrección
- 4.** Jesús y el Antiguo Testamento

III. Jesús como Salvador

IV. Jesús como Señor

V. Jesús como Divino

- 1.** El examen de algunos pasajes
- 2.** La actitud de fe hacia él

VI. Jesús Glorificado

Hemos considerado a Cristo como la revelación de Dios. Necesitamos considerar ahora la enseñanza cristiana con respecto a la persona de Cristo. Por supuesto, las dos cosas están directa y vitalmente relacionadas. Lo que Cristo es como la revelación de Dios es un elemento vital en la doctrina de su persona y determinará en gran parte lo que nosotros pensaremos de él en otros respectos. Por otra parte, nuestra doctrina de la persona de Cristo necesariamente determinará en gran parte lo que nosotros pensemos de él como la revelación de Dios. Esta es una de las cuestiones fundamentales de la teología cristiana, y es también un asunto que ha mantenido la atención de los pensadores en esta esfera, desde los días del Nuevo Testamento hasta el presente.

I. JESÚS COMO HOMBRE

La designación favorita que Jesús usó para referirse a él mismo fue el término “Hijo del hombre”. Cualquier otra cosa que esto signifique, implica que él es humano, que es uno con la humanidad.

1. El hecho de su humanidad.

Parece muy extraño que alguien hubiese puesto en tela de duda la genuina humanidad de Jesús. Teóricamente, son muy pocos los que han abrigado esa duda. Eso hicieron, sin embargo, los docetistas, quienes sostuvieron que el cuerpo de Jesús no era real; que él no era un hombre real, sino sólo Dios apareciendo en forma humana. Aunque tal opinión constituyó una herejía fatal, sin embargo, ésta sirve para mostrar, por otra parte, cuán firmemente se había sembrado en la mente de los cristianos y en la historia cristiana primitiva la convicción de la divinidad de Cristo. A lo largo de la historia cristiana, muchos teólogos han dado tanto énfasis a la deidad de Cristo y han creído que hay tal abismo entre Dios y el hombre, que prácticamente han anulado la vida humana de Jesús. Este es un procedimiento fundamentalmente equivocado. Debemos empezar con los hechos de la vida de Jesús según están estos registrados en el Nuevo Testamento. Si así lo hacemos, nosotros debiéramos argüir en pro de una vida humana para Jesús. Más bien empezaremos con eso como un dato, y eso no será nuestro punto de parada sino nuestro punto de salida. Ninguno que tome con seriedad el Nuevo Testamento pondrá alguna vez en tela de duda la humanidad de Jesús. El Nuevo Testamento protesta enfáticamente contra una tendencia docetista que estaba apareciendo antes de la terminación de la época del Nuevo Testamento (⁴³⁰¹¹⁴Juan 1:14; ⁶²⁰¹⁰¹1 Juan 1:1-3; 4:2, 3; ⁵¹⁰²²⁰Colosenses 2:20-23).

El Nuevo Testamento nos dice acerca del nacimiento de Jesús, de sus relaciones familiares, de cómo vivió en su hogar en Nazaret y estaba sujeto a sus padres; de que tuvo gozo, fue tentado, anhelaba la simpatía humana, oraba, era obediente a Dios, de que tuvo un cuerpo, una mente y un alma, de cómo sufrió, murió y se levantó de la tumba. Usualmente, miramos al Evangelio de Juan y a su Primera Epístola como una exposición de la divinidad de Cristo. Esto es cierto; pero debe notarse también cómo esos escritos hacen énfasis en su humanidad. El Evangelio nos dice que él se hizo carne y habitó entre nosotros, que él se sintió cansado, que tuvo hambre y sed; mientras que la Epístola comienza haciendo énfasis en el hecho de que el escritor, al igual que

otros, había visto, oído, mirado y palpado la Palabra de vida (^{<40118>}Juan 1:18; 4:6; ^{<40101>}1 Juan 1:1-3).

Aun cuando Pablo tiene muy poco que decir acerca de la vida terrenal de Jesús, él habla de Jesús como teniendo que nacer de mujer (^{<40404>}Gálatas 4:4), como siendo un hombre (^{<40205>}1 Timoteo 2:5), de su muerte y resurrección (^{<461503>}1 Corintios 15:3, 4), de él como la cabeza de una nueva humanidad espiritual como el posteror Adán (^{<461502>}1 Corintios 15:22; ^{<450512>}Romanos 5:12).

El Libro de los Hebreos hace hincapié especial en la humanidad de Jesús. El echó mano de la humanidad o tomó nuestra naturaleza, porque fue el hombre a quien él vino a salvar (^{<580214>}Hebreos 2:14). El puede sentir compasión a causa de nuestras flaquezas, porque él ha sido tentado en todo como nosotros, aunque sin pecado (^{<580415>}Hebreos 4:15). El dirigió su oración a Dios con fuerte clamor y lágrimas (^{<580507>}Hebreos 5:7). Aunque era Hijo, sintió temor y aprendió obediencia (^{<580508>}Hebreos 5:8).

Por todas partes el Nuevo Testamento presenta a Jesús como hombre. Esto es tan obvio que no es necesario que nos detengamos más en este punto.

2. Su crecimiento como hombre.

Como hombre, Jesús estuvo sujeto a la ley del crecimiento y el desarrollo. Lucas nos dice que él crecía en sabiduría y en edad (estatura) y en gracia para con Dios y los hombres (^{<40252>}Lucas 2:52). Aquí parece que hay un crecimiento humano normal. Hay un desarrollo mental —crecía en sabiduría. Hay un desarrollo físico —crecía en estatura. Hay un desarrollo religioso —crecía en gracia (o favor) con Dios. Hay un desarrollo social —crecía en favor con los hombres.

Lo vemos en el templo como un muchacho a la edad de doce años, anheloso por aprender. El estaba escuchando a los rabinos inquiriendo de ellos como un estudiante animoso (^{<40246>}Lucas 2:46).

El autor de la Epístola a los Hebreos indica que había un desarrollo moral por parte de Jesús. El aprendió a obedecer a través de las cosas que sufrió (^{<580508>}Hebreos 5:8). Fue hecho perfecto por medio de los sufrimientos (^{<580210>}Hebreos 2:10).

No tenemos suficiente información como para estar en capacidad de formarnos alguna idea definida acerca del desarrollo de la vida religiosa y de la conciencia

de Jesús. Más adelante vemos algunos de sus hábitos religiosos. El tenía la costumbre de asistir al culto de la sinagoga en Nazaret (^{[420416](#)}Lucas 4:16). Sabemos muy bien que era un hombre de oración (^{[410135](#)}Marcos 1:35; ^{[421101](#)}Lucas 11:1). Conocía muy bien las Escrituras del Antiguo Testamento (^{[420417](#)}Lucas 4:17).

No hemos de pensar acerca del desarrollo moral y religioso de Jesús como verificándose sin lucha y sin esfuerzo de su parte. Hubiera sido un desarrollo submoral, sobre un plano más bajo de lo moral y lo personal. Sus tentaciones y luchas fueron reales. Sus batallas contra el pecado y contra el mal no fueron simulacros de batalla. Algunas veces cometemos el error de pensar que no puede haber tentaciones a menos que haya algo de bajo e innoble en nuestra vida a lo cual la tentación pueda apelar. Pero esto es una equivocación. Discutiremos esto más ampliamente más adelante.

3. La impecabilidad de Jesús.

Jesús fue tentado; pero salió avante y victorioso de todas sus tentaciones.

El fue sin pecado. Desafió a sus enemigos a que lo redarguyeran de pecado (^{[430846](#)}Juan 8:46). Perdonó los pecados (^{[410205](#)}Marcos 2:5; ^{[407048](#)}Lucas 7:48). Dijo que su sangre sería derramada para la remisión de los pecados (^{[402628](#)}Mateo 26:28). El tuvo una conciencia de comunión íntima con Dios (^{[401127](#)}Mateo 11:27; ^{[431142](#)}Juan 11:42; 14:6-11).

Hay otra cosa de gran importancia: Jesús enseñó que todos los hombres debían confesar sus pecados y orar por el perdón de los mismos (^{[400612](#)}Mateo 6:12; ^{[421104](#)}Lucas 11:4). Denunció a los que pretendían ser más justos que los demás. Y sin embargo él nunca tuvo pecados que confesar, nunca imploró el perdón para él, y jamás manifestó la menor conciencia de pecado. ¿Qué diremos de Aquel que enseñó que todos los otros hombres debían confesar sus pecados mientras él no confesó ningún pecado de su parte? ¿No tendremos que decir que fue sin pecado o que fue un perverso moral de tal clase que no conoció ni siquiera su propia condición moral? Uno que, de ser un pecador, estaba tan ciego por la obscuridad moral y por su propio engaño que no podía conocer su propia condición espiritual y sus necesidades, de seguro que no podría ser el guía indicado para otros en cuestiones espirituales.

Pablo, Pedro, el Libro a los Hebreos y Juan, todos manifiestan una creencia en la impecabilidad de Jesús. Pablo dice que el que no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros (^{[470502](#)}2 Corintios 5:21). Pedro dice que el justo murió

por el injusto (^{<600318>}1 Pedro 3:18). El Libro a los Hebreos dice que él fue tentado en todo, como nosotros, empero sin pecado (^{<380415>}Hebreos 4:15, Cf. 7:26-28). Juan dice que cuando el cristiano peca, abogado tiene para con el Padre, a Jesucristo, el justo (^{<420201>}1 Juan 2:1). El Nuevo Testamento como un todo representa a Jesús como no teniendo pecado.

Más todavía, Jesús es presentado en el Nuevo Testamento como nuestro ideal perfecto, como nuestro ejemplo a seguir. El desafió a los hombres a seguirle y no aceptó excusa alguna. Demandó de los hombres que lo pusieran a él y a su causa en primer lugar. (Véase ^{<401034>}Mateo 10:34, y también más adelante en este capítulo sobre el Señorío). Pablo pide que otros le sigan a él como él siguió a Cristo (^{<461101>}1 Corintios 11:1. Compárese con 4:16; ^{<500417>}Filipenses 4:17; 4:9). Por ningún motivo Pablo se creyó a sí mismo como la personificación del ideal último. Cristo encarnó ese ideal y Pablo debía ser imitado sólo en la medida en que él encarnó el espíritu de Cristo. Pablo pidió a los hombres que le siguieran sólo porque él podía decir “Para mí el vivir es Cristo” (^{<500121>}Filipenses 1:21). Juan dice que nosotros debemos andar así como él anduvo (^{<420206>}1 Juan 2:6) y Pedro nos llama la atención al ejemplo de Jesús para que nosotros lo imitemos, especialmente en el asunto del sufrimiento inocente a causa de los malhechores (^{<600219>}1 Pedro 2:19; 3:14).

II. JESÚS COMO SOBRENATURAL

Desde los días del Nuevo Testamento hasta la época presente se ha estado librando una fiera batalla alrededor del tema de la persona de Cristo. El unitarismo moderno ha considerado a Jesús como sólo un hombre. Su tendencia ha sido excluir cada vez más todo lo que parezca sobrehumano en la persona de Jesús.

Pero si Jesús fue sin pecado, como queda dicho antes, eso mismo introduce en la persona de Jesús un elemento que lo señala como distinto de todos los otros hombres. Y de ese modo él supera a la vida humana ordinaria. Más todavía, si él es inmaculado, ese hecho necesita de explicación. No es posible tener un hecho, si es que es un hecho, suspendido en el aire. No puede quedarse aislado. Debe cimentarse en algo más profundo que el hecho mismo. La impecabilidad no es una cualidad de la vida humana según se conoce ésta sobre la tierra. Ya esto sugiere, si acaso no exige, el que nosotros lo consideremos a él como algo más que un simple hombre.

1. El nacimiento virginal.

Mateo y Lucas representan a Jesús como nacido de María sin un padre humano. Según el relato que ellos dan, fue engendrado por el Espíritu Santo. Parece haber suficientes diferencias entre estos dos relatos como para probar que los dos son diferentes; ninguno de los dos escritores ha copiado del otro.

El hecho de que los otros escritores del Nuevo Testamento no mencionan el nacimiento virginal no es prueba de que éste no haya tenido lugar. Posiblemente los otros escritores no tuvieron noticia sobre esto, o si la tuvieron, no vieron la necesidad de mencionarlo. Nosotros podemos entender que un tema como ése, naturalmente sería manejado con mucha reserva entre los primeros discípulos. De aquí que bien pudo haber permanecido oculto fuera de un pequeño círculo de amigos de la familia, y si los otros escritores del Nuevo Testamento no supieron nada del asunto, naturalmente un asunto semejante no sería un tema de conversación común, y los hombres no escribirían innecesariamente sobre eso.

Algunos hacen a un lado los relatos como si éstos no tuvieran valor religioso alguno. Pero es lo cierto que un origen como el que tuvo la vida terrenal de Jesús se ajusta muy bien con el relato de la clase de vida que él vivió. Si su vida hubiera sido como la de los otros hombres, entonces sería muy natural esperar que él hubiese tenido un origen igual al de los otros hombres. Pero el nacimiento virginal calza muy bien dentro del relato de su vida inmaculada.

⁴²⁰¹³⁵ Lucas 1:35 indica que hubo alguna conexión entre la santidad de Jesús y el hecho de que el poder del Altísimo hiciera sombra sobre María. La intervención del Espíritu Santo en el origen de Jesús nos ayuda a entender cómo Jesús pudo ser, entre todos los hombres, la única excepción en no verse dominado por el pecado.

2. Los milagros.

Otro aspecto prominente de este relato de la vida de Jesús son sus milagros. Preminentemente, Jesús es un obrador de milagros. Si sacamos el elemento milagroso de los registros evangélicos, habremos despedazado a tal punto dichos registros, que de ellos no nos quedaría nada digno de confianza. El elemento milagroso está tan profundamente metido en los registros evangélicos, que sería imposible remover este elemento y dejar algo en los registros que fuera de valor. El esfuerzo por volver a un Cristo no milagroso ha fracasado ostensiblemente. No importa cuán minuciosamente se analicen los registros evangélicos, el carácter que nosotros obtenemos de Cristo en cada etapa del depósito, es esencialmente el mismo. El Jesús que no es más que maestro de

ética y religión, sin que se tenga en cuenta el elemento milagroso de su vida, es un Jesús que no puede encontrarse sino únicamente en la imaginación de algunos críticos que la dan preferencia a sus propias opiniones sobre el relato de los Evangelios. Al hacer cualquier crítica sana del testimonio de los Evangelios, el elemento milagroso de la vida de Cristo prevalece.

3. La Resurrección.

Los relatos del Evangelio nos dicen que en la mañana del día tercero algunas mujeres fueron al sepulcro y lo encontraron vacío. Un ángel les anunció que Jesús se había levantado (^{<402801>}Mateo 28:1-8 y los pasajes paralelos). Jesús mismo se les apareció a ellas (^{<402809>}Mateo 28:9, 10; Juan Cap. 20). Se le apareció a Pedro (^{<461505>}1 Corintios 15:5). También se apareció a dos de ellos en el camino hacia Emaús (^{<422413>}Lucas 24:13). Se les apareció a los discípulos, excepto Tomás (^{<422436>}Lucas 24:36; ^{<432019>}Juan 20:19). Tiempo después se les apareció a los once, estando Tomás presente (^{<433020>}Juan 20:26). Se apareció a los once en Galilea (^{<402816>}Mateo 28:16).

Pablo nos dice que Jesús se apareció a Jacobo, a Pedro, a él mismo, y a más de quinientos en una ocasión (^{<461505>}1 Corintios 15:5). Nótese que Pablo pone su propia visión de Cristo en la misma categoría de sus apariciones a Jacobo y a Pedro. Parece que Pablo la clasifica como una aparición objetiva, no simplemente una visión subjetiva. Nótese también que él dice que de los quinientos a quienes se les apareció, más de la mitad vivían durante el tiempo en que Pablo escribió.

Resulta evidente de los relatos evangélicos que los discípulos no esperaban que Jesús resucitara de entre los muertos (^{<422411>}Lucas 24:11, 21; ^{<432024>}Juan 20:24, 25; ^{<402817>}Mateo 28:17). Algunas veces se dice que ellos esperaban tal acontecimiento. Cuando Jesús fue crucificado, todas sus esperanzas se desvanecieron; ellos desistieron entonces con desesperación; no creerían, sino hasta sentirse abrumados por la evidencia. Y tuvieron tal evidencia (^{<440103>}Hechos 1:3). No fue una mera aparición lo que los convenció de que Jesús vivía.

Se admite generalmente que los discípulos creyeron que Jesús se levantó de los muertos. La idea de que ellos se robaron el cuerpo de Jesús y de que informaron que él había resucitado está ahora generalmente descartada. ¿Cómo es que los discípulos llegaron a creer que Cristo resucitó? Sus opiniones preconcebidas estaban en la otra dirección. No había nada en la situación

social que produjera tal creencia por parte de ellos. Todo estaba en contra de que ellos creyeran excepto la evidencia. Si llegaron a creerlo, debió haber sido porque hubo evidencia con plena fuerza convincente. Ellos eran hombres de inteligencia ordinaria que sabían cómo usar sus sentidos. La evidencia es que vieron a Jesús, le oyeron hablar, lo palparon y tuvieron relación con él. Ellos registran las enseñanzas que Jesús les dio durante ese período. No hay manera de dar explicación de la creencia de los discípulos acerca de que Jesús resucitó, excepto en la suposición de que él resucitó.

La creencia de que Jesús había resucitado produjo en ellos un cambio extraordinario. Fueron transformados de una banda de hombres desalentados y despreciados, en una compañía de propagandistas alegres, militantes y agresivos. ¿Pudo una creencia equivocada en la resurrección de Jesús, basada en alguna clase de aparición que ellos reconocieron como tal, haber operado esta transformación en los discípulos?

Cuando salieron a predicar, predicaron que Jesús se había levantado de los muertos. Este mensaje probó ser un mensaje de poder. ¿Cómo un mensaje semejante podía abrirse paso en una situación semejante? ¿Fue un mensaje de verdad o fue simplemente una noción equivocada de ellos? ¿Por qué un falso informe de que Jesús se había levantado de los muertos habría de producir tal transformación en ellos y en otros por medio de ellos?

Luego tenemos el testimonio de Pablo. ¿Qué fue lo que trajo el cambio en Pablo? ¿Qué fue lo que cambió a Saulo el perseguidor de la iglesia, en Pablo el más grande cristiano y defensor del cristianismo que el mundo ha conocido? Pablo dice que lo que produjo en él tal cambio fue la aparición a él del Cristo resucitado. El dice que vio a Cristo ¿Se equivocó Pablo? ¿Qué es lo que convenció a Pablo de que Jesús vivía? Recuérdese que el testimonio de Pablo nos viene en cartas que prácticamente todos los críticos admiten haber sido escritas por él antes del año 60 d. de J.C. Toda la evidencia está en favor de la tesis de que Jesús se levantó de los muertos.

4. Jesús y el Antiguo Testamento.

Jesús y todos los escritores del Nuevo Testamento lo consideraron como el Mesías del Antiguo Testamento y como el cumplimiento de la religión del Antiguo Testamento. Esta afirmación es tan obvia como para requerir prueba. Jesús fue condenado a muerte, no por el testimonio de sus enemigos, sino por su propia confesión de que él era el Cristo, el Hijo de Dios. Esto lo dijo Jesús

bajo juramento (^{<402663>}Mateo 26:63-66; ^{<411460>}Marcos 14:60-64). El estaba siendo juzgado por el sanedrín; y sobre la base de que él había de este modo pronunciado una blasfemia fue que lo condenaron a muerte.

Como el Mesías por mucho tiempo esperado, él fue considerado como el cumplimiento de todo el orden de cosas del Antiguo Testamento. Difícilmente pudiera esto ser cierto acerca de uno que no hubiera sido más que un hombre. Una cosa es clara: el Nuevo Testamento considera a Jesús como a un ser sobrenatural.

III. JESÚS COMO SALVADOR

El centro de la doctrina neotestamentaria de Cristo es la experiencia de los cristianos del Nuevo Testamento acerca de su poder salvador y de la realización de su señorío espiritual en su vida. El motivo que había tras de la exaltación que ellos hicieron de él fue un motivo religioso y práctico y no un motivo especulativo. A decir verdad, la impresión es la de que ellos no eran conscientes de estar tratando con un problema de pensamiento; simplemente dicen lo que conocen por experiencia. Ellos están diciendo lo que han visto y oído. No argumentan; dan testimonio.

Los Evangelios presentan a Jesús como Salvador. El ángel anunció a José que él (Jesús) sería llamado Jesús, porque él salvaría a su pueblo de sus pecados (^{<400121>}Mateo 1:21). Un ángel también anunció a los pastores que les había nacido un Salvador, Cristo el Señor (^{<420211>}Lucas 2:11). Jesús dijo que el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (^{<421910>}Lucas 19:10). El no vino para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate por muchos (^{<411045>}Marcos 10:45). Su sangre fue derramada para la remisión de los pecados (^{<402628>}Mateo 26:28).

En el cuarto Evangelio él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (^{<430129>}Juan 1:29). El Hijo del hombre sería levantado en la cruz para que todo aquel que cree en él no se pierda, mas tenga vida eterna (^{<430314>}Juan 3:14, 15). Dios dio a su Hijo Unigénito para que todo aquel que cree en él no se pierda, mas tenga vida eterna (^{<430316>}Juan 3:16). El que en él cree no es condenado (^{<430318>}Juan 3:18). El que cree en el Hijo tiene vida eterna (^{<430336>}Juan 3:36). Conocer a Dios y a Jesucristo a quien él envió es la vida eterna (^{<431703>}Juan 17:3). El propósito del escritor fue el de que los hombres creyesen en él como el Cristo y que al creer en él tuviesen vida eterna (^{<432031>}Juan 20:31).

En Los Hechos es presentado como el único Salvador. No hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres por el cual podamos ser salvos (^{<440412>}Hechos 4:12). Pedro le dice a Cornelio y a toda su casa que todos los profetas dieron testimonio de él, que por su nombre todo aquel que cree recibirá remisión de pecados (^{<441043>}Hechos 10:43). La predicación de Pablo es que por Jesucristo todo el que en él cree es justificado de todas las cosas que por la ley de Moisés los hombres no pueden ser justificados (^{<441339>}Hechos 13:39). Cuando el carcelero preguntó qué debía hacer para ser salvo, Pablo y Silas dijeron: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (^{<441631>}Hechos 16:31).

Pablo nos dice en ^{<450116>}Romanos 1:16 que el evangelio es potencia de Dios para salud a todo aquel que cree, al judío primeramente y también al griego.

Podemos encontrar lo que él entendió por evangelio leyendo en ^{<461501>}1 Corintios 15:1. Allí Pablo nos dice que él predicó el evangelio, y cuando nos dice qué es lo que predicó, nos declara lo siguiente: “Que Cristo fue muerto por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras”. El dedica buena parte de sus cartas a los romanos y a los gálatas, para mostrar cómo el pecador es justificado por la fe en Cristo. Para los que están en Cristo, no hay condenación (^{<450801>}Romanos 8:1). Para el que está en Cristo, hay una nueva creación (^{<470501>}2 Corintios 5:17).

La realización del poder salvador de Cristo es un asunto de experiencia espiritual. Fue el Padre celestial quien le reveló a Pedro el mesianismo de Jesús, y no carne ni sangre (^{<401617>}Mateo 16:17). La fe es la condición para la salvación y la fe es el poder de la estimación espiritual. Una de las expresiones favoritas de Pablo es “en Cristo”. Es en la unión con él que nosotros somos justificados, regenerados y que recibimos vida eterna.

IV. JESÚS COMO SEÑOR

Jesús es también el Señor. El es el Señor en virtud del hecho de que es nuestro Salvador. Por ser Salvador del hombre, tiene dominio moral en la vida de ese hombre. De hecho, ningún hombre es salvo a menos que Dios se enseñoree de él en Cristo.

En los Evangelios Sinópticos Cristo hace demandas que ningún otro hombre jamás ha hecho. Si los hombres han de ser sus discípulos, deben negarse a sí mismos, tomar su cruz y seguirle (^{<410834>}Marcos 8:34). Se necesita tener en cuenta el precio antes de hacerse su discípulo, porque más tarde puede encontrar las condiciones muy difíciles de cumplir. Debe dejarse todo para ser

su discípulo (^{<421433>}Lucas 14:33). Jesús le dijo al joven rico que debía vender todo lo que tenía, darlo a los pobres, y después seguirlo (^{<42182>}Lucas 18:22). No debe mirarse hacia atrás, no debe volverse para enterrar a los muertos, ni regresar a decir adiós a los seres queridos (^{<420959>}Lucas 9:59-62). Su madre, sus hermanos, sus hermanas son aquellos que hacen la voluntad de Dios (Mar 3:35). Es necesario convertirse y ser como niño (^{<401803>}Mateo 18:3), llevar su yugo y aprender de él (^{<401129>}Mateo 11:29). El que obedece sus enseñanzas edifica sobre roca sólida, mientras que el que no practica lo que Jesús enseña edifica sobre fundamento de arena (^{<400724>}Mateo 7:24-27). Jesús reclama tener un conocimiento de Dios que ninguno otro tiene y ser el único mediador de ese conocimiento ante los hombres. Es el medio de la transmisión de ese conocimiento a quien él quiere darlo (^{<401127>}Mateo 11:27).

El reclama ser el árbitro de los destinos de los hombres. Su evangelio debe ser predicado a todos los hombres (^{<402613>}Mateo 26:13). El ha de volver con gloria y poder a juzgar a las naciones y a separar al justo del malvado (^{<402531>}Mateo 25:31).

Estas pretensiones serían absurdas en cualquier hombre, por muy grande que sea, a menos que fuera más que hombre. Cristo pide que los hombres lo pongan a él en primer lugar, antes que a la familia, a los amigos, a la prosperidad material y a la vida misma.

En Los Hechos, habiendo Jesús ascendido al cielo, es considerado como Señor y como Cristo (^{<440236>}Hechos 2:36). Está a la diestra de Dios, y Esteban dirige su oración a él (^{<440760>}Hechos 7:60).

En el cuarto Evangelio, es el Unigénito Hijo de Dios. Todo juicio le es encomendado a él (^{<430522>}Juan 5:22). Es la resurrección y la vida (^{<431125>}Juan 11:25). La fe en él trae vida eterna (^{<430336>}Juan 3:36). Todos deben honrar al Hijo así como honran al Padre (^{<430523>}Juan 5:23).

Pablo lo considera como el Señor en el sentido absoluto del término. El sólo es el único Señor (^{<461205>}1 Corintios 12:5). En su resurrección, es colocado en una posición de poder que corresponde con su naturaleza divina (^{<450104>}Romanos 1:4). Es el postre Adán, la cabeza de una nueva humanidad espiritual (^{<461504>}1 Corintios 15:45-49). Dióle Dios un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre (^{<302609>}Filipenses 2:9-11).

Esta es la actitud de todos los escritores del Nuevo Testamento hacia Cristo. Esto se destaca especialmente en el Apocalipsis. Cuando Juan lo ve en su gloria, en el primer capítulo, cae a sus pies como muerto. Cristo es reconocido como el Rey de reyes y el Señor de señores (19:16). Hay una protesta en el libro contra el culto a los ángeles, pero no hay ninguna contra la adoración de Cristo.

El reconocimiento del señorío de Cristo es un asunto de discernimiento espiritual. Pablo dice que nadie puede llamar a Jesús Señor, excepto por el Espíritu Santo (^{<461203>}1 Corintios 12:3). Esto es lo mismo que decir que el reconocimiento del señorío de Jesús es un asunto de fe. Por fe nosotros le aceptamos como el Señor de nuestra vida. El acto de la fe es un acto por el cual nosotros confiamos en él como Salvador y al mismo tiempo nos rendimos a él como Señor.

V. JESÚS COMO DIVINO

Desde los tiempos del Nuevo Testamento, el pueblo cristiano ha adorado y rendido reverencia a Cristo Jesús como divino.

1. Examen de algunos pasajes particulares.

Regresemos nuestra mirada a la enseñanza del Nuevo Testamento en relación con este asunto. Todo lo que se ha dicho acerca de su señorío y mucho más de lo dicho previamente, tiene que ver con este punto. El hecho de que Jesús hizo tales demandas es una indicación de que en su propia mente él era más que humano. La petición a sus discípulos de una obediencia sin trabas y de la inalterable lealtad, sería cosa muy rara de haber sido él sólo hombre. Luego, ¿qué diremos de su pretensión de que él juzgará al mundo? También afirmó el tener poder de perdonar los pecados (^{<410205>}Marcos 2:5). En el día del juicio los hombres serán condenados o recibirán la aprobación, en conformidad con la recta actitud de ellos hacia él a través de su pueblo como sus representantes (^{<402534>}Mateo 25:34). ¿Qué es lo que hay en él que le da una relación tan vital y universal con los hombres, que hacerles bien a ellos es como hacérselo a él, y no hacerles bien a ellos es como no hacérselo a él? Estas son algunas de las indicaciones hechas en los Evangelios Sinópticos.

Si tomamos en consideración ahora el cuarto Evangelio, la evidencia resulta aun más clara. En el prólogo (^{<430101>}Juan 1:1-18) se habla de Jesús como existiendo desde el principio; como existiendo (cara a cara con) con Dios; y como siendo

Dios. El es eterno; personalmente es distinto de Dios y, sin embargo, es Dios en su naturaleza. La expresión “*Theos en ho logos*” (el Verbo era Dios), es una expresión tan exacta como para que el autor pudiera usarla para decir que el Verbo era absolutamente divino en su naturaleza, siendo al mismo tiempo personalmente distinto de Dios. El autor dice que todas las cosas por él fueron hechas, y que sin él (Jesús) nada de lo que es hecho fue hecho. Aquí se afirma que él fue el agente mediador en la creación. No se dice que él fue la fuente absoluta de la creación, sino más bien el medio por quien la creación se llevó a cabo. Pero con toda seguridad que el autor piensa acerca de él como divino, al atribuirle una función creadora. El es universalmente la luz de los hombres. Alumbra a todo hombre que viene a este mundo. Aquí se piensa de Cristo como sosteniendo una relación universal con los hombres. Toda luz es suya; toda verdad es suya —la luz de la naturaleza, de la razón, de la conciencia. Este así descrito vino a ser carne y habitó entre los hombres. Los hombres vieron su gloria, gloria como la del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. El autor pone a éste que es lleno de gracia y de verdad en superioridad a Moisés. La ley por Moisés fue dada; la gracia y la verdad por Jesucristo vinieron.

Evidentemente este escritor piensa con respecto a Cristo como antecediendo al tiempo en su ser; como divino en su naturaleza; como creador en su relación con el universo; como manteniendo una relación universal con los hombres; como viniendo en la carne y manifestando la gloria de Dios.

Otro pasaje importante se encuentra en ^{<13051>} Juan 5:17-29. Jesús se engarza en una controversia con los judíos acerca de la curación de un hombre en el sábado. En el versículo 17 él dice: “Mi padre hasta ahora obra, y yo obro”. Los judíos buscaban cómo matarlo porque decían que había blasfemado al hacerse igual a Dios. Entonces, ellos deben haber entendido a Jesús haciéndose el Hijo de Dios en un sentido único. Si Jesús no tuvo la intención de reclamar para sí mismo la divinidad, ¿por qué no mitigó la ira de ellos diciéndoles que habían entendido mal su demanda? Pero en lugar de hacer esto, él sigue con una defensa de tal demanda. El reclama tener poder de dar vida a los hombres (versículo 21). Todo juicio le ha sido dado al Hijo (versículo 22). Todos deben honrar al Hijo como honran al Padre, y el que no honra al Hijo, no honra al Padre (versículo 23). Luego él reafirma su poder de dar vida ahora a los muertos espiritualmente (versículo 25). El tiene autoridad de ejecutar juicio porque es el Hijo del Hombre (versículo 27). Levantará en el futuro a todos los muertos físicamente (versículo 28). Por cierto que el autor de este pasaje quiso

atribuirle deidad absoluta a Cristo, siendo que reclama funciones divinas para él, y que él debe ser honrado por los hombres como es honrado el Padre. Ningún judío hubiera hablado así de alguien, a menos que pensase de ese alguien como absolutamente divino.

En otra controversia con los judíos, que consta en [Juan 8:58](#), Jesús dijo: “Antes que Abraham fuese, yo soy”. Otra vez ellos tomaron piedras para lanzárselas. Apenas les había dicho que Abraham vio su día y se regocijó. Ellos dijeron que Jesús no tenía ni siquiera cincuenta años de edad; ¿había él, entonces, visto a Abraham? En respuesta a esta pregunta Jesús parece afirmar que él trasciende al tiempo, que es eterno. Posiblemente usa de propósito el título que corresponde a Jehová en el Antiguo Testamento ([Éxodo 3:14](#)). Parece que los judíos captaron el significado de las palabras de Jesús e interpretaron la afirmación como si fuese una blasfemia.

En [Juan 20:28](#), Tomás se dirigió a Jesús como “¡Señor mío, y Dios mío!” Cualquiera otra cosa que pudiera decirse respecto a esta afirmación, lo más importante es que Jesús aceptó la designación. Si Tomás se equivocó al usar tal frase, ¿por qué Jesús no lo corrigió? Su aceptación de esta forma de tratamiento es su endorso virtual de sí mismo.

En los escritos de Pablo hay abundante evidencia de que él pensó acerca de Cristo como divino. La interpretación más natural de [Romanos 9:5](#) es la de que allí él llama a Cristo, Dios. Esta es la intepretación dada por Sanday y otros. El dice que Cristo es de los padres en cuanto a la carne; esto es, en el lado humano de su ser; mientras que en el lado más alto de su ser, él es sobre todas las cosas, Dios bendito por siempre. Tenemos un concepto similar en [Romanos 1:4](#). El dice allí que, en cuanto a la carne, por el lado humano de su ser, él nació de la simiente de David, pero que, conforme al espíritu de santidad, o por el lado espiritual de su ser, él fue determinado (margen de la Revised Version), marcado o colocado en una posición de poder por la resurrección de entre los muertos. Esto es, por la resurrección de entre los muertos, Jesús vino a una posición de poder que le perteneció a él en virtud de su posesión del espíritu de santidad o naturaleza divina. Es posible que en [Tito 2:13](#) Pablo intentó llamar Dios a Cristo, pero esto es más incierto.

Uno de los pasajes sobresalientes de Pablo sobre la cristología es el de [Filipenses 2:5-11](#). Pablo dice que Cristo preexistió en la forma de Dios y en un plano de igualdad con Dios. Por “forma de Dios” él evidentemente no quiere decir una mera forma o estado del ser como distinguiéndola de la

substancia o de la realidad que le pertenece. Porque él prosigue diciéndonos que Cristo tomó la “forma de siervo”, hecho semejante a los hombres. Evidentemente, con esto no quiere dar a entender que Cristo fue humano sólo en apariencia; lo que Pablo quiere decir es que Cristo llegó a ser un hombre real en su naturaleza y en su vida. De igual manera, eso da a entender por “forma de Dios”, que Cristo era Dios en su naturaleza o en la esencia de su ser, tanto como en su apariencia o forma. Y por la frase “siendo igual a Dios”, Pablo nos da a entender que en algún sentido real Cristo era igual con el Padre. En los versículos del 9 al 11, Pablo se refiere a la exaltación de Cristo como un premio moral a su humillación y muerte voluntarias. Lo que él dice indica que piensa en cuanto a Cristo como viniendo a una posición de señorío y de soberanía absolutos en relación con toda la raza humana. Cuando Cristo llega a esta posición de autoridad y de poder, trae consigo su humanidad glorificada. El alcanza esta exaltación debido a su sufrimiento redentor el cual culminó en su muerte. Su posición de soberanía es ahora el resultado de su obra.

Otro pasaje cristológico sobresaliente en los escritos de Pablo es el de Colosenses 1:15. Aquí él dice que Cristo es la imagen del Dios invisible; esto es, es tal reproducción o semejanza del Dios que dentro de sí mismo es invisible a los hombres, que este Dios se hace manifiesto o conocido de los hombres. Este Cristo es el primogénito de toda la creación. Ocupa la posición de autoridad y de poder en la creación de Dios, sujeto únicamente al Padre mismo, exactamente igual que el hijo primogénito ocupó tal posición en la familia oriental. Pablo dice que todas las cosas, sin excepción, fueron creadas en él y por él. Dios crea, pero él crea en el Hijo y a través de él, así como él salva en el Hijo y a través de él.

Dios no tiene relación con el mundo, ni creadora ni redentora, excepto por medio de Cristo como el agente de su energía y de su poder fluyentes. Pablo está de acuerdo con la afirmación de Juan (Juan 1:3) en tomar a Cristo, no como la fuente absoluta, sino como el agente de mediación en la creación. Todas las cosas, dice él fueron creadas para él. El es la meta tanto como el agente de la creación. Fue en referencia con él que todas las cosas fueron hechas. La Creación tiene su plan básico y racional en él. El es antes que todas las cosas y todas las cosas subsisten por él. Cristo no es tan sólo la meta hacia la cual la creación se mueve, sino que él está detrás de ella como su base y sostén. Todas las cosas se mantienen juntas o subsisten en él. Entonces Pablo se vuelve a sus funciones más distintamente redentoras como distintas de las cósmicas. Dos o tres afirmaciones necesitan nuestra atención. Fue el propósito

de Dios que Cristo tuviera la preeminencia en todas las cosas. El debía estar sobre toda la creación. De acuerdo con el versículo 20, su obra de reconciliación, verificada por medio de la sangre derramada en la cruz, es en algún sentido universal, incluyendo las cosas existentes en el cielo así como las cosas que hay sobre la tierra.

Se hace difícil ver cómo pudieran leerse esas declaraciones de Pablo y negar que Pablo sostuvo en el sentido más alto y absoluto, la deidad de Cristo. (Véase también Hebreos capítulo 1; de hecho, todo el Nuevo Testamento. Especialmente el Apocalipsis es claro en su lenguaje sobre este punto).

Pablo y Juan representan a Cristo como existiendo antes de que él viviera sobre la tierra. Juan dice que Cristo estaba en el principio con Dios (^{<430101>}Juan 1:1). El representa a Jesús diciendo: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (^{<430888>}Juan 8:58), y, “Padre, glorificame tú cerca de ti mismo con aquella gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo fuese” (^{<431705>}Juan 17:5). Pablo dice que Cristo existió en la forma de Dios y en un plano de igualdad con Dios (^{<4301706>}Filipenses 2:6). Las afirmaciones de Pedro en ^{<430111>}1 Pedro 1:11, 20 se interpretan mejor como significando preexistencia.

Veamos ahora que estos escritores probablemente no comenzaron con la idea de la preexistencia partiendo de eso a la vida terrenal. Probablemente ellos comenzaron con el Cristo glorificado según lo conocieron en sus propias experiencias y partieron de eso a la idea de su preexistencia. Su existencia eterna era necesaria para explicar su poder redentor.

Seguramente que ellos no concibieron esta preexistencia como una preexistencia ideal; o sea, que Cristo preexistió solamente en la mente y en el propósito de Dios. Con toda seguridad que este no fue el pensamiento de Pablo, porque él dice que este Cristo preexistente se vació a sí mismo al hacerse hombre. El pensamiento de Pablo, entonces, es que el hacerse hombre fue acto de su propia voluntad, lo cual hubiera sido imposible de haber Pablo estado pensando en su preexistencia únicamente en la mente y en el propósito de Dios. Con esto concuerda la declaración de Juan en ^{<430114>}Juan 1:14, cuando dice que el Verbo fue hecho carne. El Cristo del Nuevo Testamento no es un hombre deificado por sus celosos discípulos; él es el eterno Hijo de Dios que voluntariamente se hizo hombre para redimir a la humanidad perdida.

2. La actitud de fe hacia él.

Esta cuestión de la deidad de Cristo en el Nuevo Testamento, sin embargo, no depende tanto de la exégesis de algunos pasajes particulares como de la actitud espiritual total de los primeros cristianos hacia Cristo. Ellos eran judíos. Desde los primeros días, un estricto e inflexible monoteísmo había sido plantado en sus mentes. Era una parte de la atmósfera nacional y religiosa en la cual ellos habían nacido y habían sido criados. Y no obstante, su actitud hacia Cristo es tal, que no pudiera describirse en otra forma que no fuera la de idolatría, en el caso de que Cristo no fuera divino. Ellos confiaron en él, le adoraron y le sirvieron en el mismo grado en que los hombres pueden confiar en Dios, adorarlo y servirlo. Y lo que es cierto en cuanto a ellos y cierto también respecto de miles de hombres y de mujeres en cada generación desde la época del Nuevo Testamento hasta el tiempo presente y de millones de los que viven en el día de hoy. ¿Cuál es esa actitud? Esta puede resumirse en la palabra “fe”. En el Nuevo Testamento, Cristo es el objeto de la fe. Esto mismo aparece como una verdad en cada uno de sus libros, desde los Evangelios Sinópticos en adelante.

La fe es la confianza en Jesús como Salvador del pecado. Esa confianza es un abandono incondicional y sin reservas del alma en Cristo. Es una confianza tal como uno justamente sólo pudiera ejercerla en Dios. El pecado va contra Dios. Sólo Dios puede perdonar los pecados. En esto los críticos de Jesús estaban en lo correcto (^{<410205>}Marcos 2:5). Si Cristo reclamó perdonar los pecados, él fue divino o blasfemo. Confiar en Cristo para la salvación es confiar en él como Dios. El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Pero sólo Dios puede salvar. Cristo y Dios son uno en la salvación. Un hombre cree en Cristo para ser salvo, o cree en Dios según se revela en Cristo. Las dos afirmaciones significan la misma cosa. La fe en Cristo y la fe en Dios son sólo una fe, no dos. Dios está en Cristo reconciliando al mundo a sí (^{<470501>}2 Corintios 5:19). La obra de Cristo al salvar, entonces, es la obra de Dios.

Ella es también rendirse a él como Señor. Salvación y señorío en Cristo son inseparables. La fe del Nuevo Testamento abarca un reconocimiento del señorío de Jesús y una rendición a su señorío. La fe no es solamente recibir a Cristo, es también la entrega del ser a Cristo. En principio, esta actitud es una actitud de abandono total de la persona a otra.

VI. JESÚS GLORIFICADO

Después de la resurrección, el Nuevo Testamento representa a Jesús ascendiendo al cielo. Sacó a sus discípulos de Jerusalén y los llevó al monte de

las Olivas, y allí, a la vista de sus discípulos, ascendió al cielo (^{<422450>}Lucas 24:50, 51; ^{<440109>}Hechos 1:9). Pero no dejó de ser real a sus discípulos. Era para ellos ahora una realidad espiritual más bien que una presencia corporal. Ahora piensan en él como sentado a la diestra de la Majestad en las alturas (^{<440233>}Hechos 2:33; 7:56; ^{<580103>}Hebreos 1:3; compárese con ^{<461502>}1 Corintios 15:25). Después de los Evangelios, todo el Nuevo Testamento está escrito desde el punto de vista del Cristo exaltado. Los escritores no miran tanto hacia atrás al Jesús histórico, sino que miran ahora hacia arriba al Cristo glorificado.

Miremos algunos pasajes específicos del Nuevo Testamento sobre esta cuestión. Uno es la afirmación de Mateo en la cual se representa a Jesús como diciendo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (^{<402818>}Mateo 28:18). Después de darles a sus discípulos la gran comisión sobre esta base (nótese el “por lo tanto” del versículo 19), él sigue diciendo: “Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (^{<402820>}Mateo 28:20). Jesús hizo esta afirmación después de su resurrección. Tómese nota del alcance que tiene aquí la autoridad dada a Jesús. Es una autoridad que llegó a ser suya. Evidentemente es una autoridad que le fue dada en la resurrección. Ella representa su victoria suprema sobre el pecado y la muerte. Entonces él promete su omnipresencia espiritual con su pueblo así como ellos pongan en marcha sus órdenes. En una afirmación hecha antes de la resurrección, él promete estar en medio siempre que dos o tres se reúnan en su nombre (^{<401820>}Mateo 18:20). Sin duda que al hacer esta promesa, Jesús contempla su estado después de su resurrección y su relación para entonces con sus discípulos.

Otra declaración significativa se encuentra en ^{<440236>}Hechos 2:36. Pedro dice: “Sépa pues ciertísimoamente toda la casa de Israel, que a éste Jesús que vosotros crucificasteis, Dios ha hecho Señor y Cristo”. Aquí Pedro está explicando a sus oyentes la importancia de lo que acaba de acontecer en el día de Pentecostés. El explica que el Espíritu Santo ha sido derramado por el Cristo resucitado y exaltado. En cumplimiento del ^{<198001>}Salmo 110:1, Dios ha levantado de entre los muertos a Jesús y hállo exaltado a una posición de autoridad y de poder a su diestra. Jesús, quien ha sido de esa manera exaltado, habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que ellos ahora ven y oyen. Entonces él dice que la importancia de todo esto, en cuanto a Jesús concierne, es que Dios ha hecho a este Jesús a quien ellos crucificaron, Señor y Cristo. Dios hizo esto en la resurrección y en la ascensión. Esto queda evidenciado por la venida el Espíritu Santo.

Dios lo ha exaltado. Dios le ha vestido con autoridad universal y poder. Este poder es espiritual en su naturaleza según se demuestra por el derramamiento del Espíritu Santo. En carácter es moral, no físico ni militar. Esto se garantiza en el hecho de que es el mismo Jesús a quien ellos habían conocido y quien había muerto antes que permitir a sus discípulos emplear la fuerza para defenderlo o antes que echar mano al poder espiritual sobrenatural de los ángeles para defenderlo.

El libro de Los Hechos se escribió para poner de manifiesto la actividad de este Cristo exaltado. El primer tratado de Lucas era acerca de lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, implicando que este otro es acerca de lo que Jesús continúa haciendo y enseñando (⁴⁴⁰¹⁰¹Hechos 1:1). El programa del Cristo resucitado se expone en ⁴⁴⁰¹⁰⁸Hechos 1:8. El resto del libro se ocupa en demostrar cómo la actividad evangelística y misionera de los primeros discípulos consistió en llevar adelante este programa, a medida que el Cristo ascendido operaba por su espíritu en su pueblo. Del Pentecostés en adelante en el Nuevo Testamento, la presencia y la actividad del Espíritu son siempre consideradas como la presencia y la actividad espirituales del Jesús glorificado. El está presente por su Espíritu con su pueblo y actúa en ellos y por medio de ellos en el establecimiento de su reino sobre la tierra.

Es indudable que en ⁴⁵⁰¹⁰⁴Romanos 1:4 Pablo quiere decir la misma cosa que Pedro dice en ⁴⁴⁰²³⁶Hechos 2:36. No simplemente, como las traducciones lo indicarían, que Jesús por la resurrección fue declarado o demostró ser el Hijo de Dios, sino más bien que Dios en la resurrección colocó a Jesús en una posición de poder que estaba en conformidad con su más alta naturaleza espiritual (conforme al espíritu de santidad). Durante su vida terrenal, su naturaleza superior se vio limitada, constreñida, pudiera decirse, a un estado o condición de humillación el cual él voluntariamente aceptó a fin de poder redimir al hombre. La resurrección constituyó su liberación; ella fue su día de emancipación. Se removieron los límites. Las puertas eternas se alzaron y el Rey de la Gloria marchó hacia su trono.

Esencialmente, la misma opinión está envuelta en lo que Pablo dice en ⁴⁶¹⁵⁰²1 Corintios 15:20-28. Cristo es las primicias de los muertos. Habiéndose levantado de los muertos, él reina ahora a la diestra de Dios. El permanecerá allí hasta abolir todo gobierno y autoridad y poder. Esto es, todo rival o poder opositor en el universo será sometido. El apogeo de este reino conquistador vendrá cuando Cristo venga otra vez a levantar los cuerpos muertos de su

pueblo. Todas las cosas serán entonces sujetas por Cristo, exceptuando sólo a Dios quien ha sujetado todas las cosas a Cristo.

Quizás el pasaje más notable en el Nuevo Testamento sobre esta cuestión es ^{<502609>}Filipenses 2:9-11. Allí Pablo dice que Dios exaltó grandemente a Cristo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre. El tiene el lugar supremo en el universo de Dios. Toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra y debajo de la tierra, ha de postrarse delante de él. Toda lengua confesará que él es el Señor a la gloria de Dios Padre. Esta soberanía absoluta le viene a Cristo como una recompensa moral por su humillación y su muerte voluntarias. Porque él se despojó a sí mismo, Dios lo exaltó.

En el Apocalipsis Juan registra su visión del Cristo glorificado en el primer capítulo (vv. 10-20). Aparece en su poder y majestad. Sus pies, que habían sido traspasados, son ahora pies de bronce bruñido. La fuerza del sol está en su rostro. El sostiene a los mensajeros de las iglesias en su mano y anda en majestad entre las iglesias. Una espada aguda de dos filos procede de su boca. El Hijo de Dios se apresta para la guerra. El Apocalipsis nos presenta una vista de la guerra que él libra contra la obscuridad y el pecado. Esa guerra nunca cesa sino hasta que el pecado es conquistado y la justicia y la verdad reinen en el mundo de Dios.

Sería interesante notar cómo este pensamiento del Cristo exaltado es tratado en el Libro a los Hebreos y en otros lugares del Nuevo Testamento. Pero estos pasajes son suficientes para mostrar que el pensamiento es fundamental en el pensamiento de los escritores del Nuevo Testamento. El cristianismo no es una religión que simplemente mira en retrospección al Cristo histórico; mira arriba al Cristo glorificado y le rinde adoración.

En su glorificación él se levantó por sobre las limitaciones de tiempo y de espacio. Volvió al estado de gloria que tenía con el Padre antes que el mundo fuese (^{<431708>}Juan 17:5). Sus limitaciones de conocimiento y poder fueron eliminadas. El es ahora espiritualmente omnipresente (^{<401820>}Mateo 18:20; 28:20). Su poder y su presencia espirituales pueden probarse en la experiencia y se han probado miríadas de veces. Cada vez que un pecador se torna a él en penitencia y encuentra en él el perdón de sus pecados, la transformación moral y la victoria sobre el poder del pecado, se da cuenta de la omnipotencia moral de Jesús. Se hace por él sólo aquello que Dios puede hacer. Otra vez, él es el Compañero invisible pero universal de su pueblo. A medida que salen a proclamar en su nombre las buenas nuevas de salvación y a extender su reino

en el mundo, sienten su presencia con ellos en cumplimiento de su promesa; y en esa presencia ellos encuentran su gozo y su inspiración para su servicio.

CAPÍTULO 4. LA DOCTRINA DE DIOS

I. Personalidad y Espiritualidad de Dios

1. ¿Es Dios una persona?

(1) Definición

(2) Razones para creer en la personalidad de Dios.

- a. La personalidad de Dios es necesaria para explicar la personalidad del hombre.
- b. La negación de la personalidad de Dios hace que la religión pierda toda importancia.
- c. El Antiguo Testamento tiene el concepto de un Dios personal.
- d. La revelación en Cristo garantiza la personalidad de Dios.
- e. Respuesta personal en la experiencia cristiana.

2. Dios es Espíritu.

(1) Definición.

(2) Razones para sostener que Dios es Espíritu.

(3) Dificultades.

3. Relación entre la personalidad y la espiritualidad.

II. Dios como un Ser Absoluto

1. Significado de la expresión.

2. Algunas inferencias inmediatas.

(1) Existencia propia.

(2) Unidad y supremacía.

3. Relación con el orden mundial.

(1) Su presencia en el orden mundial.

(2) Su conocimiento del orden mundial.

a. No está limitado por el tiempo.

b. No está limitado por el espacio.

c. No es el resultado de una inferencia.

d. Conoce con anticipación los actos libres del hombre.

e. Conoce los eventos en su relación con todos los demás eventos.

f. Toda verdad e inteligencia tienen su base en Dios.

(3) Su poder sobre el orden mundial.

III. Naturaleza Moral de Dios

1. Santidad.

(1) Trascendencia ética.

(2) Justicia.

(3) Gracia.

2. Rectitud.

(1) Definición.

(2) Su relación con el hombre.

a. Demanda la rectitud en el hombre.

b. Condena el pecado en el hombre.

c. Mueve a Dios para salvar al hombre.

3. Amor.

(1) Naturaleza y significado.

a. Inteligente.

b. Benévolos.

c. Justo.

d. Se da a sí mismo.

e. Demanda el amor del hombre.

(2) La naturaleza de Dios es el amor.

a. No es accidental o incidental.

b. La creación es un acto del amor.

c. Su relación con la doctrina de la Trinidad.

IV. Dios y el Mundo

1. Dios creó el mundo.

2. Dios preserva el mundo.

3. Dios trasciende al mundo y es inmanente en él.

La noción fundamental en toda religión es su noción de Dios. Según hemos visto, Dios se revela de varias maneras al hombre, pero de un modo supremo él se revela en Jesucristo. Deseamos mirara hora más específicamente a la naturaleza de Dios según él se nos revela en Cristo.

I. PERSONALIDAD Y ESPIRITUALIDAD DE DIOS

Si hemos de obtener una verdadera noción de Dios, hay dos ideas que debemos asir con firmeza: la personalidad y la espiritualidad de Dios. Estas ideas guardan entre sí una relación tan estrecha, que las vamos a considerar juntas.

1. ¿Es Dios una persona?

(1) ¿Qué es lo que se da a entender por personalidad? Generalmente se dice que una persona es un ser que tiene los poderes de una conciencia propia y de una determinación propia. Quizás esto no sea lo suficientemente inclusivo. Agreguemosle a esto otra característica y digamos que las características de la personalidad son tres: inteligencia, particularmente en la forma de conciencia propia; determinación propia; y conciencia moral.

La inteligencia es una característica de la personalidad. Una persona es aquella que conoce al mundo que la rodea y que particularmente se conoce a sí misma en relación con ese mundo y con otras personas. Es el poder decir: "Yo soy Yo" en contraste con todas las otras formas de realidad en el mundo. Es el poder de conocerse a sí mismo como el sujeto permanente de todas las experiencias propias y ver la diferencia que hay entre el individuo y sus experiencias. Yo no soy mis sensibilidades o sentimientos o pensamientos; Yo soy más que las tres cosas juntas. Detrás de las experiencias cambiantes está el ser permanente.

Otra característica de la personalidad es la determinación propia. Una persona puede recibir influencia de afuera, pero el factor determinante en la modelación de la vida y del destino es de adentro. Otros pueden ejercer su influencia sobre nosotros, pero la determinación es nuestra. Esto significa que una persona tiene el poder de mirar hacia adelante y de escoger su propio curso. Después de haber escogido un fin, se tiene el poder de encauzar las energías y sus esfuerzos hacia la realización del fin escogido.

De consiguiente, una tercera característica de la personalidad es la conciencia moral; esto es, una persona es consciente de la diferencia entre lo bueno y lo malo, y de la obligación de hacer lo bueno y de evitar lo malo. Un ser con la capacidad de la conciencia de sí mismo y de la determinación personal, pero sin una conciencia moral, no sería una persona en todo el sentido del término. A decir verdad, es muy dudoso que la conciencia propia y la determinación propia alcance su forma más distintiva excepto en relación con la idea de lo bueno y de lo malo. Una persona amoral no sería más que una máquina pensante.

El tema de la personalidad de Dios se reduce entonces a la siguiente pregunta: ¿Es Dios una inteligencia consciente de sí mismo; tiene él determinación propia; conoce él las distinciones morales y se interesa en ellas? Sólo hay una respuesta

a estas preguntas, una respuesta afirmativa y clara. Dios es el único ser que tiene perfecta conciencia de sí mismo. De consiguiente, él es la única personalidad perfecta. El hombre tiene conciencia propia sólo parcialmente. El se conoce y se entiende a sí mismo sólo en un grado muy reducido. Sólo hasta cierto punto él tiene determinación propia. Su capacidad para tomar determinaciones está limitada por el mundo exterior, por su propia naturaleza y por sus poderes limitados. Su libertad es sólo una libertad parcial. Su conciencia moral es muy imperfecta. Sus nociones del bien y del mal son a menudo borrosas y confusas. Su sentido de obligación moral es muchas veces lerdo. En vista de estos hechos, alguien dijo que el hombre es un candidato a la personalidad antes que una persona. Su personalidad es, o al menos debiera serlo, una personalidad en desarrollo. La personalidad de Dios es eternamente completa. El se conoce perfectamente a sí mismo en relación con todas las cosas que existen; es totalmente un ser con determinación propia —para lo que él es y para lo que hace, fuera de sí mismo, él no depende de nada; su conciencia moral es perfecta, ya que su propio carácter moral es el fundamento de la distinción entre el bien y el mal y el fundamento de toda obligación moral en él y en otros.

(2) ¿Qué razones tenemos para creer en la personalidad de Dios?

a. En primer lugar, la personalidad de Dios es necesaria para dar razón de la personalidad del hombre. Si Dios es impersonal, entonces la personalidad del hombre no tiene explicación; la corriente se levanta más alto que su fuente. Pero si Dios es una Persona, nosotros podemos entender la personalidad del hombre como siendo la creación de Dios, quien hizo al hombre conforme a su imagen. Pero si Dios no es una Persona, las cualidades personales del hombre no tienen explicación alguna.

Más todavía, cualquier sistema de pensamiento que desconozca la personalidad de Dios, finalmente, como una necesidad lógica, hará de la vida personal del hombre no más que una burbuja que aparece por un momento en la superficie del mar del ser para ser luego reabsorbida en el mar. La personalidad en Dios y la personalidad en el hombre, juntas se mantienen en pie o caen por igual. En un mundo fundado sobre lo impersonal no hay ningún lugar para los valores personales permanentes de cualquier clase.

b. En segundo lugar, si Dios no es una persona, todo significado desaparece de la vida religiosa del hombre. La religión es una de las cosas más características en la vida humana. Y deshacernos de la personalidad de Dios en nuestro

pensamiento, lejos de explicar la religión con eso, más bien la anulamos. La religión se ejerce en términos personales. Si Dios no es una persona, entonces las ideas y actividades más esenciales en la vida religiosa no tienen significado alguno. ¿Qué significado tendría el pecado, el arrepentimiento, la fe y la oración si no hubiera una religión con un Dios personal? El pecado es falta contra una persona. Uno se arrepiente por haber ofendido a una persona. La oración es comunión con una persona. Si Dios no es una persona, la religión no es más que superstición y pura farsa.

- c. La idea del Antiguo Testamento acerca de Dios es a todas luces personal. Se siente, habla y piensa. Para los profetas, él fue el gobernador soberano del mundo.
- d. Pero la garantía final de la personalidad de Dios se encuentra en la revelación de Dios en Cristo. Cristo piensa de Dios como una persona. Para Jesús, Dios era el Padre amoroso que cuida de sus hijos con ternura. El gobierna al mundo en amor. Ni un pajarillo cae a tierra sin que él se dé cuenta.

Las cualidades sobre las cuales Cristo hace hincapié en su revelación de Dios son cualidades personales; supremamente, éstas son el amor y la justicia. La venida de Cristo y su muerte a favor de la humanidad son la revelación del amor de Dios. Las cualidades dominantes en el carácter de Jesús son los atributos supremos de Dios. Jesús mismo es la incorporación de la vida de Dios. La revelación cristiana se funda en la idea de la personalidad de Dios.

- e. Además, en la experiencia cristiana, cuando el cristiano se arrepiente de haber ofendido a Dios y ejerce su fe en Cristo, obtiene una respuesta personal. El experimenta el perdón de los pecados, la transformación moral, y el rehacimiento de su propia personalidad en la imagen moral de Cristo. El tiene comunión personal con el Dios vivo según se revela en Cristo. Esta experiencia de comunión con Dios disipa toda duda en su mente acerca de la personalidad de Dios, la cual es tan cierta como la personalidad de cualquiera de sus mejores amigos.

2. *Dios es Espíritu.*

(1) Significado de la afirmación. Por ella se quiere decir que la esencia del ser de Dios es espíritu antes que materia. No hay elemento material en su ser. No es materia. No depende de la materia. No tiene cuerpo. La única forma como nosotros podemos formarnos un concepto positivo de la espiritualidad de Dios, y que tenga contenido concreto, es construir la vida de Dios en términos de

nuestra propia experiencia interior. Nosotros debemos pensar acerca de Dios en términos de energía y de vida mentales y morales, más bien que en conceptos materiales.

(2) Razones para sostener la espiritualidad de Dios. Por todas partes la Biblia enseña que Dios es un ser espiritual. La más clara expresión es la de Jesús, “Dios es Espíritu” (^{<430424>}Juan 4:24). Probablemente esto no debiera traducirse Dios es un espíritu, o sea, un ser espiritual individual, sino más bien Dios es espíritu, o sea que el espíritu forma la esencia de su ser. La lección que él está enseñando acerca de la adoración espiritual, concordará mejor con esta traducción. En el griego no hay artículo y entonces puede traducirse de cualquiera de los dos modos.

Nuestra comunión con Dios como un asunto de experiencia espiritual interior, nos llevaría también a creer que Dios es un ser espiritual. Nosotros no podemos ver a Dios, ni alcanzarlo por medio de ninguna otra forma de percepción sensorial. Pero podemos tener comunión con Dios por medio de la fe. Por medio de esta experiencia espiritual conocemos a Dios como un poder invisible y espiritual que opera dentro de nosotros.

(3) Dificultades. Hay dos dificultades. Una es que la Biblia habla de las manos, los ojos, la boca de Dios. Nosotros debemos, desde luego, entender que estas expresiones están adaptadas a nuestro humano entendimiento. Dios no podía revelarse a nosotros en otros términos que no fueran términos humanos.

La otra dificultad es sólo otra fase de esto mismo. Es la dificultad de concebir a Dios sin referencia alguna a los conceptos de forma y de materia. Esta dificultad se resuelve en Cristo. Ningún hombre ha visto jamás a Dios; el unigénito Hijo que está en el seno del Padre, él le declaró (^{<430118>}Juan 1:18). El ha hecho a Dios tangible y real al pensamiento y a la experiencia de los hombres (^{<620101>}1 Juan 1:1). Es la imagen el Dios invisible (^{<510115>}Colosenses 1:15; ^{<580103>}Hebreos 1:3). La historia de la idolatría es un testimonio de la necesidad que el hombre tiene de una revelación tangible del Dios invisible.

Entonces, la revelación de Dios en Cristo sirve al propósito de revelar a Dios como espíritu puro y al mismo tiempo de hacerlo a él real a los hombres.

3. La relación entre la personalidad y la espiritualidad.

Estas dos ideas de la personalidad y la espiritualidad están muy relacionadas. Algunas personas tienen dificultad en pensar acerca de la personalidad como

aparte de la forma física o de las relaciones con el espacio. Pero cuando vemos lo que está envuelto en la personalidad, entonces nos damos cuenta de que la esencia de la personalidad es espiritual, no física o material. Quizás no será equivocado, entonces, decir que Dios puede ser una personalidad perfecta porque la esencia de su ser es espiritual más bien que material. El trasciende las limitaciones de nuestra personalidad finita por la razón de que él no se encuentra limitado por un cuerpo ni depende de él. Puede ser que sea necesario que otras condiciones y no éstas constituyan la perfección de su personalidad, pero se hace difícil ver cómo pudiera ser él perfecto en la vida personal si no tuviera que depender de un cuerpo.

Podemos decir, entonces, que la esencia del ser de Dios es espíritu, mientras que la forma que ella toma es personal —personal en contraste con cualquier forma inferior de ser como impersonal.

II. DIOS COMO UN SER ABSOLUTO

Dios es perfecto en sus cualidades morales; él es también perfecto en cada aspecto en que nosotros podamos pensar en él. Su sabiduría y su poder no tienen límites. Esto se aplica tanto a lo que se denomina, como los atributos naturales, como a la naturaleza o el carácter moral de Dios. Podemos resumir la perfección de Dios en cuanto a sus “atributos naturales” en el término “absolutismo” (o sea, Dios como ser absoluto).

1. Significado del término.

Este término denota una idea, la cual conviene considerar en nuestro pensamiento de Dios. La infinitud de Dios casi significa la misma cosa. Por lo absoluto de Dios se quiere dar a entender que él no depende de ninguna cosa fuera de él mismo; su infinitud denota la plenitud sin límites y la perfección de su ser.

El término absoluto se ha usado algunas veces en el sentido de lo no relacionado. Dios no es absoluto en el sentido de no relacionarse, sino en el sentido de que sus relaciones con el universo no son necesarias de su parte. Dios no tiene que depender del mundo; el mundo sí depende de él. Dios puede existir sin el mundo; el mundo no puede existir sin Dios. Todas sus relaciones con el mundo son relaciones que él desea. No le son impuestas por alguna fuerza exterior, sino que resultan de un acto libre suyo. Todas sus relaciones

con el mundo, tales como creación, preservación y redención, son relaciones en las cuales él decidió entrar.

Esta es la diferencia entre el concepto de lo absoluto y de la infinitud de Dios en el teísmo cristiano y en el panteísmo. En el panteísmo Dios está relacionado con el mundo por vía de necesidad. Sus relaciones con el mundo no son el resultado de una selección de su parte. Consecuentemente, Dios y el mundo son sólo diferentes aspectos de la misma realidad. Por otra parte, algunas formas de agnosticismo hablan de un Absoluto detrás de los fenómenos del mundo, pero sostienen que debido a su calidad de absoluto no puede ser conocido por el hombre. Este método de pensamiento remueve lo Absoluto tan lejos del hombre, que no puede ser conocido. El panteísmo coloca a Dios tan cerca de los fenómenos del mundo que Dios se pierde en ese mundo. El llega a ser identificado con sus fuerzas y procesos. El panteísmo hace a Dios y al mundo tan semejantes el uno del otro, que termina por borrar la distinción entre Dios y el mundo. El agnosticismo dice que ellos son tan desemejantes entre sí, que uno no puede aprender nada acerca del Absoluto a través de la naturaleza. En cualquiera de los dos casos, el mundo con sus fuerzas y procesos es la única realidad que se nos deja conocer. De manera que hay una afinidad más estrecha entre estos dos métodos de pensamiento de lo que parece al principio. Contra esas dos posiciones el teísmo cristiano afirma lo absoluto de Dios en el sentido de una vida personal independiente y perfecta.

2. Algunas inferencias inmediatas.

Hay algunas ideas que brotan inmediatamente de la idea de Dios como un ser absoluto. A decir verdad, ellas se relacionan tan cerca con la idea, que resulta un poco dudoso hablar de las mismas como inferencias; más bien son ciertas fases de la idea. Notemos algunas de estas ideas:

(1) Existencia propia — Lo absoluto en Dios lleva la idea de que Dios no depende de nada fuera de él mismo para su existencia. El tiene la fuente y el fundamento de su ser en sí mismo. No tiene que depender del mundo para su vida y su ser. Esto lleva en sí la idea de lo que algunas veces se habla de la vida como un atributo; o sea, que Dios no solamente vive, sino que también es la fuente de todo lo que vive. El es la fuente de toda vida. La Biblia habla de Dios como el Dios viviente (^{[^540315](#)}1 Timoteo 3:15). Como el medio de la energía emanada de Dios, Cristo es la fuente de la vida de los hombres. “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres” (^{[^430104](#)}Juan 1:4). El alumbría a todo hombre que viene a este mundo (^{[^430109](#)}Juan 1:9). Dios le ha dado a él vida en sí

mismo (^{<430526>}Juan 5:26). El es la resurrección y la vida (^{<431125>}Juan 11:25). Levanta a los muertos espiritualmente (^{<430525>}Juan 5:25). Y un día él llamará de sus tumbas a todos los muertos (^{<430528>}Juan 5:28, 29).

(2) Unidad y supremacía.

La unidad de Dios denota que hay un solo Dios. Según la naturaleza del caso, sólo puede haber un ser absoluto y con existencia propia. Esto lleva consigo el otro pensamiento de que Dios, en su ser, es indivisible. Generalmente, la idea de la unidad de Dios se denota por el término monoteísmo. Esta doctrina es fundamental tanto al Antiguo como en al Nuevo Testamentos. La noción de Dios como el Creador del cielo y de la tierra, lleva consigo la idea monoteísta. Abraham fue llamado a su tierra y de su parentela para rendirle culto al Dios único y verdadero antes que a los ídolos que eran adorados en su país de origen. El monoteísmo constituyó la fundación del pacto mosaico con Israel (^{<402201>}Éxodo 20:1-6).

El cristianismo es tan monoteísta como el judaísmo. No debe formularse la doctrina de la Trinidad de tal modo que signifique un triteísmo. A decir verdad, la creencia en la divinidad de Cristo no hizo que Pablo y los otros cristianos del primer siglo fueran menos monoteístas. Ellos sostuvieron con tenacidad la unidad y lo absoluto de Dios después de hacerse cristianos, y quizás con mayor vitalidad que antes.

El monoteísmo hace énfasis en la supremacía de Dios. Si sólo hay un Dios, él debe ser adorado por todos los hombres. El dominio universal de Dios sobre el mundo se destaca con claridad en algunos lugares del Antiguo Testamento, aunque la exclusividad nacional chocaba con la idea. Estas ideas estaban en conflicto en la religión de los judíos. Pero Dios fue reconocido como Dios de todo el mundo (^{<192401>}Salmo 24:1). Los profetas pronuncian los juicios de Dios sobre las naciones vecinas, reconociendo por lo mismo su soberanía sobre ellas (Isaías 13, 15, 17, 19, y así sucesivamente). El emplea a otras naciones para castigar a Israel. En el cristianismo el elemento universal prevaleció y todo exclusivismo nacional fue eliminado. Este fue el gran resultado en el caso de Pablo contra los judaizantes.

Esta supremacía absoluta de Dios está incluida en la fe cristiana. En esta fe está el elemento de rendición a Dios, el cual contiene implícitamente la soberanía universal de Dios.

La supremacía del Dios único y verdadero excluye, entonces, al politeísmo y a la idolatría. Jehová es descrito en el Antiguo Testamento como el Dios único y verdadero, en oposición a los dioses fraudulentos y falsos. Uno de los lenguajes más exaltados que aparecen en cualquier literatura es el que se encuentra en Isaías cuando describe al Dios supremo y único en contraste con los ídolos, los cuales son cosas vanas e inútiles. Como el Dios viviente, Jehová puede actuar. Los ídolos no pueden ver, ni oír, ni realizar ninguna cosa. Ellos son completamente vanidad; son nada (^{<234018>}Isaías 40:18-29). Jehová sí es Dios. Su poder y su sabiduría no tienen medida. El satisface la idea y el ideal de Dios, mientras que los ídolos sólo sirven para engañar y desanimar a los que ponen su confianza en ellos.

En el Nuevo Testamento el Dios único y verdadero es traído a los hombres en Cristo Jesús. Juan dice que la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (^{<43017>}Juan 1:17). Esto puede interpretarse como dando a entender que al experimentar la gracia de Dios en Cristo nosotros encontramos la última realidad religiosa. Encontramos en el versículo que sigue lo que esa realidad es cuando Juan nos dice que ningún hombre ha visto jamás a Dios, pero que el Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, le declaró. Es la gracia de este Dios lo que nosotros experimentamos en Cristo, y en esa experiencia nosotros encontramos la última realidad religiosa en el verdadero Dios.

3. Dios como ser absoluto en su relación con el orden mundial.

Nosotros podemos entender en una medida mayor lo que significaba la calidad de lo absoluto o la infinitud de Dios si aplicamos la idea en ciertos respectos definidos a Dios; esto es, si nosotros lo consideramos como aplicado a Dios en relación al orden mundial.

(1) Su presencia en el orden universal— ¿Qué hay con respecto a Dios en cuanto a su relación con el orden universal en el cual vivimos? ¿Significa el orden histórico lo mismo para él que para nosotros? ¿Cómo se relaciona Dios con ese orden? La experiencia del hombre en el orden universal está siempre sujeta a la ley del tiempo y del espacio. Su experiencia toma esa forma. El no puede prevenir el que su experiencia tome esa forma, como tampoco puede escapar él mismo. Es dudoso que lo fuera posible alguna vez. Pero ¿qué en cuanto a Dios? ¿Puede decirse lo mismo de él?

Hay tres términos que generalmente se usan para denotar las relaciones de Dios con el tiempo y el espacio. Ellos son: omnipresencia, eternidad e inmensidad.

La omnipresencia de Dios tiene referencia a la inmanencia de Dios en el orden espacial y temporal, y significa que él es inmanente en ese orden en todos los puntos del tiempo y del espacio. La omnipresencia de Dios significa que él está presente en todas partes y a toda hora. No hay punto en el espacio ni momento en el tiempo en el que Dios no esté presente. Sin embargo, no debe pensarse de esta presencia de Dios como de un objeto que se extiende en el espacio. Dios no está presente en el espacio a la manera de una substancia extendida infinitamente. El orden espacial y temporal tienen su fundación más bien en la mente y en la voluntad de Dios. Siendo que esto es así, él puede trascender al espacio y al tiempo. Pero es también cierto que porque el orden espacial y temporal tienen su fundación en Dios, Dios es necesariamente inmanente en ese orden. Dicho orden no podría existir sin él. El lo sostiene. Su presencia es la vida del universo. Esto se cumple en todos los órdenes de vida y de realidad en el universo.

En este punto, una palabra de cautela no quedaría mal. La omnipresencia de Dios no quiere decir que Dios esté presente en todas partes en el mismo sentido o con referencia al mismo fin o propósito. El no está presente en la roca y en la razón de Platón en el mismo sentido. El no está presente en la vida pecaminosa de Nerón y en la vida santa de Jesús en el mismo sentido. El no está presente en el infierno y en el cielo en el mismo sentido o con referencia a la misma función o finalidad. En un caso su presencia puede significar tormento y en otro caso puede significar felicidad. En un caso él está presente para sustentar el orden natural como natural; en otro, para regenerar y santificar el alma del creyente.

La eternidad nos da a entender que Dios trasciende todas las limitaciones del tiempo. Esto no quiere decir, sin embargo, que el tiempo no sea real a Dios o que Dios no conozca y reconozca el tiempo. Nosotros debemos sostener que el tiempo es real para Dios. No podemos estar de acuerdo con cualquier forma de idealismo que hace al tiempo irreal a Dios, socavando de esta manera la importancia del orden histórico. El orden histórico es real para Dios. El lo conoce como histórico. De aquí que Dios deba conocer estas distinciones; ellas deben ser reales para él si es que su voluntad es la base de la existencia de ese orden. Pero al mismo tiempo que Dios conoce el orden temporal e histórico como temporal e histórico, él no está limitado por el tiempo como el hombre lo está. El trasciende estas limitaciones. Conoce el futuro como futuro pero él lo conoce. El hombre puede en su memoria y en la conciencia de sí mismo, por relámpagos de intuición que penetran en el futuro, trascender las limitaciones

del tiempo, pero sólo muy parcialmente. Lo que el hombre puede hacer sólo parcialmente, Dios puede hacerlo de un modo completo.

La inmensidad de Dios significa que él trasciende las limitaciones que el orden espacial impone sobre el hombre. Dios no está limitado por el espacio. Lo que se acaba de decir acerca de la relación de Dios con el tiempo, puede también aplicarse en una forma general al espacio. Dios conoce al espacio como espacio. El hombre puede hacer esto pero sólo de una manera parcial.

Mentalmente, él puede hacerlo. Por medio de muchas invenciones modernas, él puede hacer prácticamente en una forma limitada lo que Dios hace en plenitud.

(2) Su conocimiento del orden universal.

Esto se denota por el término omnisciencia. Por omnisciencia de Dios se entiende su conocimiento perfecto. Dios conoce todas las cosas que son objeto de conocimiento. Dios no sabe nada de absurdos, como, por ejemplo, lo que sucedería si una fuerza irresistible estableciera contacto con un objeto inmóvil. Una pregunta semejante no tiene sentido; sólo es una pregunta en forma y no puede, por lo tanto, tener una respuesta.

En lo que nosotros estamos realmente interesados es en el conocimiento de Dios acerca del mundo actual que él hizo. Su conocimiento de este mundo es perfecto. Esto puede resumirse en varias afirmaciones.

a. El conocimiento de Dios no está limitado por el tiempo. Según se dijo ya, Dios conoce el orden temporal. El tiempo es real para Dios —no es real como algo que esté fuera de su dominio y que lo limite, sino real en el sentido de que él lo conoce. El orden temporal e histórico tiene su cimiento en su mente y voluntad; de consiguiente él lo conoce completamente. Siendo que todo el orden temporal de los eventos tiene su fundamento en la voluntad de Dios, él conoce el orden temporal como un todo. Está presente como una unidad en su pensamiento. El futuro no encierra sorpresas para Dios. El hecho de que Dios está llevando adelante un propósito en la historia del mundo, da pie a su conocimiento perfecto del orden temporal. Este orden está bajo su completo dominio. Pero no pudiera estar bajo su completo dominio a menos que no esté bajo el dominio de su perfecto conocimiento. Dios debe conocer de antemano los eventos de la historia; de otro modo, la historia del mundo sería una serie de eventos fortuitos sin ningún propósito o meta.

b. El conocimiento de Dios no está limitado por el espacio. Lo que se ha dicho acerca del orden temporal tiene aplicación también al orden espacial. Ese

orden, que se funda en su voluntad, él lo conoce también. La omnipresencia de Dios, tanto en el orden espacial como en el temporal, está asociada con su perfecto conocimiento de ese orden.

c. El conocimiento de Dios no es el resultado de una inferencia de su parte. Su razonamiento no brinca de la causa al efecto para inferir de esa manera lo que acontecerá en el futuro. El posee un conocimiento directo. Todas las fuerzas que operan en el mundo son causas que tienen su fundamento en su voluntad. Todo el sistema de cosas en el cual las causas operan para producir efectos, tiene su base en Dios. Teniendo su fundamento en su voluntad, él conoce todos sus eventos directamente, sus efectos tanto como sus causas.

d. Dios también conoció con anticipación directamente los actos libres de los hombres. Siendo que la existencia del hombre como un agente libre se funda en la voluntad de Dios, todos los actos de la voluntad del hombre, Dios los conoce directamente. Hay una objeción a esto. Esta objeción especifica que un hecho no puede ser conocido con anterioridad por parte de Dios y ser libre por parte del hombre. Se hace necesario recordar que ésta no es la opinión que la Biblia asume sobre el asunto. Los escritores bíblicos, por todas partes dan por sentado que un evento puede ser conocido con anterioridad y ser libre. Esta es también la convicción espontánea de la conciencia religiosa del hombre. Como un ser religioso, la conciencia del hombre presume que Dios conoce el futuro. Como un ser moral, la conciencia del hombre presume que los actos del hombre son libres. Pretender destruir cualquiera de esas dos ideas, sería destruir una idea que es fundamentalmente necesaria a la religión.

Pero se hace necesario en este punto recordar que Dios conoce anticipadamente los actos del hombre como libres y no como determinados. Y un evento puede ser cierto en la mente divina sin que necesariamente lo sea por parte del hombre. Dicho en otra forma, Dios puede conocer con anterioridad un evento como cierto y también su verificación como un resultado de la voluntad libre del hombre. El hombre no tiene que hacer lo que es seguro que él hará.

e. Dios conoce los eventos del orden universal no simplemente como eventos aislados o separados, sino en su relación con todos los otros eventos de ese orden. Estos eventos no existen como no teniendo relación alguna; ellos no acontecen de esa manera; tienen lugar como partes del orden universal. Todo el orden universal tiene su asiento en Dios. El conoce estos eventos, de consiguiente, tal como ellos son, esto es, como una parte del orden universal.

En otras palabras, Dios conoce el orden universal como una totalidad, como una unidad. Todos los períodos de tiempo están presentes en la mente de Dios en un acto indivisible de conocimiento. Y puesto que Dios conoce el orden universal histórico como un todo, él lo conoce en sus partes, en sus eventos particulares. Pero los conoce como eventos en el orden universal, en todas sus conexiones o relaciones con ese orden.

f. El hecho de que el orden universal está basado en la voluntad de Dios y que sea conocido de él, lleva consigo la conclusión de que toda forma de verdad y todo orden de inteligencia en el orden universal, tienen su cimiento en la voluntad racional de Dios. El hombre es un ser inteligente, por cuanto él fue hecho a la imagen de un Dios de inteligencia perfecta. La inteligencia del hombre puede interpretar el mundo como un orden racional, porque la presencia de Dios en el mundo y en la naturaleza racional del hombre, constituye el lazo de unión entre los dos. El hombre no podrá permanecer en la ignorancia y en la obscuridad, porque la presencia de Dios es su constante estímulo e inspiración para escudriñar la verdad. La verdad es verdad porque Dios es lo que es. El hombre no puede descansar mientras no conoce la verdad, pues Dios lo hizo tal como él es. La verdad no es una cosa movediza y cambiante, y la naturaleza racional del hombre sólo puede descansar en la verdad inmutable de Dios.

(3) Su poder sobre el orden universal.

Se describe este poder por medio del término omnipotencia. Por omnipotencia de Dios se entiende que todo el poder que hay en el universo, físico o espiritual, tiene su origen en Dios, él, de consiguiente, puede hacer cualquier cosa de que el poder sea capaz. Algunas cosas no pueden hacerse porque son inconsistentes con el orden que Dios ha establecido para el mundo, ya sea que ese orden se conciba como fundamento en la naturaleza racional de Dios o como establecido meramente por la voluntad de Dios. Como una ilustración de esto último, Dios no podía hacer dos montañas lado a lado sin que haya un valle en medio. Como una ilustración de lo primero, él no podría hacer que dos más dos sean cinco. El no podría hacer a la mentira verdad. Tampoco puede Dios hacer aquello que sea inconsistente con su propia naturaleza moral. Dios no puede mentir. Si así lo hiciera, eso sería negar su misma naturaleza como Dios. Decir que él no puede mentir o que él no puede hacer lo malo, eso no es limitar el poder de Dios. El hacer una cosa moralmente mala o racionalmente absurda no es una evidencia de fuerza, sino de debilidad.

Estas limitaciones, entonces, si es que pudiera llamárselas limitaciones, son puestas en Dios por su propia naturaleza moral y racional. Dios debe ser consistente consigo mismo. De no ser así, eso en ninguna manera sería una evidencia de poder sino de falta de poder. Dios respeta también el orden universal que él ha establecido. El no actúa inconsistentemente con ese orden. Por ejemplo, él respeta la libertad del hombre. No trata con el hombre en tal manera que hiciera violencia a su naturaleza como un ser libre. En esto no hay otra limitación más que la que él mismo se impone. La única limitación es la impuesta por la naturaleza o la voluntad de Dios al ordenar la existencia del hombre como libre. Lo mismo puede decirse respecto a cualquier otra limitación puesta en Dios por el orden del universo.

A veces se hace la objeción a la omnipotencia de Dios sobre el supuesto de que la omnipotencia de Dios entorpece la libertad del hombre. La objeción consiste en que, si Dios tiene todo el poder, entonces el hombre no tiene ninguno.

Pero, como una cuestión de hecho, el teísmo cristiano mantiene las dos cosas: Dios, como un Ser absoluto y la libertad humana. Ambas ideas aparecen lado a lado a través de las Escrituras, sin que haya ningún sentido de aparente contradicción por parte de los escritores. Dios es absoluto en el sentido en que el ser del hombre tiene su base en Dios y Dios es la última fuente de todo el poder del hombre. En este sentido, la omnipotencia de Dios es la base para la libertad del hombre y no su antítesis.

Debe recordarse, asimismo, que la soberanía de Dios que arranca su omnipotencia, es moral. No es el sumo poder de la fuerza bruta. Es el dominio de un Padre justo y amoroso, pero es también el señorío de poder. Pensar en la omnipotencia de Dios como la soberanía de la fuerza bruta, es pensar en él al estilo del mahometismo. La posición cristiana piensa en Dios como la persona omnipotente, de bondad y de amor perfectos.

III. NATURALEZA MORAL DE DIOS

Al definir lo que se entiende por personalidad de Dios, incluimos a la conciencia moral como un elemento esencial en la personalidad. Esto significa que Dios es un ser moral. Nosotros debemos ver ahora lo que se involucra en el hecho de que Dios es un ser moral.

Al pensar acerca de Dios, el énfasis debe ponerse en la naturaleza o carácter moral de Dios más bien que en su poder o en su grandeza. Nosotros estaremos más listos a entender esto, si recordamos que la revelación final de Dios nos es dada en Jesucristo. Cualquier hombre que quisiera conocer la clase de Dios a quien nosotros servimos, podrá conocerlo considerando primero a Cristo. El es la imagen del Dios invisible. Por lo tanto, Dios es como Cristo. Las cualidades dominantes en la vida de Cristo son las cualidades dominantes en el carácter de Dios. Se han empleado muchos términos para describir el carácter moral de Dios, tales como santidad, justicia, rectitud, verdad, misericordia, bondad y amor. Podemos resumir muy bien todo el asunto bajo las ideas de santidad, rectitud y amor.

1. Santidad.

Este término denotó la trascendencia de Dios, su separación del mundo y de todas las cosas creadas. Consistió también en aquella cualidad de Dios que lo separaba o distinguía de las cosas creadas y finitas. El término nunca perdió esta idea de la trascendencia o separación del mundo. Y en vista de que el término significó aquello que marcó a Jehová como separado del mundo, el término llegó a ser sinónimo de la deidad. El Santo de Israel significaba el Dios de Israel.⁴ Que el término no llevaba necesariamente consigo una importancia ética, se demuestra por el hecho de que las cosas fueron consideradas santas en virtud de su separación de los usos seculares y consagradas al servicio de Jehová —cosas tales como el templo, el sacrificio, el sábado. Cualquier cosa relacionada directamente con la presencia o el servicio de Jehová estaba considerada como Santa. Jerusalén era la Ciudad Santa porque allí habitaba Jehová y se manifestaba a su pueblo. En vista de que las cosas y los lugares no poseen cualidades éticas en sí mismos, resulta evidente que la idea de santidad aquí no es primariamente ética, si es que esa idea está del todo presente.

Pero la idea ética llega a ser prominente, especialmente en algunos de los Salmos y de los Profetas. Por cierto que la idea de la trascendencia está allí, pero ahora es su trascendencia ética. El ahora trasciende al hombre en bondad ética. Sus caminos y sus pensamientos no son los del hombre, sino que son más altos que los de él (²³⁵⁵⁰⁸Isaías 55:8, 9). La trascendencia ética de Jehová aparece en Isaías Cap. 6. En su visión, el profeta ve a Jehová sentado sobre su trono, alto y sublime. Los serafines cantan: “Santo, Santo, Santo, Jehová de los ejércitos.” Y hubo algo en esa visión de Jehová en su exaltación y santidad, que hizo al profeta realizar su propia pecaminosidad y el pecado de la gente con la

que él vivía. En este pasaje la santidad de Dios es a todas luces una santidad ética, pues de otro modo no hubiera hecho al profeta darse cuenta de su propia indignidad. Y es evidente que esta santidad ética de Dios es una bondad que trasciende a lo humano, ya que de otra manera la visión no hubiera impresionado tan poderosamente a Isaías, despertando en él un sentimiento de su impureza ética.

En el carácter de Dios como santo, según Isaías lo vio, había evidentemente el elemento de severidad. El es inmediatamente tocado con el sentido de la convicción y de la condenación; él se confiesa pecador e indigno. Contempla todo el orden moral de las cosas, del cual él forma parte, como cosa corrupta. Vive en medio de un pueblo de labios inmundos. Y sin embargo, al mismo tiempo hay el elemento de misericordia en esta santidad. El carbón encendido del altar quita sus pecados. La santidad de Dios, por lo tanto, incluye el elemento de misericordia o gracia tanto como el elemento de severidad o justicia.

La misma cosa es verdadera en el Nuevo Testamento. En lo que nosotros llamamos El Padre Nuestro, la primera petición es la de que los hombres consideren como sagrado o santo el nombre o el carácter revelado del Padre. La palabra usada allí es la forma verbal del término usual para la santidad en el Nuevo Testamento. Al Padre se le invoca como el Padre que está en el cielo. Esto sugiere su trascendencia. El no es un Dios democrático en el sentido de que él esté en el mismo nivel con la muchedumbre. Otra petición que se le hace al Padre es la de que él perdone nuestros pecados. Nuevamente esto muestra que en el carácter de este Dios Santo hay el elemento de misericordia o gracia.

Parece, entonces, que la santidad de Dios se define correctamente como la perfección moral de su carácter. Ella incluye:

(1) Su trascendencia ética. Su bondad es más que la de cualquier ser creado. Es una bondad en la forma absoluta, eterna, la cual no se deriva de nada. Es en este sentido que Jesús dice que sólo Dios es bueno (⁴¹⁰¹⁸Marcos 10:18).

(2) El elemento de severidad o justicia. El debe condonar la impureza, el fracaso ético y el pecado en el hombre.

(3) La misericordia o la gracia de Dios. Esta incluye todo lo que nosotros podamos concebir como inherente a la bondad ética o a la perfección. Por cierto que desde el punto de vista cristiano, Dios no sería perfecto si él no fuera un Dios de amor.

A la par que es cierto, como queda dicho antes, que la santidad de Dios incluye la idea de su trascendencia ética, esto no significa, sin embargo, que la santidad de Dios no pueda ser imitada por el hombre. La santidad de Dios es la razón por la cual el hombre debiera ser santo y también el modelo de santidad para el hombre (⁴⁰³¹¹⁰⁴Levítico 11:4; ⁴⁰⁰¹¹⁶1 Pedro 1:16). La bondad perfecta de Dios es el modelo de bondad para el hombre.

2. Rectitud.

(1) Significado de la rectitud o integridad en Dios.

Por la justicia o la integridad de Dios nosotros entendemos la rectitud de su carácter. El carácter de Dios es recto. En él no hay señal o mancha de maldad. Juan lo expresa diciendo que Dios es luz (⁴²⁰¹⁰⁵1 Juan 1:5). Cualquier otra cosa que esto significare, esta declaración significa la absoluta pureza del carácter de Dios, su completa libertad de todo lo que es malo. Pero no debemos pensar de la justicia de Dios como una cualidad meramente negativa. Ella es positiva. El no está solamente libre de maldad, sino que se opone a lo malo. Toda la energía de su ser se levanta en contra del pecado. El se coloca siempre del lado de lo recto y en contra del pecado.

El ser recto y justo es la misma naturaleza de su ser. Algunas veces se ha debatido la cuestión de si la justicia o rectitud es algo que pertenece a la naturaleza de Dios o algo que la voluntad de Dios afirma. La discusión se basa en una falsa suposición, o sea, la de que la voluntad de Dios se ejerce en una manera arbitraria o caprichosa. No existe una voluntad así. La voluntad de Dios es la expresión de la energía de su naturaleza. Su voluntad no está separada de su naturaleza, y su naturaleza no está separada de su voluntad. Su ser tiene la naturaleza de una voluntad recta y moral. Cuando se considera la voluntad moral, se entra a la parte central de la naturaleza de Dios. La energía de su voluntad se levanta siempre en contra de lo malo y a favor de lo recto, porque el ser justo y recto es su naturaleza. Lo que Dios hace es justo, porque su carácter es justo.

(2) La justicia o rectitud de Dios en relación con el hombre. En relación con el hombre, es necesario hacer énfasis sobre tres cosas:

a. La justicia de Dios demanda justicia en el hombre. Este requisito se expresa a sí mismo o le es revelado al hombre de varios modos. Se revela en las demandas de la conciencia para que el hombre haga lo que es recto. La conciencia del hombre demanda de él que haga lo que es recto y que evite lo

que es malo. La conciencia aprueba lo recto y condena lo malo. Esto no quiere decir que la conciencia es infalible en sus decisiones en cuanto a lo que es recto y a lo que es malo. Pero sí quiere decir que la demanda general de la conciencia es la de que el hombre haga lo recto hasta donde lo recto pueda conocerse, y que evite el hacer lo malo, cuando un acto sea reconocido como malo. El que la justicia de Dios sea un mandato en relación con el hombre, es una revelación. Ello significa que esta demanda de la naturaleza moral del hombre es una revelación de la justicia de Dios como demandando justicia en el hombre. La misma demanda se revela en el orden moral del mundo. Visto el mundo como un orden moral, como siendo la esfera de la operación de la ley moral que condena lo malo y aprueba lo bueno, el mundo enseña la misma lección.

Hay todavía una más alta revelación de la justicia imprescindible de Dios en la ley moral, según se da en las Escrituras del Antiguo Testamento. Los Diez Mandamientos son un buen ejemplo. Ellos constituyen la base del orden moral en el mundo civilizado. En algunos sentidos tenemos, sin embargo, un avance en la norma de justicia en la última parte del Antiguo Testamento. En los Diez Mandamientos el énfasis está en el acto externo. Hay lugares en los Salmos y en los Profetas donde el énfasis es claramente dado en el estado del corazón y de la vida interior. Esto es preeminente cuando arribamos al Nuevo Testamento. Jesús cumplió la ley del Antiguo Testamento desarrollando su carácter espiritual. El enseña que el mal o el bien es una cuestión, antes que todo, del estado del corazón y del motivo que impulsa la obra. Sus consideraciones sobre el crimen y el adulterio son buenos ejemplos de esto.

(⁴⁰⁰⁵¹⁷Mateo 5:17). El también hace hincapié en la benignidad de Dios y pide a los hombres que sean semejantes a él. (⁴⁰⁰⁵⁴³Mateo 5:43). El resume la ley y los profetas en el amor a Dios y a los hombres (⁴¹¹²²⁹Marcos 12:29-31). Pablo dice que el amor es el cumplimiento de la ley (⁴⁵¹³¹⁰Romanos 13:10). Hace un panegírico de la fe, de la esperanza y del amor, y hace al amor supremo (1 Corintios 13).

Nosotros tenemos la expresión suprema del ideal cristiano de la bondad en el carácter de Jesús mismo. El fue todo lo que él enseñó a los hombres que debieran ser. Vivió en armonía con su propia enseñanza. En él tenemos el ideal completo de justicia. El es el hombre perfecto de Dios. El es todo lo que Dios requiere del hombre. Pero lo que él es, Dios requiere que los hombres lo sean también. Nada que sea inferior a su humanidad perfecta podrá hacerle frente al requisito de la justicia divina.

Esto pone de manifiesto que la noción utilitaria de la ley moral es incorrecta. La distinción entre el bien y el mal no se funda en la experiencia —lo bueno siendo idéntico a lo útil o a lo que resulta provechoso, y lo malo identificándose con todo aquello que resulta perjudicial. La distinción entre lo bueno y lo malo se funda en la naturaleza de Dios como justo. Esto nos da una ley moral fundada en una realidad trascendente e incambiable. A través de algunas condiciones sociales podemos llegar a un conocimiento de lo bueno y de lo malo en algunos asuntos particulares; pero estas condiciones no constituyen la base para la diferencia entre el bien y el mal.

b. La justicia de Dios condena el pecado en el hombre. Universalmente el hombre no alcanza la medida de la norma puesta para él por un Dios justo. No hay justo, ni aun uno (⁴⁵⁰³¹⁰Romanos 3:10). Como un Dios justo que es, él debe condenar el pecado del hombre. La Biblia, en su totalidad, representa a Dios en contra del pecado del hombre. El no sería justo si no condenara al pecado. Pablo no vacila al hablar de la ira del Dios del cielo contra la injusticia de los hombres (⁴⁵⁰¹¹⁸Romanos 1:18). Esto no quiere decir que haya alguna venganza por parte de Dios; pero sí significa que la justicia de Dios debe reaccionar contra el pecado y condenarlo. Negar esto sería decir que Dios no tiene en cuenta las diferencias morales en su trato con los hombres y que él trata al justo y al malvado por igual. Esto sería equivalente a decir que Dios no es un ser moral. Si Dios es un Dios moral, si reconoce la diferencia entre el bien y el mal, él debe tener una actitud diferente hacia lo justo y hacia el pecador. Tampoco significa esto que Dios no ame al pecador. El al mismo tiempo ama y condena. Esto no es afirmar una inconsistencia en Dios. La inconsistencia está en el hombre. Dios ama al hombre a causa de la dignidad de éste, y lo condena a causa de su indignidad. El hombre merece ser amado, pero tan pronto como éste se identifica con el pecado, no es digno de ser amado. Hay mucho valor en salvar al hombre, pero él no tiene mérito alguno para ser salvo. Si no valiera la pena salvar al hombre, entonces el plan de Dios para salvarlo hubiera sido una tontería. Pero si él hubiera tenido merecimientos para lo que Dios hizo por él, entonces la salvación no hubiera sido un asunto de gracia. Dios condena al hombre por ser éste pecador e indigno. Pero como un ser de incalculable valor, Dios lo ama. Si Dios, siendo justo, no condenara al hombre por ser éste pecador, entonces el amor de Dios hacia el pecador no sería gracia.

Para saber cuál es la actitud de la verdadera justicia para con el pecado, no tenemos más que contemplar a Jesús en sus relaciones con los pecadores. El sentía inmensa compasión por los pecadores, pero no mostraba compasión

alguna al condenar a aquellos que persistían en obstinada incredulidad. Condonar el pecado no es ser misericordioso con el pecador. La única manera en que uno puede ser salvo del pecado es, primero que todo, haciendo que el pecado de uno sea condenado con toda la fuerza y en la medida en que se lo merece. Para salvar al pecador, Dios debe, antes que todo, condenar al pecador en sus pecados. Cuando el pecador acepta la condenación de sus pecados, asume hacia su pecado la misma actitud de condenación, compadeciéndose de sí mismo en lo más mínimo, debe permanecer entonces bajo condenación. Todo esto lo vemos en la vida de Jesús. El condenó al pecado sin contemplación alguna. Cuando el pecador acepta humildemente esta condenación, volviéndose de su pecado en penitencia, Jesús lo perdona en su misericordia. Pero si el pecado rehúsa reconocer la condenación de su pecado y se endurece más en él, Jesús lo condena sin misericordia. En tal caso no puede haber misericordia; el pecador no la recibiría.

c. *La justicia de Dios lo mueve a redimir del pecado al pecador.* Esta es la justicia redentora.

Hay otro aspecto de la justicia el cual algunas veces ha sido pasado por alto. La integridad o justicia punitiva es la fase del tema al cual se le ha dado mayor atención en la teología, pero ésta no es la única fase de la justicia sobre la cual se ha hecho hincapié en las Escrituras. En los Salmos y en algunos de los escritos proféticos del Antiguo Testamento, la justicia llega a ser una cualidad redentora en Dios. La justicia y la redención se presentan como si fueran casi sinónimas. Así consta especialmente en la última parte de Isaías. (Consúltense ^{<195114>}Salmo 51:14; ^{<234110>}Isaías 41:10; 42:6; 45:13; 46:13; 51:6; 61:10). En tales pasajes, la actividad redentora de Dios nace de su justicia y expresa justicia. En el Nuevo Testamento se nos dice que Dios es fiel y justo para perdonar a aquellos que confiesan sus pecados (^{<620109>}1 Juan 1:9).

Pablo nos dice que en el evangelio la justicia de Dios es revelada de fe en fe (^{<450117>}Romanos 1:17). Aquí la justicia no es un atributo de Dios sino que es una justicia que viene de Dios al hombre. Esta justicia está en contraste con la impiedad y la injusticia de los hombres, que detienen la verdad con injusticia (^{<450118>}Romanos 1:18). Esta justicia no es meramente forense. La justificación por medio de la fe en Jesús es una gran transacción moral y espiritual que revoluciona al hombre y lo hace justo. Es regeneradora en su naturaleza. Y Dios hace a los hombres justos porque él es justo. La justicia que Dios da al hombre se basa en la justicia como un atributo de su carácter y revela este

atributo. Como un atributo en Dios, la justicia es la fuente de la justicia en el hombre. “Porque el justo Jehová ama la justicia” (¹⁹¹¹⁰⁷Salmo 11:7). El aborrece la iniquidad y el pecado. Su aborrecimiento de la iniquidad y del pecado y su amor por la justicia, lo llevan no solamente a condenar la iniquidad y el pecado, sino también a libertar a los hombres de la iniquidad y del pecado y a hacerlos justos. Y él ama en tan alto grado la justicia, que a fin de hacer a los hombres justos, está dispuesto a pagar un precio infinito para que los hombres sean libertados del pecado y obtengan salvación a una vida de justicia.

La justicia en Dios, entonces, es algo más que una justicia fría y abstracta. Nosotros podemos fácilmente ver esto si recordamos que el ser justo implica todo lo que se entiende por bondad. El ideal cristiano de la bondad es más que justicia. Un hombre bueno es aquel que es caritativo tanto como es justo. El tal practica la misericordia en sus tratos con los hombres. Un hombre que fuera simplemente la personificación de la justicia nunca podría ser el mejor hombre de acuerdo con el ideal cristiano de la bondad. Y esto es así porque el cristianismo ha revelado a Dios como un Dios de bondad, como un Dios que es misericordioso y lleno de gracia a la par que justo. La justicia o la bondad de Dios, entonces, no sería completa si se dejara este elemento afuera.

3. Amor.

(1) Naturaleza y significado del amor divino.

Es difícil definir el amor de Dios. Mas esto no es así porque el amor sea alguna cosa desconocida. Muchas de las cosas que nosotros mejor conocemos son las más difíciles de definir científicamente. Las grandes fuerzas y los grandes hechos de la vida son difíciles de definir, no porque ellos sean desconocidos, sino porque son tan grandes y tan trascendentales, que se hace difícil marcar exactamente sus límites. Mas aunque no podemos definir el amor con precisión científica, podemos, sin embargo, describir algunas de sus cualidades de tal modo que podamos saber de lo que estamos hablando. Podemos distinguirlo de las otras cosas. Emprenderemos, por lo tanto, la descripción de algunas de las cualidades del amor tal como lo conocemos en Dios.

a. El amor es inteligente.

En su exacto significado, el amor no es un simple sentimiento de placer o una buena inclinación hacia las cosas o personas. Tampoco es un afecto ciego que se adhiere a su objeto ciegamente, sin fijarse en las condiciones morales. El amor es un principio inteligente. Es, de consiguiente, algo más que un mero

sentimiento. Hay, o puede haberlo al menos, el elemento del sentimiento en él, pero el amor es algo más que eso. La palabra que generalmente se traduce por amor en el Nuevo Testamento, y que se emplea especialmente para referirse al amor divino, denota un principio racional, inteligente. El amor inteligente posee el elemento de la sabiduría. Ve y planea lo mejor para su objeto.

b. *El amor es benévolos.*

Es un principio de buena voluntad. Desea el bien a sus objetos. Pero la verdadera benevolencia no es únicamente desear el bien, sino también hacer el bien a otros. El amor actúa en beneficio de otros. En el plano natural Dios hace el bien a los hombres. Sus bendiciones son universales. El hace que la lluvia caiga sobre el justo y sobre el injusto (^{<400545>}Mateo 5:45). La lluvia y las estaciones fructíferas son una expresión de su buena voluntad para con los hombres. Esta benevolencia general de Dios para con todos los hombres es lo que pudiéramos llamar el amor divino en su plano inferior de manifestación. Nosotros vemos el amor de Dios actuando a nuestro favor especialmente en la obra redentora de Cristo. Cristo vino como una expresión y una revelación del amor de Dios. Dios amó de tal manera que dio. El dio lo mejor que tenía —su Hijo Unigénito.

c. *El amor de Dios es justo.*

Guarda relación con los principios eternos de la justicia en cada una de sus expresiones y en cada cosa que es amada. Todo lo que el amor da y recibe debe ser moralmente condicionado. Si uno se entrega al amor de una persona o busca cómo conseguirlo, pero sin ajustarse a los principios de rectitud, es peligroso que el amor degenera en una pasión innoble o en una pura carnalidad. Tal proceder es egoísta y por lo tanto no es amor, ni puede ser amor en el sentido exacto del término.

El significado de la expiación es que Dios no podía darse al hombre en una forma en que desatendiera las condiciones y obligaciones morales. La integridad del carácter moral de Dios y de su gobierno moral del mundo deben mantenerse aun cuando él tenga que pagar un precio infinito. El no podía darse al hombre ni recibir favorablemente al hombre, sin tener en cuenta las condiciones morales. Es de esto que se deduce que para que el hombre sea recibido y perdonado, él debe confesar y repudiar sus pecados.

Es debido al hecho de que las manifestaciones del amor de Dios son condicionadas moralmente, que hay lo que pudiera llamarse grados del amor de

Dios según se expresa éste al hombre, lo cual depende de la capacidad del hombre para recibir y de su voluntad para responder al amor de Dios. Hay las manifestaciones de su benevolencia a todos los hombres, sus provisiones generales para el bienestar de ellos, pero la más alta manifestación del amor está en su misericordia y en su gracia. La gracia de Dios es su amor buscando al impío con el fin de transformarlo a la imagen de su carácter santo. Aquellos que responden a su gracia y se someten a su poder transformador, llegan a conocer la bendición de la comunión con el santo Dios.

d. El amor se sacrifica.

Todo lo que Dios da al hombre lleva la intención de ser una expresión de él mismo, de modo que al recibir la dádiva, el hombre puede discernir el amor de Dios y abrir su corazón a Dios mismo. Su persona es el mejor de todos los dones. Pero cuántas veces los hombres están más interesados en la dádiva que se olvidan del Dador. Y cuando esto es así, la dádiva, lejos de ser una bendición, más bien es una maldición. No es que Dios nos dé maldiciones, sino que nosotros, por nuestra falta de percepción espiritual y de nuestro reconocimiento, convertimos sus bendiciones en maldiciones. También es cierto que muchas veces Dios no nos envía sus bendiciones, con el solo propósito de que nosotros, al vernos absorbidos por las cosas materiales, no nos olvidemos de él. Y cuando tal cosa sucede, la privación que sufrimos viene a ser la más grande bendición que recibimos.

e. El amor de Dios demanda el amor del hombre.

En el Antiguo Testamento se dice que Dios es un Dios celoso (^{<022005>}Éxodo 20:5). Lo cual quiere decir que Dios desea el afecto íntegro de su pueblo. Se compara la relación entre Jehová y su pueblo con la relación del marido y su mujer, y una gente idólatra que no sirve a Jehová con verdadera lealtad, es denominada gente “adúltera”. Jesús se refiere a la gente de su tiempo como una generación mala y adulterina. (^{<401239>}Mateo 12:39). El también enseña que los hombres no deben permitir que los pecados y las ansiedades por las cosas del mundo interrumpan la devoción sincera a Dios. (^{<400619>}Mateo 6:19).

Lo bueno del hombre requiere de él su servicio y su devoción para Dios. Al darse el hombre por entero a Dios es que encuentra su dicha. De manera que este requisito es ciertamente un requisito del amor de Dios. El amor anhela lo mejor que hay en el ser amado. Encauzar al hombre a rendirse a Dios con

todos sus afectos es procurar el mayor bienestar del hombre. El amor es un darse recíproco entre Dios y el hombre.

(2) *El amor es la naturaleza de Dios.*

a. *El amor no es algo accidental o incidental en Dios, sino que el amor pertenece a la misma esencia de Dios.*

Juan nos dice que Dios es amor (¹⁶²⁰⁴⁰⁸1 Juan 4:8). Cualquiera, pues, que vive en amor conoce a Dios, pero el amor es algo eterno en su naturaleza. Porque Dios es amor y el amor es eterno, el plan de salvación de Dios es también eterno. El nos amó desde la eternidad. Como una continuación de su plan eterno de amor, él ahora atrae a su pueblo hacia él y se da a sí mismo a ellos.

b. *El hecho de que Dios es amor nos ayuda a entender que la creación misma, con todo lo demás que Dios hace, es un acto de amor.*

No hay nada de lo que Dios hace que sea inconsistente con el amor. El amor es el motivo en todo lo que él hace. El creó porque él amaba. Su delicia es crear seres morales y espirituales, a quienes él se imparte, y ganándolos por ese medio, él los hace santos y felices.

c. *La idea de que en esencia y eternamente Dios es amor, guarda muy estrecha relación con la doctrina de la Trinidad.*

La obra de Dios de crear, preservar, guiar y redimir al mundo es una expresión de su amor. El amor es el motivo que impulsa todo. Pero si Dios debe ser un Dios de amor en su propia naturaleza, debe haber dentro de la Deidad una vida social. Ningún concepto de Dios nos permite ver esto así, excepto la doctrina cristiana de la Trinidad. Esta doctrina nos capacita para ver que el Hijo eterno y unigénito es el objeto primario del amor de Dios. Eternamente el Padre ha amado al Hijo en el Espíritu, y en el Espíritu el amor del Hijo ha correspondido al amor del Padre.

IV. DIOS Y EL MUNDO

Si hay un Dios de poder y conocimientos absolutos, entonces debe haber una clase de relación peculiar entre él y todo lo demás que existe.

1. *Dios creó el mundo.*

La Biblia explica el origen del mundo atribuyéndolo al acto creador de Dios. Ella coloca a Dios detrás del mundo. El mundo, todo el universo material, es obra del poder creador de Dios (^{<01010>}Génesis 1:1; ^{<510116>}Colosenses 1:16; ^{<581103>}Hebreos 11:3). Evidentemente, el pensamiento del escritor fue de que el mundo vino a existir porque tal fue la voluntad de Dios. Después de que Dios deseó que el universo material tuviera existencia, hay un proceso de desarrollo en el cual las formas superiores del ser y de la vida aparecen, hasta que llegamos al hombre como el término del proceso. Cada paso en el proceso de desarrollo, tanto como el primer acto creador, son atribuidos a Dios. Es una equivocación empeñarse por encontrar en este relato una descripción científica del origen y del desarrollo del mundo. Han sido innecesarias las dificultades ocasionadas por el empeño de encontrar aquí un relato científico o no científico. La narración está escrita desde el punto de vista religioso. Es una explicación religiosa en cuanto a que ella tiene en vista el entendimiento religioso del mundo y los intereses de la vida religiosa. Pero debemos insistir en que desde el punto de vista religioso la narración es válida. Se sienta la premisa de que el mundo tuvo origen en una acto creador de Dios. El desarrollo del mundo con sus diferentes órdenes de vida es atribuido al poder creador y director de Dios.

2. Dios preserva al mundo.

Al pensar acerca de la relación del mundo con Dios, nuestro interés se concreta no solamente al origen del mundo sino también a su continuidad. Al no hacer reflexión alguna, pudiéramos pensar que todo lo que Dios hizo fue crear el mundo abandonándolo a que continuase existiendo por sí solo. Siendo que ya estaba en existencia, el mundo seguiría existiendo, a menos que Dios, por un acto especial de su voluntad, lo borrara totalmente del cuadro. Pero un poco de pensamiento corregirá esta impresión. Exactamente así como el mundo no podía existir por sí solo en el principio, tampoco podía continuar existiendo por su propia voluntad. Esta es la opinión de los escritores bíblicos. Ellos representan la conservación del universo como una de las funciones específicas de Dios en relación con el mundo (véanse ^{<510117>}Colosenses 1:17; ^{<580103>}Hebreos 1:3). El sentido de dependencia del hombre refuerza esta enseñanza. Y así como la doctrina de la creación es necesaria a la interpretación religiosa del mundo, así también lo es la doctrina de la preservación. Dios no podía llevar adelante un programa redentor en un mundo que se bastara a sí mismo y que por lo tanto fuera independiente de él. La noción cristiana del mundo, de consiguiente, como la esfera en la cual Dios está trabajando por el

establecimiento de su reino de redención, necesita de la doctrina de su preservación del mundo como también de la doctrina de que Dios lo creó.

3. Dios trasciende al mundo, y, sin embargo, es inmanente en él.

La creación y la preservación implican dos cosas con referencia a la relación de Dios con el mundo: una es su distinción del mundo y su trascendencia sobre él; la otra es su inmanencia en él. Si Dios crea y preserva al mundo, entonces Dios es distinto del mundo y lo trasciende. Dios trasciende al mundo, no en el sentido de que él sea una realidad espacial más grande que el mundo, sino en el sentido de que él, como una Persona perfecta, es más grande que el mundo e independiente de él. No debe identificarse a Dios con el mundo. El no debe ser envuelto en su propia creación. Esta es la gran falta del panteísmo. Pero si Dios es idéntico con las fuerzas y con los procesos de la naturaleza, entonces él deja de ser Dios. Un Dios que no fuera distinto del mundo y que no trascendiera al orden natural, en nada superaría a la naturaleza. Si él no hace nada más de lo que la naturaleza puede hacer, entonces él no es distinto de la naturaleza. Y en nada mejora la situación llamando a la naturaleza Dios, o escribiendo Naturaleza con N mayúscula. El nombre no cambia el hecho.

Pero también es una gran equivocación sacar a Dios del mundo y hacerlo exclusivamente trascendente. Este fue el error del deísmo. Se admite que el mundo hubiera sido creado, pero luego se le dejó correr en virtud de ciertas fuerzas inherentes. Se miró al mundo como una clase de máquina automotriz. Dios existía arriba y alejado del mundo. Si algo tuvo que hacer él con el mundo, fue por medio de una intervención violenta. El no tenía nada que ver con el proceso ordinario de la naturaleza. El teísmo cristiano evita los dos errores. Con el panteísmo se adhiere a la inmanencia de Dios y con el deísmo se adhiere a la trascendencia de Dios. Dios es inmanente en el mundo. El mundo depende de él. Dios no puede conservar y guiar al mundo a menos que él sea inmanente en él. El no puede actuar donde él no está. Por otra parte, la creación y la preservación no significan nada a menos que Dios sea trascendente. El no crea ni preserva al mundo a menos que él sea distinto del mundo.

En cuanto a los resultados prácticos, el panteísmo y el deísmo llegan al mismo lugar sobre este punto si a Dios se le aprisiona en el mundo o si se la expulsa del mundo, el resultado práctico es que nosotros no tendremos otro Dios más que el mundo. Eso sería tener un mundo sin Dios.

Afirmamos entonces lo siguiente:

- (1)** Que Dios creó el mundo;
- (2)** que Dios preserva al mundo; y
- (3)** que Dios es, por consiguiente, distinto del mundo y trasciende al mundo, pero es immanente en él, ejecutando su propósito de redención.

CAPÍTULO 5. EL ESPÍRITU DE DIOS

I. En Su Relación con Dios

- 1.** Significado del término espíritu
- 2.** El Espíritu de Dios.
- 3.** El Espíritu como persona.

II. Su Relación con Cristo

- 1.** La vida terrenal de Cristo bajo el poder del Espíritu.
- 2.** El Cristo glorificado imparte el Espíritu.

III. La Relación del Espíritu con Nuestra Salvación

- 1.** Convicción de pecado.
- 2.** Renovación espiritual.
- 3.** Seguridad.
- 4.** Consumación.

IV. La Relación del Espíritu con el Servicio

- 1.** Los términos que se emplean para describir la obra del Espíritu.

V. La Relación del Espíritu y la Iglesia

- 1.** Constituye a la iglesia.
 - 2.** Inspira a la obra y al culto de la iglesia.
-

No habremos hecho justicia a la idea bíblica de Dios hasta no haber considerado el concepto del Espíritu de Dios según la hallamos en la Biblia. El Antiguo y el Nuevo Testamentos tienen mucho que decir acerca de la idea del Espíritu Divino. En la religión bíblica la obra del Espíritu Divino es un elemento indispensable. Nos proponemos, por lo tanto, en este capítulo considerar la doctrina del Espíritu Divino según se encuentra en la Biblia. Consideraremos al Espíritu en ciertas relaciones.

I. EN SU RELACIÓN CON DIOS

1. Significado del término espíritu.

Tanto en el hebreo como en el griego, los términos que en la Biblia se traducen por “espíritu”, es probable que originalmente significaban aliento, o viento, y más tarde espíritu. Fácilmente podemos ver cómo el aliento del hombre sería

asociado con el principio de vida o espíritu en el hombre, siendo que cuando el aliento del hombre termina, la vida se ausenta del cuerpo.

En la Biblia, el término se usa para denotar el principio animador en el hombre o en la bestia. Denota, por lo tanto, la vida del cuerpo (^{<19A29>}Salmo 104:29, 30; ^{<20319>}Eclesiastés 3:19). También denota una disposición de la mente o el carácter (^{<195117>}Salmo 51:17; ^{<381210>}Zacarías 12:10) Nosotros usamos ahora el término en ese sentido, como cuando hablamos de un espíritu caritativo, de un espíritu perdonador, de un espíritu vengativo, y así por el estilo. Se usa también para designar el alma del hombre salida del cuerpo después de la muerte (^{<21120>}Eclesiastés 12:7). Denota, asimismo, una personalidad o un espíritu malo, que tomó posesión de hombres y mujeres y que produjo toda clase de dolencias físicas, mentales y morales (^{<41050>}Marcos 5:1; 9:14).

2. El Espíritu de Dios.

El término Espíritu de Dios (o alguno sinónimo) ocurre constantemente en la Biblia. El Espíritu de Dios es distingible de Dios, y sin embargo, no es nada aparte de Dios. El Espíritu de Dios es la realidad interior de su ser así como el espíritu del hombre es la realidad interior del ser del hombre. El Espíritu constituye el principio de entendimiento en Dios así como el espíritu del hombre es el principio de entendimiento en el hombre (^{<46020>}1 Corintios 2:10).

En general, el Espíritu de Dios, o el Espíritu de Jehová, representa la energía o el poder de Dios trabajando hacia un fin determinado. En el Antiguo Testamento el Espíritu de Dios obró de varias maneras en la naturaleza y descendió sobre los hombres para producir varios resultados. El Espíritu de Dios se movía sobre el caos de la creación (Gén 1:2). El aliento de Dios animó al polvo de la tierra y el hombre llegó a ser un alma viviente (^{<01020>}Génesis 2:7). El Espíritu crea la vida animal (^{<19A430>}Salmo 104:30). El Espíritu da fuerza física (^{<071406>}Jueces 14:6). El Espíritu da poder y habilidad militares (^{<071129>}Jueces 11:29:33). Por medio de su Espíritu Dios es omnipresente (^{<19D907>}Salmo 139:7). En el Nuevo Testamento esta presencia divina llega a ser más claramente moral en propósito e íntima en la naturaleza. Especialmente en Pablo y en Juan, el énfasis se pone en la penetración divina por el Espíritu (^{<31417>}Juan 14:17; ^{<490316>}Efesios 3:16, 17). El pueblo de Dios es el templo de Dios (^{<460301>}1 Corintios 3:16). Ellos son el lugar de la habitación divina entre los hombres. La iglesia es la casa del Dios vivo (^{<540315>}1 Timoteo 3:15). Es el cuerpo de Cristo (^{<451204>}Romanos 12:4; ^{<461201>}1 Corintios 12:12). Ella está animada y habitada por su Espíritu.

3. El Espíritu como persona.

Cuando tratamos con el Espíritu Divino no estamos tratando con una fuerza o poder impersonal. Siempre se ha pensado del Espíritu de Dios como teniendo cualidades personales y como ejerciendo funciones personales. Esto es cierto aun en el Antiguo Testamento. Esto es necesariamente cierto, siendo que el Espíritu de Dios es Dios mismo, presente en el mundo o en el hombre para llevar adelante sus propios fines o propósitos.

Especialmente esto se ve con claridad en el Nuevo Testamento, por cuanto la misión y la función distintivas del Espíritu Divino están expuestas con prominencia. Esta fase del asunto se destaca especialmente en los escritos de Juan y de Pablo. En el discurso de despedida de Jesús, según se relata en los capítulos del 14 al 16, Jesús habla del Espíritu casi como si estuviera hablando de un amigo personal. El se refiere a aquel Uno (Gr. *ekeinos*), usando el pronombre personal masculino (^{<431608>}Juan 16:8, 13, 14).

Jesús habla del Espíritu como otro Paraclete. Jesús mismo había sido el Paraclete de sus discípulos. Así como Jesús los había fortalecido, confortado y guiado hasta ahora; de la misma manera este Amigo invisible, este Ayudador confortador, sería ahora su compañero y su guía. Esto no es influencia o poder impersonal. Es una Presencia personal.

Hay tres pasajes en Pablo que son instructivos en este punto. Uno es ^{<450826>}Romanos 8:26, 27 (véase ^{<460201>}1 Corintios 2:10). Aquí Pablo señala que al querer nosotros orar, somos estorbados por nuestra ignorancia. No sabemos cómo orar (o por qué cosa orar) como debemos. El Espíritu ayuda nuestra flaqueza. El hace intercesión por nosotros con gemidos indecibles. El pone en nuestro corazón anhelos que no pueden ser expresados. Pero Dios, que escudriña nuestros corazones, sabe cuál es el intento (o pensamiento) del Espíritu, porque el Espíritu intercede por nosotros conforme a la voluntad de Dios.

El Espíritu, entonces, tiene una mente. Sólo una persona tiene pensamientos. Sólo una persona tiene mente.

El otro pasaje está en ^{<490430>}Efesios 4:30 (véase ^{<236310>}Isaías 63:10). Pablo exhorta a los efesios a no contristar el Espíritu Santo con el cual ellos están sellados para el día de la redención. El cristiano siente esta pena en su propio corazón cuando peca. No es simplemente su pena; es la pena del Espíritu Santo de Dios, que vive en él y que se esfuerza por conducirlo a una vida santa.

El Espíritu Santo de Dios, entonces, es un ser sensitivo, especialmente sensitivo para el mal moral. El pecado lo contrista. Pablo aquí en [Efesios 4:30](#) representa al Espíritu Divino como capaz de contristar o de sufrir.

El tercer pasaje de Pablo lo encontramos en [1 Corintios 12:11](#). Aquí Pablo dice que en la iglesia el Espíritu distribuye dones espirituales a los miembros, a cada uno un don como el Espíritu quiere. Un hombre no escoge su propio don; su función en el cuerpo le es asignada. Su don es un *don*, y no lo recibe según su propia elección, no como él quiere, sino según la voluntad del Espíritu. El Espíritu *quiere* como una persona.

La experiencia de los cristianos indica la naturaleza personal del Espíritu divino. Podemos notar tres fases de nuestra experiencia que señalan hacia esa dirección.

Una es el hecho de que el Espíritu Divino produce santidad personal en nosotros. Nosotros crecemos en el carácter cristiano no por nuestras propias fuerzas, sino por el poder del Espíritu de Dios. El poder, entonces, que produce un carácter en nosotros debe ser un poder personal.

La misma verdad está indicada por el hecho de que los hombres y las mujeres cristianos hallan la guía personal para su vida en el Espíritu de Dios. Los que han experimentado esta dirección no podrían ser convencidos de que la Voz que oyeron fue producida por un poder inferior a ellos.

Una fase más clara todavía de la misma cosa es el sentido de un llamamiento divino. El llama a los hombres a tareas especiales, a campos especiales, y los dirige en el cumplimiento de su misión. Esta no es la obra de un poder impersonal sino del Espíritu personal de Dios.

II. SU RELACIÓN CON CRISTO

1. Como hombre, en su vida y en su ministerio terrenales, él estaba bajo el poder del Espíritu.

El enseñó y predicó en el poder del Espíritu ([Lucas 4:18](#)). El echó fuera los demonios por el Espíritu de Dios ([Mateo 12:28](#)). El Espíritu había venido sobre él en su bautismo. Y de ese modo él vino a ser el ungido de Dios, o el “Cristo”.

Su ser entero estuvo de tal modo bajo el dominio del Espíritu Divino, que su obra fue la obra de Dios. Su obra fue tan completamente la obra de Dios, que

rechazarlo a él era rechazar a Aquel que le había enviado (^{<401040>}Mateo 10:40). Esto hizo que el rechazamiento de él y de su mensaje fuese una cosa peligrosa.

Quizás esta es la explicación de aquella seria advertencia a los fariseos acerca del peligro de blasfemar contra el Espíritu Santo (^{<401222>}Mateo 12:22). El no está hablando aquí acerca del pecado contra el Espíritu aparte de Dios o aparte de él mismo. Era su propio trabajo (el de Jesús) de que los fariseos estaban hablando cuando él les hizo la seria advertencia. Ellos decían que sus obras eran hechas en el poder de Satanás y no en el poder de Dios (^{<401224>}Mateo 12:24). Y Jesús les advierte que eso es peligroso. El afirma que sus obras son hechas en el poder de Dios. Sus obras son tan manifiestamente las obras de Dios, que se necesitaría estar completamente ciego o ser del todo perverso para negarlo. En los dos casos, la verdad y la justicia no significarían nada para uno, puesto que uno no podría o no querría verlas.

La obra de Jesús, entonces, fue tan clara y tan completamente la obra de Dios, tan enteramente la obra del Espíritu, que para el que negara tal cosa habría un peligro muy grande. Toda su personalidad se encontraba tan poseída y dominada por el Espíritu, que su obra era la obra de Dios. Su obra y la obra de Dios eran una sola.

2. Como el Cristo glorificado, él imparte el Espíritu Divino a su pueblo.

Juan el Bautista aparece diciendo que el que había de venir bautizaría a su pueblo en el Espíritu Santo (^{<400311>}Mateo 3:11. Véase ^{<410108>}Marcos 1:8; ^{<420316>}Lucas 3:16; ^{<430133>}Juan 1:33). El Cristo resucitado les dijo a sus discípulos: “Yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros” (^{<422449>}Lucas 24:49). El sopló sobre los discípulos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (^{<432022>}Juan 20:22). El da el Espíritu a sus seguidores. En su Discurso de Despedida él les había dicho que él haría esto, según se relata en Juan capítulos del 14 al 16. (Véase ^{<431526>}Juan 15:26, 16:7). Tenemos el registro del cumplimiento de esto en el día de Pentecostés. Pedro dijo de Jesús: “Así que, levantado por la diestra de Dios, y recibiendo del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis oís” (^{<440233>}Hechos 2:33).

La misión del Espíritu, entonces, está en relación con Cristo. El hace que Cristo sea conocido como el Salvador y el Señor de los hombres. El Espíritu vino, no en orden de que los hombres lo pudieran ver a él mismo, sino para que ellos pudieran ver a Cristo. El es para Cristo lo que la luz es para el mundo natural. La luz existe, no tanto por causa de ella misma como para que nosotros

podamos ver las otras cosas por intermedio de la luz. De igual manera el Espíritu es el medio a través del cual nosotros vemos a Cristo.

La obra del Espíritu es hacer real en nosotros lo que Cristo trajo para nosotros. Cristo trajo objetivamente redención para nosotros; el Espíritu Santo obra experimentalmente la redención dentro de nosotros.

El Espíritu viene, entonces, no a desplazar a Cristo, sino a hacerlo real. La presencia del Espíritu significa la presencia espiritual de Cristo. Pablo, de consiguiente, habla del Espíritu de Dios como el Espíritu de Cristo.

III. LA RELACIÓN DEL ESPÍRITU CON NUESTRA SALVACIÓN

1. Convicción de pecado.

Cada fase de nuestra salvación es la obra del Espíritu.

Jesús dijo que cuando el Paraclete viniera, redarguiría al mundo de pecado, de justicia y de juicio (^{<431608>}Juan 16:8). En el día de Pentecostés, cuando las gentes oyeron el mensaje acerca de Jesucristo, de su muerte y resurrección, fueron “compungidos de corazón” y dijeron: “¿Qué haremos?” (^{<440237>}Hechos 2:37). La obra del Espíritu divino es la de hacer que los hombres se den cuenta de su condición perdida y hacer que ellos busquen la vida y la justicia. No hay poder fuera del poder de Dios que pueda hacer eso en los hombres.

2. Renovación espiritual.

El pecador no solamente no puede hacer nada para merecer su salvación, sino que él de sí mismo tampoco puede recibirla; ni siquiera puede desearla. El deseo de ser salvo y la capacidad para apropiarse la salvación, ambas cosas deben ser creadas en el corazón del hombre por el Espíritu Santo. La creación de la disposición y del poder en el corazón del pecador para aceptar a Cristo es la obra del Espíritu Santo. El Espíritu regenera al pecador llevándolo al arrepentimiento y a la fe en Cristo.

3. Seguridad.

El Espíritu Divino nos da también la seguridad de la salvación. El Espíritu Santo es en nuestros corazones el Espíritu de adopción, por el cual clamamos “Abba, Padre”. “El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (^{<450814>}Romanos 8:14-17).

4. Consumación.

Pablo claramente enseña que el Espíritu de Dios que habita en nosotros es la garantía de que él levantará nuestros cuerpos de entre los muertos. El Espíritu Santo da seguridad, no solamente en el sentido de que el Espíritu da testimonio de nuestra adopción delante de Dios, como el Espíritu de adopción por el cual clamamos “Abba, Padre” (^{<450814>}Romanos 8:14-17), sino que también por este mismo Espíritu somos sellados para el día de la redención (^{<490430>}Efesios 4:30). Ese día de la redención es el día de la redención del cuerpo, el día de la resurrección (^{<450823>}Romanos 8:23). El mismo Espíritu que habita en nuestros corazones como las primicias de la cosecha venidera de redención, hace que gitemos dentro de nosotros mismos, esperando aquella gloriosa consumación. Porque en esperanza somos salvos (^{<450824>}Romanos 8:24).

Y así vemos que la salvación del hombre, de principio a fin, es atribuida al Espíritu de Dios. Es el poder de Dios el que salva al hombre. Y debe notarse, como ya se ha indicado, que todo lo que el Espíritu hace para salvarnos está en relación con Cristo. Los hombres son convencidos de sus pecados, en relación con Cristo. Al ser traídos, por el arrepentimiento y la fe, a una recta relación con Cristo, son regenerados. Somos llevados a un estado consciente de que somos hijos de Dios por la fe en Cristo. Al formar a Cristo en nosotros, nuestra esperanza de gloria, es como el Espíritu Santo llega a ser la garantía de nuestra redención final.

Esto lleva consigo el principio de que la verdad del evangelio es el medio que el Espíritu usa en nuestra salvación.

IV. LA RELACIÓN DEL ESPÍRITU CON EL SERVICIO

El cristiano tiene que depender del poder de Dios para ser eficiente en el servicio lo mismo que para ser libertado del pecado. Sólo en la proporción en que uno viva en comunión con Dios, es que puede haber algún poder permanente para servir a Dios y a los hombres.

1. Los términos que se emplean para describir la obra del Espíritu.

Puede servirnos de mucho el que notemos algunos de los términos que se emplean en el Nuevo Testamento para describir la obra del Espíritu.

Uno es el término “bautismo en el Espíritu”. Juan el Bautista usa este término al decírnos lo que Jesús haría (^{<400811>}Mateo 3:11, 12; ^{<430133>}Juan 1:33). Jesús también

lo emplea (⁴⁴⁰¹⁰⁵Hechos 1:5). Evidentemente, estas predicciones de Jesús y de Juan se cumplieron en el día de Pentecostés, aunque Lucas, al describir ese evento, no usa dicho término. En el caso de Cornelio y su casa, Pedro refiere que la promesa de Jesús se cumplió (⁴⁴¹¹¹⁶Hechos 11:16).

Otro término es el de ser “investido” o “dotado” con el poder divino. Jesús usa esta expresión en ⁴²²⁴⁴⁹Lucas 24:49. (Compárese con ⁴⁴⁰¹⁰⁸Hechos 1:8). Esta promesa se cumplió en el Pentecostés. La idea parece ser la de que el poder para el servicio es algo que se confiere de afuera como un don soberano. Sin él el hombre está completamente desvalido para el servicio de Dios. Nótese esto en el Antiguo Testamento (⁰⁷⁰³¹⁰Jueces 3:10; 14:6, 19; 15:14; ⁰⁹¹⁰¹⁰1 Samuel 10:10; 11:6; 16:13, 14).

Otra expresión es la de ser “lleno con el Espíritu”. Esta es una expresión común en el Nuevo Testamento (⁴²⁰¹⁴¹Lucas 1:41; 1:67; 4:1; ⁴⁴⁰⁴⁰⁸Hechos 4:8; 6:3; 7:55; 9:17; 13:9, 52; ⁴⁹⁰⁵¹⁸Efesios 5:18). Esta expresión llama la atención a la obra interior del Espíritu y posiblemente también a las características más personales producidas por el Espíritu. Está relacionada con tales cualidades íntimas y personales como siendo lleno de gozo, de fe, de sabiduría y de cosas similares. Parece que también denota el crecimiento de los poderes del individuo a su más alto grado, y que su ser se hinche con la presencia y la eficiencia divinas hasta el límite de su capacidad.

Encontramos también el término “derramará” y otros similares, con referencia al conferimiento del Espíritu (²⁹⁰²²⁸Joel 2:28; 29; ⁴⁴⁰²¹⁷Hechos 2:17, 33; 10:45). Esto sugiere la libertad y la plenitud de la concesión aquí representada. Posiblemente, la idea expresada es casi la misma que la de ser ungido por el Espíritu (⁴⁷⁰¹⁰²2 Corintios 1:21; ⁴⁴¹⁰³⁸Hechos 10:38; ⁴⁶²⁰²⁰1 Juan 2:20, 27). Esta unción, especialmente en la Primera Epístola de Juan, se relaciona con un entendimiento de la verdad espiritual. El Espíritu es nuestro maestro en las cosas espirituales.

Otro término es “don del Espíritu” (⁴²¹¹¹³Lucas 11:13; ⁴⁴⁰²³⁸Hechos 2:38; 10:45). Este término llama la atención a lo gratuito de la dádiva. No es algo que hay que ganarlo o merecerlo, sino que se recibe como un don.

Hay otros términos usados en el Nuevo Testamento, pero para nuestro propósito éstos son suficientes.

V. LA RELACIÓN DEL ESPÍRITU Y LA IGLESIA

Hemos estado considerando al Espíritu en relación con el individuo. Pero el Espíritu no solamente trabaja en el individuo, sino también en la comunidad de los cristianos o la iglesia. Mucho de lo que se ha dicho con respecto a la obra del Espíritu en relación con el individuo, se aplica también a la iglesia. Por otra parte, mucho de lo que se dice en esta sección puede aplicarse también a la obra del Espíritu en el individuo.

1. El Espíritu Santo constituye o le da existencia a la iglesia, por el hecho de poner a los hombres en comunión el uno con el otro en Cristo Jesús.

Ya hemos visto que la obra del Espíritu Divino es la de regenerar a los hombres, colocándolos en una correcta relación con Cristo Jesús por medio del arrepentimiento y de la fe. Y de ese modo ellos entran en comunión el uno con el otro. En la misma naturaleza del caso, entonces, los miembros de la iglesia deben ser gentes regeneradas.

El agente activo en la formación de la iglesia es el Espíritu Santo. Una iglesia de Cristo Jesús es el producto de la actividad del Espíritu. De la misma manera en que el Espíritu constituye al individuo un cristiano al ponerlo en relación correcta con Cristo, constituye también a una compañía de individuos en una iglesia, al ponerlos a ellos en comunión cristiana.

2. El Espíritu Santo confiere los dones necesarios para la obra y para el culto de la iglesia.

El Espíritu da inspiración al canto, a la enseñanza y a toda la adoración que el cristiano rinde y a todo el cuerpo (^{<461402>}1 Corintios 14:26; ^{<450826>}Romanos 8:26, 27; ^{<490518>}Efesios 5:18-20; ^{<440431>}Hechos 4:31). Cuando el Espíritu llena con su presencia a la iglesia, es entonces cuando se abre la fuente de la alabanza, de la oración y de la exhortación. Entonces no hay ni frialdad ni sequedad en el servicio. La iglesia que prepara sus programas de adoración sin tener en cuenta al Espíritu Santo se olvida de lo que es la adoración y de la finalidad que la misma persigue. Con regular frecuencia se toman esos programas como un medio de entretenir y agradar a la gente antes que como un medio de agradar y de adorar a Cristo como el Señor y de edificar su cuerpo, que es la iglesia. Ay de aquella iglesia que coloca lo estético y lo que divierte en lugar de lo espiritual en la adoración. En cuanto a lo estético y a lo que entretiene no debiera permitirse más de lo que pudiera contribuir a los fines espirituales.

De esto no debe inferirse tampoco que el culto de una iglesia será espiritual por el hecho de ser informal. Un servicio bien puede ser cuidadosamente planeado e inteligentemente dirigido y sin embargo ser espiritual. La espiritualidad no es sinónimo del sentimiento desordenado ni de la combustión espontánea. Dios trabaja valiéndose de la inteligencia del hombre tanto como de sus sentimientos. Pablo dice que Dios es un Dios de orden, y no de confusión (⁴⁶¹⁴⁰²1 Corintios 14:26-33). Pero tanto en el programa como en la conducción del culto, debe buscarse la guía divina y deben tenerse muy en cuenta los objetivos espirituales.

En la disertación sobre los dones espirituales, Pablo hace hincapié en la supremacía de lo ético sobre lo milagroso y lo físico. Esto se ve claramente en 1 Corintios capítulos del 12 al 14. Estos tres capítulos constituyen una discusión sobre los dones espirituales. Cualquier cosa que el don de lenguas haya sido en Corinto, Pablo no lo considera como el don supremo; a decir verdad, él más bien lo desestima. El insiste en que hablar no hace ningún bien, a menos que uno hable de tal modo que pueda ser entendido o que haya alguien que interprete. Pablo no es de los que creen en un emocionalismo desordenado de la religión. Enfáticamente él dice que la cosa más grande es el amor. La cosa más grande que Dios puede hacer por el hombre no es dotarlo con el poder de hablar en lenguas o de hacer milagros, sino hacerlo un amador de sus prójimos. El amor paciente y sufriente es lo más grande que hay en el mundo.

Las personas que viven insistiendo en que lo que los cristianos necesitan, primero que todo, es una restauración del poder de obrar milagros y de hablar en lenguas, con toda certeza, no han llegado a entender lo que dice Pablo. La primera necesidad del hombre está en el reino moral. Lo que el hombre necesita, antes que todo, es llegar a ser la clase correcta de hombre. El poder de obrar milagros físicos no es lo que traerá al reino de Dios. Pero lo que el mundo necesita, y lo necesita desesperadamente, es que los hombres aprendan a amar en conformidad con el ejemplo de Jesús. La primera necesidad del mundo es que haya hombres y mujeres semejantes a Cristo. Y sólo el Espíritu de Dios puede producirlos.

CAPÍTULO 6. LA TRINIDAD

I. *Trinidad en Unidad*

- 1.** La Unidad es fundamental.
- 2.** Diversidad en las manifestaciones de Dios.
- 3.** La diversidad llega a ser trinidad.
- 4.** Otras dos doctrinas.

II. *Interpretaciones de Los Hechos*

- 1.** La solución Unitaria.
- 2.** La solución modalista.
- 3.** El método triteísta.
- 4.** La naturaleza trina de Dios.

- (1) La obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es la obra de Dios.
(2) La obra de cada uno incluye la obra de los otros.
(3) El término “persona” se usa con alguna reserva.
(4) La Trinidad es inmanente y eterna, no temporal y económica.
-

Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Cada uno de ellos es distinto de los otros, y, sin embargo, sólo hay un Dios.

I. TRINIDAD EN UNIDAD

1. *La unidad es fundamental.*

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamentos, Dios se revela como uno. En el Antiguo Testamento esto es fundamental. Sólo Jehová era Dios (^{<020810>}Exodo 8:10; 9:14; ^{<050435>}Deuteronomio 4:35, 39; ^{<234311>}Isaías 43:11; 45:21). Este hecho constituyó la base para que Israel se sintiera obligado a amar a Jehová con un afecto y una devoción íntegros. (^{<050604>}Deuteronomio 6:4, 5). Jesús endosa la idea de la unidad de Dios y también el hecho de que su pueblo debe amarlo de todo corazón. (^{<411229>}Marcos 12:29, 30). Santiago dice que la unidad de la ley moral descansa en la unidad de Dios (^{<590210>}Santiago 2:10, 11. Compárese con 4:12). La unidad de Dios es fundamental en la revelación bíblica.

2. *Diversidad en las manifestaciones de Dios.*

Dios es uno, pero hay indicaciones en el Antiguo Testamento de que él es más que una simple unidad. La sabiduría fue su compañera desde el principio (²⁰⁰⁸²²Proverbios 8:22). Su Palabra salió para cumplir sus propósitos (⁰⁵⁰⁸⁰⁴Deuteronomio 8:4; 30:14; ^{<34523>}Isaías 45:23; ^{<19A720>}Salmo 107:20). Por su Espíritu, él está presente en el mundo. El se incorpora en su ángel para ayudar a su pueblo. (^{<011607>}Génesis 16:7; 22:23; ^{<193407>}Salmo 34:7).

3. La diversidad llega a ser trinidad.

En el Nuevo Testamento y en la experiencia cristiana, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son reconocidos como Dios y como distintos al mismo tiempo. Nosotros no podemos identificar a Dios absoluta y exclusivamente con el Padre, o con el Hijo o con el Espíritu Santo. Cada uno de estos tres es necesario para el concepto completo de Dios. Aun el Padre no llena la idea de Dios aparte del Hijo y del Espíritu Santo; pues aparte del Hijo nosotros no podemos conocer a Dios como Padre. Es la parte de Dios el ser Dios dentro de sí mismo. Su trabajo es también el manifestarse al hombre, y esto él lo hace en Cristo. Además, el despertar la respuesta de nuestro corazón a esta revelación de Dios en Cristo, ésta es también la obra de Dios y ésta es la obra del Espíritu Santo. El Padre envía al Hijo, el Hijo revela al Padre, y el Espíritu Santo capacita a los hombres para conocer al Padre según se revela al Hijo.

4. Otras dos doctrinas.

El hecho central que conduce a la doctrina de la Trinidad es el reconocimiento de la deidad de Cristo. La doctrina de la Trinidad viene después, como una consecuencia del reconocimiento de la deidad de Cristo. Este reconocimiento de Cristo como divino no nos condujo al politeísmo ni a una rendición de la idea de la unidad de Dios, sino a un reconocimiento de un movimiento de vida dentro de la unidad de la Deidad. Juntamente con este reconocimiento de la deidad de Cristo está la creencia en la personalidad del Espíritu Santo, de modo que los cristianos llegaron a creer en una vida trinitaria en la Deidad más bien que en una vida dual. Luego estas tres doctrinas —la deidad de Cristo, la personalidad del Espíritu Santo y la trinidad— están inseparablemente unidas. Si nosotros aceptamos la doctrina de la deidad de Cristo, la doctrina de la personalidad del Espíritu Santo y de la trinidad vienen después.

II. INTERPRETACIONES DE LOS HECHOS

Todas las teorías de la Trinidad han sido esfuerzos por interpretar estos hechos.

1. La solución unitaria.

Se ha propuesto como solución al problema el sacar a Cristo de la Divinidad. A lo largo del curso de la historia cristiana, el unitarismo ha tomado muchas formas. Algunas veces ha considerado a Cristo como un hombre dotado sobrenaturalmente. Algunas veces lo ha considerado como un ser sobrenatural, pero como menos que Dios. Otras veces ha mirado a Cristo no más que como a un hombre de sabiduría y bondad excepcionales. Pero en cualesquiera de estas formas, el unitarismo ha considerado a Cristo como algo menos que la encarnación de Dios.

Desde luego, que si Cristo es solamente un hombre, no hay ningún problema de Trinidad que tenga que resolverse. La cuestión planteada aquí, depende, entonces, del punto anterior de si Cristo es sólo un hombre, aunque sea un hombre sobrenaturalmente dotado para su misión, o si es eterno en su ser y pertenece de algún modo a la unidad de la Deidad.

2. La solución modalista.

En breve, ellos afirmaron que Dios era una persona que se manifestó a sí misma en tres aspectos, oficios o “modalidades.” Y así, este método de resolver el problema, hace a Dios absolutamente unipersonal y hace que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo representen que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo representen diferentes manifestaciones de este Dios unipersonal. En general, el Padre representa a Dios como el Creador y Hijo representa a Dios como encarnado en Jesús de Nazaret para la salvación de los hombres; el Espíritu Santo representa a Dios como presente en el corazón de los hombres para regenerarlos y santificarlos.

Esta forma modalista de representar a la trinidad tiene algunos méritos. Maneja honradamente la idea de la deidad de Cristo, pero no logra asir con fuerza las distinciones reconocidas en el Nuevo Testamento entre estas fases o manifestaciones de la Deidad. Hace que la Paternidad y la posición de Hijo sean tan sólo características de Dios más bien que algo esencial y eterno en su naturaleza. Tampoco tiene una respuesta concluyente a la pregunta de por qué Dios se manifiesta como una trinidad más bien que como una pluralidad indefinida. ¿Por qué Dios asumió estos tres “caracteres” antes que cuarto o cinco o un millar?

3. El método triteísta

Otro método de resolver este problema puede describirse como el método triteísa.

Mucho de lo que popularmente se habia y se escribe sobre el tema de la trinidad se acerca peligrosamente al triteísmo. Se habla del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo como si habláramos de tres individuos humanos. Mucho se dice acerca de “cooperación” entre las tres personas de la trinidad, como si cooperación en este caso significara que los tres confieren entre sí, se ponen de acuerdo en un plan y luego lo llevan a la práctica separada o conjuntamente. Oímos a veces hablar de “los consejos de la eternidad” como si tres individuos se hubiesen sentado alrededor de una mesa y arribado a un acuerdo.

Si el término “persona” según se aplica a las distinciones dentro de la Divinidad ha de entenderse en este sentido individualista y externo, entonces es mejor que no usemos el término “persona” en esta relación. Si el llamar “personas” a estas tres distinciones internas de la Divinidad ha de entenderse como si Dios es uno sólo en este sentido externo y genérico, entonces será mejor que hablemos de Dios como una sola persona más bien que como tres. Cualquier otra cosa que nosotros creamos de Dios, es fundamental a toda la revelación bíblica de Dios el que él es uno en un sentido más profundo que éste. El es uno en el sentido de que no hay otro de la misma clase que él. Puede hablarse del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo como de tres personas, pero no como de tres individuos. No puede haber tres individuos que sean infinitos o absolutos en su naturaleza.

Por manera que este método de resolver el problema de la trinidad pensando en cuanto a la Deidad como si fueran tres individuos de la misma clase, que “confieren” y “cooperan”, es un fracaso porque no le hace justicia a la unidad de Dios. Cualquier cosa que sea nuestra doctrina de la trinidad, no debe contradecir la unidad de Dios.

4. La naturaleza trina de Dios.

El verdadero método para interpretar los hechos cristianos debe reconocer dos cosas: la unidad de Dios y su trinidad. La unidad de Dios es la unidad del Ser supremo, creador, quien es la fuente indivisa y el sustentador de todas las cosas. Y no obstante, dentro de la unidad de Dios hay una trinidad que es más que una trinidad de “caracteres” asumidos por un individuo en una representación. Nos esforzaremos por exponer esta interpretación del modo siguiente:

(1) La obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es la obra de Dios.

Este es uno de los aspectos fundamentales de este asunto. La obra de Cristo es la obra de Dios. Cristo no es un “delgado” a quien Dios envió, ni el Espíritu Santo es un agente externo enviado por el Padre y el Hijo. La obra de Cristo y la obra del Espíritu Santo es tanto la obra de Dios como es la obra del Padre.

(2) La obra de cada uno, de consiguiente, incluye la obra de los otros.

Algunas veces los hombres hablan del trabajo “oficial” de las tres personas de la trinidad como si cada una de ellas estuviera de acuerdo en hacer una parte de la obra redentora en el hombre; como si cada una hiciera su trabajo en una forma externa y cooperativa; como si el Padre hubiera hecho su parte y no más; luego el Hijo hizo la suya y nada más; y entonces el Espíritu Santo tomó la parte de su tarea y está trabajando por completar el programma. Otra vez esto es triteísta en su tendencia. El concepto del Nuevo Testamento no es el de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo mutua y sucesivamente cooperan en llevar adelante un plan acordado con anterioridad, sino más bien el de que todos trabajan unida y simultáneamente. El trabajo del Hijo es el trabajo del Padre, y el Padre trabaja por si y a través del Hijo. El trabajo del Espíritu es la obra de Cristo, y Cristo trabaja por si y a través del Espíritu. El trabajo de cada uno es el trabajo de todos, y el trabajo de todos es el trabajo de cada uno.

Y, sin embargo, hay una distinción de “oficio” o función. El Padre es la fuente y el origen de todas las cosas; el Hijo es el medio para la salida de la energía y el poder de Dios; el Espíritu Santo obra para completar todas las cosas. Pero cada uno trabaja no como excluyendo a los otros, sino de tal modo que el trabajo de cada uno es el trabajo de todos — no de todos separadamente, sino de la Deidad como una unidad.

(3) El término “persona”, según se aplica a las distinciones dentro de la Deidad, se ha usado siempre con cierta reserva.

Es fácil ver la razón de esto; o sea, el hecho de que es probable que sugiera tres individuos que se excluyen mutuamente. Calificada con propiedad, esta palabra puede usarse sólo en un sentido calificado. Como queda ya explicado, esta palabra debe usarse no en el sentido de exclusividad sino en el sentido de mutua inclusividad. La cosa más personal acerca de la personalidad no es que yo pueda decir: “Yo soy Yo”, excluyendo a todos los otros que puedieran decir lo mismo, sino más bien el poder de la personalidad de incluir a otros en el círculo del interés, del pensamiento y del esfuerzo. Es el poder de introducirlas dentro de la esfera del pensamiento y de la vida de uno y el de introducirse

uno mismo en la vida de ellas. Es el poder de darse a los demás, de hacer a otros participes con uno. Es el poder del amor.

(4) La Tinidad, entonces, es inmanente y eterna, no meramente temporal y económica.

Se ha sostenido algunas veces que la trinidad es sólo una trinidad de manifestaciones (en conformidad más bien con el modalismo). Se ha dicho también que intentar ir más allá del ser eterno y de la naturaleza de Dios, es ir más lejos del poder del hombre. Se ha igualmente contendido que llevar estas distinciones personales a la naturaleza eterna de Dios sería destruir su unidad.

Debe concederse que lo principal es la revelación histórica según la tenemos en el cristianismo. Lo principal no es la construcción especulativa de la naturaleza de Dios, sino los hechos de la historia y la experiencia. En esto, como en todas las demás cosas, nosotros debemos afianzarnos a los hechos y entonces buscar cómo dar la mejor y más clara explicación posible a esos hechos.

Pero, al mismo tiempo, la historia y la experiencia son la llave para la interpretación de la realidad. La revelación debe revelar a Dios tal como él es. La revelación temporal debe tomarse como la llave para el Ser eterno; de otra manera, no es revelación. Si en el tiempo Dios se revela por Jesucristo como Padre (y esto es revelación, no ilusión), entonces Dios debe ser un Padre en su ser eterno o esencial, o de lo contrario la revelación no es revelación. Si la paternidad no es eterna en Dios, si ella es sólo una actitud o una “parte” asumida en el tiempo, entonces Cristo no ha revelado a Dios. Pero si Cristo ha revelado a Dios, entonces la paternidad es algo eterno en la naturaleza de Dios y Cristo es eternamente el Hijo de Dios, y no simplemente durante un período de tiempo.¹⁵

CAPÍTULO 7. LA DOCTRINA DEL PECADO

I. Naturaleza del Pecado

- 1.** En el pecado existe el elemento de voluntad.
- 2.** El pecado, como algo voluntario, implica conocimiento.
- 3.** El pecado como incredulidad.
- 4.** El pecado como culpa.
 - (1)** Conciencia de culpa.
 - (2)** Medida de la culpa.
 - (3)** Base de la culpa.
 - (4)** Grados de culpa.
- 5.** El pecado como depravación.
 - (1)** Significado del término.
 - (2)** Evidencia de la doctrina.
 - (3)** Depravación total.
 - a.** Toda la naturaleza del hombre está depravada.
 - b.** El hombre es incompetente para liberarse del pecado.
 - c.** El hombre, sin la gracia, se vuelve cada vez más malo.
- 6.** El pecado acarrea esclavitud.
- 7.** El pecado es universal.
- 8.** El pecado es hereditario.
- 9.** La salvación de los niños.

II. Los Resultados del Pecado

- 1.** El pecado nos aleja de Dios.
 - 2.** El pecado acarrea degradación moral y espiritual.
 - 3.** El pecado causa trastornos sociales.
 - 4.** El pecado produce sufrimiento.
 - 5.** El pecado engendra muerte.
-

Toda discusión que incluya al hombre en su relación con Dios, resulta incompleta si no tiene en cuenta el hecho del pecado. Al ignorar o interpretar incorrectamente al pecado, gran parte de la discusión sobre el asunto se aleja del punto. Trataremos de la doctrina del pecado como una preparación al estudio de la doctrina de la salvación.

I. NATURALEZA DEL PECADO

Definamos provisionalmente al pecado como la rebelión contra la voluntad de Dios. Y a fin de aclarar la naturaleza del pecado como una rebelión contra Dios, procuremos recalcar los siguientes puntos:

1. En el pecado existe el elemento de voluntad.

Ya se ha dicho que uno de los factores en la personalidad del hombre, una de las cosas que lo distinguen como un ser creado conforme a la imagen de Dios, es el poder de la voluntad. Para que el hombre esté en capacidad de obedecer y de desobedecer, él debe tener el poder de escoger. Los elementos físicos y los animales no merecen alabanza alguna por el hecho de que ellos obedezcan las leyes que los rigen, pues ellos no tienen la capacidad para escoger. En ellos esto es un asunto de necesidad física o de instinto animal. Sólo en un sentido secundario es que podemos llamar obediencia a la conformidad que ellos muestran para con las leyes que los rigen. En cambio, el hombre sí obedece porque él tiene voluntad para hacerlo.

Pero aun teniendo el hombre libertad de obedecer o de desobedecer, Dios hace claras sus órdenes al hombre. ¿Por qué el hombre, creado por Dios, habría de ser señalado desde el principio como el ser a quien Dios impartiría órdenes específicas? La respuesta la hallamos en el hecho de que el hombre, en virtud de su personalidad, tiene el poder y la libertad de obedecer o de no obedecer. Este es el principio que subraya a todos los tratos de Dios con el hombre, según podemos verlo en la Biblia. El hombre es algo más que un mecanismo; él es una persona. Dios mismo, siendo el Creador, respeta la personalidad del hombre.

Esto puede verse más claramente aun en el hecho de que Dios no solamente le imparte sus órdenes al hombre, sino que le ruega, lo persuade y lo amonesta. Puede notarse, asimismo, el respeto que Dios tiene por la voluntad del hombre, en el hecho de que Dios usa a los hombres como sus mensajeros para convencer a sus compañeros acerca de la necesidad de obedecer a Dios. Una de las cosas que más impresionan en la revelación que la Biblia hace de Dios, es la infinita paciencia de Dios al tratar con el hombre pródigo y pecador. Dios nunca se ha quedado sin testigos y sin mensajeros. Particularmente desde el tiempo de Moisés en adelante, cuando Dios pactó con la nación de Israel, el registro sagrado nos cuenta la larga historia de la apostasía y de la deslealtad de Israel y la fidelidad y longanitud de Jehová. Esto se ve a través de toda la

historia del Antiguo Testamento y constituye el tema de algunos salmos como el setenta y ocho.

Esto se ve aún más impresionante en la vida y en la enseñanza de Jesús. Al contemplar el juicio inminente sobre la ciudad de Jerusalén, Jesús no pudo menos que llorar. Y él explica que la ciudad quedará desierta debido a que sus habitantes no quisieron congregarse alrededor suyo (^{<421334>}Lucas 13:34). Pero en ningún otro lugar resulta esto más claro que en el dicho de Pablo en ^{<470501>}2 Corintios 5:19 y 20. El dice que Dios está en Cristo reconciliando el mundo a sí. Y luego agrega: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio nuestro; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”. No es nada extraño que Dios, el Creador, imparta sus órdenes al hombre, su criatura. Pero sí llama la atención que Dios le ruegue al hombre. Eso a todas luces demuestra el respeto que Dios tiene por la voluntad del hombre, y arroja luz también al hecho de que la rebelión del hombre contra Dios es voluntaria.

2. El pecado, como algo voluntario, implica conocimiento.

Si el hombre peca voluntariamente, entonces su pecado es contra la luz. Cuando no hay conocimiento de la ley moral tampoco puede haber pecado en el sentido completo de la expresión. Es muy probable que ésta sea la implicación de Pablo al decírnos que donde no hay ley tampoco hay transgresión (^{<450415>}Romanos 4:15). El también nos dice que es por la ley que nosotros conocemos el pecado (^{<450320>}Romanos 3:20). En Romanos capítulo 7 Pablo nos dice que en un tiempo él vivió sin la ley, pero que cuando el mandamiento apareció, entonces “el pecado revivió” y él murió. Cuando él se dio cuenta de que la ley prohibía el hacer ciertas cosas, en lugar de evitar hacerlas, más bien las hizo. Esto demuestra que había una relación íntima entre el conocimiento de la voluntad de Dios y el pecado, como un principio activo en la vida humana. (Véanse los versículos del 7 al 11).

Pero el conocimiento de las cosas morales y espirituales, particularmente el conocimiento de Dios y de su voluntad, presupone una revelación por parte de Dios. A decir verdad, encontramos en la Biblia la idea del pecado relacionada íntimamente con otras dos ideas: la revelación por parte de Dios, y el conocimiento de esa revelación por parte del hombre. En general, hay cuatro etapas en esta revelación, estando cada una de ellas relacionada con la idea del pecado en el Nuevo Testamento. La primera es la revelación de Dios en la naturaleza o en el mundo físico. Pablo discute esto en ^{<450118>}Romanos 1:18. Las

cosas invisibles de Dios, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas. Pablo dice que este conocimiento de Dios que viene por medio de la naturaleza hace que el hombre sea inexcusable. Aun cuando los hombres conocieron a Dios según él se reveló, no le dieron honra en su vida. Ellos lo rechazaron, rehusando darle honor y servirlo.

La otra etapa en la revelación de Dios en cuanto al pecado es su revelación en la razón y en la conciencia, o sea, en la naturaleza racional y moral del hombre. Pablo dice que los gentiles, que no tienen ley, “ellos son ley a sí mismos: mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio juntamente sus conciencias, y acusándose y también excusándose sus pensamientos unos con otros” (⁴⁵⁰²¹⁴Romanos 2:14, 15).

La tercera etapa en la revelación de Dios puede denotarse por el término ley. Este es el gran término que emplea Pablo al pensar en la revelación de Dios en relación con el hombre pecador. El uso que él hace concierne especialmente al Antiguo Testamento y a la ley mosaica. Algunas veces emplea el término sin el artículo, otras veces con el artículo. Cuando el artículo aparece, no hay duda que él se refiere a la ley de Moisés. Cuando el artículo no está, también se refiere especialmente a la ley de Moisés, pero él piensa de la ley como encerrando los principios universales de la justicia o requisito moral. Cuando usa el artículo está pensando en la ley de Moisés más bien como un sistema concreto de requisitos particulares. Sin el artículo, la ley de Moisés está en la mente, pero más bien como formada por los principios universales de aplicación general.¹⁶

La ley es la agrupación de las exigencias morales de Dios en los mandatos publicados. Los Diez Mandamientos, mirados como requisitos morales, constituyen el centro del Antiguo Testamento. La ley exige perfecta obediencia a sus preceptos. Como tal, la ley no permite ninguna excepción ni provee remisión alguna de la pena.

Pablo llama al pecado violación o transgresión, siendo que el pecado va en contra de las demandas morales de la ley. (Véase ⁴⁵⁰⁵¹²Romanos 5:12).

La función de la ley en su relación con el pecado no fue la de justificar o la de salvar del pecado, sino más bien la de despertar la conciencia de pecado, la miseria producida por el pecado y la necesidad de un Redentor. En ese

sentido, la ley desempeñó el papel de un pedagogo, conduciendo al pecador a Cristo. (Véanse Romanos Cap. 7 y Gálatas Cap. 3).

La cumbre de la revelación en relación con el pecado llegó en la gracia de Dios en Cristo, la cual salva del pecado. No es sino hasta llegar a ver la gracia de Dios que salva del pecado, que podemos obtener la doctrina completa del pecado. La negrura del pecado no nos impresiona de lleno sino hasta que logramos verla en contraste con la gracia radiante de Dios. Esto puede verse ilustrado en el caso del mismo Pablo, quien no parece haber tenido una conciencia profunda de pecado sino hasta su edad avanzada, que fue cuando él se llamó el primero de los pecadores (^{<540115>}1 Timoteo 1:15). Hasta que él hubo recibido la revelación de la gracia de Dios, creyó que hacía bien al perseguir a la iglesia de Cristo. Hasta entonces, él no llegó a reconocerse como un pecador culpable. Este pensamiento está también ilustrado en la enseñanza de Jesús. Jesús dice que las ciudades de su tiempo recibirían mayor condenación que las de Sodoma y Gomorra, por la razón de que él había estado en medio de ellas y de que ellas habían oído su enseñanza (^{<401120>}Mateo 11:20). El siervo que entendió la voluntad de su señor y no la hizo, será azotado mucho, mientras que el que no entendió la voluntad de su señor será azotado poco (^{<421127>}Lucas 12:47, 48). Otra vez Jesús dice que si él no hubiera venido, los que le rechazaban no tendrían pecado. Mas ahora los tales no tienen excusa por su pecado (^{<431522>}Juan 15:22). Los hombres son condenados porque ellos aman más las tinieblas que la luz. Y esta es la condenación, porque la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas (^{<430319>}Juan 3:19). La luz de la gracia de Dios hace dos cosas en favor del corazón pecaminoso: revela su obscuridad, y aumenta esa obscuridad en el caso de aquellos que rechazan la luz de la gracia.

3. Lo que acaba de decirse favorece la noción de que la incredulidad es la esencia del pecado.

Esto no quiere decir, sin embargo, incredulidad en el sentido de no querer aceptar una doctrina o un dogma. Esta incredulidad tiene que ver con el rechazamiento de la luz moral y espiritual, particularmente cuando esa luz está contenida en Cristo Jesús. Es el rechazamiento de la revelación final de Dios en Cristo. Cuando este rechazamiento se hace definitivo y voluntario, se convierte entonces en el pecado de muerte (^{<620513>}1 Juan 5:13-17). Se llega entonces a hollar voluntariamente al Hijo de Dios y se tiene por inmunda la sangre del testamento, en la cual se fue santificado, y se le hace afrenta al Espíritu de

gracia (^{[381029](#)}Hebreos 10:29). Y de esa manera llega a ser un suicidio moral. Dicha incredulidad consiste también en hacer a un lado los propios ojos espirituales. No hay incredulidad a menos que haya un alto grado de iluminación. La incredulidad es el rechazamiento deliberado, voluntario y malicioso de Cristo como la revelación de Dios, sabiendo que él constituye tal revelación. Es, en otras palabras, empecinarse por llamar a lo negro blanco.

Esto concuerda con lo que Cristo dice acerca de la blasfemia contra el Espíritu Santo. El pecado que los hombres estaban cometiendo y que hizo que Jesús pronunciara esta advertencia, fue el pecado de atribuirle sus obras al poder del diablo, negando de ese modo que las obras de Cristo eran realizadas por el poder de Dios. Jesús estaba pensando acerca del Espíritu como introducido en su propia vida y en sus obras, revelando de ese modo la presencia de Dios y dándoles a los hombres luz suficiente para ver y para reconocer a Dios en su propia vida y en sus obras. Cuando los hombres reciben la luz del Espíritu y rechazan deliberadamente sus obras como las obras de Dios y las atribuyen más bien al diablo, es cuando ellos están blasfemando contra el Espíritu y su pecado no tiene jamás perdón. Esencialmente, éste es el pecado de incredulidad en su forma final, según lo presenta Juan, y es pecado deliberado, según se describe en Hebreos.

Algunos afirman que el egoísmo es el principio esencial del pecado. En tal caso, el egoísmo se entiende no como opuesto a la benevolencia que debemos mostrar para con nuestro prójimo sino como oponiéndose a someterse a la voluntad de Dios. Vivir en pecado consiste, entonces, en vivir una vida centralizada en el yo; es erigir la voluntad propia como la ley de la vida.

4. Considerando al pecado como una rebelión obstinada, nosotros lo describimos con el término culpa.

Esto quiere decir que el hombre merece ser castigado por su pecado. El sentido de vergüenza y de penoso merecimiento fue lo que condujo a Adán a procurarse un vestido de hojas y a esconderse de su Hacedor (^{[D10308](#)}Génesis 3:8). Adán quiso echar la culpa a su esposa, y Eva a la serpiente; pero en cada uno de los casos hubo claramente el sentido de que se merecía castigo.

(1) La culpa del pecado se manifiesta en la conciencia.

Por causa de su pecado, el hombre sabe que es culpable. Esta conciencia de culpabilidad es un fenómeno general en la vida humana, especialmente cuando se trata de la vida religiosa del hombre. Y esto es cierto a pesar de que hay una

disposición general por esconder el sentido de culpabilidad o por cubrir o negar la responsabilidad que uno tiene por haber pecado. A decir verdad, el esfuerzo que se hace por ocultar la culpabilidad es una evidencia de culpabilidad. El que tiene la conciencia tranquila no se justificará con tanta ligereza como el que se siente acusado por su conciencia. Este sentido de culpa se manifiesta también en el hecho de que los hombres se acusan los unos a los otros con referencia a sus actos.

(2) Sin embargo, esta conciencia de que se merece castigo no debe tomarse como la medida exacta de la culpa del pecado.

Esto es así con referencia al propio pecado como al pecado de los demás. Nuestros juicios morales no son más infalibles de lo que son nuestros juicios en otros reinos. A decir verdad, a menudo se presenta el caso de que sucede lo contrario, es decir: que a medida que la culpa es más grande, se es menos consciente de ello. Y esto es así debido a que el pecado es un poder que ciega. El pecado nubla la visión espiritual y tuerce el juicio moral. Consecuentemente, es muy probable que la condición más peligrosa en la que se puede estar, espiritualmente hablando, es no tener conciencia de pecado ni sentido de peligro. Pues el hecho de que no se tenga conciencia de merecer castigo no es una señal de que no sea culpable; es más bien una indicación de que se está espiritualmente ciego y en gran peligro espiritual. Entre más se acerca el hombre a Dios, más consciente se vuelve de su propia indignidad. Por otra parte, si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros (^{<S0010>}1 Juan 1:8). Tener la conciencia de ser bueno es siempre una bondad ficticia. En el corazón hay podredumbre. Esta fue una de las características prominentes de los fariseos. Ellos le daban gracias a Dios por no ser como los otros hombres. Criticaban a “los publicanos y pecadores”. Despreciaban a Jesús porque él se asociaba con los descarriados. Pero fueron estos fariseos que se justificaban a sí mismos a quienes Jesús denunció acerbamente. Pablo, en su edad avanzada, se llamó a sí mismo el primero de los pecadores (^{<S4011>}1 Timoteo 1:15), y expresó no haber alcanzado la perfección (^{<S00312>}Filipenses 3:12, 13).

(3) La base de la culpa está en la relación del hombre que merece castigo, con Dios, el Ser santo.

El pecado del hombre merece reproche porque va contra Dios, quien es santo. Si Dios no fuera santo, el pecado no merecería castigo. El concepto que cualquier religión tiene del pecado se determina primeramente por su concepto

del carácter de Dios. Es sobre el fondo del carácter sin mancha de Dios que debe verse la negrura del pecado. Esto se ve que es así en el capítulo seis de Isaías. El profeta contempla a Jehová alto y sublime, como al Santo y al Altísimo. Luego él se ve a sí mismo y al pueblo en medio del cual él habita, como pecadores.

(4) No todos los hombres tienen la misma culpa delante de Dios.

En el Antiguo Testamento había pecados de ignorancia y pecados de presunción; pecados que podían ser expiados con los sacrificios y pecados que ponían al infractor fuera de las relaciones con Dios. Jesús reconoce este principio. Las ciudades de Sodoma y de Gomorra recibirán menos condenación que las ciudades que habían recibido el beneficio del ministerio y de la enseñanza de Jesús (^{<401120>}Mateo 11:20). El siervo que no conoció la voluntad de su señor no recibirá el mismo castigo que el que la conoció y sin embargo no la obedeció (^{<421247>}Lucas 12:47, 48). Pablo también reconoce el mismo principio. Los hombres son responsables según la luz que ellos tienen, ora sea la luz de la naturaleza, del corazón y de la conciencia, o la de la ley del Antiguo Testamento (Romanos capítulos 1 y 2).

Parece, entonces, que la luz y los privilegios son elementos que entran en la determinación del grado de la culpa del hombre. Puede decirse que el grado de culpabilidad se determina por la medida de la voluntad que entra en el pecado (^{<581026>}Hebreos 10:26). Hasta el punto en que el hombre peque voluntariamente, hasta ese punto es culpable de pecado y hace fijo su carácter de pecado.

En las relaciones sociales se reconoce este principio. Al hombre que tiene más luz, privilegios, oportunidades y habilidad se le exige más que a los que no los tienen. Las cortes judiciales tienen muy en cuenta el elemento de la voluntad que hubo en un criminal, antes de aplicarle la pena.

5. Otra fase del pecado se describe por el término depravación.

(1) Significado del término depravación.

Por este término se da a entender aquel estado o condición de la naturaleza moral del hombre, que no solamente hace posible que el hombre peque debido a su poder de escoger sino que hace seguro que él peque debido a su debilidad moral y a su tendencia inherente hacia lo malo. Esta depravación de la naturaleza del hombre es inherente y universal. Estas dos ideas —la idea de que la depravación es inherente y la idea de que es universal— parecen ser

inseparables. Por cierto, que si el pecado es inherente, es también universal. Al decir que el pecado o la depravación es inherente, no se quiere decir con eso que el pecado sea un elemento constituyente en la naturaleza humana, o que el pecado y la naturaleza humana sean inseparables. En su creación, la naturaleza humana no fue pecaminosa o depravada. Además, si el pecado fuera un elemento constituyente en la naturaleza humana, el hombre no podría ser salvo del pecado. Pero al decir que la depravación es inherente a la naturaleza humana, lo que se quiere decir es que el hombre, como un ser caído, es un depravado congénito; que desde el tiempo de Adán y debido al pecado de Adán, todos los hombres nacen con una tendencia moral hacia el pecado, lo cual hace que sea una certeza moral, que sea inevitable moralmente, que cuando los hombres toman sus decisiones morales, ellos, necesariamente, cometerán pecado.

(2) *El que el pecado sea inherente se evidencia por la enseñanza directa de las Escrituras.*

En el Salmo 51 el escritor dice: “En pecado me concibió mi madre” (^{<195105>}Salmo 51:5). Jeremías dice: “Engañoso y perverso es el corazón del hombre: ¿quién lo conocerá?” (^{<241709>}Jeremías 17:9). Pablo dice que nosotros somos por naturaleza hijos de ira (^{<490203>}Efesios 2:3). Por naturaleza los hombres son hijos de ira en el sentido de que sus vidas pecaminosas, las cuales provocan la ira de Dios, son el crecimiento natural de su disposición ingénita.

(3) *¿Es el hombre totalmente depravado?*

Eso depende completamente de la definición que demos a la depravación total. Si por depravación total se entiende que el hombre es tan corrupto como es capaz de serlo, entonces, con toda seguridad que esta doctrina no puede ser cierta. Pero en el sentido de que el hombre es totalmente necesitado, debido a su herencia natural, fuera de las provisiones de la gracia salvadora de Dios, la doctrina sí es cierta. Podemos resumir el asunto diciendo que el hombre es totalmente depravado en el sentido siguiente:

- a.** En el sentido de que toda la naturaleza del hombre, cada elemento y facultad de su ser, ha sido debilitado y depravado por el pecado. El cuerpo, el alma y el espíritu han pasado bajo su poder. La mente del hombre se ha nublado, su corazón se ha depravado y su voluntad se ha pervertido por el pecado.
- b.** Significa también que el hombre es totalmente inútil para libertarse del poder del pecado. Aquí está el meollo del asunto. La verdad que por el término

depravación total se representa es la total inutilidad del hombre de salvarse a sí mismo, su miseria completa en las garras del pecado.

c. Sin el auxilio divino el hombre va de mal en peor. La depravación total no es tanta que el hombre sea tan malo como pueda serlo, sino que sin el poder redentor de la gracia de Dios se hundirá más y más en el pecado. “Esta depravación no significa que todos los hombres sean tan malos como pudieran serlo, sino que toda la vileza que hay en el peor de los hombres tiene su germen y naturaleza en el alma del mejor de los hombres.”¹⁷

Gran parte de la disputa acerca del término depravación total ha estado fuera del punto por la razón de que se ha basado en la preconcepción de que la cosa que hace al pecado ser mortal es la extensión hasta donde el pecado afecta al hombre. Se consideró al pecado como algo ruinoso siempre que fuera lo suficientemente grande. Pero no es la magnitud del pecado lo que lo hace mortífero, sino la naturaleza del pecado. El pecado mata porque es pecado y no porque sea grande. La misma naturaleza del pecado es tal que destronaría a Dios e introduciría una anarquía moral y espiritual en el universo de Dios. Está en directa oposición a la naturaleza santa de Dios. Por lo tanto, ningún pecado puede tolerarse en el hombre. La naturaleza del pecado es tal, que envenena la naturaleza moral del hombre y arruina su vida espiritual. El pecado separa al hombre de Dios.

6. Jesús y Pablo recalcan la servidumbre del pecado.

Jesús dice que el hombre que hace pecado es siervo del pecado (^{<430834>}Juan 8:34). En otro lugar él dice que la verdad nos libertará de esta esclavitud, y más adelante dice que el Hijo nos libertará (^{<430832>}Juan 8:32, 36). En Romanos Cap. 6, Pablo expresa que el hombre es el siervo del pecado o es siervo de Dios y de la justicia. En el capítulo 7 él nos da un vívido relato de su propia lucha con el poder del pecado, de su completa inutilidad por obtener la libertad y de haber encontrado su liberación en Cristo. Parece que hay tres distintas etapas en la experiencia de Pablo, según pueden verse en este capítulo. La primera es un estado al cual él se refiere como viviendo sin la ley (versículo 9). El no tenía conciencia de condenación y de muerte por la razón de que la ley no lo había despertado al conocimiento de sus demandas. La segunda etapa es cuando él se da cuenta de las demandas justas de la ley, pero sin poder cumplirlas. “Mas venido el mandamiento, el pecado revivió, y yo morí” (v. 9). Esto lleva a un sentido de completa incapacidad y luego de desesperación. Finalmente, viene la

realización de la liberación por medio de Cristo (v. 25). Pablo reconoce que este principio reinante es universal, según se ve en ^{<450512>}Romanos 5:12-21.

7. El pecado es universal.

Según se dijo ya, el pecado es universal. Que el pecado es universal es cosa claramente enseñada en la Biblia. En el libro del Génesis, inmediatamente después del pecado del primer hombre, vemos el desarrollo intenso y extensivo del pecado hasta que la raza muy pronto llegó a ser tan corrompida que Dios envió el diluvio el cual destruyó a la raza, excepto a Noé y a su familia. Es una cosa muy clara en la historia bíblica que a excepción de Jesús ningún hombre ha sido sin pecado. Aun los mejores hombres tanto del Antiguo como del Nuevo Testamentos fueron débiles pecadores. El Salmista representa a Dios como escudriñando la tierra pero sin poder encontrar siquiera a un hombre sin pecado (^{<191401>}Salmo 14:1). Jesús consideró a todos los hombres como pecadores. El dice: “Si vosotros, siendo malos” (^{<421113>}Lucas 11:13). Esta expresión demuestra que él consideró a todos los hombres como malos y pecadores. El enseña, como una de las cosas fundamentales en la oración, que los hombres pidan el perdón de sus pecados (^{<400612>}Mateo 6:12). Los hombres necesitan del perdón tan universalmente como necesitan del pan cotidiano. Explícitamente Pablo enseña que todos los hombres son pecadores. Por cuanto todos pecaron (^{<450309>}Romanos 3:9). Y esta suposición es la que subraya su argumento en ^{<450512>}Romanos 5:12.

La experiencia, la observación y la historia humana indican que el pecado es universal. Aun los mejores hombres confiesan que son pecadores. Mas no debe interpretarse esto como el resultado de una conciencia anormal o morbosa por parte de ellos. No puede admitirse que hombres de la talla de Pablo, de Lutero y de Juan Bunyan, que ocupan un lugar central en el cristianismo espiritual, hubiesen interpretado incorrectamente sus propias relaciones con Dios. Luego, el consenso de opinión entre los hombres es que no hay hombre que esté libre de culpa moral o espiritual. El curso de la historia humana indica que hay algo fundamentalmente malo con la humanidad.

8. El pecado es hereditario.

La mejor explicación que puede darse acerca de la universalidad del pecado es la de que el pecado se debe a la corrupción de la naturaleza humana en el principio de la historia humana. La Biblia nos da a entender que el primer

hombre violó la voluntad expresa de Dios, y que por haber actuado así, la corriente de la historia humana se corrompió en su misma fuente.

Cualquiera que sea la opinión que nosotros tengamos con respecto al pecado de Adán y nuestra relación con el mismo, una cosa es cierta y es que cuando nosotros alcanzamos la edad de la conciencia moral y de la actividad moral, nos encontramos tan identificados con los malos impulsos existentes dentro de nosotros mismos y con las perversas fuerzas sociales que nos rodean, que, prácticamente, para entonces ya somos esclavos de ellos. Estas fuerzas perversas no tuvieron su origen en los actos de nuestra propia voluntad. Esto puede ser un hecho de aspecto oscuro y siniestro, pero no podemos escapar de él con solo negar su existencia. Los hechos desagradables no desaparecen porque nosotros digamos que ellos no tienen derecho a ser o porque nosotros los llamamos por nombres eufemísticos. Durante mucho tiempo los hombres se han esforzado por curar la corrupción moral del mundo pretendiendo rociarla con agua de rosas.

En la naturaleza del niño hay tal simiente de tendencia mala y se ve rodeado de tales influencias sociales malas que hay en el mundo en el cual vive, que cuando llega a la edad de la responsabilidad moral, inevitablemente comete transgresión. En ese sentido el niño es un pecador. El no tiene culpa personal. Tal cosa es imposible en donde las condiciones de la responsabilidad personal no existen. Estas condiciones están ausentes en la vida del niño hasta que los poderes de la conciencia del ser y de la determinación propia aparecen. No puede haber culpabilidad personal sino solamente en el caso de un agente personal.

Las Escrituras y la conciencia moral dan testimonio de la responsabilidad que tenemos de nuestra vida a pesar de la naturaleza que hemos heredado. A decir verdad, esta herencia de pecado, según las Escrituras, constituye una parte de nuestra terrible condición, lo cual hace necesaria la ayuda de la gracia divina. No puede dudarse del testimonio de nuestra conciencia moral en cuanto a este punto. Aun siendo malos y pecadores, nosotros reconocemos nuestro estado deplorable y renunciamos al pecado. Y es que para vivir, debemos negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz y ser crucificados con Cristo.

9. La salvación de los niños.

Viniendo al punto de la salvación infantil, es cosa generalmente admitida entre los teólogos evangélicos que los que mueren en la infancia se salvan. Esta

afirmación no se basa tanto en alguna específica enseñanza escritural sobre dicho asunto, sino que ella se desprende más bien de ciertos principios generales en la enseñanza del evangelio referente al modo como Dios trata a los hombres y teniendo en cuenta también la consideración general del carácter de Dios según se revela en Cristo.

Los teólogos evangélicos parecen estar de acuerdo en que la obra expiatoria de Cristo ha hecho provisión para toda incapacidad mientras no se llegue a la transgresión positiva y al rechazamiento deliberado de la luz moral. Hay redención racial así como hay pecado racial. Ningún hombre, por lo tanto, se perderá meramente a causa del pecado original o de la raza. Mientras el hombre no ha llegado al punto de que su pecado sea una transgresión abierta y un rechazamiento de la luz moral, la gracia de Dios lo cubre aun no habiendo arrepentimiento y fe.

En vista de estas consideraciones, nosotros creemos que estamos en lo correcto cuando afirmamos que el niño que muere en la infancia es salvo. En otras palabras, en el caso en que se esté consciente y positivamente identificado con el mal, se hace necesario también, bajo la gracia de Dios, un repudio consciente y positivo del mal y una identificación con el bien, antes de que haya liberación de lo malo. Hasta el punto de una identificación positiva del ser con lo bueno y lo malo, existe únicamente la potencialidad de la vida moral. En el caso del niño, esa potencialidad es mala, a menos que el niño sea redimido de dicha potencialidad por la influencia positiva de la gracia de Dios o que la vida de transgresión sea también así redimida. La inclinación natural del niño y las influencias sociales del mundo siempre tienden hacia lo malo. Para salvar al niño de esta herencia mala se necesita de la gracia de Dios, la cual trasciende a la naturaleza y al mundo.

II. LOS RESULTADOS DEL PECADO

Algunas de las cosas que acabamos de decir posiblemente pudieran haberse dicho cuando se trató de la naturaleza del pecado. Se hace difícil algunas veces decir si cierta fase del asunto debiera considerarse como una fase de la naturaleza del pecado o como un resultado del pecado.

1. El pecado nos separa de Dios.

El separar al hombre de Dios es la misma esencia del pecado. Esto es lo más serio acerca del pecado. Toda la desgracia del pecado consiste en el hecho de

que el pecado separa al hombre de Dios, “de quien fluyen todas las bendiciones”. La maldición de nuestra época es que se ha perdido la conciencia de Dios. Más que eso, la mente carnal es hostil a Dios. No se sujet a la ley de Dios. Le es imposible sujetarse. Esto es lo que necesitamos: una nueva creación espiritual en Cristo.

2. El pecado contra Dios acarrea también ceguera moral y espiritual, impotencia y degradación.

Dios es la fuente de toda vida y de toda luz. Cuando el hombre por su rebelión se aleja de Dios, se hunde en obscuridad moral y en degradación. Pablo llama la atención a esto en ^{<450118>}Romanos 1:18. Dios se reveló a los hombres a través de la creación visible; pero el hombre rehusó adorarlo y servirlo. Como un resultado de eso, Dios los entregó a una degradación religiosa y moral. Las bajas formas de la religión no son siempre, como algunas veces se afirma, estados en el progreso ascendente del hombre; algunas veces son, si no siempre, estados en un proceso descendente. Eso es lo que son la ceguera moral y la degradación. Tres veces en este pasaje (^{<450118>}Romanos 1:18-32) Pablo dice: “Dios lo entregó”. La ceguera moral y espiritual y la degradación son una visitación judicial de la ira de Dios sobre el hombre por la rebelión del hombre contra Dios. De esa manera el pecado viene a ser su propio castigo. Sin la liberación del pecado mismo, el hombre no puede escapar al castigo.

Una lección que se necesita aprender en nuestro tiempo es que la inmoralidad es el resultado de la irreligión. Muchos hombres en este tiempo están probando construir un sistema moral pero dejando a Dios y a la religión afuera. Semejante torre de Babel se derrumbará sobre sus mismos edificadores y los aplastará. No puede hacerse así. Una elevada vida moral debe ser sostenida por una religiosidad dinámica.

3. El pecado es también la raíz y la causa del desorden y del desquiciamiento sociales.

Esto se deduce de lo que se lleva dicho acerca de la ceguera y de la degradación morales.

Estar en desacuerdo con Dios conduce a estar en desacuerdo con el prójimo. El alejamiento de Dios produce odios y resentimientos entre los hombres. Pablo dice que el evangelio de Cristo, que trae la paz del hombre con Dios, quita también la enemistad que hay entre los hombres y de esa manera trae la paz entre judíos y gentiles (^{<490211>}Efesios 2:11). La única esperanza de que haya

justicia y rectitud entre los hombres está en el evangelio de Cristo. Lo que estamos diciendo —que el pecado es la fuente del alejamiento de los odios entre los hombres— es la otra cara de esta verdad. La justicia social, de consiguiente, nunca puede basarse en odio o en exclusivismo de clase o de raza. La única justicia social debe ser una justicia para todos, y no sólo para una clase.

4. El pecado produce sufrimiento.

Es una cosa bien sabida que mucho del sufrimiento humano se debe directamente al pecado del hombre. El hombre que peca sufre por su pecado y también hace que otros sufran por lo mismo. No siempre es fácil trazar la relación, pero en la mayoría de los casos resulta obvio. Si se pudiera extraer todo el sufrimiento de la humanidad que se ha originado por su propia perversidad, no hay duda que la historia del mundo sería muy diferente. En este punto la relación es tan clara que no tenemos ninguna dificultad en descubrirla. No siempre podemos trazar la relación en detalle, pero las líneas generales son muy claras.

¿Pero qué diremos en cuanto a los sufrimientos originados por los desórdenes de la naturaleza misma, los ciclones, las inundaciones, los terremotos, las erupciones volcánicas y las demás catástrofes parecidas? En el Génesis y en otros lugares hay la indicación de que existe una relación entre el mal y el pecado del hombre. Según el Génesis, el trabajo o la labor manual sería una parte de la penalidad del hombre. Esto no quiere decir que el trabajo o que la actividad en sí mismos hayan sido una parte de la pena, pues el hombre debía cuidar del jardín aun antes de la caída. Y después de la redención habrá también actividad. Los siervos de Dios le servirán (⁶²²⁰³Apocalipsis 22:3). El cielo no será un lugar de inactividad. Pero el hecho de que el hombre tiene que ganarse el pan con el sudor de su frente es una indicación de que el elemento de la dureza y del cansancio en el trabajo vino a consecuencia del pecado (⁶⁰³¹⁹Génesis 3:19). También se nos dice que la tierra produciría espinas y cardos (⁶⁰³¹⁸Génesis 3:18). Esto puede entenderse como una declaración particular que indica que el mal natural en general fue una consecuencia del pecado del hombre y en parte una pena impuesta por su pecado.

Algunos deducen de la declaración del Génesis que antes de que el hombre pecara no había sufrimiento, ni muerte animal ni ninguna clase de mal natural. Pero la Biblia no enseña que todo sufrimiento, muerte animal y mal natural sean sólo castigo.

Además, si uno mantiene que el mal natural, total o parcialmente, es el resultado del pecado del hombre, aun así no es necesario sostener que el pecado hubiese sido, en cuanto al factor tiempo, anterior a la aparición del mal natural en el mundo. El orden que ellos guardan en el propósito de Dios no es necesariamente el orden en el cual aparecen en el orden temporal. El desorden y los disturbios naturales del mundo puede ser que hayan tenido la intención, ya sea que se los interprete como penales o no, de recordarle al hombre su propio pecado y su necesidad de la redención. Pudiera suceder que el trastorno del orden físico universal tuviera la intención de ser un reflejo del universo moral.

Entonces, hasta cierto punto al menos, el mal o el sufrimiento natural puede tomarse como la pena del pecado, o como un castigo por el pecado.

Pero la doctrina de la providencia relacionada con la gracia muestra que el sufrimiento o el mal natural llena otro propósito en relación con el pecado; esto es, el sufrimiento se usa, bajo la gracia, como un medio para el desarrollo del carácter cristiano; es decir, cumple un propósito redentor. Esto lo sabemos tanto por la enseñanza de las Escrituras como por la experiencia cristiana. Esto se da a entender en el dicho de Jesús acerca del hombre ciego, según Juan capítulo 9. En substancia, él dice a sus discípulos que ellos no tendrán nunca una idea clara del sufrimiento y de la desgracia mientras interpreten tales cosas no más que como el resultado de la penalidad del pecado; ellos deben verlas vinculadas al propósito benevolente de Dios para con la humanidad. Debemos recordar que cada fase de la vida debe interpretarse desde el punto de vista del propósito redentor de Dios en Cristo. La ley y la pena no tienen la última palabra. Ellas hablan de una verdadera palabra, pero la última palabra la pronuncian la gracia y la verdad según se revelan éstas en Cristo Jesús. Hay un aspecto penal en el sufrimiento y en el mal natural; pero también hay un aspecto redentor. Para el hombre que rechaza la gracia, el sufrimiento es primeramente penal; para el hombre redimido, es principalmente un remedio y una disciplina. Para la sociedad en general, en la proporción en que el pecado reine, el sufrimiento es penal; pero según reine la gracia, es redentor. Es cosa bien sabida que el género humano ha alcanzado gran parte de su desarrollo mental, social y moral por el hecho de vencer al mal natural.

5. El pecado engendra muerte.

En algunos lugares de la Biblia la penalidad del pecado se resume en la palabra muerte. Dios le dijo a Adán: “El día que de él comieres, morirás” (^{<010217>}Génesis 2:17). Pablo dijo: “La paga del pecado es muerte” (^{<450623>}Romanos 6:23).

Hablando de una vida injusta, él dice: “El fin de estas cosas es muerte” (^{[45021](#)}Romanos 6:21). Nuevamente él nos dice que la intención de la carne es muerte (^{[45080](#)}Romanos 8:6).

Surge el punto de si esto incluye a la muerte física, o si la pena de que aquí se habla se refiere a la muerte espiritual. Hay lugares en la Biblia en los cuales muerte significa claramente muerte espiritual; por ejemplo, cuando Jesús dijo: “Y el que vive y cree en mí no morirá eternamente” (^{[43126](#)}Juan 11:26). De cierto que lo que él quiere decir en este versículo no es que el que cree en él no morirá físicamente. Pero ordinariamente el término muerte incluye la muerte física. Cuando las Escrituras hablan de la muerte como la pena por el pecado, no se refieren a la muerte física o a la muerte espiritual en el sentido en que la una excluya a la otra, sino que ellas dan a entender la muerte como una totalidad, esto es, física y espiritualmente —la muerte del hombre todo, desde el punto de vista religioso o espiritual. Los escritores bíblicos nunca consideran la muerte desde un punto de vista meramente biológico; ellos siempre la consideran en su relación con Dios. Puede haber lugares en los cuales un aspecto reciba mayor énfasis, pero no se excluye ninguna de las fases de la muerte.

Indudablemente que sería cierto decir que lo principal en la pena del pecado es la muerte espiritual. Esto es lo más importante. Lo que se dijo antes acerca del mal natural en su relación con el pecado, tiene mucha aplicación a la muerte física, pues la muerte física es la suma y la consumación del mal natural. Podemos resumir entonces todo el asunto diciendo que para el cristiano la muerte física es primordialmente redentora y disciplinaria, mientras que para el hombre no redimido la muerte es exclusivamente penal.

El que nosotros entendamos la pena del pecado como siendo primordialmente una muerte espiritual y secundariamente una muerte física, nos ayudará a entender otra fase del asunto. Esto está en armonía con el hecho de que en la salvación nosotros somos primero y principalmente salvados de la muerte espiritual por medio de la regeneración y de la santificación; pero en esta salvación se incluye la resurrección del cuerpo como la consumación y la perfección de la salvación. Así como la muerte física fue el resultado de haber el hombre roto su comunión con Dios, así también la restauración de la comunión con Dios lleva como una consecuencia la salvación del cuerpo. En orden de importancia y de origen, lo espiritual es primero, luego lo físico.

La pena final y completa del pecado es la muerte eterna, lo que el Apocalipsis llama la muerte segunda (^{[660211](#)}Apocalipsis 2:11; 20:6, 14; 21:8). Esta muerte consiste en la eterna separación de Dios del alma y del cuerpo. Discutiremos un poco más este asunto cuando entremos a considerar el tema de la escatología.

CAPÍTULO 8. EL PROPÓSITO DE DIOS EN LA SALVACIÓN

I. *El Propósito de Dios en Sus Aspectos Raciales*

1. Indicaciones de la historia religiosa.
2. Enseñanza e historia del Antiguo Testamento.
3. Historia cristiana y el Nuevo Testamento

II. *El Propósito de Dios en Su Relación con el Individuo*

1. Significado de la doctrina.

- (1) Toda eficiencia salvadora es de Dios.
- (2) En la salvación Dios continúa un eterno propósito.

2. Prueba de la doctrina.

- (1) Principio visto en el Antiguo Testamento.
- (2) Enseñanza del Nuevo Testamento.
- (3) Inferencia de la soberanía y de la omnisciencia de Dios.
- (4) Vista de la experiencia cristiana.

3. Objecciones a la doctrina.

- (1) Que ella hace a Dios parcial.
 - (2) Que ella hace injusticia a los que no son elegidos.
 - (3) Que ella es inconsistente con la libertad del hombre.
 - (4) Que ella desalienta el esfuerzo a favor de otros.
-

Si lo que se ha dicho acerca de Dios como un Dios de inteligencia y de poder, quien es soberano sobre el mundo, es cierto, entonces nosotros debemos creer que él tiene un propósito con referencia al mundo y al hombre, que está siendo llevado a cabo en el curso de la historia humana. Si nosotros estamos en lo correcto al afirmar que Jesucristo como Salvador y Señor es la revelación final de Dios al hombre, entonces este propósito de Dios debe ser un propósito redentor. Si estamos en lo exacto al afirmar que el hombre es un pecador dada su relación con Dios, entonces la redención es la necesidad más importante del hombre.

I. EL PROPÓSITO DE DIOS EN SUS ASPECTOS RACIALES

Hemos de mirar primero el propósito de la redención de Dios en sus aspectos más generales. Ya hemos visto cómo la raza como un todo cayó bajo condenación y muerte. ¿Hay alguna evidencia con referencia a la humanidad como un todo de que Dios está llevando adelante un propósito? Nosotros creemos que sí.

1. Indicaciones de la historia religiosa.

En general, la historia religiosa del hombre indica que Dios ha puesto en el hombre una sed insaciable por Dios, de modo que el hombre nunca podrá descansar sino hasta que encuentre su descanso en Dios.

Toda la historia religiosa del hombre es un relato de la búsqueda que el hombre hace de Dios. Pero esta búsqueda de Dios es el resultado de una disposición que Dios ha sembrado en el alma del hombre. De cierto que esta búsqueda no es del todo en vano. La historia religiosa del hombre en algún sentido lleva tal dirección.

2. En la enseñanza y en la historia del Antiguo Testamento, obtenemos claras indicaciones de un propósito redentor.

Tan pronto como el hombre hubo pecado, surgió un rayo de luz a través de las nubes en la forma de una promesa hecha a la mujer —una promesa que tiene su cumplimiento únicamente en Cristo (^{<010315>}Génesis 3:15). Hubo también un arco iris de promesa que brilló sobre la destrucción del diluvio con su luz de esperanza (^{<010909>}Génesis 9:9-17). El llamamiento de Abraham marca una nueva era en el desarrollo del propósito de gracia de Dios (^{<011201>}Génesis 12:1). Dios entró en un pacto con Abraham y con su descendencia por el cual ellos fueron hechos su pueblo especial para un gran propósito en el mundo. Sin embargo, no fueron hechos su pueblo con la exclusión de las otras naciones; más bien debían ser una bendición a las otras naciones (^{<011202>}Génesis 12:2, 3). Israel debía ser el misionero de Jehová para las naciones (^{<234201>}Isaías 42:1). Pero Israel, como pueblo, mal interpretó su misión. Israel entendió que su llamamiento significaba la exclusión de las otras naciones y, por lo tanto, se volvió orgulloso y arrogante de espíritu. Y no obstante, tenemos la gran paradoja de la historia de que Israel no fracasó completamente, pues de él vino el Redentor, Aquel por medio de quien el propósito redentor de Dios había de cumplirse, y quien es, de consiguiente, el cumplimiento de todo lo que implicaba el ideal de Dios para la nación de Israel. La historia y la enseñanza del Antiguo

Testamento se estaban moviendo hacia su propósito y hacia su meta en Cristo Jesús.

3. Comenzando con Cristo, tenemos más evidencia acerca de un propósito mundial de Dios.

Encontramos la evidencia de esto en la doctrina del reino de Dios en el Nuevo Testamento. Ese reino se inició con la venida y la obra de Cristo (^{<40030>}Mateo 3:2; ^{<41015>}Marcos 1:15). El nos dice que el reino que tuvo un comienzo tan insignificanteamente pequeño llegará a ser una gran cosa (^{<40133>}Mateo 13:31-33). Muchos vendrán de todas direcciones (gentiles) y se sentarán con Abraham, con Isaac y con Jacob en el reino, mientras que los hijos del reino (judíos) serán echados afuera (^{<40081>}Mateo 8:11-12). El anciano Simeón saludó al infante Jesús como a uno que traería salvación, la cual Dios ha preparado a la vista de toda la gente. El habría de ser una luz que se revelaría a los gentiles así como a la gloria de Israel también (^{<42023>}Lucas 2:31-32). Jesús manda que su evangelio debe ser predicado a todas las naciones (^{<402819>}Mateo 28:19; ^{<422447>}Lucas 24:47; ^{<440108>}Hechos 1:8). El libro de Los Hechos narra cómo el evangelio se abrió paso a través de los límites judíos y cómo comenzó a dominar por todo el mundo gentil. Pablo llevó el evangelio hasta el mismo centro del Imperio, la ciudad de Roma. Ya otros le habían precedido en su visita a Roma, pues en Roma había una iglesia cristiana antes que Pablo llegara allí. En Los Hechos es una cosa muy clara que la predicación de la Palabra a los gentiles se hizo bajo la dirección divina. Impulsado por un llamamiento especial de Dios, Pablo hizo obra misionera en el mundo gentil (^{<44130>}Hechos 13:1 y muchos otros pasajes). El Libro del Apocalipsis nos da un cuadro gráfico, especialmente en lenguaje simbólico, del triunfo final y completo del reino de Dios. La lucha es larga y dura, pero el triunfo final y completo llegará al fin con el descenso en la Nueva Jerusalén de Dios a la tierra.

II. EL PROPÓSITO DE DIOS EN SU RELACIÓN CON EL INDIVIDUO

1. Significado de la doctrina.

Las Escrituras enseñan no solamente que Dios tiene un plan general que está siendo llevado a cabo en la historia humana, sino también que el propósito de Dios se aplica al individuo. Cuando un hombre es salvo, no es salvo como un asunto del azar o de accidente o de suerte; es salvo como continuación de un eterno propósito de Dios. Dios salva al hombre porque su intención es salvarlo.

El salva a un hombre particular, en un tiempo particular y bajo ciertas circunstancias dadas, porque ésa es su intención.

La elección no quiere decir que Dios instituyó un plan general de salvación y que decretó que todo aquel que quisiera sería salvo y que, por lo tanto, el hombre que quiere ser salvo es elegido en cuanto a que él se coloca dentro del alcance del plan de Dios. Es cierto que Dios ha decretado que todo aquel que quiere será salvo; pero la elección es algo más específico y personal que eso. La elección significa que Dios ha determinado sacar a algunas personas, a favor de las cuales su corazón se ha eternamente inclinado y las cuales son el objeto de su amor eterno, para que pongan su fe en Jesús como Salvador. El significado general de la doctrina de la elección puede resumirse en dos afirmaciones:

(1) Toda eficiencia salvadora es de Dios.

La primera cosa es que, cuando el pecador se arrepiente de sus pecados y para ser salvo cree en Cristo, lo hace así porque Dios lo ha llevado hasta ese punto. De su propia iniciativa los hombres no se tornan de su pecado para volverse a Dios. Es Dios quien debe moverlos a tomar esa decisión. Esto incluye todas las buenas influencias, todas las agencias del evangelio, todas las circunstancias del ambiente y todas las disposiciones y los impulsos del corazón y de la conciencia que tienen que ver con la decisión que uno toma. Incluye también todo el orden histórico en el cual uno está situado y que le proporciona privilegios evangélicos, y este orden se considera como providencial. Especialmente incluye los impulsos interiores y la dirección del Espíritu Santo.

El impulso espontáneo del corazón cristiano es considerar la conversión del pecado hacia Cristo como la obra de Dios. Cuando el cristiano oye de alguien que ha dejado su vida de pecado, la primera expresión que surge de sus labios es, “Gracias a Dios”. Pero si esto no es la obra de Dios, entonces no hay que darle gracias a él. El no merece crédito por lo que no ha hecho. Esta es la opinión de las Escrituras tanto como el impulso espontáneo del corazón cristiano. Por todas partes en la Biblia vemos que la salvación se le atribuye a Dios. La salvación es obra de Dios. Pero la salvación incluye este cambio de la mente y del corazón que llamamos conversión. No es cierto que el pecador de sí y por sí mismo se arrepiente y cree y que entonces Dios entra después en el proceso del perdón. No, Dios está en el proceso desde el principio. Su trabajo es producir arrepentimiento y fe. Y él trabaja por crear las condiciones bajo las cuales él puede perdonar. Busca al pecador. Nosotros nos rendimos a un Dios

que nos atrae hacia sí. Nosotros lo buscamos a él porque él nos buscó primero a nosotros. El evangelio de Cristo es el evangelio de un Dios que busca. El busca adoradores (^{<430423>}Juan 4:23). El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (^{<421910>}Lucas 19:10). La búsqueda del Hijo del hombre es una revelación del corazón de Dios. Llevar los hombres a Cristo es la obra de Dios. Sin este poder de atracción los hombres no podrían venir a Cristo (^{<430644>}Juan 6:44).

Pablo habla de Dios como llamando a los hombres (^{<450828>}Romanos 8:28-30; ^{<460102>}1 Corintios 1:24). Por este llamamiento él parece dar a entender algo más que una invitación general del evangelio a que los hombres sean salvos por la gracia de Dios. El uso que Pablo hace del término corresponde más bien a lo que Jesús dice cuando se refiere al poder de atracción de Dios en ^{<430644>}Juan 6:44. Es el trato de Dios con los corazones de los hombres lo que da el resultado de que ellos acudan a Cristo para ser salvos. Este llamamiento eficaz no llega a todos, ni siquiera a todos los que oyen el evangelio. Algunos son llamados; para los tales el evangelio es la potencia de Dios. Para otros el evangelio es una piedra de tropiezo o una necedad (^{<460102>}1 Corintios 1:23). Este llamamiento da una mente espiritual que capacita a penetrar en el significado de la cruz.

Este poder de atracción de Dios es necesario, en vista de que las inclinaciones naturales del hombre son opuestas a Dios y a la justicia, y sin él el hombre no podría venir a Dios. Pablo nos dice que la mente carnal es enemiga de Dios. No se sujeta a la ley de Dios. Su naturaleza es tal que no puede sujetarse (^{<450807>}Romanos 8:7). El hombre debe nacer de nuevo, porque lo que es nacido de la carne, carne es (^{<430306>}Juan 3:6). De aquí que uno debe morir al pecado (^{<450602>}Romanos 6:2). El hombre viejo debe ser crucificado (^{<450606>}Romanos 6:6). Uno debe negarse a sí mismo y tomar su cruz y ser un discípulo de Jesús (^{<401624>}Mateo 16:24).

(2) Dios salva como una continuación de un eterno propósito.

Pero debemos retroceder más todavía. Dios no solamente trabajó por venir él mismo a nosotros, sino que su obra es la continuación de un plan que es eterno. No es que repentinamente decidió trabajar por la salvación de algún hombre en particular; él obró para la salvación del hombre porque se propuso eso desde la eternidad (^{<450829>}Romanos 8:29, 30; ^{<490104>}Efesios 1:4-11; 3:10, 11).

La doctrina de la elección claramente significa que Dios toma la iniciativa en nuestra salvación. Ella significa que todo lo que él hace para salvarnos, lo hace porque tuvo el propósito de hacerlo. Nuestra salvación no es un asunto de azar o de accidente. Nosotros somos salvos porque fue la voluntad de Dios que nosotros fuéramos salvos. El nos salva y al hacerlo tiene un propósito en lo mismo. A través de las edades él trabaja incesantemente por llevar adelante su propósito.

Es una representación muy pobre de esta doctrina el pensar que Dios escogió arbitrariamente a este hombre para salvarlo y que hizo a un lado a éste y al otro. Por supuesto, que hay profundidades en el consejo divino que nosotros no podemos medir. Pero la doctrina nos enseña que el hecho de que desde toda la eternidad Dios ha puesto su corazón sobre su pueblo para bien, y que a través de las edades él está llevando adelante su propósito de gracia con respecto a nosotros. (⁵⁵⁰¹⁰⁹2 Timoteo 1:9). Pero no hay nada de arbitrario en sus acciones o propósitos. Por encima de todo, no hay nada carente de amor o de gracia en su actitud hacia cualquier hombre.

Nosotros reconocemos que todo lo bueno, incluyendo la salvación del pecado, que viene a la vida del hombre, tiene su origen en Dios (⁵⁹⁰¹¹⁷Santiago 1:17). La doctrina de la elección es sencillamente el reconocimiento del hecho de que lo bueno que viene a nuestra vida es un resultado del propósito de Dios. Todo el bien que nosotros recibimos es por el propósito de Dios. El se propuso darnos la salvación. Habiéndose propuesto eternamente salvarnos, él lleva a cabo en el tiempo su propósito a favor nuestro. Su propósito se cumple por medio del orden social e histórico al que pertenecemos. Su propósito con respecto a nuestra salvación incluye todos los factores y todas las relaciones de este orden social e histórico, exactamente así como un padre hace los planes para la educación de su hijo, planes que hace teniendo en cuenta las influencias y las agencias sociales y educativas que están a su alcance o que pueden ser alcanzadas. Dios instituyó el orden social e histórico teniendo en vista nuestra salvación. De manera que Dios no se propuso nuestra salvación como unidades separadas y sin relación alguna. Nosotros no tenemos una existencia así. Su plan para la salvación de cualquier hombre es una parte de su plan para la raza humana. El planeó mi salvación como algo que llegaría hasta mí a través de ciertas influencias y fuerzas sociales e históricas. Su plan para mi salvación es una parte de su plan para toda mi vida; él especialmente incluye todo el bien que yo pueda hacerles a otros en este orden social e histórico al cual yo pertenezco.

2. Prueba de la doctrina.

(1) Una prueba es que nosotros vemos el principio de la elección operando en el Antiguo Testamento.

Dios escogió a Abraham y a sus descendientes para que fueran su pueblo en un sentido especial. El entró en relaciones con ellos por medio de pactos. Esto no quiere decir que los otros pueblos y las otras naciones fueron despreciados y que no eran responsables delante de Jehová. Sí eran responsables ante él. El castigó a las otras naciones por sus pecados y las usó para castigar a Israel. Pero había una relación especial establecida entre él e Israel, y fue Jehová quien tomó la iniciativa para establecer esa relación.

(2) Encontramos esta doctrina claramente enseñada en el Nuevo Testamento.

Con frecuencia se habla del pueblo de Dios como de los elegidos (^{<40242>}Mateo 24:22; ^{<42180>}Lucas 18:7; ^{<600101>}1 Pedro 1:1). En el Antiguo Testamento, Israel, como nación, constituía los elegidos de Dios, pero en el cristianismo no es el Israel nacional el que constituye a los elegidos de Dios, sino los individuos redimidos son los que constituyen el Israel espiritual.

En el Evangelio de Juan, Jesús habla de sus discípulos como de aquellos que el Padre le ha dado a él (^{<430637>}Juan 6:37, 39; 17:2, 6). En algunos de estos pasajes la inflexión del verbo dar está en el tiempo pasado como para indicar que ello constituyó una transacción pretemporal en el propósito eterno de Dios (^{<431702>}Juan 17:2, 24). Parece que precedió a la venida de Cristo por parte de su pueblo. Pudiera ser sinónimo de esa atracción que produce la venida de sus discípulos, pero lo más probable es que se refiera al propósito eterno de Dios en cuya continuación él atrae a los hombres a Cristo.

Pedro habla de los cristianos como siendo elegidos según la presciencia de Dios (^{<600101>}1 Pedro 1:1, 2). Pero quizás las declaraciones más claras sobre este asunto se encuentran en los escritos de Pablo. Una de las expresiones más claras de Pablo sobre el asunto está en ^{<450829>}Romanos 8:29, 30. En ese pasaje él funda la providencia de Dios en su gracia predestinante. Aquí tenemos una cadena que va desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura. Esta cadena está hecha de los eslabones del preconocimiento, la predestinación, el llamamiento, la justificación y la glorificación. Conocer con anterioridad en el sentido con que aquí se habla es más que conocer intelectualmente. En este último sentido Dios conoce a todos los hombres. Significa que él pone su

corazón en nosotros, que nos conoce para nuestro bien. El Señor conoce la senda de los justos, mas la senda de los malos perecerá (^{<190106>}Salmo 1:6). En el día de cuentas el Señor apartará a los obreros de iniquidad porque él nunca los conoció (^{<400723>}Mateo 7:23). Dios puso su corazón sobre los objetos de su gracia predestinante en la eternidad, y al continuar con su propósito eterno él llama, justifica y glorifica.

En Romanos 9 Pablo afirma la soberanía de Dios empleando un lenguaje fuerte. El cita el Antiguo Testamento para probar que Dios tiene misericordia de quien él quiere tenerla y que endurece al que él quiere endurecer (v. 15). Pone como ejemplo de eso el caso de Jacob y Esaú. A menos que nosotros comparemos esto con lo que Pablo dice en otros casos, tendremos la impresión de que Dios ha sido arbitrario en sus tratos con los hombres. Ni que dudar que lo que Pablo quiso afirmar fue la soberanía de Dios al conceder su gracia a los pecadores.

En la gran declaración de Pablo respecto a la gracia contenida en ^{<490103>}Efesios 1:3-14, él hace descansar toda la cuestión en la gracia predestinante de Dios. Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual en Cristo en continuación del hecho de que él nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo a sí mismo (vv. 3, 4). De nuevo nos dice que fuimos hechos herederos en cuanto a que fuimos predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad (v. 11).

(3) En tercer lugar, la doctrina de la predestinación o elección es una inevitable inferencia de la doctrina de un Dios soberano y omnisciente.

Dios conoce desde el principio todas sus obras. Si todos los eventos del universo fueron conocidos de Dios desde el principio y si Dios ordenó el mundo, entonces Dios preordenó todo lo que debía entrar en la historia del mundo. Si Dios creó y sostiene el mundo y es un Dios inteligente, si el mundo en su totalidad, y de consiguiente, en sus detalles, está afirmado en Dios, entonces él ha preordenado todo el sistema del mundo y cada detalle en ese sistema. Con esto no se quiere decir que Dios sostiene la misma relación con el mal que con el bien, ni tampoco que cada evento del orden mundial ha sido preordenado por nuestra causa o sacado de su relación; pero sí se quiere decir que cada evento ha sido preordenado en sus relaciones con el sistema mundial como una parte de ese sistema. Esto no significa, además, que Dios mantenga la misma relación con un evento de la naturaleza como la que mantiene con un acto libre del hombre. Cada cosa es preordenada en cuanto a sus conexiones y

bajo sus condiciones. Un evento en la naturaleza es preordenado como un evento en la naturaleza, y el acto libre del hombre como un acto libre. Una obra de santidad es preordenada como algo que Dios produce, como el Autor de todo bien, y un acto pecaminoso es preordenado como algo que un Dios que respeta la libertad del hombre permite que el hombre haga, a pesar del aborrecimiento de Dios por el pecado. Dios preordena el permiso para que tal obra se haga antes que entorpecer la libertad del hombre.

Diciendo lo mismo de otro modo, la elección consiste en que lo que Dios hace al salvar al hombre lo hace porque tal fue su propósito. Nuestra argumentación se basa en la suposición de que como un Dios de sabiduría, Dios tiene un propósito que está siendo llevado a cabo en la historia del mundo, y que como un Dios de poder él hace todo lo que se propone hacer. Si se aceptan estas dos proposiciones entonces debe aceptarse la elección. Dios no salva a todos los hombres. El salva a algunos hombres. De aquí que Dios no se propuso salvar a todos, sino que se propuso salvar a algunos.

Más todavía, si es correcto que Dios salvara a algunos hombres y que no salvara a otros, entonces es correcto que él debía proponerse salvar a algunos y no salvar a otros. Para ser consistente uno no puede objetar que Dios tenga el propósito de hacer lo que uno no le objeta hacer.

Con mucha certeza se ha dicho, de consiguiente, que un argumento contra la elección es un argumento a favor del universalismo. Procuremos hacer esta afirmación un poco más evidente. Admitiendo el hecho del pecado, Dios pudo haber planeado hacer una de tres cosas: no salvar a ninguno y condenarlos a todos, salvar a todos y no condenar a ninguno, o salvar a algunos y condenar a algunos. Si Dios hubiese planeado hacer la primera o la segunda cosa, no habría elección. Todos serían tratados igualmente. Pero el tercer plan necesariamente envuelve la elección. Cualquier plan por el cual algunos sean salvos y otros sean perdidos hace necesario que Dios hubiese escogido a unos para ser salvos y a otros no.

(4) Otro argumento a favor de la elección es el argumento de la experiencia cristiana.

Al mirar nosotros nuestra experiencia pasada, reconocemos dos cosas como notables en nuestra conversión: Una es el poder de Dios para atraernos y la otra es nuestra resistencia a esa atracción. Nosotros fuimos salvos cuando cesamos de resistir y nos rendimos al Dios de todo gracia. Nosotros le amamos

a él porque él nos amó primero (^{[620419](#)}1 Juan 4:19). Nuestra experiencia da testimonio, por lo tanto, de que él nos escogió a nosotros antes que nosotros lo escogiéramos a él. El nos buscó antes que nosotros lo buscáramos a él. Nuestra búsqueda de él fue en respuesta a su búsqueda de nosotros. Nuestro amor fue en respuesta a su amor. El tomó la iniciativa en nuestra salvación.

Algunas veces se presenta la objeción de que esto hace al pecador inválido y dependiente de Dios. Exactamente es eso lo que hace. Y eso es exactamente lo que el pecador necesita reconocer. La fe consiste en asumir la actitud de completa dependencia de Dios. La fe no es otra cosa. El rehusar asumir esta actitud es lo que mantiene al hombre fuera del reino de Dios. El deseo de tener suficiencia propia y de ser independiente de Dios es el corazón del principio de pecado en nuestra vida.

3. Objetiones a la doctrina.

La mayoría de las dificultades y de las objeciones con referencia a la elección parten de un mal entendimiento de la doctrina y de una apurada inferencia de ella. La respuesta a las objeciones, por lo tanto, tomará la forma principalmente de aclarar las dificultades corrigiendo las falsas interpretaciones acerca de la doctrina y demostrando que las festinadas inferencias no son conclusiones apropiadas de la doctrina.

(1) Una objeción que se le hace a esta doctrina es que ella hace a Dios parcial.

Lo más seguro es que en la mente del que hace esta objeción se esconda la suposición de que Dios está bajo la obligación de conceder iguales privilegios, oportunidades y bendiciones a los hombres. Pero lo cierto es que Dios no concede iguales bendiciones a los hombres en lo que toca a los dones naturales. Los hombres no son iguales en la apariencia, en la habilidad física o mental, en los dotes morales y espirituales. Dios le da a uno cinco talentos, a otro dos y a otro uno. El Espíritu da sus dones a los hombres, a cada uno varios según él quiere (^{[461201](#)}1 Corintios 12:11). Cuando uno le da gracias a Dios por haber nacido en un país cristiano o de padres cristianos, o por la buena salud, uno está reconociendo el hecho de que Dios le ha dado bendiciones que no les ha dado a muchos otros. Lo mismo es cierto al darle gracias a Dios por la salvación. Pero el objetor pudiera decir que, en lo que a bendiciones naturales concierne, éstas no podrían ser iguales por la razón de que ellas nos vienen a través del orden natural y en un orden social el cual necesariamente

hace una diferencia entre los hombres. Nuestra respuesta es que la misma cosa puede aplicarse en relación con las bendiciones y las oportunidades religiosas. También éstas, hasta cierto punto al menos, nos son ofrecidas por los medios naturales, sociales e históricos, y bien puede ser imposible para Dios el reducir a los hombres a un nivel común de privilegios y bendiciones en este caso como en el caso de los dones naturales. Para que los hombres fueran puestos en un nivel de privilegio religioso sería necesario que Dios sacara a los hombres de sus relaciones naturales, históricas y sociales en las cuales ellos viven. Por manera que el hecho de que Dios conceda más bendiciones a algunos hombres que a otros, no significa que él sea “parcial” en un modo arbitrario.

(2) Otra objeción es la de que es injusto para los no elegidos el que su salvación se les haga imposible.

Si el hombre es incapaz de venir a menos que haya una atracción especial del Espíritu y ésta no le es concedida, entonces ¿por qué ha de culparse al pecador? Esto, dice el objetor, haría responsable al pecador de no hacer aquello que él no puede hacer.

Pero esta objeción supone que, si Dios merece crédito por la salvación de los salvos, él, de consiguiente, es responsable por la condenación de los perdidos. El hecho de que Dios no salve a todos es una evidencia de que hay limitaciones en Dios, las cuales constituyen razones suficientes para que él no salve a todos. Nosotros podemos con seguridad decir que Dios hace todo lo que consistentemente puede hacer con su propia naturaleza, la naturaleza del hombre y el orden moral del mundo para salvar a todos los hombres.

El ha provisto salvación para cada hombre en Cristo. El hace al hombre la invitación. Hace que haya influencias que conduzcan al pecador hacia el camino de vida. Todo esto es gracia. Si a pesar de todo esto el pecador no llega, no tiene que echarle la culpa a ningún otro sino sólo a sí mismo. Mientras él no quiera recibir la gracia que Dios le ofrece, él no puede quejarse de que Dios no le dé más gracia.

La inhabilidad del pecador es una inhabilidad sólo en cuanto el pecador rehúsa reconocer su dependencia de Dios. Si él quiere venir, puede venir. La dificultad está en él, no en Dios. La única dificultad está en la actitud del pecador hacia Dios. El es responsable de esa actitud.

Hay algunas limitaciones puestas en Dios acerca del asunto, las cuales hacen evitar a Dios el cumplir con su deseo de ver salvos a todos los hombres. La

libertad y la perversidad pecaminosa del hombre tienen algo que ver en el asunto. Cualesquiera sean los aspectos de la situación, en que Dios participe en la salvación de los hombres, Dios los tuvo en cuenta al elegir a hombres para la salvación. Si esto no es cierto, entonces Dios es inconsistente consigo mismo.

La elección de unos y la no elección de otros no tiene por base el que unos sean moralmente más merecedores que los otros. Todos los hombres están debajo de condenación. Todos son pecadores. ¿El que Dios elija a un hombre para ser salvo, significa que él pasa por alto la salvación de los demás simplemente porque no desea que sean salvos? No, su deseo es que todos se salven. Pero hay que recordar también que Dios no salva al pecador, debido a la perversidad y a la obstinada incredulidad del pecador. De donde se colige que la razón que tiene Dios para no salvar al pecador está en su conocimiento anticipado de la incredulidad del pecador. Diciéndolo en una forma positiva, el propósito de Dios de condenar al pecador descansa sobre la base por la cual él condena al pecador, esto es: porque la actitud del pecador es tal que Dios no puede, para ser consistente, salvarlo. Dios lo deja en su propia condenación ya que el hombre no permite que lo salven.

(3) Otra objeción en contra de la elección es que ella es inconsistente con la libertad del hombre.

Pero conviene que nosotros recordemos que el decreto de Dios en la elección no lleva la finalidad de salvar al hombre sin tener en cuenta su arrepentimiento y su fe. Más bien por parte de Dios su decreto es para llevar al hombre al arrepentimiento y a la fe. Y Dios no coacciona al elegido a creer. El los dirige y los persuade de tal manera por las influencias benéficas del evangelio y por la solicitud de su Espíritu, que al fin los elegidos deciden recibir a Cristo. Por otra parte, él entrega al incrédulo a su propia voluntad rebelde.

Recordemos que el propósito de Dios en la elección fue su propósito de hacer en la salvación del hombre exactamente lo que él hace cuando le salva. De consiguiente, si en la salvación del hombre Dios no entorpece la libertad del hombre, entonces el propósito que Dios tuvo en su mente y que después llevó a la práctica al salvar, no es tampoco impedimento alguno.

(4) Una cuarta objeción en contra de la elección es que ésta desalienta el esfuerzo por parte de los cristianos para la salvación de otros.

El objetador dice que si el asunto se explica de uno o de otro modo, entonces los esfuerzos que nosotros hagamos serán inútiles ya que no podemos cambiar lo que se ha determinado.

Pero la doctrina de la elección no afirma que la salvación de cualquier individuo ya es cosa hecha como si fuera un asunto de suerte o como si no se tuvieran en cuenta las condiciones que hay que llenar para ser salvo. El decreto de Dios no dice que él salvará a cierto individuo aun cuando éste oiga el evangelio o no, o ya sea que se arrepienta y crea o no. El propósito de Dios es más bien encauzar de tal modo los factores providenciales de la vida del hombre como para colocar a éste bajo la influencia del evangelio, inclinando así su corazón hacia la decisión de abandonar el pecado y volverse a Dios.

Si la doctrina es propiamente entendida, ella, más bien, por otra parte, viene a ser un aliento al esfuerzo cristiano. Uno de los valores de dicha doctrina consiste en que ella nos da seguridad acerca del hecho de que Dios no solamente desea que los hombres se salven, sino que su corazón ha estado eternamente puesto sobre tal asunto y de que él ha planeado el mundo con relación a lo mismo y dirige de tal modo las cosas a fin de que en su providencia los hombres lleguen a ser salvos. Ella igualmente nos asegura que el propósito de Dios por redimir a los hombres del pecado es algo muy profundo en su mente y en su propósito desde la eternidad. ¿Qué aliento mejor podríamos desear al empeñarnos en la tarea de redimir a los hombres del pecado? Si tal cosa es la preocupación eterna de Dios, ella debiera ser también la preocupación de nosotros en nuestro trabajo. Entonces nosotros podemos trabajar con la seguridad de que en nuestro trabajo estamos en línea con los propósitos eternos de Dios y de que él obra en nosotros y por medio de nosotros.

CAPÍTULO 9. LA OBRA SALVADORA DE CRISTO

I. La Muerte de Cristo por Nuestros Pecados

1. El hecho de la expiación.

(1) Nuestra salvación es la obra de Cristo.

(2) Su muerte es su acto redentor.

(3) Su muerte y su vida son inseparables.

a. El que no tuvo pecado murió por los pecadores.

b. Su vida fue una vida de sacrificio personal.

(4) Su muerte fue “conforme a las Escrituras”.

2. El motivo de la expiación.

3. La expiación y la santidad de Dios.

4. Consideración de una objeción.

5. La fe y la expiación.

II. La Resurrección de Jesús

1. Por medio del Cristo vivo nosotras somos conquistadores de nuestros pecados.

2. El Cristo vivo es la seguridad de que la muerte no es la terminación de la vida.

3. El Cristo vivo es la seguridad del triunfo del reino de Dios.

III. Su Intercesión a Favor de Su Pueblo

1. Se necesita por causa de nuestros pecados.

2. Sirve de base para nuestra confianza en la oración.

3. Garantiza nuestro acceso permanente ante Dios.

Hemos visto cómo el pecado se ha extendido en el género humano así como la ruina que ha traído. Hemos igualmente considerado el propósito de Dios en su gracia, tanto en lo que se refiere a la raza como al individuo. Este propósito de Dios de salvar encuentra su revelación y los medios de su realización en Jesucristo. Cristo es Salvador. “Y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (⁴⁰⁰¹²¹ Mateo 1:21). “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (⁴²¹⁹¹⁰ Lucas 19:10). “Palabra fiel y digna de ser recibida de todos; que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (⁴⁰⁰¹¹⁵ 1 Timoteo 1:15).

I. LA MUERTE DE CRISTO POR NUESTROS PECADOS

1. *El hecho de la expiación.*

Probablemente nos ayudará el que consideremos primero algunos puntos que resalten en la enseñanza del Nuevo Testamento.

(1) *Nuestra salvación es la obra de Cristo.*

En primer lugar, es una cosa muy clara que Cristo hizo algo de lo cual la salvación del hombre depende. Nuestra salvación fue su conquista. Esto se ve en algunas afirmaciones de Jesús como cuando dijo que el Hijo del hombre había venido a dar su vida en rescate por muchos (⁴¹¹⁰⁴⁵Marcos 10:45).

Cualquier otra cosa que esto significare, ello demuestra que Jesús hizo algo que fue necesario para nuestra liberación del pecado. Otra declaración es la que hace Pablo cuando dice: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (⁴⁸⁰³¹³Gálatas 3:13). La siguiente cita tomada del libro de los Hebreos da claridad al punto: (Cristo) “entró una sola vez en el santuario, habiendo obtenido eterna redención” (⁵⁸⁰⁹¹²Hebreos 9:12). “Mas ahora una vez en la consumación de los siglos, para deshacimiento del pecado se presentó por el sacrificio de sí mismo” (9:26). “En la cual voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Cristo hecha una sola vez” (⁵⁸¹⁰¹⁰Hebreos 10:10). “Pero éste (Cristo), habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio para siempre, está sentado a la diestra de Dios” (⁵⁸¹⁰¹²Hebreos 10:12). “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (⁵⁸¹⁰¹⁴Hebreos 10:14). Encontramos en el Apocalipsis este lenguaje: “Al que nos amó, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre” (⁶⁶⁰¹⁰⁵Apocalipsis 1:5).

Pudiéramos dar otros pasajes, pero éstos son más que suficientes para demostrar que el Nuevo Testamento enseña que nuestra salvación dependió de algo que Cristo hizo a favor nuestro. Cristo salva, y salva en virtud de algo que él logró alcanzar. Nuestra redención fue su adquisición. El hizo algo que hace posible el que nosotros tengamos una nueva relación con Dios.

(2) *La muerte de Cristo es su acto de redención.*

Otra cosa que se desprende de los pasajes antes citados y de muchos otros, es que la muerte de Cristo constituyó su acto de redención. Resulta muy notable que desde el tiempo de la gran confesión en Cesarea de Filipo, Jesús hizo mucho énfasis sobre su muerte inminente. Cuando los discípulos anuncian su

aceptación como el Mesías, Jesús dirige la atención de ellos hacia la enseñanza de la clase de Mesías que él sería, esto es: un Mesías sufriente. Los evangelistas hacen énfasis sobre su muerte como el pináculo de una vida de servicio glorioso a Dios y al Hombre. Esta fue la meta hacia la cual toda su vida se encaminó.

Jesús se dirigió deliberadamente hacia la cruz como el lugar donde su misión de redención debía de cumplirse. Sin ninguna duda, en su bautismo él se estaba ofreciendo a la muerte para la salvación del mundo.¹⁸ Esto explica que él hubiese sido tentado a obtener su reino si le rendía adoración a Satanás. Esta tentación a hacer a un lado la cruz acompañó a Jesús durante toda su vida y llegó a su punto culminante en el huerto de Getsemaní (^{<430615>}Juan 6:15; ^{<402636>}Mateo 26:36). Al exhalar su aliento Jesús dijo: “Consumado es” (^{<431930>}Juan 19:30).

En los Evangelios Sinópticos hay dos dichos de Jesús en los cuales él habla no solamente de su muerte sino que expresa también la importancia redentora de su muerte. Uno de esos dichos es aquel en el cual él nos habla de dar su vida en rescate por muchos (^{<411045>}Marcos 10:45). El otro lo pronunció en la institución de la Cena cuando nos dice que su sangre sería derramada para la remisión de los pecados de muchos (^{<402628>}Mateo 26:28). Estos dos pasajes condicionan nuestra salvación por medio de su muerte.

En el Evangelio de Juan hay algunas declaraciones definitivas sobre este punto: una es el dicho de Juan el Bautista acerca de Jesús como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (^{<430129>}Juan 1:29). Evidentemente Juan está pensando acerca de Jesús como de quien sería sacrificado quitando de esa manera el pecado del mundo. La afirmación de ^{<430314>}Juan 3:14 y 15 acerca de que el Hijo del hombre sería levantado así como Moisés había levantado la serpiente en el desierto, hace que la obtención de nuestra vida eterna dependa del levantamiento del Hijo del hombre. Esta es también la idea expresada en el discurso sobre el pan de vida contenido en Juan capítulo 6. El pan que Jesús da es su carne, para la vida del mundo (v. 51). En Juan capítulo 10, Jesús dice que él es el buen pastor que da su vida por sus ovejas (vv. 14-17).

Uno de los elementos que constituyen el evangelio, según el decir de Pablo, es que Cristo fue muerto por nuestros pecados conforme a las Escrituras (^{<461503>}1 Corintios 15:3). La determinación de Pablo fue la de no conocer nada entre los corintios sino sólo a Jesucristo y a éste crucificado (^{<460202>}1 Corintios 2:2). Mientras que la Palabra de la cruz era tropezadero para los judíos y para los griegos locura, para los llamados era el poder y la sabiduría de Dios (^{<460101>}1

Corintios 1:18, 23, 24). Cristo fue hecho pecado por nosotros, a fin de que nosotros pudiéramos llegar a ser justicia de Dios en él (⁴⁷⁰⁵⁰²2 Corintios 5:21). Fue por hacerse una maldición por nosotros al ser colgado del madero, que Cristo nos redimió de la maldición de la ley (⁴⁸⁰³¹³Gálatas 3:13). Pablo se glorificaba únicamente en la cruz, la cual era el poder por el cual él estaba crucificado al mundo y el mundo estaba crucificado a él (⁴⁸⁰⁶¹⁴Gálatas 6:14). Dios ha propuesto a Cristo en propiciación por su sangre, a fin de que Dios sea el justo y el que justifica al que es de la fe en Jesús. (⁴⁵⁰³²¹Romanos 3:21-26). Nosotros somos justificados en su sangre (⁴⁵⁰⁸⁰⁹Romanos 5:9). Somos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (⁴⁵⁰⁵¹⁰Romanos 5:10). Tenemos nuestra redención por su sangre (⁴⁹⁰¹⁰⁷Efesios 1:7).

Pedro dice que nosotros fuimos redimidos de nuestra vana conversación por la sangre preciosa de Cristo (⁶⁰⁰¹¹⁸1 Pedro 1:18, 19). Cristo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero y por sus heridas fuimos nosotros curados (⁶⁰⁰²²⁴1 Pedro 2:24, 25). En la Epístola a los Hebreos se nos dice que el nuevo pacto de gracia no podía cumplirse a menos que interviera muerte del Mediador del pacto (⁵⁸⁰⁹¹⁵Hebreos 9:15). Por medio de la ofrenda del cuerpo de Cristo Jesús, somos santificados de una vez para siempre (⁵⁸¹⁰¹⁰Hebreos 10:10). Por esta única ofrenda él ha perfeccionado para siempre a los santificados (⁵⁸¹⁰¹⁴Hebreos 10:14). No se necesitaba que este sacrificio se repitiera, como sucedía con los sacrificios del sistema levítico. El hizo una ofrenda perfecta de una vez por todas y obtuvo de esa manera para nosotros eterna redención (⁵⁸⁰⁹¹⁴Hebreos 9:14; 10:1).

Juan dice que Cristo es la propiciación por nuestros pecados y por los de todo el mundo (⁶²⁰²⁰²1 Juan 2:2). En el Apocalipsis se nos dice que él nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre (⁶⁶⁰¹⁰⁵Apocalipsis 1:5). El compró con su sangre para Dios a gente de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nación (⁶⁶⁰⁵⁰⁹Apocalipsis 5:9). El pueblo de Dios venció al acusador por la sangre del Cordero (⁶⁶¹²¹¹Apocalipsis 12:11).

No es necesario seguir dando citas del Nuevo Testamento. Las que se han dado aprueban hasta la saciedad que es en la sangre de Cristo que nosotros encontramos nuestra salvación. La cruz fue su gran obra de redención. Por medio de su muerte él nos trae vida eterna.

(3) Su muerte y su vida son inseparables.

No debemos entender nosotros, sin embargo, que la muerte de Cristo en su importancia salvadora debe separarse de su vida. Es cierto que fue la muerte de Cristo lo que hizo expiación por nuestros pecados. Pero hay que recordar dos cosas acerca de su muerte en relación con su vida:

a. Una es que fue el inmaculado el que murió por nuestros pecados. Al que no conoció pecado Dios le hizo pecado por nosotros (⁴⁷⁰⁵⁰²2 Corintios 5:21). El justo murió por el injusto (⁶⁰⁰³¹⁸1 Pedro 3:18). Si hemos de considerar a la muerte como el juicio de Dios sobre el pecado, entonces su muerte no fue un juicio sobre su propio pecado, pues él no tuvo pecado. Pero él estaba tan vitalmente relacionado con nosotros, que su muerte se constituyó en el juicio de Dios por nuestro pecado.

b. Otra cosa que conviene recordar es que toda su vida aquí en la tierra fue una vida de sacrificio personal. El se hizo pobre por nosotros a fin de que por su pobreza nosotros fuésemos enriquecidos (⁴⁷⁰⁸⁰⁹2 Corintios 8:9). En ⁵⁰¹⁴⁰⁵Filipenses 2:5 Pablo nos dice que la muerte de cruz fue la culminación de una previa vida de negación personal. Su misma existencia en la tierra implicaba limitación y sacrificio personal. Su vida y su muerte eran de una sola pieza, en lo que a cualidades morales concierne.

(4) Pablo nos dice que la muerte de Cristo por nuestros pecados fue “conforme a las Escrituras” (⁴⁶¹⁵⁰³1 Corintios 15:3).

Todos los escritores del Nuevo Testamento consideran a Jesús como el cumplimiento de las ofrendas de sacrificio del Antiguo Testamento. Juan el Bautista se refiere a él como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (⁴³⁰¹²⁹Juan 1:29). Es cosa generalmente aceptada que lo que Juan tiene en su mente aquí es el siervo sufriente de Isaías 53. Mas aun cuando él hubiese tenido esto presente o alguna otra figura del Antiguo Testamento, el significado es el mismo. El consideró a Jesús como aquel en quien el cordero del sacrificio del Antiguo Testamento tuvo su cumplimiento.

La Epístola a los Hebreos en particular, hace hincapié sobre la obra de sacrificio de Jesús como siendo el cumplimiento del ideal de los sacrificios en el Antiguo Testamento. El escritor se explaya sobre la superioridad de Jesús como sacerdote y también como ofrenda de sacrificio La intención de los sacrificios en el Antiguo Testamento era la de borrar la conciencia de pecado, pero eso no lo podían lograr efectivamente. De aquí que tales sacrificios tuvieran que repetirse. Pero Jesús ofreció un sacrificio de una vez y para

siempre, el cual satisfizo plenamente a la conciencia e hizo perfecto al adorador. Por lo tanto, no había necesidad de repetir el sacrificio (^{[480911](#)}Hebreos 9:11-15; 10:1).

2. El motivo de la expiación.

El motivo de la expiación es el amor de Dios. De tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito (^{[430316](#)}Juan 3:16). Mas Dios encarece su amor para nosotros, porque siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (^{[450508](#)}Romanos 5:8). Cristo no murió para ganar el amor de Dios hacia los hombres, sino como una expresión de ese amor. Es una confusión pensar que la opinión del Nuevo Testamento representa a Dios como la personificación de la justicia y a Cristo como la personificación del amor, y que Cristo murió para ganar el amor de Dios por los hombres. El amor de Cristo por los pecadores fue el amor de Dios. La muerte de Cristo fue el amor de Dios en acción, buscando cómo redimir al hombre de su pecado; fue el amor llegando hasta el límite del sufrimiento y la agonía, a fin de redimir al perdido de la ruina ocasionada por su propio pecado. La cruz de Cristo es la garantía del amor de Dios hacia una raza pecadora y en desgracia. Como tal, la cruz representa un acto de gracia. Ella nos habla de la gracia del amor de Dios, entregándose para redimir al hombre pecador e indigno.

3. La expiación y la santidad de Dios.

Podremos entender mejor este asunto si recordamos con claridad el hecho de que había un obstáculo moral en la relación de Dios con el pecado del hombre, siendo el propósito de la expiación apartarlo. Pablo lo expresa cuando nos dice que la ira de Dios se manifestó en contra del pecado (^{[450118](#)}Romanos 1:18). Esta ira de Dios contra el pecado se expresa a sí misma en la condenación del pecado. Esta condenación es aquello que necesita ser justificado, y el terreno de la justificación es la obra propiciatoria de Cristo (^{[450319](#)}Romanos 3:19-26). Esta obra propiciatoria de Cristo hace que Dios sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús. El pensamiento de Pablo parece ser entonces que la ira de Dios condena al hombre, mientras que la obra propiciatoria de Cristo quita la ira de Dios. La implicación es que sin la obra expiatoria de Cristo, Dios no podía ser justo y al mismo tiempo justificar al pecador.

Cristo fue hecho pecado por nosotros a fin de que nosotros pudiéramos llegar a ser la justicia de Dios en él (^{[470502](#)}2 Corintios 5:21). El nos redimió de la maldición de la ley habiendo sido hecho maldición por nosotros (^{[480313](#)}Gálatas

3:13). La maldición era la maldición que la ley pronunciaba. Era la maldición de la muerte. Esa maldición vino sobre nosotros a consecuencia de nuestro pecado. La ley pronunció esa maldición de muerte sobre nosotros debido a nuestro fracaso de vivir en conformidad con sus requisitos (⁴⁸⁰³¹⁰Gálatas 3:10-12). Cristo nos redimió de esa maldición al llevar la maldición de la muerte sobre sí mismo. Y es así como él nos redimió de la maldición.

La muerte de Cristo, entonces, fue propiciatoria. Su muerte fue propiciatoria en el sentido de que en su muerte, Cristo sufrió el justo juicio de Dios por el pecado del hombre. Pablo dice que Dios puso a Cristo en propiciación nuestra por su sangre (⁴⁵⁰³²⁵Romanos 3:25). Juan dice que Cristo es la propiciación no sólo por nuestros pecados sino por los de todo el mundo (⁴²⁰²⁰⁰1 Juan 2:2). La Epístola a los Hebreos dice que Cristo, como un fiel Sumo Sacerdote, hace propiciación por los pecados de su pueblo (⁵⁸⁰²¹⁷Hebreos 2:17). La idea cristiana no es la de que Dios debe ser propiciado antes de que él ame al pecador, sino más bien la de que el carácter santo de Dios reacciona contra el pecado y la de que el pecado impone una barrera que debe ser quitada. La ira justa de Dios contra el pecado debe ser satisfecha antes de que la misericordia de Dios alcance al pecador. Dios no es vengativo, pero sí tiene muy en cuenta su propia consistencia moral. La obra propiciatoria de Cristo es la revelación y la expresión del amor de Dios.

La muerte de Cristo fue una muerte vicaria y sustitutoria. El hizo algo por nosotros, lo cual nosotros no podíamos hacer.

El asunto puede exponerse sencillamente como sigue: A causa de nuestro pecado la sentencia de muerte cayó sobre nosotros. Jesús no tuvo pecado. Y, no obstante, la muerte vino sobre él. El murió a causa de nuestros pecados y en nuestro favor. El puso sobre sí mismo la sentencia de muerte que nosotros merecíamos. Y al sufrir esa sentencia él nos hizo libres. Esto es lo que se quiere dar a entender cuando se dice que nosotros somos redimidos con la sangre de Jesús (⁶⁰⁰¹¹⁹1 Pedro 1:19). La sangre es la vida que él dio voluntariamente por nosotros.

4. Consideración de una objeción.

Se ha objetado que sería injusto, la mayor de las injusticias, el que un hombre llevara los pecados de otros hombres. Se arguye, además, que no es justo el que un hombre sea castigado por las malas acciones de otro hombre. Si Dios

debe poner los pecados del culpable sobre el inocente, eso lo haría aparecer como un monstruo antes que como un Dios de amor.

Para responder a esta objeción, consideremos los siguientes hechos: Es una ley de la vida que los hombres sufran los errores de otros. No importa lo que nosotros digamos sobre eso, si hay justicia o injusticia en ello, la cosa es que eso es un hecho. Y se hace difícil ver cómo pudiera eso ser de otra manera en un mundo social. Un mundo en el que cada uno sufriera lo que merece por sus pecados y no ningún otro, difícilmente sería un mundo social. Y lo cierto es que el inocente sufre por el culpable. Los ejemplos son demasiado numerosos para citarlos. Aquí tenemos una de las más grandes leyes disciplinarias de la vida. A menudo, los hombres se restringen de hacer lo malo porque tienen conciencia de que otros pueden sufrir por el pecado de ellos. También es cierto que mucho de nuestro desarrollo moral nos viene por el sufrimiento a favor de otros. Es una ley de la vida cristiana que uno debe estar dispuesto a seguir el ejemplo del Salvador en este punto.

La más alta expresión de amor se encuentra en esta ley cristiana de estar dispuestos a sufrir por los demás. Esta fue la corona de gloria en la vida de Jesús y es lo que marca al hombre como seguidor de Cristo. Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él (⁴⁵⁸⁰⁹Romanos 8:9). Es el amor lo que mueve a uno a sufrir con los que sufren. Fue el amor lo que movió a Cristo a darse por nosotros.

Además, esta objeción se basa en una falsa suposición. La objeción dice que sería injusto el que Dios ponga los pecados de un hombre sobre otro hombre. Pero hay dos cosas que deben decirse en respuesta a esto. La primera es que Dios no tomó nuestros pecados para ponerlos sobre una víctima involuntaria. Cristo llevó nuestros pecados sobre sí mismo. Como una cuestión de amor, él asumió voluntariamente nuestra obligación. El puso su vida por sí mismo (⁴³¹⁰⁸Juan 10:18).

También, la objeción asume que Cristo es sólo un individuo humano entre otros individuos humanos. Quizás lo que el objetor quiere decir es que un individuo humano no puede llevar los pecados de otros incontables individuos humanos. La relación de Cristo con cualquier hombre o con la raza en su totalidad es enteramente diferente de la relación de uno que no es más que un solo individuo con sus congéneres o con la raza. La raza existe en Cristo. Fue en él y por él que la raza fue creada y es conservada (⁴³⁰¹⁰³Juan 1:3; ⁵¹⁰¹¹⁶Colosenses 1:16, 17).

La doctrina de la expiación no significa que Dios puso la carga de nuestros pecados sobre un individuo humano incapacitado, sino más bien que en la persona de Cristo, Dios mismo se puso debajo de la carga de nuestros pecados para salvarnos. La obra de Cristo es la obra de Dios.

5. La fe y la expiación.

Nuestra fe en Jesús arroja luz sobre la expiación. Nosotros confiamos en él como Salvador del pecado. Nos allegamos a él confesando la bancarrota moral y espiritual de nuestra persona. Reconocemos que no tenemos derecho alguno de estar delante de un Dios santo. Y para tener entrada ante él ponemos nuestra confianza en sus manos. Reconocemos que dependemos de él en el más importante de todos los reinos, el moral y espiritual; y en la más fundamental de todas las relaciones —nuestra relación con Dios. Confesamos no ser dignos de entrar en tratos con Dios, el Santo, en nuestro propio nombre; nuestros pecados nos han descalificado. Cristo si está calificado para entrar en arreglos con Dios a favor nuestro. Y el Nuevo Testamento aclara que la cosa que califica a Cristo para entrar en arreglos con Dios a favor nuestro es su muerte en nuestro lugar. Esto nos hace ver su muerte como la fianza de nuestra aceptación y nuestros pecados como la razón de nuestro rechazamiento. Nuestros pecados constituyen nuestra descalificación moral; su muerte constituye la base de nuestra posición moral delante de Dios.

II. LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

Ya hemos considerado el asunto de la resurrección de Jesús. Lo único que necesitamos hacer aquí es dar una afirmación sucinta acerca de la importancia del hecho en su relación con nosotros y en nuestra salvación.

1. Por medio de Cristo nosotros somos vencedores sobre nuestros pecados.

Solamente a través de Cristo, que resucitó de los muertos, nosotros podemos vencer el pecado. El venció a la muerte porque había subyugado al pecado; él se levantó de los muertos porque había pisoteado el poder del pecado; se enfrentó al pecado en una lucha mortal y lo venció. Por lo tanto, se levantó victorioso sobre la muerte; conquistó el pecado por nosotros y nos capacita para conquistar el pecado. La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte; el señorío y el poder del pecado y de la muerte son subyugados en nuestra vida cuando el señorío y el dominio del

Espíritu se establecen (^{<450802>}Romanos 8:2). Y el poder de la muerte es vencido porque el poder del pecado termina. El aguijón de la muerte es el pecado, y cuando el aguijón es extraído, el poder de la muerte queda destruido (^{<461505>}1 Corintios 15:56, 57).

Y el pecado puede ser vencido únicamente cuando nosotros nos encontramos unidos con el Cristo viviente. El Cristo que vive para siempre ha subyugado el pecado y la muerte; el Cristo que tiene las llaves de la muerte y del Hades es la prenda de seguridad de nuestra victoria sobre el pecado (^{<660118>}Apocalipsis 1:18). Si él no resucitó, todavía estamos en nuestros pecados (^{<461501>}1 Corintios 15:17).

2. La resurrección nos da la seguridad de que la muerte no es el fin de la vida.

Los hombres han inquirido con respecto a si viviremos después de la muerte. La resurrección de Jesús saca esta cuestión fuera del terreno del pensamiento especulativo y la pone en el terreno de los hechos. Mas todavía, las apariciones y la ascensión de Jesús nos dan la seguridad de que, para aquellos que mueren en comunión con él, la muerte es la entrada a una vida más gloriosa. Y no solamente vivimos más allá de la muerte, sino que vivimos más abundantemente. Y el que vive y cree en él no morirá eternamente (^{<431126>}Juan 11:26). Así como para Jesús la muerte marcó la transición a una vida superior y más gloriosa, así será también con nosotros. La resurrección de Jesús es la garantía del triunfo sobre la muerte para todos los que se encuentran unidos a él por la fe. Esto es cierto, además, no sólo en el sentido de ser la garantía de nuestra entrada a una vida más plena después de la muerte, sino también en el sentido de que nos da la seguridad de nuestra resurrección, siendo, de ese modo, nuestra prenda de seguridad en cuanto a nuestra liberación de la muerte en el aspecto corporal tanto como en el espiritual de nuestro ser.

3. También la resurrección nos asegura el triunfo del reino de Dios.

El Cristo viviente que con el poder de su resurrección conquistó a la muerte, y que reina omnipotente a la diestra de Dios, es la seguridad del triunfo final y completo del reino de Dios.

Por medio de su Espíritu y de la predicación de su Palabra, él está gradualmente extendiendo su reino y lo llevará hasta su victoria total. Antes de ascender al cielo, delineó su programa a sus discípulos, y en el libro de Los Hechos vemos cómo él trabajó por medio de ellos para llevar adelante su

programa. El no vaciló en emplear la persecución en casos necesarios, a fin de incitarlos a cumplir los planes divinos. En el Apocalipsis se pasea en medio de los candeleros y tiene las siete estrellas en su mano derecha y emprende una campaña contra el pecado y las tinieblas, la cual finalmente culmina en el descenso, a la tierra, de la Nueva Jerusalén de Dios; la cual viene del cielo, trayendo consigo el dominio completo de Dios. Además de esto, el que se entrega a este Cristo viviente y a los objetivos de su reino, puede confiarle, sin reserva alguna, su vida y todo lo demás, sabiendo que él tiene cuidado de los suyos.

III. SU INTERCESIÓN A FAVOR DE SU PUEBLO

La obra de Cristo a favor de su pueblo no concluyó cuando él ascendió al cielo. En el Nuevo Testamento se nos dice lo suficiente para asegurarnos que él permanece todavía activo a nuestro favor. Pablo hace referencia a esto, como también lo hace la Epístola a los Hebreos, y Juan nos asegura que Jesucristo el Justo es nuestro Abogado delante del Padre, y que está intercediendo a favor del cristiano cuando éste peca (⁴⁵⁰⁸³⁴Romanos 8:34; ⁵⁸⁰⁷²⁵Hebreos 7:25; ⁶²⁰²¹¹Juan 2:11).

En los relatos evangélicos tenemos por lo menos dos ejemplos muy claros de la intercesión de Jesús por sus discípulos cuando él estuvo en la tierra. Uno es cuando él le dijo a Simón: “Y yo he rogado por ti para que tu fe no falte” (⁴²²²³²Lucas 22:32). Satanás iba a zarandear al apóstol, lo iba a hacer pasar a través de la más dura prueba; pero Jesús suplicó por Pedro individualmente a fin de que su fe pudiera resistir la prueba. El otro caso es cuando él intercedió a favor de aquellos que habían creído en él y de aquellos que habrían de creer en él, según se nos relata en Juan capítulo 17. El oró para que pudieran ser guardados, santificados y unificados.

En el Nuevo Testamento hay varias referencias a la intercesión de Jesús a favor de su pueblo después de su ascensión. Como Sumo Sacerdote que es, ofrece su sangre para expiar el pecado y hace intercesión por su pueblo.

La Epístola a los Hebreos nos hace entender que su obra de intercesión se basa en su obra sacrificial. Después de haber hecho expiación por el sacrificio de sí mismo, él se presentó en el cielo delante de Dios a favor nuestro (⁵⁸⁰⁹²⁴Hebreos 9:24).

1. La necesidad de esta intercesión de Cristo se debe a nuestros pecados.

Un examen de las referencias bíblicas mostrará que esto es así. Lo vemos más claramente en lo dicho por Juan. Cuando nosotros pecamos, él es nuestro Abogado para con el Padre. Nuestro pecado, entonces, es lo que necesita de su obra como Abogado. Es en su carácter de Justo que él actúa a favor nuestro, implicando esto que debido a nuestra injusticia es que necesitamos de él. En la Epístola a los Hebreos se nos asegura que él puede también salvar eternamente a los que por él se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos (^{[380725](#)}Hebreos 7:25). En su contexto esta declaración nos da a entender que es con referencia a una completa liberación de nuestro pecado que él desea dar seguridad a sus lectores.

Aquí se necesita una palabra de cautela. Nosotros estamos inclinados a cometer el mismo error que cometimos con referencia a la obra expiatoria de Cristo —el error de pensar acerca de Dios como duro e inaccesible, indispuesto a recibirnos y a mostrarnos misericordia hasta que una tercera persona interceda perseverantemente ante él por nosotros. Esto sería una impresión falsa. La dificultad radica no en la falta de voluntad de Dios, sino en la dificultad oral producida por nuestra relación como pecadores con Dios como santo. Cristo es nuestro Abogado para hacerse cargo de esa dificultad. Cristo, como nuestro Abogado, nos da seguridad en cuanto a esa dificultad. El hace provisión para ella. Pero él lo hace así porque Dios lo ha designado como nuestro Sumo Sacerdote. Dios tomó la iniciativa en el asunto. Cristo no se nombró a sí mismo nuestro Sumo Sacerdote; fue nombrado por Dios (^{[380801](#)}Hebreos 5:1). Por cierto que Dios estaba interesado en nuestro caso, ya que de otra manera él no hubiera nombrado a Uno como Sumo Sacerdote para actuar en nuestro favor y remover la dificultad ocasionada por nuestro pecado. El hecho de que Cristo es nuestro Sacerdote, entonces, no significa que Dios sea duro y que no esté dispuesto a recibirnos, y que Dios no quiera que nosotros nos alleguemos a él. La intercesión de Cristo no quiere decir que Dios sea inaccesible mientras que Cristo es accesible; lo que significa es más bien que Dios es tan accesible como Cristo; él se ha hecho accesible en Cristo.

2. La intercesión de Cristo es la base de nuestra confianza para acercarnos a Dios en oración.

El autor de la epístola a los Hebreos nos exhorta con las siguientes palabras: “Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar

misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro” (^{[580414](#)}Hebreos 4:14-16). Podemos allegarnos con la seguridad de que alcanzaremos misericordia en él.

3. La intercesión de Cristo garantiza nuestra posición permanente delante de Dios y nuestra liberación completa del pecado.

Juan nos asegura que, aun cuando nosotros pequemos, tenemos, sin embargo, abogado para con el Padre, a Jesucristo el Justo (^{[620201](#)}1 Juan 2:1). El hecho de que él sea nuestro abogado es nuestra confianza de que no perderemos nuestra entrada delante del Padre, aun en el caso de cometer pecado. La Epístola a los Hebreos nos dice que él puede salvar eternamente a los que por él se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos (^{[580725](#)}Hebreos 7:25). En esto tenemos nosotros nuestra garantía de la final y completa liberación del pecado y de su maldición. Porque él vive, nosotros también viviremos (^{[431419](#)}Juan 14:19). Siendo reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo mucho más seremos salvos por su vida (^{[450510](#)}Romanos 5:10).

Si acaso hay alguien que objete la discusión de este capítulo, basándose en que no colocamos la obra salvadora de Cristo en ninguna cosa en particular de las que él hizo, nosotros concedemos el hecho, pero no admitimos la cosa como objetable. El Nuevo Testamento no unifica nuestro punto de vista de la salvación, haciéndola depender de cualquier evento en particular, aun de cualquier cosa en particular de las que Cristo hizo por nosotros. Nuestra posición es la de encontrar su centro y unidad, no en un evento, sino en Cristo mismo. Es su persona quien le da importancia a lo que él hizo. Es en él en quien nosotros encontramos salvación, y no en algún evento separado de él. El conquistó el pecado en su propia vida, murió por nuestros pecados, se levantó de los muertos, y ascendió a la diestra de Dios. El vive para siempre intercediendo por nosotros. El hizo todo esto por nosotros. En el Cristo completo que hizo esto es donde encontramos salvación del pecado. La garantía de nuestro derecho a venir a Dios y de nuestra posición delante de él, no está en la expiación como un evento aparte de la persona de Cristo, sino que está en la Persona que sufrió por nosotros y que permanece ahora activa en nuestro favor.

CAPÍTULO 10. LLEGANDO A SER UN CRISTIANO O EL COMIENZO DE LA SALVACIÓN

I. Condiciones de la Salvación

1. Arrepentimiento.

- (1) Otros términos que se usan.
- (2) ¿Qué es arrepentimiento?
 - a. Convicción de pecado.
 - b. Contrición por el pecado.
 - c. Renunciación del pecado.
- (3) Arrepentimiento y reformación.
- (4) La vida cristiana una vida de arrepentimiento.
- (5) Arrepentimiento y conversión.

2. Fe.

- (1) Significado de la fe.
 - a. Cristo, el objeto de la fe.
 - b. Dos aspectos de fe.
 - (a) Recibiendo a Cristo como Salvador
 - (b) Sumisión a Cristo como Señor.
- (2) Una objeción a la fe cristiana.
- (3) Por qué la salvación es por fe.
- (4) Relación de la fe con una vida de justicia.

II. El Acto Salvador de Dios

1. En Cristo tenemos perdón de pecados.

- (1) Las Escrituras exponen el perdón.
- (2) Significado del perdón.

2. En Cristo somos justificados.

- (1) La doctrina definida.
- (2) Una afirmación unilateral de la doctrina.

3. En Cristo somos reconciliados con Dios.

4. En Cristo somos adoptados.

5. En Cristo tenemos nueva vida.

- (1) Se emplean los términos del Nuevo Testamento.
- (2) Naturaleza del cambio.

- a. Renovación moral y espiritual.
 - b. Operada por el Espíritu de Dios.
- 6. En Cristo somos santificados.
 - (1) Significado el término.
 - (2) Todos los cristianos son santificados.

III. Unión con Cristo

- 1. Se enseña en el Nuevo Testamento.
- 2. Es por la fe.
- 3. Es con el Cristo viviente.
- 4. Es una unión con Dios.
- 5. No quiere decir panteísmo.
- 6. Ella incluye toda la salvación.

IV. Teniendo Conciencia de la Salvación

- 1. La experiencia cristiana normal.
 - (1) Conciencia de pecado.
 - (2) Comunión consciente con Dios.
 - 2. La ausencia de seguridad.
 - 3. Qué es necesario para la seguridad.
-

Discutiremos en este capítulo la experiencia de la salvación. Con esto no queremos decir, sin embargo, que el hacerse cristiano es toda la salvación. Para que la salvación sea completa debe incluir todo, desde el nuevo nacimiento hasta la resurrección final. Consideraremos en este capítulo la iniciación de la vida cristiana.

I. CONDICIONES DE LA SALVACIÓN

Vamos a considerar en primer lugar lo que usualmente se da en llamar las condiciones de la salvación. Por esto se da a entender la actitud espiritual que se debe asumir al recibir la gracia de Dios que salva del pecado. En otras palabras, ¿qué es lo que el hombre debe hacer para ser un cristiano?

En el Nuevo Testamento hay muchos términos que se emplean para describir la experiencia de hacerse cristiano. Quizás los elementos esenciales pueden sintetizarse en los dos términos, arrepentimiento y fe. No es ningún accidente el que la experiencia de hacerse cristiano tenga dos aspectos fundamentales, puesto que en esta experiencia el hombre tiene que ver con dos relaciones

fundamentales de la vida. Una es su relación con el pecado; la otra, su relación con Dios como un Dios de gracia, revelado en Cristo como Salvador. El apartamiento interior del pecado es arrepentimiento; el volverse a Cristo como Salvador es fe. Cada uno implica al otro. Ninguno es posible sin el otro. Al mismo tiempo y en el mismo acto en que el pecador se aparta del pecado se vuelve a Cristo. El pecado y Cristo son los polos opuestos del universo moral, y no se puede dejar al uno sin volverse al otro. El arrepentimiento y la fe no son dos actos o actitudes morales; son dos aspectos de un acto o de una actitud.

1. Arrepentimiento.

(1) Otros términos que se emplean para describir el arrepentimiento.

En ningún caso arrepentimiento es el único término usado en el Nuevo Testamento para describir el acto o la actitud que se denota por esa palabra. Jesús dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (⁴⁰¹⁶²⁴Mateo 16:24). Negarse a sí mismo significa renunciar al yo como pecaminoso y egoísta; renunciar al hombre viejo como indigno. Tomar la cruz es morir; morir al hombre viejo y darse por completo a un nuevo Amo, Cristo Jesús. Jesús dice también: El que salvare su vida la perderá (⁴⁰¹⁶²⁵Mateo 16:25). Perder la vida aquí es darla en el servicio de otro, entregarla a Cristo y a nuestros prójimos en el servicio. El pone esto en contraste con salvar uno la vida, lo cual viene a ser como si se perdiera. Salvarla (perdiéndola) significa guardarla para sí, vivir la vida centralizada en el yo. Perderla (para ganarla) es renunciar a la vida centralizada en el yo. Pablo habla de los cristianos como de los que están crucificados con Cristo (⁴⁸⁰²²⁰Gálatas 2:20), y como de aquellos que han crucificado la carne con sus afectos y concupiscencias (⁴⁸⁰⁵²⁴Gálatas 5:24). El se gloría en la cruz por la cual el mundo le ha sido crucificado y él ha sido crucificado al mundo (⁴⁸⁰⁶¹⁴Gálatas 6:14). Todas estas afirmaciones son maneras diferentes de expresar la idea del arrepentimiento.

(2) ¿Qué es arrepentimiento?

El término que en el Nuevo Testamento se traduce por arrepentimiento significa un cambio de mente. Esto envuelve por lo menos tres cosas:

- a. Ya sea como un elemento en el arrepentimiento o como una condición precedente, ello envuelve el entendimiento de la condición del hombre como pecador. Este debe darse cuenta de la culpa y de la condenación de su pecado. Ordinariamente se habla de esto como la convicción de pecado. Algunos teólogos se refieren a lo mismo como el elemento intelectual en el

arrepentimiento. Eso viene como un resultado de oír la verdad del evangelio y de la obra iluminadora del Espíritu Santo. No es posible arrepentirse sino hasta que llega a darse cuenta de la naturaleza de su pecado. Esto no quiere decir que la conciencia de pecado debe estar presente en la misma forma y hasta el mismo punto en cada uno de los casos. En algunos casos la conciencia de pecado puede tomar la forma de un sentido de culpa y de condenación. En otros puede ser el sentido de fracaso moral. Pero en todos los casos, la audición del evangelio intensifica esta conciencia de pecado. En algunos casos, al principio no es nada más que una vaga desazón, una conciencia de que algunas cosas no andan bien con nosotros. La audición del evangelio intensifica y aclara esto, de modo que llega a ser una conciencia definitiva de pecado. El pecado llega a verse como pecado. Esto significa que se llega a reconocer el pecado como algo cometido contra Dios. Cuando se mira el pecado en relación con un Dios de amor santo, es cuando se le mira en su verdadero carácter.

b. Otra cosa involucrada en el arrepentimiento es que el amor por el pecado morirá en nuestro corazón. Generalmente se habla de esto como el elemento emocional en el arrepentimiento. Un hombre puede verse claramente cuán pecador es y aun cerciorarse de la ruina que acarrea el pecado, pero a menos que el amor por el pecado muera en su corazón, no habrá ninguna diferencia en la vida. El tal no se ha arrepentido.

No debe identificarse esto con el temor al castigo. Bien puede sentirse temor por el castigo sin tener arrepentimiento evangélico. Este temor por el castigo puede producir lo que se ha llamado “religión del miedo al infierno”. Pero a menos que haya algo más que el temor al castigo en la religión de un individuo, no podrá éste escapar al castigo. Este temor al castigo puede intensificarse con el remordimiento de la conciencia, de modo que no tenga reposo día ni noche. Pero el remordimiento de la conciencia no es arrepentimiento. Esto es decir que el arrepentimiento es una gracia del evangelio y no simplemente un estado de la mente producido por el conocimiento de la ley, lo cual trae un mensaje de condenación por el pecado, pero no un mensaje de salvación del pecado.

Bien puede a menudo sentirse gran emoción a causa del pecado y no obstante no arrepentirse. Se puede aun llorar en profusión pero, cuando la emoción pasa, volver a los pecados pasados.

El elemento emocional en el verdadero arrepentimiento puede describirse como una tristeza piadosa que obra arrepentimiento ([47070](#) 2 Corintios 7:10). Es una

tristeza o dolor que nace de un sincero entendimiento de nuestro pecado, en lo que se relaciona con un Dios de gracia. Es una contrición. “Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (^{<195117>}Salmo 51:17). Cuando se siente esta contrición a causa del pecado, ella llevará al tercer y final elemento en el arrepentimiento.

c. El tercer elemento es la renunciación al pecado. Es el repudio al pecado por un acto de la voluntad. Debido a que el amor por el pecado muere en el corazón, hay una inversión de toda la naturaleza moral en contra del pecado. Se repudia el pecado, no tanto porque se comprende que ha de ser castigado por su pecado, sino porque se ve al pecado en su verdadero carácter y llega a aborrecerse. Esto conduce a una vida nueva en relación con el pecado. “Los que somos muertos al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (^{<450602>}Romanos 6:2). Tal cosa es una imposibilidad moral. El arrepentimiento nunca es completo sino hasta que la voluntad repudia el pecado. Este repudio del pecado y un corazón contrito a causa del pecado, siempre van juntos; ambos son dos aspectos de un estado mental en el hombre.

Esto demuestra que el cambio de mente de que se habla aquí no es simplemente un cambio intelectual. La mente incluye toda la naturaleza moral del hombre. El decidirse mentalmente no es sólo un acto del intelecto.

Arrepentirse es recapacitar sobre el curso que se ha seguido, es reconocer lo malo que se ha hecho y es resolverse a cambiar el modo de pensar. No es un asunto superficial; penetra hasta las profundidades de la vida moral. Este cambio es un cambio interior. Es un cambio tal, que revoluciona la vida del hombre en relación con el pecado.

(3) Arrepentimiento y reforma.

Puede notarse un cambio marcado en la vida exterior después del arrepentimiento o bien puede no haberlo también. Muchas veces los malos hábitos han enraizado tan fuertemente en la vida que una revolución interior semejante es lo único que podrá extirparlos. Algunas veces puede haber un marcado cambio en los hábitos de la vida sin que haya un arrepentimiento interior. Muchas veces la vida exterior puede haber sido tan correcta, juzgada por las normas de la moralidad social, que no se necesita de una reforma exterior especial. De modo que se puede tener reforma después del arrepentimiento, o se puede tener arrepentimiento sin reforma en los casos donde no se necesita.

No hemos de concluir, sin embargo, en que porque la reforma no se necesite en algunos casos, el arrepentimiento tampoco se necesita. Según lo que ordinariamente se piensa de la reforma, ésta consiste en un cambio por el cual los viciosos hábitos morales desaparecen. Un hombre bien puede no tener viciosos hábitos morales, pero siempre necesita arrepentirse de pecado para con Dios. No todos los hombres son groseramente inmorales, pero todos los hombres sí son pecadores. El pecado va siempre contra Dios. El arrepentimiento es repudio al pecado por cometerse contra Dios. El arrepentimiento, de consiguiente, es una actitud o un acto religioso de la mente. No es simplemente el repudio del acto de pecar; es el repudio de uno mismo como malo y pecador. Es negarse a sí mismo y tomar la cruz (^{[401624](#)}Mateo 16:24). Significa la muerte del yo personal.

(4) La vida cristiana una vida de arrepentimiento.

No debemos pensar acerca del arrepentimiento como siendo un acto realizado al principio de la vida cristiana y que no necesita repetirse. Es una actitud que pertenece a la vida cristiana como un todo. El acto inicial del arrepentimiento es el principio de una vida de arrepentimiento. Jesús dice que debemos tomar la cruz cada día (^{[420923](#)}Lucas 9:23). Pablo dice que los cristianos han muerto al pecado (^{[450602](#)}Romanos 6:2), pero él también los exhorta a reconocer que están muertos al pecado (^{[450611](#)}Romanos 6:11). El ser pecador tiene que ser crucificado diariamente. El hombre viejo, como Pablo lo llama (^{[510309](#)}Colosenses 3:9), tiene más vidas que el gato del cuento. No queda muerto cuando lo matan. Muchas veces el arrepentimiento más profundo no viene al principio de la vida cristiana. Cuando el hombre primeramente emerge de la obscuridad del pecado, sus ojos no están todavía acostumbrados lo suficiente a la nueva luz del evangelio para ver el pecado en toda su repugnancia. Entre más se vive en comunión con el santo Dios, más llega a verse como pecador y corrupto. No es una señal de piedad singular el oír a alguien jactándose de su propia bondad. El término bueno es aquel acerca del cual Jesús nos dice que los hombres deben usarlo con mucha cautela (^{[411018](#)}Marcos 10:18).

(5) Arrepentimiento y conversión.

Algunas veces se dice que la conversión es el cambio exterior que corresponde al arrepentimiento, o arrepentimiento y fe, como un cambio interior.^{[19](#)}

Algunas veces se dice que la conversión está formada del arrepentimiento y la fe—siendo el arrepentimiento y la fe los elementos en la conversión.^{[f10](#)} Ninguna

de estas afirmaciones es objetable. La conversión significa un cambio de frente, un viraje. Es el cambio por el cual el hombre se vuelve del pecado a Dios. Es un cambio tal que resulta evidente ante la vista de los hombres. En ese sentido, es un cambio exterior. Y no obstante, cuando Jesús habla de la conversión, pone énfasis en las cualidades íntimas de la mente y el corazón. El dice que debe volverse como niño para entrar en el reino de Dios (^{<401803>}Mateo 18:3).

2. Fe.

(1) Significado de fe.

La fe es el aspecto en la conversión por el cual el alma se vuelve hacia Cristo para la salvación. Según se indicó arriba, ella está inseparablemente conectada con el arrepentimiento. Siendo que el arrepentimiento es una respuesta del creyente a la verdad del evangelio concerniente a nosotros como pecadores, bien puede incluirse en la fe. En algunos lugares en el Nuevo Testamento encontramos la afirmación de que la fe sola es la condición para la salvación; en otros pasajes encontramos que es el arrepentimiento; en otros, las dos cosas juntas; mientras que en otros encontramos otros términos que encierran la misma idea que estos dos términos.

La fe es un término de un contenido tan rico y de una significación tan profunda, que es difícil definirla en una simple declaración. Sin embargo, podemos definir la fe cristiana como la confianza en Jesucristo como Salvador y la rendición a él como Señor.

a. Cristo es el objeto de la fe. Esto implica que la fe es algo más que la creencia de una doctrina o la aceptación de un dogma. Ninguna doctrina, por muy importante que sea, puede ser el objeto de la fe en el sentido completo del término. Con el intelecto, se puede creer una doctrina. Se puede confiar en una persona con el corazón o la voluntad. Tampoco es la iglesia el objeto de la fe. La Iglesia Católica Romana hace que la fe sea una rendición implícita a la iglesia, de modo que se está comprometido a creer, en la esfera de la doctrina, lo que la iglesia prescribe, y a practicar, en la esfera de la moral, lo que la iglesia prescribe que ha de practicarse. Se cree en Cristo mas sólo sobre la autoridad de la iglesia. Pero esto está muy lejos de ser la fe cristiana. A decir verdad, es una perversión fatal de la fe. Coloca a la iglesia en el lugar que sólo a Cristo le pertenece y exige una sumisión a la iglesia que sólo a Cristo puede dársele. Hace que la mente y la conciencia sean esclavas de la iglesia y de su jerarquía.

El lugar de la doctrina en relación con la fe es presentarnos a Cristo como el objeto de la fe y luego ayudar a explicar el significado de Cristo según lo conocemos por la experiencia. La doctrina, de consiguiente, tiene un lugar importante en la vida de fe, pero ninguna doctrina por sí misma puede ser el objeto de la fe.

Cristo es el objeto de la fe en virtud del hecho de que él es la encarnación de Dios, y es, por lo tanto, la revelación de la gracia salvadora de Dios. El es el objeto de la fe salvadora porque él es quien expía nuestro pecado, y es, por el mismo hecho, el que obtiene redención para nosotros.

La fe en Cristo y la fe en Dios son la misma cosa. Podemos decir que nosotros confiamos en Cristo para ser salvos o que confiamos en Dios por medio de Cristo. En el Nuevo Testamento y en la experiencia cristiana, la fe en Cristo es fe en Dios.

b. Quizá el significado de la fe pueda aclararse si recordamos los dos aspectos del acto de la fe salvadora.

(a) Uno es que en la fe salvadora nosotros recibimos a Cristo como Salvador. En el Nuevo Testamento hay muchas maneras para expresar esto. Venir a Cristo, es una manera. “Al que a mí viene, no le echo fuera” (^{<430637>} Juan 6:37). “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados” (^{<401128>} Mateo 11:28). Recibir a Cristo, es otra manera. “Mas a todos los que le recibieron, dióles potestad (autoridad o poder) de ser hechos hijos de Dios” (^{<430112>} Juan 1:12). Comer su carne y beber su sangre, es otra manera. Cristo dice que a menos que comamos su carne y bebamos su sangre, no tenemos vida en nosotros; pero si nosotros comemos su carne y bebemos su sangre, él permanece en nosotros y nosotros en él (^{<430652>} Juan 6:52, 59). Estas palabras de Jesús no tienen nada que ver con la participación en la Cena del Señor, pero sí hace referencia a aquello que la Cena simboliza. En el Antiguo Testamento a este acto de fe se le define como una mirada. “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra” (^{<234522>} Isaías 45:22). Se le llama también el oír. “Inclinad vuestros oídos, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma” (^{<235508>} Isaías 55:3). Se dice que los hombres claman al Señor. “Y será que todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (^{<440221>} Hechos 2:21; ^{<451013>} Romanos 10:13). Pero el término mayormente empleado es el que se traduce por el verbo “creer” y por el sustantivo “fe”. Los pasajes son tan numerosos que no nos atrevemos a citarlos ni aun a referirnos a ellos. El significado del término lleva consigo la idea de confianza, de reposar en uno. (Véase ^{<430314>} Juan 3:14-16, 18, 36;

^{<441043>}Hechos 10:43; 13:38, 39; 16:31; ^{<450116>}Romanos 1:16; ^{<480326>}Gálatas 3:26; ^{<490208>}Efesios 2:8).

(b) El otro aspecto de la fe sobre el cual es necesario hacer énfasis es que en la fe el pecador se rinde a Cristo como Señor. En el mismo acto por el cual le recibimos como Salvador nos rendimos a él como Señor. Nos hacemos sus siervos en virtud del hecho de que él nos salva del pecado. Jesús hace énfasis sobre esto en relación con sus discípulos. El mismo término discípulo implica que nosotros somos aprendices en su escuela. Debemos mostrar buen espíritu para aprender, el espíritu de humildad y de sumisión. Esta es la razón por qué Jesús dice que nosotros debemos volvernos como niños y tener el espíritu de humildad (^{<401801>}Mateo 18:1-4). Jesús hace énfasis sobre esta humildad como de niño en contraste con el espíritu de orgullo y egoísmo del que sólo desea los lugares más altos en el reino. El mismo pensamiento aparece con claridad en ^{<401125>}Mateo 11:25-30. En este pasaje Jesús le da gracias al Padre porque la verdad ha sido escondida de los sabios y entendidos, o sea de los orgullosos y confiados en sí mismos, pero ha sido revelada a los pequeños, aquellos que son humildes para aprender. Jesús dice que nadie conoce al Padre sino aquel a quien el Hijo lo quisiere revelar. De modo que si una persona desea conocer a Dios, debe entrar en la escuela de Cristo, tomar su yugo, someterse a su autoridad, y tener el espíritu de mansedumbre conforme al ejemplo supremo del mismo Jesús. La demanda de Jesús de tener suprema autoridad sobre nuestra vida, se hace clara en pasajes tales como en los que se dice que debemos dejarlo todo, padre, madre, hermano, hermana, esposa, casas o tierras, aun la misma vida, por causa de él (^{<401034>}Mateo 10:34; ^{<421426>}Lucas 14:26); también en el pasaje donde él nos dice que no se puede ser su discípulo a menos que se deje todo (^{<421433>}Lucas 14:33); o aquel en que le dice al joven rico que venda todo y le siga (^{<411021>}Marcos 10:21); como cuando él no permite que uno vaya y entierre a los muertos o se despida de sus familiares (^{<420957>}Lucas 9:57-62); o cuando dice que el que le confesare delante de los hombres, él también le confesará delante de su Padre (^{<401032>}Mateo 10:32, 33); o cuando él enseña que la obediencia a su enseñanza es el único fundamento del carácter y del destino (^{<400724>}Mateo 7:24-27); como cuando reclama ser el juez del destino final de los hombres (^{<402531>}Mateo 25:31). De manera que nosotros vemos que aun en los Evangelios Sinópticos, Jesús se presenta como el Señor absoluto de la conciencia y de la vida, invitándonos a que nos rindamos completamente a él.

En el Evangelio de Juan encontramos la misma verdad. Jesús es uno con el padre (^{<431030>}Juan 10:30); el camino, la verdad y la vida (^{<431406>}Juan 14:6); el pan

de vida (⁴³⁰⁶³⁵Juan 6:35); la luz del mundo (⁴³⁰⁸¹²Juan 8:12; 9:5); la vid verdadera, de la cual sus discípulos son las ramas (⁴³¹⁵⁰¹Juan 15:1); el buen pastor que da su vida por las ovejas (⁴³¹⁰¹¹Juan 10:11); el mediador de la creación (⁴³⁰¹⁰³Juan 1:3); la vida del mundo (⁴³⁰¹⁰⁴Juan 1:4); el Hijo eterno de Dios (⁴³⁰¹¹⁸Juan 1:18). En resumen, todas las finalidades del alma se encuentran en él. El que en él cree no es condenado (⁴³⁰³¹⁸Juan 3:18) sino que tiene vida eterna (⁴³⁰³³⁶Juan 3:36); no creer en él es condenarse, es estar bajo la ira de Dios.

Pablo habla de la obediencia de la fe (⁴⁵⁰¹⁰⁵Romanos 1:5). Esto puede significar la obediencia que surge de la fe, o puede significar la obediencia que es idéntica a la fe. Cualquiera que sea la construcción gramatical que se emplee, lo cierto es que la fe cristiana, en su mismo centro, significa una rendición a Cristo como Señor. Pablo se complacía en llamarse a sí mismo el siervo de Cristo Jesús. En Romanos 6 él expresa que un cristiano es el que ha llegado ser siervo de la justicia (v. 18). Pablo y Pedro hablan de la obediencia al evangelio (⁴³⁰¹⁰⁸⁻²Tesalonicenses 1:8; ⁴⁶⁰⁰⁴¹⁷1 Pedro 4:17). No se trata de sumisión al bautismo sino de sumisión a Cristo, quien se nos presenta en el evangelio como Salvador y Señor.

(2) Una objeción a la fe cristiana.

Es en este punto en donde la moderna objeción al cristianismo se vuelve más aguda. Sin embargo, esta objeción generalmente no asume la forma de una objeción; usualmente aparece en la forma de una explicación, lo cual viene a debilitar el evangelio. Reclama el nombre de Cristo y lo proclama como caudillo y héroe religioso, pero se opone a reconocerlo como Señor de la conciencia y de la vida. En nombre de la libertad y de la autonomía de la vida personal, se hace la objeción a lo que se considera como una abyecta rendición de la conciencia de uno a la voluntad de otro. Semejante rendición, se afirma, destruye nuestra libertad y degrada nuestra personalidad.

Pero, a decir verdad, todos aquellos que se deciden a rendir su vida a Cristo, no sienten que su personalidad se degrade, ni que su voluntad se debilite ni que su libertad se pierda. Más bien es lo contrario, pues ellos hallan que su voluntad es libertad y que se les da un poder sobre sí mismos y sobre el ambiente que les rodea, y especialmente sobre el mal moral, que ellos no habían conocido nunca antes y que, en muchos casos, ni siquiera habían imaginado que tal cosa fuese posible. Es esta libertad en el evangelio la que Pablo dice a los gálatas que no deben perder sino más bien permanecer firmes en ella (⁴⁸⁰⁵⁰¹Gálatas

5:1). El punto que conviene recordar aquí, sin embargo, es que esta libertad viene sólo por la fe que hace al individuo un siervo voluntario de Cristo Jesús. Esta es una de las paradojas del evangelio que la lógica no puede explicar; sólo a través de la experiencia es que se la puede entender. Como cuestión de experiencia, sin embargo, ella es tan clara y tan definida como la experiencia de ver u oír.

(3) Por qué la salvación es condicionada por la fe.

Pablo dice que la justificación es por la fe para que pueda ser por gracia (^{<450416>}Romanos 4:16). La fe y la gracia son ideas correlativas; cada una implica a la otra. Si la salvación ha de ser por gracia por parte de Dios, ella debe ser por la fe por parte del hombre. Salvación por gracia significa salvación como un don gratuito por parte de Dios. Pero Dios no puede dar a menos que el hombre pueda recibir. Recibir la salvación como un don inmerecido que Dios nos da, eso es fe. Dios da la salvación, el hombre la recibe.

En oposición a la idea de Pablo de salvación por gracia por la fe está la doctrina de salvación por obras; o sea que el hombre, por su obediencia a la ley, merece la salvación. Con toda firmeza Pablo se opuso a esto, afirmado que tal cosa pervertiría tremadamente al evangelio. Cuando los judaizantes insistieron en que los gentiles que aceptaban el evangelio debían también ser circuncidados y guardar la ley, Pablo se opuso, manteniendo que la fe en Cristo era suficiente para ser salvo. El dijo que eso sería hacer la salvación un asunto de deuda por parte de Dios antes que un asunto de gracia (^{<450404>}Romanos 4:4).

Entonces no hay condiciones para la salvación que hubiesen sido prescritas de una manera arbitraria. Las únicas condiciones son aquellas que están necesariamente envueltas en las relaciones de un Dios misericordioso y lleno de gracia, con un indigno pecador a quien él desea salvar. En tal caso, las relaciones morales hacen imposible el que Dios salve al pecador que no quiere admitir su condición de pecado y que, en su inutilidad, no quiere echarse en los brazos de un Dios de gracia. En otras palabras, Dios no puede salvar al pecador sin antes hacer que el pecador desee ser salvo. En este sentido, el arrepentimiento y la fe no son condiciones para la salvación; ellas más bien constituyen la salvación; o sea que, salvar al pecador significa llevárselo a un estado de mente tal, que lo haga renunciar a su pecado y confiarse por entero en los brazos de un Dios de gracia. Como necesarias relaciones morales en el caso de la salvación, el arrepentimiento y la fe son las condiciones universales e invariables de la salvación. O usando la fe como incluyendo al arrepentimiento,

podemos decir que la fe, y nada más que la fe, es la condición para ser salvo. Dios mismo no puede salvar al pecador si éste no ejerce de su parte la fe. Decir que sí puede, sería como decir que Dios ha salvado a un hombre cuando en verdad no le ha salvado.

Se sigue, entonces, que las condiciones para la salvación no han cambiado nunca. Decir que algunos hombres se salvaron en cierta época sobre ciertas condiciones, y que otros hombres en otra época se salvaron sobre otras condiciones, es hacer a Dios un Dios arbitrario. Es una tontería decir que los hombres en los tiempos del Antiguo Testamento se salvaron por la ley y que en los tiempos del Nuevo Testamento se salvaron por el evangelio. Ningún hombre ha podido cumplir con los requisitos de la ley. (Véase ^{<441339>}Hechos 13:39; ^{<450710>}Romanos 7:10; ^{<480216>}Gálatas 2:16). Decir que los hombres han sido salvos por la ley es hacer vano el evangelio de la gracia de Dios. En los tiempos del Antiguo Testamento los hombres se salvaron por la fe en Dios y en sus promesas de gracia. (Véase Romanos Cap. 4).

Más todavía, la fe, como una condición para la salvación, no es un acto por el cual el hombre merezca o gane algo; es el acto por el cual el desdichado pecador recibe la gracia de Dios. Es un acto en el cual el pecador pone, para ser salvo, toda su confianza en el otro y en lo que ese otro ha hecho por él. No es un acto por el cual el pecador hace demandas para sí; es más bien un acto en el cual reconoce que él no puede hacer nada por sí mismo y en el cual deposita su vida al cuidado de otro. Es un acto de completo abandono del ser en los brazos de otro. De modo que en el acto de fe no hay nada de que pudiera valerse para reclamar como cosa ganada el favor de Dios; es un acto a través del cual el hombre se da cuenta de su completa imposibilidad, para echarse luego en los brazos de Cristo, confiando en lo que él ha hecho a su favor.

(4) La relación entre la fe y una vida de justicia.

Algunas veces se objeta la doctrina de la salvación por gracia por la fe, diciendo que ella abre las puertas para vivir una vida espiritual fácil, cometiendo pecado, y no haciendo obras buenas y justas. Desde el tiempo de Pablo se viene haciendo esta objeción. No hay duda que él tuvo que confrontarla a menudo en sus encuentros con los judaizantes. Pablo nos muestra (^{<450601>}Romanos 6:1) que un cristiano es aquel que ha muerto al pecado y que ahora vive a la justicia por la fe en Cristo. Esto constituye una garantía moral (la única clase de garantía que puede aplicarse en el caso) de que los cristianos

vivirán una vida de justicia. Es moralmente imposible para el cristiano el tener otro curso de conducta.

Algunas veces se piensa que Santiago y Pablo no están de acuerdo sobre este asunto. Pablo dice que se es justificado por la fe aparte de las obras de la ley (^{<45028>}Romanos 3:28). Santiago dice que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe (^{<590224>}Santiago 2:24). Pero nosotros debemos recordar dos diferencias entre los puntos de vista de Pablo y Santiago respectivamente. Una es que ellos usan el término *obras* en sentidos diferentes. Pablo se refiere a obras legalistas, a obras que se toman como base para merecer el favor de Dios. Y el punto de vista de Pablo fue el de que las obras de la ley, tomadas como base para la aceptación del pecador delante de Dios, eran completamente inútiles. Santiago habla acerca de las obras como el resultado y la expresión de una fe viva. La pregunta de Pablo era: ¿Sobre qué condición es el pecador justificado delante de Dios? Su respuesta es: Sobre la condición de la fe, no sobre la condición de las obras como una base meritaria. La pregunta de Santiago era: ¿Qué clase de fe es la que justifica? ¿Es la fe que produce buenas obras, o es la fe que sólo repite un credo formal? Su respuesta es que la fe que no produce obras es una fe muerta, y él insiste en que esa clase de fe no es la que salva (^{<590214>}Santiago 2:14). No hay duda de que Pablo apoyaría la afirmación de Santiago y de que Santiago estaría de acuerdo con Pablo. No hay contradicción alguna a menos que uno insista en quitar de su contexto las palabras del autor y sin tener en cuenta la intención del mismo. En tal caso el lenguaje no tiene ningún significado.

No es cierto que la salvación por fe lleve al hombre a una vida de pecado y desaliente una vida de justicia. Por otro lado, la fe en Cristo como Salvador del pecado es la única cosa que puede levantar de una vida egoísta y producir una vida de justicia. No puede haber verdadera justicia mientras se viva una vida de egoísmo. Pero en el acto de la fe se ve más allá de sí mismo; se confía en otro. Se dá a sí mismo por otro. Además, la fe nos une a Cristo y su Espíritu viene a ser el poder dominante de la vida cristiana. Así como Cristo se dio a sí mismo por nosotros, así también sus seguidores se darán a él y al servicio de sus prójimos. La gratitud que se siente para Dios por la salvación recibida como obsequio de su gracia, no nos permitirá vivir una vida de mezquindad cuando el mundo perece por falta de lo que nosotros podemos darle.

II. EL ACTO SALVADOR DE DIOS

Ha sido la costumbre considerar la obra salvadora de Dios desde dos puntos de vista: el jurídico o forense y el experimental o biológico. En uno de éstos, se dice, nos colocamos en una nueva posición para con Dios; en el otro, se nos da novedad de vida. Por el uno somos cambiados en nuestra relación con Dios; por el otro, somos cambiados en nuestra naturaleza moral. En uno de los dos, somos justificados; en el otro, somos regenerados. Uno es objetivo; el otro es subjetivo. Uno se verifica fuera de nosotros; el otro, dentro de nosotros.

Esta puede ser una distinción válida, pero debemos recordar que no puede presionarse mucho. Ha habido mucha discusión respecto a cuál de estos dos aspectos precedió al otro; cuál de los dos es fundamental y cuál es secundario. Pero conviene recordar que ellos no son dos actos separados, en lo que a Dios concierne. Dios no justifica en un acto y regenera en otro. Estos son dos modos de considerar el acto salvador de Dios. Ninguno de los dos aspectos precede al otro. Ninguno está completo sin el otro.

Y parece dudoso el que se pierda más que se gane al querer clasificar con estos dos titulares, lo términos que el Nuevo Testamento emplea para referirse a la actividad salvadora de Dios. Probablemente, sería mejor entender que el acto salvador de Dios puede verse desde varios puntos de vista y que esto es lo que tenemos en los diferentes términos que se usan en el Nuevo Testamento con referencia a la actividad salvadora de Dios. Consideraremos algunos de los términos usados en la Biblia para exponer lo que Dios hace a favor de nosotros en Cristo en el acto de salvarnos.

1. En Cristo tenemos perdón de pecados.

(1) Las Escrituras exponen esta idea.

Esta es una de las bendiciones fundamentales de la salvación. Salvación es liberación de pecado. En los tiempos del Antiguo Testamento el énfasis se hacía sobre otras formas de liberación, tales como liberación de los enemigos (^{<19270>}Salmo 27:1; ^{<24230>}Jeremías 23:5), liberación de la enfermedad (^{<19A303>}Salmo 103:3), y liberación de la muerte (^{<19A914>}Salmo 49:14-15). Pero aun en el Antiguo Testamento, la salvación del pecado era la principal bendición. Podemos tomar algunos pasajes en los cuales se expone el perdón de los pecados. En el Salmo 32 David habla de la bienaventuranza del hombre “cuyos pecados son perdonados, a quien no se le imputa pecado”. Dios no le imputa a él iniquidad, y en su espíritu no hay superchería. Mientras David guardó silencio y rehusó

confesar su pecado, la mano de Dios fue dura sobre él; volvióse su verdor en sequedades de estío. Pero cuando él confesó su pecado, el Señor le perdonó la iniquidad de su pecado. Tenemos algo muy parecido a esto en el Salmo 51.

Este es un salmo clásico y lo será hasta el fin de los tiempos; en él, un alma convicta de pecado derrama su confesión delante de un Dios de misericordia y suplica el perdón y la limpieza. En cada uno de estos casos, el penitente llega a reconocer que el pecado ha interrumpido su comunión con Dios, y que no hay para él posibilidad de paz y de gozo sino hasta que su pecado esté perdonado y hasta que él esté limpio de su contaminación. En el Salmo 103, juntamente con la bendición de ser curado de la enfermedad, se le da alabanza a Jehová porque él perdoná las iniquidades (v. 3). No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades; ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados (v. 10).

“Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuando está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen” (vv. 11-13).

En ^{<24131>}Jeremías 31:31-34, el Profeta nos habla de un nuevo pacto que Jehová hará con su pueblo. Este pacto no será como el pacto antiguo; se basará en una liberación mayor que la liberación de Egipto; se basará en una liberación del pecado. El perdonará sus iniquidades y de sus pecados no se acordará más. Esto dará un conocimiento interior tal de Dios, que ellos guardarán este pacto. Por medio de este perdón, el conocimiento de Dios será puesto en sus corazones.

En el Nuevo Testamento, el perdón de los pecados es una de las bendiciones fundamentales que los hombres habrían de recibir en la salvación mesiánica. Juan el Bautista “irás ante la faz del Señor, para aparejar sus caminos; dando conocimiento de salud a su pueblo, para remisión de sus pecados” (^{<20176>}Lucas 1:76, 77). El perdón de los pecados fue una de las bendiciones elementales que Jesús enseñó a sus discípulos que debían pedir (^{<40061>}Mateo 6:12; ^{<42110>}Lucas 11:4). Después de la resurrección, Jesús comisionó a sus discípulos a predicar en su nombre la remisión de pecados, sobre la condición del arrepentimiento, a todas las naciones (^{<422447>}Lucas 24:47). En la fiesta de Pentecostés, Pedro dijo a la multitud que debían arrepentirse y bautizarse para la remisión de sus pecados (^{<44028>}Hechos 2:38). A Cornelio y las gentes reunidas en su casa, les dijo que todos los profetas daban testimonio de que todos los que creyeran en el nombre de Jesús, recibirían remisión de pecados (^{<441043>}Hechos 10:43).

En ^{<490107>}Efesios 1:7 Pablo dice: “En quien (Cristo) tenemos redención por su sangre, la remisión de nuestros pecados” (compárese con ^{<510114>}Colosenses 1:14). Esto parece identificar la redención con el perdón de los pecados; al menos, hace que el perdón sea el elemento principal en la redención. Sin perdón no hay redención.

En ningún sentido hemos agotado la lista de los pasajes, pero esta es representativa de la enseñanza de la Biblia sobre este asunto. Ella demuestra que el perdón de los pecados fue la bendición fundamental del evangelio de Cristo. Esa idea no fue desconocida de los santos del Antiguo Testamento, pero la idea alcanza su mayor claridad y plenitud en la nueva dispensación. La Espístola a los Hebreos muestra que el perdón de los pecados fue un elemento esencial del nuevo pacto. En el perdón de los pecados era que los hombres debían conocer a Dios (^{<580811>}Hebreos 8:11, 12). Esto estaba de acuerdo con la profecía de Jeremías (^{<243131>}Jeremías 31:31-34).

(2) Significado del perdón.

Podemos inquirir un poco más respecto a lo que se da a entender por el perdón de los pecados. El término que se traduce por perdonar en el Nuevo Testamento significa enviar lejos. Es exactamente nuestro término remitir, enviar hacia atrás o lejos. Remitir los pecados es enviarlos lejos. Pero la pregunta permanece aún: ¿Ponerlos lejos en qué sentido? ¿Qué significa poner lejos los pecados? No significa ponerlos lejos en algún sentido mecánico o espacial. Los pecados no pueden quitarse de ese modo. Remitir los pecados es evidentemente una figura del lenguaje. Algunas veces se ha hecho la comparación de perdonarle la deuda a alguno. Jesús pensó de ese modo cuando les enseñó a sus discípulos a orar: “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (^{<400612>}Mateo 6:12). En el Antiguo Testamento tenemos las declaraciones impresionantes de que Dios echará nuestros pecados tras sus espaldas (^{<233117>}Isaías 33:17) y de que no se acordará más de ellos (^{<243134>}Jeremías 31:34). El los echará en lo profundo de la mar (^{<330719>}Miqueas 7:19). El nos lavará y nos hará más blancos que la nieve (^{<195107>}Salmo 51:7).

No es exacto decir que el perdonar los pecados es hacernos como si no hubiésemos pecado. Tal cosa no es cierta en la conciencia del pecador perdonado. La conciencia de un pecador no es lo mismo que la conciencia de uno que no ha pecado. “Pecador una vez, pecador siempre —en este sentido al menos, el que pecó una vez nunca podrá ser como si jamás hubiese pecado.

Su misma bendición por toda la eternidad es una cosa diferente de la bendición del que nunca ha pecado. El hombre cuya iniquidad no le es imputada es muy diferente del hombre cuya iniquidad nunca fue cometida.”¹¹

Pero el perdón significa que el pecado, como barrera que interrumpe nuestra comunión con Dios, es quitado. El pecado rompe el compañerismo del hombre con Dios. Es una ofensa personal contra Dios. “A ti, a ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos” (¹⁹⁵¹⁰⁴Salmo 51:4). Vuestros pecados han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados lo han hecho ocultar su rostro de vosotros, para que él no oiga (²³⁹⁰Isaías 59:2). Como el Santo de Israel, Jehová no aceptará las ofrendas de un pueblo rebelde y pecador, no oirá sus oraciones. Ellos deben arrepentirse de sus pecados y hacer el bien (Isaías Cap. 1). Pero cuando el pecado es perdonado, el obstáculo para el compañerismo queda suprimido. La nube que ocultaba el rostro de Dios se disipa. En este sentido el pecado es remitido, enviado lejos. Es semejante a la amistad renovada entre los amigos y los familiares que antes se encontraban distanciados. El perdón buscado y obtenido renueva la anterior intimidad, confianza y amor. Esto es lo que da el sentido elevador de libertad, de paz y de alegría, al realizar que los pecados han sido perdonados. Así uno se ve libre del mortificante sentido de culpa. Una carga pesada se quita del alma. Una nueva luz entra. Muchas veces, toda la faz de la naturaleza parece transformada. Una alegría inexpresable y llena de gloria penetra en el alma. Nos damos cuenta de encontrarnos libres del pecado (⁶⁶⁰¹⁰⁵Apocalipsis 1:5), el cual nos tenía encadenados y esclavizados.

El perdón es un acto personal que la ley física, social o moral no puede explicar. La ley no sabe nada del perdón. Existen hoy los que insisten en que la ley reina en el mundo y en que no puede haber variación del reino de la ley; la ley es suprema e invariable. No hay ninguna diferencia en qué forma de ley se tome; puede ser una ley física o moral; pero si es la ley la que dice la última palabra, entonces el perdón queda excluido. Puede haber perdón solamente allí donde la personalidad y las relaciones personales son la última realidad. Dios es una persona y Dios es más que la ley física o moral. Si un hombre no puede creer en un Dios personal, tampoco puede creer en el perdón de los pecados. Por otro lado, la experiencia del perdón de los pecados da tal seguridad de la relación con un Dios personal, que no se puede perder la conciencia de Dios sin perder también el sentido del perdón de los pecados. Este acto trascendente de Dios es un acto que no sólo lleva consigo la idea de la personalidad de Dios, sino que es también un acto de gracia por parte de Dios.

Como tal, trasciende a la ley. La gracia no nulifica la ley, pero la trasciende. La ley no puede perdonar porque la ley no sabe nada acerca de la gracia. La gracia es una cualidad personal. Es la cualidad más alta del carácter moral que se puede concebir. De consiguiente, el perdón es un acto que trasciende a la ley. El Dios de gracia se alza por encima, pero no viola ni nulifica la ley.

El Dios de gracia, que perdona los pecados restaurando de ese modo al pecador al compañerismo con un Dios santo, finalmente libertará al pecador perdonado, de todas las malas consecuencias de su pecado. Esto es un hecho, tanto en referencia al individuo como a la raza redimida. El pecado rompió el compañerismo del hombre con Dios y trajo muerte espiritual, seguida de toda una horda de males, derivados del pecado y de la muerte espiritual. Cuando el pecado es perdonado, el compañerismo del hombre con Dios es restaurado y, como una consecuencia, todos los males que provienen del pecado son removidos. Pero esto no puede hacerse de un salto. De pasar así, probablemente ello significaría dislocar al hombre violentamente de sus relaciones históricas, sociales y morales, como miembro de la raza y como una parte del orden natural.

Por ejemplo, un cuerpo que es mutilado por la enfermedad, producida por el pecado, no es, usualmente al menos, restaurado a la completa salud al experimentar el perdón de los pecados. Si alguno malgasta el vigor de su juventud en una vida licenciosa, Dios estará listo a perdonar al pródigo penitente cuando regrese al hogar, pero la substancia de su virilidad física y a veces mental no podrá recobrarla en esta vida. Otra vez, los resultados sociales de nuestros pecados son perdonados. Dios le perdonó a David sus repugnantes pecados en relación con Bath-sheba y Uría, pero hasta la hora de su muerte, la espada nunca se apartó de la casa de David. Muchas lágrimas amargas derramó él por las consecuencias de su pecado, aun cuando saboreó la dulzura de la gracia perdonadora de Dios.

Pero aún cuando al ser perdonados no somos completamente libertados de todas las consecuencias de nuestros pecados, sin embargo, entramos en una relación tal con Dios, que todos los males de la vida pueden llegar a ser fuerzas redentoras en nuestra vida, trabajando hacia el propósito supremo de transformarnos según la imagen de Cristo. (Véase ^{<4082>} Romanos 8:28).

La experiencia del perdón de los pecados como un acto de gracia por parte de Dios, no solamente aparta el pecado como un obstáculo al compañerismo con Dios, sino que nos da un discernimiento del carácter de Dios, que de otro

modo sería imposible. En otras palabras, el pecador perdonado entiende a Dios, y consecuentemente tiene un compañerismo con Dios, que para el hombre que nunca ha pecado le sería imposible tener. ¿Cómo podría un hombre que nunca ha pecado entender ese elemento en el carácter de Dios, el cual nosotros lo expresamos por el término gracia? De acuerdo con la opinión cristiana, la gracia de Dios es el elemento más glorioso de su carácter.

Conocemos esta gracia únicamente a través de su obra redentora en nuestra vida. Un ser impecable no puede conocer nunca a un Dios de gracia. Tal noción no tendría significado alguno para él. La redención por Cristo, entonces, no coloca al hombre en el lugar de un Adán no caído. Lo coloca en una nueva base, le da un discernimiento del carácter de Dios y un compañerismo con Dios que un hombre inmaculado no podría tener. Por ejemplo, el pecado redimido tendrá, como un resultado de una experiencia de la gracia de Dios al salvarlo, en su vida, la reproducción de la cualidad de gracia en relación con sus prójimos. Esto se ve en que el hombre redimido tiene en él el espíritu de gracia, el cual se manifiesta en su espíritu evangelístico y misionero. Tal espíritu no es algo incidental o accidental en la vida cristiana; es la misma esencia del cristianismo. Un Adán no caído puede ser un hombre de justicia legalista; pero difícilmente podría ser un hombre de gracia.

Podemos decir, entonces, que el perdón de los pecados es la bendición fundamental en la salvación, y que el perdón de los pecados por medio de la gracia de Dios, cambia toda la vida en un orden redentor. Los males de la vida, que antes eran un aspecto retributivo fundamental, llegan a ser ahora primeramente medicinales y redentores en cuanto a que ellos pueden, por la gracia de Dios, contribuir al desarrollo del carácter cristiano.

2. En Cristo somos justificados.

(1) Definición de la doctrina.

La justificación es el acto de Dios por el cual el pecador, hasta ese momento condenado a causa de su pecado, con la condición de su fe en Cristo es perdonado y recibido en el favor divino. La justificación es principal, si es que no exclusivamente, una doctrina paulina en el Nuevo Testamento. Pablo emplea especialmente este término antes que el término perdón de pecados. Es únicamente en los escritos de Pablo que esta doctrina es expuesta con más o menos suficiente extensión. En las cartas a los gálatas y a los romanos él hace una magistral disertación de dicha doctrina. Hay tanto de común entre las ideas acerca del perdón de los pecados y de la justificación, que no será necesario

presentar un completo tratado de la justificación aquí. Prácticamente, todo lo que ha sido dicho acerca del perdón se puede aplicar a la justificación. Según se expuso antes, ellos (el perdón y la justificación) no denotan dos actos de Dios o experiencias por parte del pecador, sino que denotan la misma transacción, mirada de algún modo desde distintos puntos de vista. La justificación, no obstante, es en cierto sentido una idea diferente del perdón de los pecados.

Nótense dos diferencias: Una es que la justificación es un término forense o legal. La palabra significa declarar a uno justo. Una es la palabra legal para absolver al que ha sido acusado de un crimen. Es la palabra que Pablo usa para referirse al acto del perdón o la absolución y liberación del pecador que había sido condenado por su pecado. Pero ella no denota, como algunos dicen, el acto de perdonar sin haber sido recibido en el favor de Dios. Dios no es neutral para con el hombre. De modo que cuando el pecador es perdonado, es restaurado al favor divino. Lo que necesita justificación es aquello que no ha sido quitado de esta condenación. El perdón es una idea más personal; es lo que elimina el pecado como el motivo que rompe nuestro compañerismo personal con Dios. La justificación trata con el pecado como la causa que acarrea sobre nosotros la condenación de la ley.

Otra diferencia es que la justificación es algo que ocurre una vez por todas. Nunca se repite. No necesita de repetición. Ella lleva al individuo a una nueva relación con Dios, la cual jamás es reversible. El perdón necesita repetirse en la vida de los cristianos, tan a menudo como el pecado debilita y rompa el compañerismo de ellos con Dios. Pero el pecador justificado nunca vuelve a estar bajo la condenación de la ley. De consiguiente, nunca necesita ser justificado otra vez. Esta es la ventaja del uso que hace Pablo de esta idea. Ella denota que el pecador penitente es traído a un relación con Dios la cual nunca llegará a perderse. No vuelve a estar bajo condenación.

(2) Una afirmación unilateral de la doctrina.

La doctrina ha sufrido algunas veces de una interpretación unilateral y de un énfasis equivocado. El énfasis de algunos teólogos ha sido sobre el hecho de que la justificación es una declaración más bien que un acto eficiente por parte de Dios; es decir, la justificación es un acto en el cual el pecador es considerado y tratado como justo, y no un acto por el cual sea hecho justo. El énfasis se hace sobre el hecho de que es un término legal o forense. El que alguien sea declarado “inocente” por una corte, se nos dice, no quiere decir que

no hubiese cometido el crimen de que se le acusa; lo que quiere decir es que es absuelto en lo que a la ley concierne. De manera que según se nos dice, la justificación es un acto en el cual Dios declara justo al pecador en cuanto a su relación con la ley; pero ello no significa que el pecador llegue a ser actualmente justo; ni significa que Dios lo haga justo.

Pero el énfasis sobre la justificación como un acto de declaración o forense distinguiéndolo de un acto eficiente, difícilmente se justifica. La justificación es un acto eficiente; ella nos hace justos. Nos hace justos en nuestra relación con Dios, y no hay nada más fundamental en la vida que la relación con Dios. Algunas veces se ha hecho la distinción de que la justificación da una nueva posición delante de Dios, mientras que la regeneración da una nueva vida; la justificación da una nueva relación con Dios, la regeneración da una nueva naturaleza. Pero esta es una distinción y un contraste totalmente extraños a la mente de Pablo. Para Pablo, la condenación y la muerte fueron una e inseparables, y lo mismo en cuanto a la justificación y la vida. Lo que le trajo vida al hombre muerto en sus transgresiones y pecados, fue el acto justificador de Dios, el cual le trajo a una correcta relación con Dios. Pablo habla de eso como la justificación de vida (^{<450518>}Romanos 5:18). Jesús dice que el que cree tiene vida eterna y no vendrá a condenación (^{<450524>}Juan 5:24).

No solamente deja de ser cierto que la doctrina paulina de la justificación por la fe es legalista, sino que por otra parte, Pablo expone su doctrina en oposición al sistema legalista de los judaizantes. Estos judaizantes insistían en que los gentiles convertidos por Pablo al cristianismo no debían tener fe en Cristo solamente para ser salvos, sino que debían ser circuncidados y guardar la ley judía. Pablo firmemente insistió en que esto significaría la perversión de todo el orden evangélico; que la fe y la fe sólo, salva del pecado; que el cristiano está libre de todos los lazos del legalismo para su salvación. Somos justificados por la fe fuera de las obras de la ley (^{<450328>}Romanos 3:28).

3. En Cristo somos reconciliados con Dios.

Este es otro término empleado por Pablo para denotar el acto de Dios al salvar al pecador. Prácticamente, este término significa lo mismo que la justificación. Considera al pecado como la causa del alejamiento y desvío entre Dios y el hombre. Cuando esta desunión desaparece, el pecador se dice haber sido reconciliado con Dios.

Que la reconciliación sea sinónimo de la justificación puede verse en ⁴⁵⁰⁵⁰⁹Romanos 5:9, 10. En el versículo 9, Pablo habla de haber sido justificado en la sangre de Jesús; en el versículo 10, él habla de haber sido reconciliado con Dios por la muerte de su Hijo. Es claro que estas dos expresiones se refieren a la misma experiencia. Lo que Pablo dice en ⁴⁷⁰⁵⁰¹2 Corintios 5:19, muestra la misma cosa, pues él define la reconciliación como consistiendo en la no imputación de las transgresiones.

Una pregunta que surge en relación con la reconciliación es si la reconciliación del hombre con Dios consiste en apartar la enemistad del hombre con Dios, o si consiste en que Dios aparte su disgusto con el hombre, o si la reconciliación sea las dos cosas a la vez. Evidentemente es las dos cosas. Los dos pasajes citados antes, demostrando que la reconciliación y la justificación son sinónimos, demostrarán que es ambas cosas. Si la reconciliación es sinónimo de la justificación o de la no imputación del pecado, entonces ella envuelve un cambio en la actitud de Dios hacia el hombre. De manera que el pecador se reconcilie con Dios significa que el pecador recibe la gracia perdonadora de Dios. No hay duda que su significado es el de describir una transacción recíproca, pero el énfasis parece estar en la eliminación del descontento de Dios por la no imputación del pecado.

4. En Cristo somos adoptados en la familia de Dios.

El término adopción parece emplearse en tres sentidos o más bien como referencia a tres diferentes aplicaciones. En ⁴⁵⁰⁹⁰⁴Romanos 9:4, Pablo lo usa con referencia a Israel como nación en su relación particular con Jehová. En ⁴⁵⁰⁸²³Romanos 8:23 él lo usa con referencia a la redención del cuerpo en la resurrección, lo cual el cristiano ansiosamente espera. Pero la aplicación usual del término es con referencia a haber sido nosotros hechos espiritualmente hijos de Dios, cuando nos hicimos cristianos. El término es forense, como la justificación también lo es, y denota el acto por el cual uno que no es naturalmente hijo, es legalmente hecho el hijo y el heredero de quien lo adopta. Pero no debe tomarse el término como describiendo meramente una transacción legal. En ⁴⁵⁰⁸¹⁵Romanos 8:15 y en ⁴⁸⁰⁴⁰⁵Gálatas 4:5, Pablo recalca la posesión consciente del Espíritu en conexión con nuestra adopción o como una consecuencia de ella, y demuestra que por esta posesión consciente del Espíritu somos libertados de la esclavitud del temor y del legalismo. El también señala el hecho de que como una consecuencia de nuestra adopción, no solamente

somos hechos hijos de Dios sino también herederos y, por lo tanto, heredamos con Cristo todas las riquezas espirituales de Dios.

Es evidente que este término es, por una parte, sinónimo de la justificación, y, por otra, de la regeneración. Como la justificación, es un término legal empleado para describir lo que Dios hace por nosotros al salvarnos. La justificación recalca nuestra posición como hijos en relación con Dios. Lo mismo que la regeneración, ella pone nuestra salvación en términos de calidad de hijos —siendo la adopción el término legal, y la regeneración el término experimental o biológico. Las dos ideas se relacionan tan estrechamente, que no nos detendremos aquí en la adopción, sino que proseguiremos con la discusión sobre la regeneración.

5. En Cristo tenemos nueva vida.

(1) Algunos términos que el Nuevo Testamento usa para esta idea.

Uno de los términos que más comúnmente se usan en la teología y en la predicación para describir el acto salvador de Dios, es el término regeneración. El término significa engendrar de nuevo. Nuestra expresión *nuevo nacimiento* significa prácticamente la misma cosa. El término regeneración ha entrado a formar parte de la terminología religiosa, debido principalmente a la influencia de la expresión de Jesús en ^{<40303>} Juan 3:3, 7, donde él habla de ser engendrado de nuevo o nacer otra vez o, dicho con mayor propiedad, nacer de arriba. En ^{<60010>} 1 Pedro 1:3, 23 Pedro usa el mismo verbo (compuesto con una preposición). Repetidamente, Juan usa la expresión en su Primera Epístola. Hay en el Nuevo Testamento otros términos para describir esta experiencia de ser renovados en la gracia de Dios. Uno es la figura de Pablo de una nueva criatura. En ^{<47050>} 2 Corintios 5:17, él dice: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (literalmente “hay una nueva creación”). Aquí el Apóstol describe este acto salvador de Dios como siendo un acto creador en el cual él renueva al hombre de tal modo que “las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. En ^{<480615>} Gálatas 6:15, él nos dice: “Porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino la nueva criatura” (literalmente creación). En ^{<490210>} Efesios 2:10, 15; 4:24, y ^{<510310>} Colosenses 3:10, Pablo dice que la verdadera circuncisión es la del corazón, la que es hecha en el espíritu, y no la de la letra. Evidentemente esto se refiere a la regeneración como aquello que nos hace miembros del verdadero Israel espiritual. Otra figura que encontramos en los escritos de Pablo y en algunos otros lugares es la de la muerte y la resurrección. En ^{<45001>} Romanos 6:1, Pablo expone la idea de que el

cristiano es aquel que ha muerto al pecado y ha resucitado para andar en novedad de vida. Antes se da a entender que esta muerte significa arrepentimiento. Tal cosa es cierta. Morir al pecado es arrepentirse, si lo vemos como un acto humano; si lo vemos desde el punto de vista de la eficiencia divina, ello es equivalente a la regeneración. En ^{<480220>} Gálatas 2:20 Pablo dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado; y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí”. En ^{<480614>} Gálatas 6:14, él se gloría en la cruz, por la cual el mundo le es crucificado a él y él al mundo. (Véanse también ^{<480524>} Gálatas 5:24 y ^{<510220>} Colosenses 2:20). Esto nos hace recordar el dicho de Jesús de que si alguno quiere ir en pos de él, debe negarse a sí mismo y tomar su cruz. El pecador pierde su vida al ganarla, y la gana al perderla. (^{<401624>} Mateo 16:24, 25). “Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva” (^{<43124>} Juan 12:24). “Vendrá hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y los que oyen vivirán” (^{<430525>} Juan 5:25).

(2) Naturaleza del cambio.

¿Qué clase de cambio es la regeneración? ¿Exactamente, qué es lo que sucede cuando un hombre nace de nuevo?

a. Primordialmente, este cambio es de la naturaleza de una renovación moral y espiritual. Es un cambio cuyo principal significado se encuentra en el reino del carácter. En este cambio, la disposición moral fundamental es cambiada. Los afectos y las actividades de la vida no se centralizan más en la persona, sino en Dios. El amor para Dios y para los prójimos llega a ser el factor que dirige la vida. El hombre muere al pecado y se levanta para andar en novedad de vida (^{<450001>} Romanos 6:1). La regeneración es una transacción en la cual la naturaleza moral es de tal modo cambiada, que no es posible seguir viviendo una vida de pecado. La justicia llega a ser la pasión del alma. Esto no quiere decir que todas las inclinaciones malas y pecaminosas son eliminadas de un golpe en la vida del individuo; pero sí quiere decir que en el alma se ha verificado una actividad revolucionaria tal, que no puede sentirse tranquilo sino hasta que se ve libre del pecado. La pasión dominante del alma llega a ser el amor por lo recto y el odio por el pecado. En principio, el alma se vuelve sin pecado. Esta es la razón por qué el que es nacido de Dios no puede pecar. No puede vivir en pecado como su elemento natural, como lo hiciera antes; no puede pecar habitualmente, no puede pecar continuamente; no puede vivir una vida de pecado (^{<620306>} 1 Juan 3:6-9).

b. Este cambio se opera en la naturaleza moral del hombre por el Espíritu de Dios. Nada que no sea el poder divino podrá producir este cambio. Tanto la experiencia como las Escrituras dan testimonio de que tal cosa es así. Es una nueva creación en la cual las cosas viejas pasan y todas las cosas son hechas nuevas (^{<470801>}2 Corintios 5:17). Es un nacimiento de arriba en el cual se es limpiado (nacido de agua) y recibe una disposición espiritual (nacido el Espíritu) (^{<430303>}Juan 3:3). Es un cambio que no es de sangre (descendencia natural), ni de voluntad de hombre (la naturaleza humana en su lado más alto y espiritual), ni de voluntad de carne (la naturaleza humana en su lado inferior), mas de Dios (^{<430112>}Juan 1:12). Es el poder de Dios el que produce este cambio. El evangelio es potencia de Dios para salvación (^{<450116>}Romanos 1:16). Dios atrae a los hombres hacia Cristo (^{<430644>}Juan 6:44).

La experiencia cristiana da testimonio de la misma verdad. El hombre que ha tenido la experiencia de la regeneración se da perfecta cuenta, así como sabe cuándo es de día y cuándo es de noche, de que el cambio operado en su vida no se debe a él mismo. El se sometió a Dios, y Dios lo cambió. Se da cuenta de que el poder que actúa en él es algo nuevo en su experiencia. Sabe que es un poder diferente y superior en su naturaleza a las fuerzas sociales influyentes en su vida. Es el impulso espontáneo del corazón cristiano de darle gracias a Dios por la salvación que ha recibido y por la salvación de otros.

6. En Cristo somos santificados.

(1) Significado del término.

Se acostumbra en este punto en los tratados de teología discutir la doctrina de “la santificación”. Esta doctrina significa, antes que todo, consagración o dedicación a Dios. Este uso es frecuente en el Antiguo Testamento y no es desconocido en el Nuevo. Usado en este sentido, en él se incluían las cosas lo mismo que las personas, sin tener un significado moral. Pero las palabras santo y santidad sí llegaron a tener un significado ético en el Antiguo Testamento. La misma cosa acontece con los términos santificar y santificación usados en el Nuevo Testamento. Las cosas son santificadas cuando se las consagra a Dios, cuando se las considera y se las trata como sagradas o dedicadas al servicio divino. Pero siendo que el carácter de Dios fue considerado como éticamente justo, se reconoció también que para que el servicio de los hombres fuese aceptable, ellos debían ser justos en cuanto al carácter. Y cuando esta idea se aplica a las personas en el Nuevo Testamento, la idea es fundamentalmente ética. En el Nuevo Testamento, el término se emplea tanto para la iniciación de

la vida cristiana como para su desarrollo. El Nuevo Testamento habla de los cristianos como “santos” o “santificados” (^{<440913>}Hechos 9:13; ^{<450107>}Romanos 1:7; ^{<460102>}1 Corintios 1:2; ^{<470101>}2 Corintios 1:1; ^{<490101>}Efesios 1:1; ^{<500101>}Filipenses 1:1; ^{<510102>}Colosenses 1:2). En este sentido, el término es sinónimo de la justificación y de la regeneración. Algunas veces, a esto se le llama santificación de posición, para distinguirla de la santificación progresiva. Además se usa con referencia a la limpieza o purificación progresiva del alma (^{<520523>}1 Tesalonicenses 5:23; ^{<581214>}Hebreos 12:14). Es en este sentido en que el término es generalmente usado en la discusión que dan los sistemas de teología. Pero hay muy pocos lugares en el Nuevo Testamento en donde el término se usa incuestionablemente en el sentido de una obra progresiva. El uso preponderante del término es en su aplicación a un acto definitivo al principio de la vida cristiana.

(2) Todos los cristianos son santificados.

Todo cristiano, entonces, no obstante su imperfección, es santificado en el sentido de que es dedicado o consagrado a Dios por el poder del Espíritu y por su propio acto de fe. Ya hemos visto que un elemento en la fe es la rendición a Cristo como Señor. De ese modo la fe es una acto de dedicación. Uno se dedica a sí mismo a Dios y se aparta a sí mismo de todo aquello que se opone a su consagración a Dios. Debe haber, y normalmente la habrá, una consagración más honda a Dios y a su servicio, y una separación más completa de todas las fuerzas y de todos los factores que impidan esta consagración; pero esto es solamente la continuación de lo que aparece incluido en el primer acto de consagración.

Todo cristiano es también santificado en el sentido de una purificación o transformación del carácter. En este sentido, la santificación significa casi lo mismo que la regeneración. El que se ha entregado a un Dios de amor y de justicia, necesariamente llegará a ser como él en carácter. Lo que renueva el corazón y el carácter es el hecho de dedicarse, por un acto de rendición personal, a un Dios justo. El compañerismo con un Dios santo produce santidad en el hombre. Aquí también debiera haber santificación progresiva; pero el uso predominante del término en el Nuevo Testamento es en el sentido de una dedicación o limpieza inicial del pecado.

III. UNIÓN CON CRISTO

Hemos visto que la salvación es por la fe. La fe salva porque es el lazo que une al alma con Dios en Cristo. Nuestra salvación es en Cristo Jesús. En él encontramos a Dios y a la salvación del pecado. “Jehová es mi luz y mi salvación” (^{<192701>}Salmo 27:1). Su poder y sólo su poder puede redimirnos del pecado. Encontrándolo a él encontramos salvación.

1. El Nuevo Testamento claramente enseña esta unión.

En el Nuevo Testamento se representa esta unión del creyente con Cristo de muchas maneras. Pero son Pablo y Juan los que nos representan con mayor claridad y plenitud esta unión. En el buen sentido del término, Pablo y Juan son místicos. Ellos hacen hincapié en este contacto inmediato del alma con el Cristo viviente. En el Evangelio de Juan, Cristo es el pan de vida (^{<430635>}Juan 6:35); por el hecho de comer su carne y beber su sangre, habitamos en él y él en nosotros (^{<430656>}Juan 6:56); él es el buen pastor en cuyas manos encontramos seguridad (^{<431027>}Juan 10:27, 28); él es la vid y nosotros somos los pámpanos (^{<431501>}Juan 15:1) él está en nosotros y nosotros estamos en él (^{<431420>}Juan 14:20). Pablo usa también un número de expresiones que exponen esta unión con Cristo. Cristo es la cabeza, nosotros somos miembros de su cuerpo (^{<451204>}Romanos 12:4; ^{<461201>}1 Corintios 12:12); él es para nosotros lo que el cimiento es para un edificio (^{<460301>}1 Corintios 3:10); nosotros hemos sido crucificados con Cristo (^{<480220>}Gálatas 2:20); y hemos resucitado con él (^{<510301>}Colosenses 3:1); con él somos sepultados en el bautismo (^{<450604>}Romanos 6:4); sufrimos con él y seremos glorificados con él (^{<450817>}Romanos 8:17). En unión con él, Pablo dice que todo lo puede (^{<500413>}Filipenses 4:13). El estaba tan vitalmente relacionado con Cristo, que podía decir: “Para mí el vivir es Cristo” (^{<500121>}Filipenses 1:21).

2. Esta unión con Cristo es por la fe.

En ^{<430656>}Juan 6:56, Jesús dice que si comemos su carne y bebemos su sangre, él permanecerá en nosotros y nosotros en él. Esto significa fe. En ^{<480220>}Gálatas 2:20, Pablo dice que la vida que él ahora vive, es Cristo viviendo en él, es por la fe en el Hijo de Dios. En ^{<490317>}Efesios 3:17 Pablo ora por los efesios, a fin de que Cristo pueda habitar por la fe en sus corazones.

3. Esta unión es con el Cristo viviente.

Esta noción de la unión con Cristo por la fe, no tiene significado aparte de la enseñanza del Nuevo Testamento de que Jesús es ahora el Señor resucitado y

reinante. La fe que salva no es simplemente la fe que mira hacia atrás al Jesús histórico; es la fe que mira hacia el Cristo viviente. Cristo es una persona viviente con quien nosotros debemos estar vitalmente unidos por la fe, si es que él nos salva de nuestros pecados. El grito de “volver a Cristo”, dando a entender con dicha frase que debemos volver al Jesús histórico de los Evangelios Sinópticos y desembarazarnos del Cristo trascendente de Pablo y de Juan, es un lema que pretende restarle vida al cristianismo, puesto que un Cristo meramente histórico no puede salvar; él debe ser super-histórico. A decir verdad, el Cristo de los Evangelios Sinópticos es tan trascendente como el Cristo de Juan y de Pablo. Pero algunos de los críticos piensan que ellos pueden encontrar en los Evangelios Sinópticos a un Cristo que no posee ningún elemento en sí mismo que no pueda ser medido en términos de la vida y de la historia humanas. El Cristo que es presentado en el Nuevo Testamento como el objeto de la fe salvadora, es el Jesús que, habiendo sido muerto por manos malvadas, fue levantado de los muertos por Dios (^{[440223](#)}Hechos 2:23, 24; 5:30, 31). El es el Cristo que por el Espíritu puede ser llamado Señor (^{[461203](#)}1 Corintios 12:3). Nosotros no meramente retrocedemos, en un esfuerzo de la imaginación, a través de diecinueve siglos hasta alcanzar al Cristo que vive y reina a la diestra de Dios.

4. Esta unión con el Cristo viviente es también unión con Dios.

La importancia de esta unión con Cristo es que en él llegamos a conocer a Dios con todo lo que tal cosa implica. Hablar de la unión con Cristo no significa nada si él no es nada más que un carácter histórico a quien nosotros conocemos por medio de los registros del Nuevo Testamento. Estos registros son esenciales, pues el Cristo que nosotros conocemos en la experiencia cristiana no es otro sino el Cristo histórico, y sin embargo, él es más que histórico. No solamente vivió una vida en el tiempo y el espacio, sino que en su resurrección y ascensión, trascendió el orden histórico. Y cuando le conocemos como el Cristo trascendente, somos conscientes de que al conocerlo a él conocemos a Dios. En nuestra conciencia, la unión con Cristo es unión con Dios. Nadie conoce al Padre excepto aquel a quien el Hijo lo quiere revelar (^{[401127](#)}Mateo 11:27). Para un conocimiento de Dios, dependemos absolutamente de Jesucristo, su Hijo unigénito. Pero es en y a través del Hijo que nosotros conocemos al Padre. No se trata de conocer a Dios en Cristo y conocer a Dios aparte de Cristo; se trata de escoger entre conocer a Dios en Cristo o no conocerlo del todo. Las demandas de Jesús en este respecto son absolutamente ciertas en la experiencia y ellas han sido vindicadas en la

experiencia. Aparte de un conocimiento experimental de Cristo Jesús como Salvador y Señor, los hombres pueden meditar acerca de Dios y llegar a sostener ciertas opiniones correctas acerca de él; pero no podrán llegar nunca a conocer a Dios mismo. Pero por la fe en Jesús como Salvador y Señor, los hombres se unen vitalmente a Dios en una experiencia que constituye tal conocimiento de Dios, que no puede significar menos que la salvación del pecado.

5. Esta unión con Cristo no debe interpretarse conforme al patrón panteísta.

Nuestra unión con Cristo no significa la pérdida del ser finito en el Todo infinito. La rendición de nuestra voluntad a la voluntad de Dios en Cristo no significa la pérdida de nuestra voluntad; no significa la anulación de la personalidad; no significa el desprendimiento de la responsabilidad moral por el hecho de confundirse uno mismo en el Absoluto impersonal. Significa más bien el encontrarse a sí mismo. El hijo pródigo regresó al hogar de su padre cuando volvió en sí (⁴²¹⁵¹⁷Lucas 15:17). El hombre nunca vuelve en sí, sino hasta que viene a Cristo. Cuando viene a Cristo, encuentra su voluntad vigorizada, su mente iluminada, su naturaleza moral renovada —se encuentra a sí mismo.

6. El doctor Strong fue fiel a la enseñanza del Nuevo Testamento, al resumir nuestra salvación en la idea de la unión con Cristo, haciendo que esa idea fuese central en su discusión sobre la salvación. ^{f12} Toda bendición que nosotros disfrutamos como cristianos, proviene de nuestra unión con Cristo. De consiguiente, una discusión completa de nuestra unión con Cristo incluirá todo lo demás en relación con la salvación.

IV. LA CONCIENCIA DE LA SALVACIÓN

Una de las cosas más notables acerca de la salvación, en el sentido cristiano del término, es que ésta es una transacción consciente. Esto se presupone en todo lo que se ha dicho acerca de la salvación, pero será bueno que le demos ahora consideración especial.

1. La experiencia normal cristiana.

La experiencia normal cristiana es aquella en la que el cristiano tiene aceptación consciente delante de Dios. Toda la atmósfera religiosa parece cambiar con la venida de Jesús. Los santos del Antiguo Testamento tuvieron conciencia de su comunión con Dios, pero ellos no tuvieron esa nota plena de gozo y de

confianza en su relación con Dios, la cual nosotros encontramos en el Nuevo Testamento. Esto es cierto especialmente del tiempo del Pentecostés en adelante, que los hombres tuvieron esta plena seguridad de ser aceptos delante de Dios. El perdón de los pecados no era meramente una transacción exterior que el pecador perdonado bien podía saber o no.

(1) En primer lugar, había la conciencia de pecado.

Esta fue producida por la predicación del evangelio. El hombre que no tenía conciencia de pecado y en quien no podía ser producida por la Palabra de Dios, estaba sin esperanza. Entre más el pecador es consciente de su pecado, es más seguro que él se goce en su salvación y que ame más a Dios, quien misericordiosamente la perdona (^{<420741>}Lucas 7:41).

(2) La salvación del pecado fue un acto en el cual se es llevado a una comunión consciente con Dios.

En este acto se encuentra a Dios. Se llega a conocer a Dios (^{<431703>}Juan 17:3). Dios llega a poseer al hombre y el hombre llega a poseer a Dios. El será su Dios y ellos serán su pueblo (^{<380810>}Hebreos 8:10). En un sentido real, el hombre no posee a Dios sino hasta que viene a poseerlo a través de esta gran crisis revolucionaria en su vida. En esta crisis, se sella un pacto por el cual el alma es consciente de haberse dado a Dios. Cuando el pecado es removido y el alma entra en la comunión con Dios, a menudo el alma se ve invadida de gozo (^{<440808>}Hechos 8:8; 13:52). El hombre justificado tiene una herencia de paz, a la cual él tiene derecho en virtud de esta nueva relación con Dios (^{<450501>}Romanos 5:1). Otro elemento que viene como un resultado de esta comunión con Dios en Cristo es la esperanza (^{<450824>}Romanos 8:24). Los cristianos del Nuevo Testamento miraban hacia ella.

Esto no significa que todas las experiencias cristianas fueron semejantes en aquel entonces más de lo que son ahora. Algunas fueron más emocionantes y más tremendas que otras. Parece que Lidia no experimentó la misma agitación de alma que el carcelero experimentó (Hechos 16). Hay variedades de experiencia cristiana, exactamente como hay diferencias entre los hombres en cualquier otro respecto. Pero toda experiencia cristiana normal es una experiencia de aceptación consciente delante de Dios en cuanto al perdón de los pecados, una experiencia que trae amor, gozo, paz y esperanza al alma.

2. La falta de seguridad.

Sin embargo, debe admitirse que hay casos de muchos que han sido regenerados y que no tienen una conciencia clara y definida de haber sido aceptados delante de Dios. Esto se reconoce en el Nuevo Testamento y se verifica en la experiencia cristiana. Juan dice que él escribió su Evangelio para que los hombres pudieran tener vida creyendo en Jesús como el Cristo (^{[432031](#)}Juan 20:31). Dice que él escribió su Primera Epístola con el propósito de que todos aquellos que creen, pudieran llegar a saber que tienen vida eterna (^{[620513](#)}1 Juan 5:13). Claramente esto implica dos cosas: Una es que es el privilegio del hombre salvo saber que es salvo; la otra es que un hombre puede ser salvo y no tener esta seguridad. Si la salvación y la seguridad fueran inseparables, entonces los escritos de Juan para llevarles seguridad a los cristianos hubiera sido una labor superflua.

Algunas veces se carece de la seguridad al principio de la vida cristiana; otras veces puede tenerse y perderla. Algunas veces la falta de esta seguridad se debe al pecado y a la desobediencia en la vida; algunas veces se debe a la falta de entendimiento de algunas cosas fundamentales y elementales en la vida cristiana, tales como la base de nuestro perdón en la obra expiatoria de Cristo, o la de la fe como la condición esencial e inclusiva de la salvación. En algunos casos, la falta de seguridad es ocasionada por el hecho de no haber tenido la clase de experiencia que se estaba buscando. Algunas personas quieren la clase de experiencia religiosa que Pablo tuvo, y, por lo tanto, están constantemente insatisfechas con la que Dios les dio. Aun en otros casos, la ausencia de esta seguridad se debe a perplejidades intelectuales. Alguien puede turbarse al no poder resolver satisfactoriamente todos los problemas acerca de Dios y de sus tratos con el hombre.

3. *Qué es necesario para tener esta seguridad.*

Podemos decir ahora una palabra en cuanto a cómo esta seguridad es producida o en cuanto a qué es necesario para esta seguridad.

En primer lugar, es necesario un claro entendimiento y un agarre firme de las cosas elementales en la salvación. Con esto no se quiere decir que sea necesario ser un teólogo experto. No hay necesidad de tal cosa. Tampoco queremos decir como dicen los credos católicos que si no se creen ciertos dogmas que entonces se es anatema. Pero sí es necesario tener una firme comprensión del hecho de que Cristo ha hecho completa provisión por nuestros pecados y de que somos salvos por la fe en él. No puede haber definitiva seguridad de la salvación cuando no se ha echado mano

definitivamente de este hecho. Algunas veces se puede saber que uno ha sido cambiado sin tener una conciencia clara de la salvación, pero esta clara conciencia de la salvación vendrá cuando firmemente se eche mano del hecho de que es por la fe en el Redentor crucificado y resucitado que se es salvo. Juntamente con esto, debe haber una rendición definitiva a Cristo como Señor. La voluntad debe rendirse a él. No debe haber desobediencia voluntaria y consciente a Cristo.

Juntando todo lo que se ha dicho, se verá que la suma de todo ello es que debe tenerse una clara y definida fe para tener la seguridad de haber sido acepto delante de Dios. La fe trae su propia seguridad. Y nada más necesario que la fe.

El doctor Strong dice: “El cimiento de la fe (refiriéndose a la fe salvadora) es la palabra externa de promesa. El cimiento de la seguridad, por otra parte, es el testimonio íntimo del Espíritu de que nosotros llenamos las condiciones de la promesa.^{f13} Esta afirmación confunde un poco. Ella da la impresión de que el cimiento de la fe salvadora es una cosa, y que el cimiento de la fe que da seguridad es otra cosa. Pero eso es un error. La fe que salva es la fe que da seguridad. La fe salvadora lleva en sí misma su propia seguridad, y, si no la lleva, es porque la fe no es clara ni definida. De manera que si se necesita seguridad, no se conseguirá por haber desarrollado en uno mismo una nueva clase de fe o fe en un objeto diferente. La seguridad vendrá cuando la fe se haya aclarado, fortalecido, y cuando se da cuenta de lo que cree. Cristo es siempre el objeto de la fe, y el Espíritu Santo es siempre el poder que produce la fe en Cristo. Esto es un hecho tanto en la salvación como en la seguridad. En otras palabras, Cristo y el Espíritu Santo mantienen la misma relación con la fe salvadora que ellos dan para asegurar la fe, porque éstas son una fe, y no dos.

El Nuevo Testamento señala ciertas cualidades éticas y espirituales que marcan al hombre regenerado. Algunas de éstas son la posesión del Espíritu (⁴⁵⁰⁸⁰⁹Romanos 8:9, 14; ⁶²⁰³²⁴1 Juan 3:24), la obediencia a Cristo o a Dios (⁴³¹⁴¹⁵Juan 14:15, 21; ⁶²⁰²⁰³1 Juan 2:34), una vida de justicia y de victoria sobre el pecado (⁶²⁰³⁰⁶1 Juan 3:6-9), amor fraternal (⁶²⁰³¹⁰1 Juan 3:10), poder para discernir la verdad (⁶²⁰²²⁷1 Juan 2:27). Todas estas cosas son el resultado de nuestra fe en Cristo. Cuando se nos pide fijarnos en esta evidencia de la regeneración, lo que simplemente se nos está pidiendo es permitir que nuestra fe se haga clara y consciente y que se dé cuenta de lo que se trata. No se nos

pide como evidencia de nuestra salvación nada que esté afuera o más allá de la fe salvadora.

CAPÍTULO 11. NATURALEZA DE LA VIDA CRISTIANA

I. La Misión y la Obra Cristianas

1. El desarrollar y el ejemplificar la vida implantada en la regeneración.
2. Traer a otros a las relaciones salvadoras con Cristo y desarrollar la nueva vida en ellos.
3. Que el cristiano haga todo el bien que puede en todas las esferas de la vida.

II. Providencia

1. Providencia y redención.
2. Providencia y fe.

III. Oración

1. Elementos en la oración.
2. Propósito y alcance de la oración.
3. Condiciones de la respuesta a la oración.

IV. La Persistencia de la Vida Cristiana

1. Significado de la “perseverancia final de los santos”.
2. Evidencia de que el regenerado perseverará.
 - (1) Vida eterna.
 - (2) Unión con Cristo.
 - (3) Intercesión de Cristo.
 - (4) El “sello” del Espíritu.
 - (5) Afirmaciones definitivas en el Nuevo Testamento.
3. Objeciones a la doctrina.
 - (1) Que es inconsistente con la libertad del hombre.
 - (2) Que lo estimula a una vida de pecado.
 - (3) Que la Biblia enseña “caer de la gracia”.
 - a. Algunos pasajes enseñan que la perseverancia es necesaria para la salvación final.
 - b. Algunos enseñan que la perseverancia es una evidencia de la regeneración.
 - c. Algunos enseñan que aquellos que no perseveran son “falsos profesantes”.
 - d. Algunos hacen hincapié en la falta de desarrollo y en la pérdida de recompensa.
 - e. Algunos hacen hincapié en el peligro de rechazar la verdad del evangelio.

V. El Crecimiento de la Vida Cristiana

1. Necesidad de crecimiento.
2. Los enemigos del crecimiento.

- 3.** Medios para el crecimiento.
 - 4.** Condiciones del crecimiento.
 - 5.** Teoría de la perfección del crecimiento.
 - 6.** La meta del crecimiento.
-

Habiendo visto algo de cómo la vida cristiana comienza en un acto de fe por parte del hombre y en un acto de perdón y de regeneración por parte de Dios, en el cual el pecado es llevado a una comunión consciente con Dios y es renovado en la imagen moral de Jesucristo, fijemos ahora nuestra atención en la vida que el cristiano vive como una continuación de este acto salvador de Dios. Es nuestro propósito en este capítulo considerar únicamente algunas de las fases sobresalientes y más importantes de esta vida.

I. LA MISIÓN Y LA OBRA CRISTIANAS

Para una discusión completa de la misión y la obra del cristiano, se necesitaría tratar varias de las fases de la teología práctica. Manifiestamente, esto estaría fuera de orden aquí. Lo que a nosotros nos interesa es simplemente considerar con brevedad algunos de los principios fundamentales de esa vida, especialmente cuando se la mira como una vida de redención.

1. Desarrollar y exemplificar la vida implantada en la regeneración.

Lo primero que mencionamos es que la misión del cristiano es desarrollar y exemplificar en sus actividades diarias la vida implantada en su corazón cuando llegó a ser un cristiano.

Esta vida busca personificarse y expresarse. Esto se expresa de muchos modos en el Nuevo Testamento. Se dice que el cristiano debe seguir a Cristo (^{<410116>}Marcos 1:16; 2:14). El es un discípulo; esto es, un aprendiz en la escuela de Cristo (^{<402819>}Mateo 28:19). El Espíritu de Cristo está en él y él es dirigido por el Espíritu (^{<450803>}Romanos 8:9, 14). Cristo vive en él (^{<480220>}Gálatas 2:20), y él lucha por traer todo intento a la sujeción de Cristo (^{<471005>}2 Corintios 10:5). El debe trabajar en su salvación, porque Dios es quien obra en él así el querer como el hacer (^{<503512>}Filipenses 2:12, 13). No estamos diciendo que la vida cristiana es simplemente la incorporación de algunos principios de vida divina implantados durante el tiempo de la regeneración los cuales viven independientemente de refuerzos posteriores de la presencia divina. Dios continúa obrando en nosotros, como la referencia anterior lo indica. El continúa

dándonos energías, y nuestra misión es obrar hasta el máximo lo que Dios obra en nosotros por su querer y hacer.

2. La misión del cristiano, en otra fase de la misma, es traer a otros a las relaciones de salvación con Cristo y desarrollar en ellos la vida semejante a la de Cristo.

Cada cristiano debiera ser un evangelista, un heraldo de las buenas nuevas. En este sentido cada cristiano debiera ser un predicador. Este es el impulso espontáneo en la nueva vida en nosotros —traer a otro al conocimiento de Cristo y disfrutar de las bendiciones que él nos da. Nuestra misión es dar testimonio de él en Jerusalén y hasta lo último de la tierra. Cualquier forma de cristianismo en la que no palpite un poderoso impulso misionero y evangelístico, es una forma degenerada. Y la misión del cristiano es hacer todo lo que esté a su alcance por desarrollar en otros, después de haberlos traído a la experiencia de la salvación por Cristo, la vida semejante a la de Cristo.

3. La misión del cristiano es hacer todo el bien que pueda en cada esfera de la vida, en cualquier manera posible.

El debe empeñarse por hacer que la voluntad de Dios reine en toda la extensión de la vida y la sociedad humanas. En el día de hoy hay los que ponen en contraposición el esfuerzo evangelístico y el servicio social. Ellos desprecian a uno por favorecer al otro. Los que ponen mayor énfasis en el evangelismo y desacreditan el servicio social, parece que piensan que cualquier cosa que no sea directamente una obra religiosa, es irreligiosa. Cada obra buena es religiosa, si se hace con un propósito de glorificar a Dios. No hay conflicto alguno entre servir a Dios y ayudar a los hombres. Seguramente, el Cristo que sanó los cuerpos de los hombres y realizó un milagro para alimentar a las multitudes hambrientas, no es el representante de un Dios que se disguste con cualquier cosa que haga de este mundo un mejor lugar en dónde vivir. El tipo de piedad que piensa que la única función de la religión es hacer que el hombre se retire a algún monasterio y salve su propia alma dejando que el diablo haga de las suyas con el mundo —ese tipo de piedad pertenece a la edad media, si es que debe pertenecer a alguna época. Tampoco es la única función del cristianismo salvar del infierno las almas de los hombres en la vida futura; ellos necesitan ser justos en todas las relaciones de la vida. No deben ponerse nunca la regeneración del individuo y la regeneración de la sociedad en contraposición la una con la otra; no es asunto de una cosa con exclusión de la otra. Más bien son dos cosas mutuamente dependientes. La única manera de regenerar a la

sociedad es a través de la regeneración de las unidades individuales de la sociedad. Y el único poder que puede regenerar al individuo es el evangelio de Cristo. Tampoco ha hecho el evangelio toda su obra en la vida del individuo, a menos que éste enderece todas sus relaciones en la vida. El evangelio hace que el hombre viva rectamente en el mundo, no lejos del mundo. Jesús les enseñó a sus discípulos a orar porque el reino de Dios pudiera venir y porque la voluntad de Dios pudiera ser hecha en la tierra así como es hecha en el cielo (⁴⁰⁰⁶¹⁰Mateo 6:10).

II. PROVIDENCIA

Lo que se ha dicho acerca de Dios y su relación con el mundo, envuelve el pensamiento de que él ejerce un cuidado providencial del mundo. Más particularmente esto sería cierto con referencia a la humanidad. Si Dios creó al hombre a su propia imagen, entonces lo más seguro es que él tiene un propósito para el hombre, el cual está llevando a cabo.

1. Providencia y redención.

Es cuando venimos a la idea de la redención que el propósito providencial de Dios salta distintamente a la vista. Sólo una conciencia de redención puede dar una seguridad definitiva de la amorosa dirección providencial de Dios en su vida. Entonces, para entender la doctrina de la providencia, debemos verla desde el punto de vista de la redención. Esto se ve muy claro en la afirmación de Pablo hecha en ⁴⁵⁰⁸²⁸Romanos 8:28, 29. Generalmente se pone el énfasis en la afirmación de Pablo de que todas las cosas ayudan a bien a los que a Dios aman. Pero nosotros debemos ver esto a la luz de la siguiente afirmación de que Dios ha predestinado a los que antes conoció, para ser hechos conforme a la imagen de su Hijo. El Apóstol indica aquí que lo que Dios tiene en su mente para su pueblo, es que ellos deben ser hechos semejantes a Jesucristo. Eso fue lo que él se propuso desde la eternidad. Fue en referencia a eso que él hizo el mundo y lo dirige. Su gobierno moral del mundo está dirigido hacia ese fin. Este mundo fue hecho con el propósito de desarrollar en él el carácter cristiano. Todo el orden histórico es un orden de redención.

Cuando Pablo dice que todas las cosas ayudan a bien, para que nosotros podamos entenderle, debemos ver cuál es el bien que él tiene en su mente. El no dice que todas las cosas ayudan a nuestra comodidad, a nuestra salud física, o a nuestra acumulación de riqueza material. Puede ser que haya un mundo mejor que éste para cosas así, pero Dios no está interesado primordialmente en

estas cosas. Su preocupación, antes que todo, es que nosotros lleguemos a ser semejantes a Cristo. Es para ese fin que él hace que todas las cosas colaboren.

Al pensar en la idea de la providencia, debemos considerarla en relación con el desarrollo del reino de Dios en el mundo tanto como en relación con la redención del individuo. La venida del reino y la redención del individuo están vitalmente entrelazadas. La salvación de cada individuo es un factor en la venida del reino. El reino viene a través de la salvación de los individuos. Al estudiar el propósito de Dios en la redención, vimos que no debíamos entender que el propósito de Dios era el de salvar al individuo como una unidad aislada, sin referencia a sus relaciones en el orden social e histórico al cual él pertenece. De manera que no debemos entender la idea de la providencia como significando que Dios obra para el bien del individuo pero sin relación a su lugar en la sociedad o en el reino de Dios. El bien del individuo es una fase del bien común. La totalidad de la historia bíblica muestra que Dios está trabajando hacia un fin que incluye más que el bien de los individuos seleccionados de la masa; él está trabajando hacia un reino universal de bondad, como la meta de la historia.

La providencia, entonces, es general y particular. La idea de una providencia general que no incluye los asuntos y las preocupaciones más pequeñas de la vida, no está de acuerdo con la opinión que Jesús tuvo de Dios. El dice que ni un pajarillo cae a la tierra sin que Dios lo sepa. El viste y alimenta a su pueblo (⁴⁰⁰⁶²⁶Mateo 6:26; 10:29). Nosotros podemos poner toda nuestra ansiedad sobre él, sabiendo que él tiene cuidado de nosotros (⁶⁰⁰⁵⁰⁷1 Pedro 5:7). Manteniendo una constante comunión con el Señor, podemos hacer a un lado nuestra ansiedad y tener la paz de Dios que guarda nuestros corazones y nuestros pensamientos (⁵⁰⁰⁴⁰⁶Filipenses 4:6, 7).

2. Providencia y fe.

Por lo que se ha dicho podemos ver que la providencia de Dios no es algo que opere de una manera mecánica o necesaria. Siendo que el bien que está llevando a cabo para nosotros es el bien de la redención, nuestra obtención de ese bien se condiciona por nuestra fe. La redención no es algo que le viene al hombre automática o mecánicamente. La redención es un asunto moral y espiritual y está condicionada moral y espiritualmente. A menudo se ha presentado la idea de la providencia como si ella significara que cada cosa que acontece en nuestra vida es en sí misma buena, independientemente de nuestra actitud hacia Dios y de sus tratos providenciales con nosotros. Pero tal cosa no

es cierta. El que las cosas que vienen a nuestra vida sean una bendición o no, depende de cómo son recibidas. Si las recibimos en el espíritu de sumisión y de confianza en Dios, todas las cosas ayudan a bien. De otro modo, lo que llevaba la intención de redundar para nuestro bien, puede resultar ser una maldición. Es para aquellos que aman a Dios, que todas las cosas les ayudan a bien; y ellas obran para bien en la medida en que nosotros amamos a Dios, o bien somos llevados a amarle por las cosas que nos acontecen.

El asunto podemos plantearlo así: La razón por qué todas las cosas ayuden a bien al cristiano, es porque en su vida el motivo y la pasión dominantes son el amor a Dios. Siendo que ésta es la fuerza dominante en la vida, toda cosa que ocurra en ella la hace crecer. Cuando se está propiamente relacionado con Dios, todo lo que acontece en la vida le lleva más cerca de él y le hace ser más semejante a él en carácter. El amor a Dios es la alquimia que tiene el poder de convertir todos los metales bajos de la vida en el oro puro del carácter cristiano.

Esto demuestra que el Nuevo Testamento no considera todas las cosas como buenas en sí mismas. Tampoco Pablo dice que todas las cosas en sí mismas y por sí mismas obran para bien. Su declaración implica que es debido a Dios que todas las cosas obran para bien. Pudiera traducirse que Dios hace todas las cosas para el bien; pero que se deba traducir así o no, ese fue claramente el pensamiento de Pablo. La doctrina del Nuevo Testamento fue que cada detalle de la vida, aun el más pequeño, está bajo su dominio y él lo encauza hacia nuestro bien.

Es Dios quien hace que todas las cosas obren para nuestro bien; y el que ellas obren para nuestro bien, está condicionado por nuestra fe y por nuestro amor hacia él. En otras palabras, todo lo demás llega a ser bueno para nosotros. Hasta el límite de nuestra comunión con Dios, nosotros vencemos lo malo y lo convertimos en medios que conducen finalmente al bien.

III. ORACIÓN

Una de las cosas más importantes en la vida cristiana es la oración. La oración es elemental y fundamental. Lo único que nosotros podemos hacer aquí es considerar de un modo breve, algunos de los aspectos más importantes de este tema, en su relación vital con la vida cristiana.

1. Los elementos de la oración.

Hay cierto número de elementos o factores que entran en la oración. Bien pudiéramos llamarlos variedades de la oración. En el sentido más amplio del término, la oración es comunión del alma con Dios; esto es, la expresión consciente del alma en compañerismo espiritual con Dios. El alma, en pensamiento y en aspiración, se dirige a Dios y generalmente se expresa ante él en palabras audibles. En esta comunión hay también la fase de espera en Dios, en una actitud atenta y receptiva, para recibir luz, fuerza y guía espirituales. Es el reconocimiento del Compañero invisible. Es tomar un definitivo y consciente reconocimiento de Dios.

Uno de los elementos específicos en la oración como comunión con Dios es la adoración. Es el reconocimiento del valor y de la dignidad de su carácter y el dar expresión a este reconocimiento. Es la respuesta adecuada del alma en reconocimiento reverente del carácter de Dios como amor santo.

También entra en la oración el elemento de la gratitud. La gratitud es la expresión de nuestro reconocimiento de Dios como la fuente de nuestras bendiciones, y un reconocimiento del hecho de que los dones que Dios nos da, nos ponen bajo obligaciones con el Dador. En la adoración reconocemos el valor del carácter de Dios; en la gratitud reconocemos nuestra deuda con él por las bendiciones que nos da, las cuales son una expresión de su carácter bondadoso.

A medida que mantenemos nuestra comunión con Dios, nos volvemos cada vez más conscientes de nuestra indignidad en su presencia. De modo que la confesión de pecados llega a ser un elemento necesario en la oración a Dios. Jesús dio énfasis en este factor de la oración. El enseñó que Dios bendijo al publicano que confesó su indignidad antes que al fariseo jactancioso que sólo habló de su bondad en su oración al Señor (⁴²¹⁸⁰⁹Lucas 18:9).

La súplica es un elemento prominente en la oración. Es de temerse que en muchas personas tal cosa sea casi el único factor. Para alguna gente, parece que esto es todo lo que hay en la oración. De cierto que no debiera ser el único elemento en la oración, pero es muy natural que sea una cosa muy prominente. La intercesión es una forma especial de súplica. Consiste en suplicarle a Dios que derrame sus bendiciones sobre otros más bien que sobre nosotros. Constituye un aspecto sobresaliente en la oración, según se ve en la Biblia, tanto como precepto como en ejemplo. Como ejemplos notables de esto, tenemos los casos de Abraham intercediendo por Sodoma (⁰¹¹⁸²²Génesis 18:22). Moisés intercediendo a favor de Israel (⁰²³²³¹Éxodo 32:31;

^{<050925>}Deuteronomio 9:25). Y Pablo rogando por los judíos (^{<450901>}Romanos 9:1; 10:1).

2. El propósito y el alcance de la oración.

Ya se dijo que la oración es comunión con Dios. Ahora podemos preguntar: ¿Cuál es el propósito de la oración? De acuerdo con esta idea, podemos decir que el propósito principal de la oración es el ordenamiento correcto de las relaciones del hombre con Dios. La oración es un asunto de relaciones y arreglos personales. Es el hombre como persona tratando directamente con Dios como una Persona. Al tratar con Dios, el hombre está tratando con una realidad invisible y espiritual. La oración es el reconocimiento del hecho de que esta realidad es una Persona, y no simplemente una fuerza impersonal o un principio abstracto. La señora Eddy dice que Dios es un principio.^{f14} Dios es más que un principio. Es una Persona. Y la oración es un tratar directo del hombre con este supremo poder espiritual.

Donde no hay un reconocimiento de la personalidad de Dios, tampoco puede haber oración en el verdadero sentido de la palabra. Puede haber meditación, reflexión, pero estas cosas no son oración. No puede haber adoración, gratitud, súplica ni comunión personal de ninguna clase. Lo más supremo que el hombre necesita es Dios mismo y no tanto las cosas que Dios pudiera darnos. Dios mismo es la bendición suprema; él es la principal necesidad del hombre. Cuando Dios se da a sí mismo, da todo lo demás; sin Dios, ninguna otra cosa puede llenar nuestra necesidad de él.

¿Por qué cosas debiera el hombre orar? ¿Qué es lo que constituye un asunto conveniente de la oración? La respuesta es: cualquier cosa que le concierne al hombre es una cosa conveniente para hacerla motivo de oración. Esto quiere decir que lo que es de importancia para el hombre es también importante para Dios. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo está interesado en toda cosa y en cualquier cosa que tenga que ver con la vida de sus hijos humanos. Esto no quiere decir que nosotros podemos pedirle a Dios todo lo que queramos y que lo conseguiremos —lejos sea tal cosa. Pero sí quiere decir, que en cualquier situación en que nos encontremos, sobrecogidos por cualquier problema, bien podemos presentarle nuestros problemas a Dios, y cuando logramos arreglar correctamente nuestra posición delante de Dios, él resolverá o nos ayudará a resolver nuestro problema.

La oración no es un esfuerzo por parte del hombre de persuadir a un Dios renuente a concederle algún bien al hombre; más bien es un ajustamiento tal de las relaciones personales del hombre con Dios, que hace posible que Dios conceda la bendición que él quiere conceder. No es conseguir que un Dios renuente entre en armonía con la voluntad del hombre; más bien es el hombre poniéndose en armonía con la voluntad de Dios, de modo que Dios pueda realizar su más alta voluntad con respecto al hombre. Esto se demuestra en el hecho de que el Espíritu Santo hace intercesión a favor de nosotros. La razón de esto es que nosotros no sabemos orar como debemos (⁴⁵⁰²⁶Romanos 8:26, 27). El Espíritu hace intercesión por nosotros con gemidos indecibles. Esta intercesión no es separada de nosotros, sino que es una intercesión en nosotros y a través de nosotros. Los gemidos indecibles son los gemidos del espíritu humano, poseído y movido por el Espíritu Divino. El Espíritu nos mueve a orar de acuerdo con la voluntad divina, y, de consiguiente, Dios contesta nuestras peticiones. El hombre no puede orar de acuerdo con la voluntad divina, excepto cuando él ora bajo la dirección del Espíritu Divino. Cuando el hombre desea algo bueno, busca algo bueno y realiza algo bueno, se da cuenta de que Dios deseó, buscó y realizó ese bien con él, en él y por medio de él. Dios toma la iniciativa en todo lo bueno, y la oración no es una excepción de esa regla. En todo buen deseo, en todo deseo y anhelo del corazón, “inarticulado o expresado”, Dios está empeñado en cumplir su voluntad para el bien de los hombres. En la oración, entonces, el hombre no lucha contra Dios, sino que lucha con Dios por realizar lo que es la voluntad de Dios que suceda.

Podemos resumir esto, entonces, diciendo que el propósito de la oración es que el hombre pueda vivir en comunión con Dios, de modo que Dios pueda obrar en el hombre y por medio del hombre, para cumplir su propósito de gracia en el mundo. El alcance de la oración es universal, por cuanto todo lo que es de interés para nosotros, constituye un motivo apropiado para la oración.

3. Condiciones para que la oración sea contestada.

En un sentido, no existe lo que pudiera llamarse una oración no contestada. Tomando la oración en el sentido de comunión con Dios, no es posible tener comunión con Dios y no recibir una respuesta de Dios. La misma idea de comunión lleva consigo una actividad mutua por parte de Dios y del hombre; de manera que si Dios no le responde al hombre, no habrá comunión; lo único que habría sería el fracasado esfuerzo del hombre por establecer comunión con

Dios. Lo que el hombre busca, o debiera buscar en la oración, no es, antes que todo, algo que Dios le pueda dar, sino que debiera buscar a Dios mismo. De modo que si hay oración en el sentido de comunión con Dios, esto lleva consigo la idea de la respuesta de Dios, y esta respuesta es la contestación de Dios al acercamiento del hombre. En este sentido, no hay oración que se quede sin ser contestada.

Generalmente, sin embargo, cuando los hombres hablan de oraciones no contestadas, se refieren a las oraciones de súplicas. O sea, que el hombre pide algo, lo cual no consigue. Esto puede explicarse por el hecho de que los hombres le pidan a Dios cosas que él, en su sabiduría, ve que no conviene que ellos reciban. El da cosas buenas (^{<400707>}Mateo 7:7-11), y nosotros, al pedirle, debemos siempre dejar que su sabiduría decida si es mejor o no el que nosotros recibamos lo que pedimos.

Hay algunas condiciones espirituales, sin embargo, que son necesarias para que nosotros obtengamos y mantengamos comunión con Dios. Sin estas condiciones no puede haber compañerismo consciente con Dios. Estas son condiciones para obtener nuestras peticiones delante de Dios, porque son condiciones de comunión con Dios. Algunas de estas condiciones se mencionan en el Nuevo Testamento. Una de ellas es la fe (^{<402122>}Mateo 21:22; ^{<590106>}Santiago 1:6). Si alguno ora en fe, Dios concederá su petición. Esto no quiere decir que puede pedir lo que se le antoje, y creer que lo conseguirá. No se puede tener fe a menos que sea atraído hacia la unidad espiritual con Dios. Esto garantiza dos cosas: Una es que no se pedirá nada que sea contrario a la voluntad de Dios; la voluntad el hombre se someterá a la de Dios. La otra cosa es que estaremos bajo la dirección del Espíritu —y el Espíritu no nos guiará a pedir algo que no esté de acuerdo con la voluntad de Dios. La fe es una condición para la oración eficaz y, por lo tanto, lleva en sí misma otras dos condiciones: orar de acuerdo con la voluntad de Dios (^{<620514>}1 Juan 5:14), y orar bajo la dirección del Espíritu (^{<450826>}Romanos 8:26, 27). En ^{<431413>}Juan 14:13 se nos dice lo mismo pero de otro modo. Debemos orar en el nombre de Jesús; esto es, como aquellos que viven por él, como aquellos que se empeñan por hacer su obra en el mundo, como aquellos que lo representan. Podremos orar en su nombre solamente según vivamos en unidad espiritual con él. En ^{<431507>}Juan 15:7, su pensamiento se expone de un modo diferente: Debemos estar en Cristo y su Palabra debe estar en nosotros. En otros lugares, los hombres son urgidos a perseverar en la oración (^{<421105>}Lucas 11:5; 18:1). Pero la perseverancia es simplemente una

evidencia de la fe. Es la fe, manteniendo su punto, a pesar de la dilación y del desaliento.

Entonces cualquiera que fuere el término que se use, al nombrar las condiciones de la oración eficaz, en esencia es siempre lo mismo —esto es, armonía espiritual o unidad con Dios, rendición a su voluntad. No debe haber una consciente hipocresía en nosotros con respecto a Dios. Si esperamos que él se dé a nosotros, debe haber de nuestra parte la más completa entrega a él.

IV. LA PERSISTENCIA DE LA VIDA CRISTIANA

Hay mucha diferencia de opinión en cuanto al asunto de si la vida cristiana perseverará con toda certeza frente a toda oposición. ¿Es posible que la nueva vida, engendrada en la regeneración, se pierda? ¿Puede el cristiano caer y perderse?

1. La “perseverancia de los santos”.

Procuremos primeramente aclarar lo que la doctrina conocida como la perseverancia de los santos implica.

Esto no envuelve la posición liberal de que siendo que en la justificación hemos sido libertados del pecado, que, de consiguiente, tenemos la seguridad eterna, sin importar lo que pudiéramos llegar a ser en el carácter y en la vida. Esto es pervertir la verdad de tal manera, que llega a ser una herejía tan grande como la herejía de negar la doctrina. La enseñanza del Nuevo Testamento no es que un hombre justificado es salvo sin tener en cuenta lo que él pudiera ser en su carácter; más bien consiste en que la gracia justificante y regeneradora de Dios produce una revolución tal en su carácter, que él (el hombre) nunca podrá ser lo que fue antes. No es que el cristiano sea salvo persista en la fe o no; es que él persistirá en la fe y, de consiguiente, obtendrá finalmente su salvación. El Nuevo Testamento enseña que en un sentido el hombre es salvo cuando cree (^{<430336>}Juan 3:36; ^{<490208>}Efesios 2:8). En otro sentido, él será salvo en el día final (^{<520508>}1 Tesalonicenses 5:8; ^{<560307>}Tito 3:7; ^{<600105>}1 Pedro 1:5). Esta última salvación lo es en el sentido escatológico. La salvación incluye todo entre la regeneración y la resurrección. La perseverancia es una condición de la salvación en el sentido escatológico. El que perseverare hasta el fin, éste será salvo (^{<411313>}Marcos 13:13). En el Apocalipsis, el énfasis se pone en el hecho de que aquel que venciere, aquel que es fiel hasta la muerte, es el que recibirá la corona de la victoria (^{<600207>}Apocalipsis 2:7, 17, 26; 3:5, 12, 21). Se dice

algunas veces que no debemos aferrarnos a Cristo siendo que él es quien nos sostiene a nosotros. El nos sostiene, pero nosotros también debemos sostenernos de él. El nos sostiene al hacer que nosotros nos sostengamos de él. Esto es, la perseverancia de los santos se basa en la preservación de los santos. Nosotros perseveraremos porque él nos guarda. Pero no es acertado decir que porque él nos guarda, nosotros no debemos perseverar.

Un error que con frecuencia se comete en cuanto a este asunto es que, cuando se habla de la perseverancia como una condición de la salvación, la gente piensa inmediatamente en la perseverancia de las obras. O sea, que la gente piensa que la perseverancia, como una condición para la salvación, significa que uno se coloca en la relación salvadora con Dios por la fe, y que entonces la salvación se basa en las obras y que de allí en adelante debe ganarse o merecerse la salvación. Pero la doctrina no significa eso; significa que se debe perseverar como se comenzó —esto es: en fe. La salvación es por gracia, en cuanto a Dios, y es por fe, en cuanto al hombre. Es completamente de gracia, por parte de Dios, y completamente de fe, por parte del hombre. Ella comienza en fe, continúa en fe, y es completada en fe. Nosotros somos guardados por el poder de Dios, por la fe, para una salvación que será revelada en el último día (^{<600105>}1 Pedro 1:5). Dios nos guarda, pero nos guarda por la fe, no independientemente de la fe. El hombre no se salva por confiar sólo en un momento. La vida cristiana es un vida de confianza. La perseverancia no es algo que está más allá de la fe como una condición para la salvación; es de la naturaleza de la fe para perseverar; si no persevera, no es fe. Decir que debemos perseverar para ser salvos, es simplemente decir que la fe que salva es la fe que persiste. Si no persiste, entonces no tiene la vitalidad suficiente para salvar.

2. Evidencia de que el que es regenerado perseverará.

¿Cuál es una de las evidencias de que el que es verdaderamente regenerado perseverará en fe hasta el fin? O, poniéndolo de otro modo, ¿qué evidencia tenemos de que Dios guardará a sus hijos hasta el fin, de que él hará que nosotros perseveremos?

(1) La vida que Cristo nos trajo se describe en muchos lugares del Nuevo Testamento como vida eterna.

Al menos, esto sugiere que ésta es permanente en su cualidad. Cuatro veces en Juan 6, Jesús encauza todas las cosas hacia el “último día”, y dice que en el día posterero él resucitará a los que creen en él.

No hay que olvidar que la doctrina, según la venimos sosteniendo, consiste en que Dios preserva al cristiano haciendo que él persevere en fe. En la regeneración, la naturaleza moral del hombre es de tal modo revolucionada, que persiste en la fe en Dios, y por lo tanto, en una vida de justicia. Esta es la opinión de Juan en ^{<43030>}1 Juan 3:6-9. El dice que el que es engendrado (o nacido) de Dios, no peca; o sea, que él no vive una vida de pecado. No que haya un refrenamiento exterior sobre él; su libertad no es estorbada. Pero él recibe una nueva vida por la fe en Cristo, la cual no puede comprometerse con el pecado ni puede ser vencida por el pecado. En la regeneración algo es puesto en el hombre, que hará que él no se sienta tranquilo en el pecado; él debe pelear contra el pecado hasta dominarlo. Esto no es esclavitud; es libertad. Tampoco significa esto que uno no cometa ningún pecado después de hacerse cristiano; significa más bien que ha cambiado el curso general de la vida. Juan usa el tiempo presente, que denota un hábito de toda la vida, una actitud constante. Es esta nueva vida interior, la cual es imperecedera en su naturaleza, lo que garantiza la persistencia en el combate contra el pecado hasta que el pecado es conquistado.

(2) El hecho de que nosotros por la fe entramos en una unión vital con Cristo, es una garantía de que la nueva vida prevalecerá.

El llega a ser nuestra vida, nuestro todo. Porque él vive, nosotros también viviremos (^{<43140>}Juan 14:9). Cristo vive en nosotros y nosotros en él. Y el que está en nosotros es mayor que el que está en el mundo (^{<42040>}1 Juan 4:4). El Cristo viviente, a quien estamos unidos por la fe, habiéndonos justificado en su sangre, nos librará hasta el fin de la ira de Dios (^{<45050>}Romanos 5:9, 10).

(3) Esta doctrina está también sostenida por el hecho de la intercesión de Cristo a favor del cristiano.

Poco antes de que Pedro negara a Jesús, su Maestro le había dicho: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido (a los apóstoles) para zarandearos como a trigo; mas yo he rogado por ti (individualmente) que tu fe no falte” (^{<42223>}Lucas 22:31, 32). Aquí vemos que Jesús hizo intercesión a favor de Pedro individualmente, y su petición por Pedro fue para que su fe no fallara. Jesús dice que mientras él estuvo en el mundo, guardó a los que el Padre le dio. El los

guardó con tanto cuidado, que ninguno de ellos se perdió, excepto el hijo de perdición (Judas Iscariote, quien nunca fue salvo). Y ahora, cuando él se va de ellos, él ora a su Padre para que los guarde (⁴⁸¹⁷¹Juan 17:11-15). Estos dos ejemplos de oración por sus discípulos pueden darnos alguna idea de la clase de intercesión que Cristo hace ahora a favor de su pueblo. La base de nuestra seguridad es el hecho de que Jesús vive ahora y permanece activo en nuestro favor. Esto se expresa específicamente en la Epístola a los Hebreos. “Por lo cual puede también salvar eternamente a los que por él se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (⁵⁸⁰⁷²⁵Hebreos 7:25). El pensamiento aquí es que él salva completamente, hasta el fin, porque él vive para hacer intercesión a favor de los que se allegan a Dios por él. Su obra intercesora garantiza la perfección de la salvación de los creyentes.

(4) Pablo expresa la idea de la seguridad del creyente en una forma diferente, valiéndose de la idea de ser sellados con el Espíritu.

En el momento de oír y creer el evangelio, somos sellados con el Espíritu Santo de la promesa (⁴⁹⁰¹¹³Efesios 1:13). El Espíritu Santo que habita en nosotros es la promesa o las arras de Dios de que nuestra redención quedará completa en la resurrección del cuerpo. Nosotros somos sellados en el Espíritu Santo para el día de la redención (⁴⁹⁰⁴³⁰Efesios 4:30). Este es el significado de Pablo cuando nos dice que Dios nos ha dado la prenda del Espíritu (⁴⁷⁰¹⁰²2 Corintios 1:22; 5:5; ⁴⁹⁰¹¹⁴Efesios 1:14). La palabra que aquí se traduce por arras significa el dinero que se pone como garantía de que no se anulará el contrato o el compromiso contraído, sino que se cumplirá con el negocio. El Espíritu Santo es el Espíritu habitando dentro de nosotros como la garantía de Dios de que entraremos a la completa posesión de nuestra herencia en la redención de nuestros cuerpos. Dios se compromete a sí mismo a llevar a feliz término nuestra redención. El Espíritu no solo da testimonio de nuestra aceptación actual delante de Dios, sino que también da testimonio del hecho de que nosotros somos herederos de Dios y coherederos de Cristo (⁴⁵⁰⁸¹⁷Romanos 8:17). Como herederos de Dios, miramos hacia adelante al tiempo cuando entraremos a la completa posesión de nuestra herencia. Nosotros tenemos las primicias del Espíritu; esto es, el Espíritu que habita en nosotros es el principio, una muestra de la más plena posesión que tendremos después. Esto es lo que nos hace gemir dentro de nosotros mismos, esa eterna insatisfacción de nuestro propio estado, y ese ardiente anhelo por la adopción, es decir, la redención de nuestros cuerpos que consumará nuestra salvación. Esto hace que nuestra salvación sea una salvación en esperanza. Nosotros abrigamos la esperanza de

bendiciones mayores de las que ahora disfrutamos, y el Espíritu dentro de nosotros es la garantía de Dios de que entraremos a esa más completa posesión. (Véase ⁴⁵⁰⁸²³Romanos 8:23, 25).

(5) Tenemos en el Nuevo Testamento algunas afirmaciones que no pueden explicarse por ninguna otra hipótesis.

Podemos considerar no más que algunas pocas de las más notables. Jesús dice que él les da a sus ovejas vida eterna y que no perecerán, ni nadie las arrebatará de la mano de su Padre (⁴³¹⁰²⁸Juan 10:28, 29). De aquí que la declaración inequívoca de Jesús de que aquellos a quienes él les da vida eterna no perecerán para siempre, sería difícil de armonizar con cualquiera afirmación de que el cristiano puede apostatar y perecer. Jesús dice también: “El que oye mi palabra y cree al que me ha enviado, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas pasó de muerte a vida” (⁴³⁰⁵²⁴Juan 5:24). En ⁴⁵⁰⁸³⁵Romanos 8:35-39, después de que Pablo enumera las cosas de las cuales pudiera pensarse que nos separarían del amor de Dios, él concluye diciendo que ninguna de esas cosas podrá apartarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro. Pedro dice que somos guardados en la virtud de Dios por la fe, para alcanzar la salud que está aparejada para ser manifestada en el postrimero tiempo (⁶⁰⁰¹⁰⁵1 Pedro 1:5). Estos pasajes parecen afirmar claramente que Dios guarda a los que creen en Cristo y que no hay posibilidad de que perezcan.

3. Objetiones de la doctrina.

(1) Una objeción es que sería inconsistente con nuestra libertad.

Pero esto es debido a un mal entendimiento. La doctrina no dice que un hombre es salvo ya sea que él escoja ser salvo o no, sino más bien que su carácter es de tal manera revolucionado, que con toda seguridad él escogerá afirmarse en Cristo y ser así salvo. El comenzar una vida de justicia por la fe en Cristo, no interviene en la libertad de nadie: entonces, ¿por qué hemos de sostener que la continuación de tal vida está en contraposición con la libertad? Si se puede tener fe en el tiempo de la regeneración y al mismo tiempo ser libre, ¿por qué no podrá tenerse fe durante el resto de la vida y ser libre? Si la fe no destruye la libertad en el principio de la vida cristiana, ¿qué razón hay para pensar que puede destruirla después? La doctrina no dice que deba seguirse siendo cristiano ya sea que lo desee o no, sino más bien que sus gustos y

disgustos serán de tal modo cambiados, que él decidirá continuar en la fe cristiana.

(2) Otra objeción es que esta doctrina estimula una vida de pecado. Se dice que si se tiene la seguridad de su salvación final, entonces se está en libertad de vivir como se quiera.

Pero debe recordarse que esta doctrina descansa en la presuposición de que se es regenerado, y que la regeneración significa que la naturaleza humana es de tal manera cambiada en la imagen de Cristo, que nunca más se puede estar tranquilo en el pecado. Si los más profundos anhelos del corazón son de una vida de pecado, entonces, es natural vivir una vida de pecado. Tal cosa es inevitable. Pero el hecho de anhelar una vida de pecado es evidencia de que no se ha sido regenerado. No podrá haber apremio exterior ni temor del castigo que logren mantener al impío fuera de una vida de pecado. Por otra parte, el hombre regenerado conquistará el pecado porque la pasión más profunda de su alma es el amor a Dios y el odio al pecado.

Es una falsa representación de esta doctrina decir que ella significa que si alguien se hace cristiano, si es salvo, no importa cómo viva. Bien pudiera decirse que si un hombre nace hombre blanco, será un hombre blanco toda su vida, aunque se cambiara en un hombre negro. Si nace hombre blanco, será un hombre blanco durante todo el resto de su vida, pues volverse otra cosa sería una imposibilidad. Del mismo modo, si es hecho cristiano por el poder de la gracia regeneradora de Dios, permanece cristiano por siempre, pues es una imposibilidad moral y espiritual el llegar a ser cualquier otra cosa. No es cierto, entonces, que Dios salve a un hombre regenerado de cualquier manera. Dios lo salva de un modo particular; y ese modo es que Dios siembra dentro de él, en virtud de su unión con Cristo por la fe, una unión imperecedera. Esa vida imperecedera llega a ser una garantía moral de que el cristiano perseverará en la fe y de que finalmente dominará el pecado. Esta doctrina no significa que nosotros venceremos el pecado ya sea que peleemos o no; significa que tenemos la promesa de tal ayuda, que la victoria nos es asegurada. De consiguiente, combatimos al pecado con valor y esperanza.

(3) La otra objeción es que la Biblia enseña la doctrina opuesta popularmente llamada “caer de la gracia”; o sea, que se puede ser salvo y luego caer y perderse.

Otras veces la doctrina opuesta se expresa en el sentido de que el convertido “debe sostenerse en la fe”, o se condenará. Pero los teólogos de todas las escuelas afirman que tal individuo “debe sostenerse en la fe”; esto es, que si cesa de tener fe, se pierde. El punto en discusión es si el verdaderamente regenerado dejará de tener fe. No se trata de si la persistencia en la fe es necesaria o no; más bien el asunto es si hay algo en la relación de Dios con el cristiano y en la naturaleza de la nueva vida engendrada en la regeneración, que garantice la persistencia del creyente en la fe. Citar pasajes del Nuevo Testamento que enseñen la necesidad de la perseverancia en la fe, o que tal perseverancia sea necesaria a la salvación final, es completamente una cosa diferente de demostrar que el Nuevo Testamento enseña que uno puede ser un cristiano y después caer y perderse. Teniendo esto presente, nosotros mantenemos que los pasajes que se aducen como enseñando apostasía, se agruparían más bien en uno de los siguientes titulares:

a. Pasajes que enseñan que la fe perseverante es necesaria para la liberación final del pecado. Bajo este titular pondríamos pasajes tales como ^{<402413>}Mateo 24:13; ^{<411313>}Marcos 13:13; ^{<461502>}1 Corintios 15:2; ^{<660207>}Apocalipsis 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21. Podrían encontrarse otros pasajes de igual importancia. Los citados muestran que se requiere una fe perseverante, un poder conquistador para salvar.

Aquí debemos recordar que una cosa puede ser cierta desde el punto de vista del propósito de Dios y, no obstante, condicionada humanamente, y ser, desde ese punto de vista, contingente. Una buena ilustración de esto la tenemos en la experiencia de Pablo durante la tempestad cuando era llevado como prisionero a Roma (^{<442714>}Hechos 27:14). En medio de la tempestad Pablo le dijo a la gente del barco, que Dios le había asegurado a él que todos ellos, sin la pérdida de un solo hombre, serían salvos (vv. 22-26). Y sin embargo, tiempo después, cuando los marineros estaban a punto de escapar en un bote, Pablo les dijo a los soldados que, si los soldados se iban en el bote, no podrían salvarse (vv. 30-32).

La salvación de un hombre elegido para la salvación es cierta desde la eternidad en la mente y en el propósito de Dios, y, no obstante, está condicionada en la fe; y está condicionada en una fe que persevera y conquista. Un hombre puede ser elegido para la salvación y, no obstante, estar su salvación condicionada en el hecho de que alguien le predicará el evangelio. Alguien podría preguntar: “Supongamos que Dios elige a un hombre para ser

salvo ¿y si luego no surgen las condiciones apropiadas?" Uno bien puede suponer cualquier otro absurdo. Tal suposición asume que puede surgir una serie de condiciones de las que Dios no tuvo conocimiento y que tampoco él hizo provisión para la misma. Tal es la suposición de que un hombre regenerado no perseverará en la fe.

- b.** Hay otros pasajes en los que probablemente el pensamiento es que la perseverancia en la fe es evidencia de regeneración y de carácter piadoso. Quizás este sea el significado de ⁴³⁰⁸³¹Juan 8:31; ⁵⁸⁰³⁰⁶Hebreos 3:6, 14; 4:14; 2 Juan 9. Posiblemente este sea uno de los pensamientos que se desprenden de ⁴³¹⁵⁰¹Juan 15:1 (especialmente los versículos 6 y 7).
- c.** Este pensamiento, expresado de otro modo, significa que aquellos que tienen fe solamente de nombre y de profesión, apostatan, demostrando con ello el carácter superficial de su fe. (Véase ⁴⁰¹³²⁰Mateo 13:20, 21; ⁴¹⁰⁴¹⁶Marcos 4:16, 17; ⁶¹⁰²²⁰2 Pedro 2:20-22; ⁶²⁰²¹⁹1 Juan 2:19).
- d.** Hay otros pasajes en los cuales el escritor da énfasis en la ausencia del desarrollo en el carácter cristiano o la pérdida de la recompensa por el servicio fiel. (Véanse ⁴⁶⁰³⁰¹1 Corintios 3:14, 15; ⁵⁸⁰⁵¹²Hebreos 5:12—6-8; ⁶¹⁰¹⁰⁸2 Pedro 1:8-11).
- e.** Aun otros pasajes parecen dar énfasis en el peligro de rechazar la verdad del evangelio por parte del impío cuando éste oye el evangelio, especialmente donde ha habido iluminación espiritual para entender la verdad. (Véanse ⁴⁰¹²⁴³Mateo 12:43-45; ⁴²¹¹²⁴Lucas 11:24-26; ⁵⁸¹⁰²⁶Hebreos 10:26-31; ⁶¹⁰²²⁰2 Pedro 2:20-22; ⁶²⁰⁵¹⁶1 Juan 5:16).

V. EL CRECIMIENTO DE LA VIDA CRISTIANA

Es la costumbre discutir el desarrollo de la vida cristiana bajo el término santificación. Pero, como se dijo ya, el uso prevaleciente de este término en el Nuevo Testamento es para denotar la iniciación de la vida cristiana, no su desarrollo. Además, el término santificar (o santificación) es sólo uno de varios términos usados para denotar el desarrollo de la vida cristiana. Por estas razones, nosotros preferimos usar la expresión crecimiento o desarrollo de la vida cristiana.

1. *Necesidad de crecimiento.*

El que la nueva vida empezada en la regeneración necesite desarrollo, parece que casi no necesita de prueba. Que esta vida es susceptible de crecimiento y que necesita de crecimiento, es algo que se da por sentado en todo el Nuevo Testamento. Esto se ve que es así por algunos de los términos empleados para denominar a los cristianos. Uno de los nombres con que primero y más comúnmente se les designó es el de discípulos. Un discípulo es uno que aprende, un alumno en la escuela de Cristo. Hacerse cristiano es matricularse en esa escuela. Se puede comenzar en las cosas elementales y avanzar grado por grado. Luego, el cristiano es algunas veces llamado un soldado. Cuando alguno se alista en el ejército, debe pasar un curso de adiestramiento y disciplina antes de que pueda ser un soldado efectivo. Los cristianos no desarrollados son llamados niños. Los maestros cristianos algunas veces reprendieron a estos niños y manifestaron tristeza y desilusión porque no se habían desarrollado en la vida cristiana (^{[460301](#)}1 Corintios 3:1; ^{[580512](#)}Hebreos 5:12). Pedro exhorta a los cristianos a crecer en la gracia (^{[610318](#)}2 Pedro 3:18).

Aun cuando teóricamente no muchos han negado la necesidad del crecimiento en la vida cristiana, sin embargo, como un asunto práctico, ha sido grandemente descuidado en la vida de la iglesia; especialmente esto ocurre en aquellas denominaciones que han hecho hincapié en la necesidad de la conversión como una experiencia definitiva y consciente y que, de consiguiente, han puesto mucha fuerza en el evangelismo y en los avivamientos públicos. Algunos otros cuerpos religiosos han hecho hincapié en la enseñanza y la preparación hasta el punto de descuidar la predicación y el evangelismo. A fin de conseguir los mejores resultados, las dos fases del trabajo deben ir juntas. Aquellos que han hecho hincapié en el evangelismo, parecen haber olvidado en algunas ocasiones que la conversión no fue más que el principio de la vida cristiana. Los tales han olvidado que el nuevo convertido, que ahora se regocija en su nueva experiencia y transita por las montañas deleitosas, mañana puede ser un prisionero en el castillo de la duda o abatirse en el pantano del desaliento. Ellos han olvidado que los antiguos hábitos de pecado deben con frecuencia ser conquistados y que toda la vida emocional, intelectual y volitiva del convertido, con todas sus relaciones y actividades sociales, necesitan ser sometidas a la cautividad de Cristo.

2. Enemigos del crecimiento.

Hay ciertas cosas que se interponen en el camino del crecimiento. Fijémonos en las fuerzas adversas, las fuerzas que deben ser dominadas si es que algún

progreso debe hacerse en la vida cristiana. Algunas veces nos engañamos pensando que al hacernos cristianos todas las luchas terminan; pero estaría más cerca de la verdad decir que es cuando las luchas apenas empiezan. La diferencia entre condición presente y pasada no significa encontrarse ahora más allá de la necesidad de la lucha y del esfuerzo; la diferencia más bien consiste en que ahora le es dada al hombre una disposición que no le dejará permanecer en el pecado y que hace posible para él la victoria sobre el pecado. Pero los enemigos no están muertos y hay que librarse el combate.

Las fuerzas que deben ser vencidas pueden resumirse en tres palabras familiares: el mundo, la carne y el diablo.

Por la carne se da a entender la naturaleza humana en su disposición pecaminosa, fuera del dominio del Espíritu. Es la naturaleza no santificada. El hombre cristiano encuentra que él es ahora dos en lugar de uno. Hay el “hombre viejo” y “el nuevo”, la “carne” y el “espíritu”, y entre estos dos hay una guerra incesante. La carne ha sido crucificada, pero hay que darle muerte diariamente. Esto debe hacerse hasta que la vida sobre la tierra desaparezca. No es posible dar muerte a la carne de una vez por todas, de modo que ya no haya más necesidad de sujetarla. Y a menos que la carne sea mantenida en sujeción, no podrá haber progreso en la vida cristiana. El progreso en la vida cristiana depende de la victoria sobre aquellos impulsos y tendencias que en nuestra vida se oponen a la voluntad de Dios.

Pero la oposición al progreso en la vida cristiana viene no solamente de adentro sino también de afuera. El mundo amontona todas aquellas fuerzas que operan en la sociedad humana que está a nuestro derredor y que ofrecen resistencia a la voluntad de Dios. Las corrientes generales de la vida que se mueve a nuestro derredor se levantan contra el desarrollo de la verdadera espiritualidad.

Cuando Jesús estuvo sobre esta tierra, no encontró una atmósfera amistosa, ni alentó a sus discípulos a que esperaran tenerla. Más bien les hizo la advertencia de que serían tratados como él lo había sido (⁴⁰¹⁰²⁴Mateo 10:24). No todos los recibirían así como tampoco a su mensaje (⁴²¹⁰¹⁶Lucas 10:16). ¡Ay de vosotros cuando todos los hombres dijeron bien de vosotros! (⁴²⁰⁶²⁶Lucas 6:26). Pablo dice que todos los que quieren vivir píamente, padecerán persecución (⁵⁵⁰³¹²2 Timoteo 3:12). Pedro exhorta a sus oyentes a huir de esta perversa generación (⁴⁴⁰²⁴⁰Hechos 2:40). Juan considera al mundo como malo y perecedero (⁶²⁰⁴⁰⁴1 Juan 4:4; 5:4, 5).

El diablo es el príncipe de este mundo (⁴³¹²³¹Juan 12:31; 14:30). El es el que inspira y dirige todas estas fuerzas interiores y exteriores del mal, y las emplea para derrumbar el carácter cristiano. El se deleita en someter a prueba al pueblo de Dios. El los coloca en su criba y los agita cuando puede (⁴²²²³¹Lucas 22:31). Pero su poder es limitado. El puede poner a prueba al pueblo de Dios pero sólo cuando se le concede permiso y hasta el límite que ese permiso le confiere (¹⁸⁰¹¹²Job 1:12; ⁴²²²³¹Lucas 22:31). Al cerner los granos, sólo la paja es destruida; el trigo se guarda. El cristiano debe resistir al diablo y el diablo huirá de él (³⁹⁰⁴⁰⁷Santiago 4:7). Nosotros podemos vencerlo en la sangre de Jesús y por la palabra de nuestro testimonio (⁴⁶¹²¹¹Apocalipsis 12:11).

Al mismo tiempo que estos son los enemigos de la vida espiritual y estorbarán el desarrollo de esa vida a menos que nosotros los vencamos, también, si los conquistamos, al ser vencidos ellos pueden contribuir a nuestra vida espiritual; esto sucede cuando luchamos contra estos enemigos y cuando por la gracia de Dios logramos dominarlos.

3. Los medios para el crecimiento.

Por los medios del crecimiento entendemos aquellas agencias y fuerzas que contribuyen directamente a nuestro avance en la vida cristiana. Algunas veces se habla de ellos como medios de gracia. Incluyen todos aquellos medios o agencias por los cuales nos familiarizamos con los principios del evangelio de Cristo y no apropiamos más plenamente de este evangelio. Dichas agencias son iguales a los medios por los cuales nos relacionamos con el evangelio salvador, tales como la iglesia, el ministerio, las ordenanzas, la Biblia, la oración, la influencia personal y el testimonio.

Esto no significa que cada una de estas cosas posea en sí misma el poder de acrecentar la vida espiritual. No tienen el poder de hacer eso, así como no tienen en el principio el poder para regenerar o para dar vida. Sólo el poder de Dios es el que puede regenerar o desarrollar la vida regenerada. Esta idea se sugiere por la expresión “medios de gracia”. Estas cosas son medios por los cuales somos capacitados para apropiarnos de la gracia de Dios. El desarrollo de nuestra vida espiritual es al mismo tiempo que materia de gracia, nuestra justificación o regeneración. No podemos crecer así como no podemos vivificarnos por nosotros mismos. Ambas cosas son igualmente la obra de Dios y una obra de gracia. Pablo, hablando de su eficiencia en la vida cristiana, dice: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (⁴⁶¹⁵⁰¹1 Corintios 15:10).

4. La condición para el crecimiento.

La condición para el crecimiento es la misma que la condición para la entrada a la vida cristiana —o sea: el arrepentimiento y la fe; o, usando la fe como incluyendo al arrepentimiento, es la fe sola. Debe haber un continuo y creciente repudio al pecado y una oposición a él en nuestra vida, y una continua y creciente dependencia de Cristo. Siendo que nuestro desarrollo en la vida cristiana es una obra de gracia por parte de Dios, de nuestra parte debe ser un asunto de fe el apropiarnos de su gracia. Diciéndolo en otra forma, nuestro crecimiento en la vida cristiana es el crecimiento de nuestra fe. El aumento de la fe es el crecimiento de la vida divina dentro de nosotros. Esto es debido al hecho de que la fe es el medio o la condición de nuestra unión con Cristo. Esto no quiere decir que la fe es la única gracia cristiana, pero sí quiere decir que la fe es el medio de nuestro compañerismo con Cristo por la cual estas otras gracias son desarrolladas. La fe es la raíz y el principio de la vida cristiana. Es la gracia germinal. De ella nacen todas las otras gracias.

Nosotros debemos combatir contra el mal. La fe no sólo debe confiar y descansar en el Señor; también debe agonizar en su lucha contra el pecado y contra el mal. Hay el reposo de la fe, pero hay también el combate de la fe. Algunas veces se hace la afirmación al efecto de que no se puede hacer nada para crecer espiritualmente así como no se puede hacer nada para crecer físicamente; que todo lo que se puede hacer es ajustarse a las leyes del crecimiento y se crece de un modo natural, sin hacer esfuerzo alguno de su parte. Es cierto que todo desarrollo cristiano es la obra de Dios y que nosotros crecemos de conformidad con las leyes del crecimiento. Pero hay una diferencia entre el desarrollo físico y el espiritual y las leyes que gobiernan a cada uno de dichos crecimientos. Y una de las leyes del desarrollo espiritual es que debe haber lucha contra el mal dentro de nosotros mismos y en el mundo que nos rodea. Debe haber servicio consagrado a Dios y al hombre y esfuerzo por la santidad. “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos” (⁴⁰⁰⁵⁰⁶Mateo 5:6). Pero el hambre y la sed de justicia debe ser algo más que un deseo pasajero; debe ser la pasión más honda del alma; debe ser una pasión tal del alma, que pueda gobernar y dirigir las energías y las actividades de la vida. Dios le da al hombre toda la justicia que quiera; pero debe quererla, y debe quererla en tal forma, que luche por ella, y aun muera por ella. La justicia del carácter no se consigue fácilmente. Lo más difícil en el mundo es ser justo. Debemos estar dispuestos a atravesar el fuego del infierno a fin de obtener la justicia.

Pero alguno preguntará: “¿No es la justicia el don de la gracia de Dios?” Sí, lo es. Pero Dios puede dar sólo mientras nosotros recibimos, sólo en el grado en que nosotros queremos obtener. La experiencia de la regeneración no es una experiencia demasiado fácil en la cual el alma es inyectada de vida pasivamente; es la crisis suprema del alma en la cual el alma agoniza por Dios y por la justicia y renuncia para siempre al pecado y a Satanás. Y la santificación progresiva de la vida o el crecimiento en la gracia es de la misma naturaleza. Dios hace justa al alma al crear en el alma esta pasión por la justicia. El da, pero da a través de nuestro esfuerzo. Nuestra adquisición es su donación. Dios alimenta a las aves, pero las alimenta a través del esfuerzo de ellas. Dios le da al agricultor su cosecha, pero lo hace a través de la siembra y del cultivo que el agricultor hace en la tierra, y a través de su trabajo en la recolección de la cosecha. El da al hombre una educación pero se la da a través de años de trabajo y de estudio agotador. El da al músico su habilidad de sacar música de su instrumento, pero lo hace a través de estudio y práctica. Diariamente, le damos gracias a Dios por el pan que nos da a través de la labor del cerebro y de la mano. De igual modo él da justicia o rectitud de carácter, pero la da a través de lucha y de esfuerzo. La fe recibe lo que Dios da, y Dios da lo que la fe obtiene.

5. Teoría del crecimiento perfecto.

En formas diferentes ha surgido en la historia cristiana la teoría de que el hombre puede obtener la perfección en esta vida. Algunas veces se sostiene que esta perfección se recibe en una crisis tremenda. Otras veces se habla de esta crisis como de una segunda obra de gracia. Se habla de ella como de una santificación, en contraste con la primera obra de gracia en la regeneración o justificación. A las gentes se les dice que deben buscar esta experiencia tan definitivamente como buscaron la experiencia de la regeneración. De acuerdo con esta teoría, los cristianos “carnales” o “niños” en Cristo, en un momento son hechos cristianos “espirituales”.

Hay varias objeciones muy serias a esta opinión. Una es que ella tiende a producir en los que la poseen, un espíritu de satisfacción y una actitud farisaica hacia otros. Ellos miran a los otros cristianos como “niños” y como “carnales”. Nunca es una buena indicación el pretender estar ya libre de pecado. Entre más se acerca el hombre a Dios, su pretensión de ser santo es menor.

De igual manera, los que sostienen este punto de vista generalmente rebajan la norma de la justicia. Por estar libre de pecado, a menudo dan a entender estar libre de los actos deliberados y conscientes de transgresión. O pueden significar

por la perfección cristiana un corazón lleno de amor hacia Dios y un propósito sincero de servirlo y de hacer su voluntad. Muy rara vez van tan lejos como pretender que todos los impulsos y todas las tendencias hacia lo malo han sido quitados de la naturaleza humana. De modo que cuando entramos a discutir la perfección, se hace necesario, antes que todo, estar seguros de lo que se da a entender por perfección. Cualquiera podría alcanzar un nivel de perfección si le permitiéramos colocar ese nivel lo suficientemente bajo. Cualquier hombre podría alcanzar las estrellas si pudiera bajar las estrellas lo más cerca posible de la tierra. Los que mantienen esta opinión, emplean tales palabras como “santidad” y “santificar” con una buena dosis de volubilidad y de libertad.

Esta teoría es también errónea con referencia a su concepto del crecimiento cristiano. Los cristianos no llegan a la madurez de un solo salto. El pecado no es erradicado de la naturaleza del hombre de un solo golpe. No podemos menos que lamentar que los que mantienen tal punto de vista, no ven como debieran la naturaleza radical del pecado y no se dan cuenta de su tenaz dominio sobre el hombre.

Esta teoría no está de acuerdo con la enseñanza de la Biblia. Hay lugares en donde se nos habla de los hombres como perfectos, como en los casos de Noé y de Job (^{<010609>}Génesis 6:9; ^{<180101>}Job 1:1). Los hombres recibieron la orden de ser perfectos (^{<011701>}Génesis 17:1; ^{<051813>}Deuteronomio 18:13). La palabra traducida por “perfecto” aquí, probablemente signifique sin culpa, libre de falta, íntegro, sincero —usando todos estos términos en un sentido relativo, no absoluto. Un hombre perfecto era un hombre maduro, bien desarrollado, un sincero siervo de Dios. (Véanse en el N.T. ^{<460206>}1 Corintios 2:6; ^{<490413>}Efesios 4:13; ^{<500315>}Filipenses 3:15; ^{<580514>}Hebreos 5:14, 6:1. En algunos de estos pasajes la palabra griega se traduce por “perfecto”, en otros, por “hombre adulto”). Los de limpio corazón verán a Dios (^{<400808>}Mateo 5:8), y sin santidad nadie verá al Señor (^{<381214>}Hebreos 12:14); pero nosotros no hemos de inferir que la pureza perfecta del corazón o la perfecta santidad ha de obtenerse de un salto. Juan describe al hombre regenerado como uno que no comete pecado, sino que practica la justicia (^{<632209>}1 Juan 2:29; 3:6-9). Esto evidentemente no significa que el hombre regenerado nunca comete un acto de pecado; y mucho menos significa que la naturaleza o la disposición de pecar es completamente eliminada en la regeneración. Juan usa aquí el tiempo presente del verbo, como en las demás partes, para denotar un curso de conducta continuo o habitual, una tendencia fija o establecida de vida. Además, sea lo que él significare por las expresiones “no peca” y “no hace pecado”, él afirma ser esto cierto con

respecto a todo hombre regenerado, no de cristianos que han sido “santificados” en una segunda obra de gracia. Si por estas expresiones él se refiere a la impecabilidad absoluta, entonces él está afirmando que todos los cristianos son sin pecado. Y esto sería afirmar mucho, aun para los modernos “santificacionistas” o para los más entusiastas pentecostales.

Además, el mismo autor dice: “Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros” (⁶²⁰¹⁰⁸1 Juan 1:8). Evidentemente, él está aquí hablando de los cristianos y desde el punto de vista cristiano. Es muy improbable que aquí afirme que ningún hombre puede pretender estar libre de pecado, y que luego en el tercer capítulo afirme que todos los cristianos son sin pecado.

La afirmación de Pablo hecha en Filipenses 3 resulta instructiva en este punto. El no entiende haber obtenido o haber sido hecho perfecto (v. 12). Dice que todavía no lo ha alcanzado (v. 13). Pero con toda su energía se extiende a lo que está adelante, para alcanzar aquello para lo cual él también fue alcanzado (vv. 12-14). El da a entender que el “perfecto” o cristiano bien desarrollado es el que reconoce su imperfección. De modo que el que pretende ser sin pecado, está reclamando más de lo que Pablo demandó. Pero el que tal hace no se manifiesta como un hombre de sabiduría, sino que más bien se anuncia como uno que carece de discernimiento espiritual.

6. La meta del desarrollo.

La meta o norma la cual debemos esforzarnos por alcanzar, no es nada menos que el dechado de un carácter cristiano perfecto. De acuerdo con el significado de la ley en su contenido espiritual, esto demandaría que amemos a Dios con todas las fuerzas de nuestro ser y a nuestro prójimo como a nosotros mismos (⁴¹¹²²⁹Marcos 12:29-31). Cristo mismo fue la personificación y la revelación de lo que Dios quiere que el hombre sea. Llegar a ser como Cristo es, de consiguiente, la meta de la ambición cristiana. O, como Jesús lo dice en ⁴⁰⁰⁵⁴⁸Mateo 5:48, debemos luchar por ser perfectos en carácter, así como el Padre celestial es perfecto. He aquí un ideal que permanece como un desafío constante a un esfuerzo y a un logro superiores en la vida cristiana. No importa la altura del carácter que podamos alcanzar, encontraremos que hay alturas todavía más altas, que están más arriba, y que nos desafían a logros superiores. Para alcanzar ese punto, debemos hacer algo más que simplemente cantar: “Oh, Señor, planta mi pie en terreno más alto”; nosotros debemos subir.

La teología protestante usualmente ha sostenido que la completa purificación del alma se realiza en la muerte, cuando el alma pasa a la presencia del Señor y le contempla en beatífica visión. Aunque es un poco difícil encontrar afirmaciones escriturales que clara y explícitamente enseñen esto, no obstante parece estar en completa armonía con los principios escriturarios y parece ser una correcta inferencia de lo que se enseña acerca del tránsito del alma a la presencia del Señor en la hora de la muerte. En lo que concierne a la completa transformación del alma y del cuerpo, eso parece colocarse en el tiempo de la aparición final de Cristo, cuando le veremos tal como él es (^{1 Juan 3:2}~~1 Juan 3:2~~). No hay nada en esto, sin embargo, que impida la idea de que seguiremos creciendo en conocimiento y en carácter aun a través de las edades sin fin.

CAPÍTULO 12. LA IGLESIA

I. La Membresía de la Iglesia

1. Punto muy esencial.
2. El bautismo, uno de los requisitos.
3. El hacerse miembro es una cosa voluntaria.

II. Los Oficiales de la Iglesia

1. Apóstoles, profetas, evangelistas y maestros.
2. Pastores.
3. Diáconos.
4. Otros oficiales.

III. El Gobierno de la Iglesia

1. Formas de gobierno eclesiástico.
2. Razones para una organización democrática.
3. Importancia de la doctrina.

IV. La Misión de la Iglesia

1. El compañerismo y la edificación de los miembros.
 2. Difusión del evangelio en nuestro país y en el mundo entero.
 3. Promoción de la justicia entre los hombres.
 4. Esfuerzos cooperativos.
-

Al hablar de la iglesia cristiana, no nos referimos simplemente a una organización religiosa como, por ejemplo, cuando la gente habla de la “iglesia judía”. Tampoco nos referimos a una organización que abarca una gran extensión de territorio, tal como una nación o uno de los Estados de los Estados Unidos. Usamos el término más bien en un sentido institucional, como cuando hablamos del hogar o del estado como instituciones. Tampoco estamos interesados aquí con el uso más general del término iglesia, como el que encontramos en ⁴⁹⁰⁵²²Efesios 5:22, 23 y en otros pocos lugares del Nuevo Testamento. La única organización eclesiástica que se encuentra en el Nuevo Testamento fue la de una iglesia local.

La iglesia no es una institución precristiana o extracristiana. Surgió de la misión y de la obra redentoras de Cristo Jesús. La iglesia cristiana, de consiguiente, no debe ser identificada con el orden de cosas del Antiguo Testamento.

La primera iglesia en el Nuevo Testamento parece haber sido un desarrollo. Quizás nosotros no podamos designar ningún tiempo en particular como el día de su organización o de su “establecimiento”. Jesús congregó alrededor suyo un grupo, incluyendo a los apóstoles y a otros, con una organización más o menos definida. Despues de su ascension, ciento veinte de éstos se reunieron en Jerusalén (^{<440115>}Hechos 1:15) hasta la venida del Espíritu, cuando una gran multitud fue añadida a ellos. Más tarde fueron agregados algunos oficiales y quizás algunos otros aspectos de su organización.

I. LA MEMBRESÍA DE LA IGLESIA

Una de las cosas más importantes acerca de la iglesia tiene que ver con el asunto de quiénes deben pertenecer a la iglesia. ¿Quiénes deben ser miembros de la iglesia?

1. Un punto muy esencial.

Solamente los que dan evidencia creíble de haber recibido a Cristo como Salvador y Señor son los que debieran ser aceptados en la iglesia como miembros. El hacerse cristiano es un asunto voluntario, y únicamente los cristianos debieran ser miembros de la iglesia. Esto se deduce del hecho de que la iglesia es una institución cristiana. El doctor Hodge identifica a la iglesia cristiana como la comunidad de Israel.^{f15} Si se llevase esta idea a sus conclusiones lógicas, ella destruiría el carácter distintivo del cristiano como una religión espiritual y lo haría una religión del estado, como el judaísmo en el Antiguo Testamento.

El Nuevo Testamento enseña claramente que la iglesia debe estar formada únicamente por personas regeneradas. En cuanto a los ciento veinte nombres originales de los miembros que formaron la iglesia de Jerusalén, no hay duda de que la mayoría de ellos habían sido discípulos personales de Jesús. Evidentemente todos ellos fueron seguidores de él, pues de otra manera no se hubieran adherido en tales circunstancias a la compañía de seguidores de Jesús. Con respecto a todos aquellos que fueron añadidos a ellos, según se nos revela en Los Hechos, prácticamente, en cada caso, recibieron voluntariamente la Palabra del evangelio, se arrepintieron de sus pecados y creyeron en Cristo como el Salvador (^{<44024>}Hechos 2:41, 42, 47; 4:4; 13:48, 52; 16:32-34). Y no hay evidencia alguna que indique que haya ocurrido lo contrario con respecto a ellos. Al escribir Pablo a las iglesias, siempre llama santos a los creyentes, fieles

en Cristo, y usa otros términos que no dejan duda de que todos eran cristianos profesos (⁴⁵⁰¹⁰⁷Romanos 1:7; 6:1; ⁴⁶⁰¹⁰¹1 Corintios 1:1, 2; ⁴⁷⁰¹⁰¹2 Corintios 1:1).

Más todavía, la naturaleza y la misión de la iglesia llevan consigo la idea de que sólo las personas regeneradas deben pertenecer a la iglesia. La iglesia es una organización espiritual; es el cuerpo de Cristo (⁴⁵¹²⁰⁴Romanos 12:4, 5: ⁴⁶¹²⁰¹1 Corintios 12:12). De consiguiente, únicamente aquellos que están animados por su vida, debieran ser los miembros del cuerpo.

El trabajo de la iglesia es espiritual. Ella tiene una función espiritual. Para hacer este trabajo debe ser un cuerpo espiritual. Una iglesia de miembros no regenerados no puede ser el instrumento para transmitir la gracia transformadora de Dios a una sociedad impía que se mueve a su alrededor.

Más todavía, si la regeneración es una necesidad absoluta del carácter cristiano y la regeneración depende de la aceptación voluntaria del evangelio, entonces, el que un niño sea acogido en la iglesia, o el que un adulto sea recibido en la iglesia, sin haber experimentado antes la regeneración, tal cosa es muy peligrosa. La tendencia inevitable de un procedimiento semejante es la de estimular al miembro no regenerado de la iglesia, a pensar que en algún sentido su membresía eclesiástica lo hace a él un cristiano; y tal cosa, a su vez, en su mente, hará que él no sienta la necesidad de un arrepentimiento definitivo de su pecado ni de confiar en Cristo para su salvación.

El doctor Hodge se opone a la doctrina de una membresía eclesiástica de regenerados, basándose en que el hombre no puede decir con certeza quién es regenerado o quién no lo es.^{f16} Nosotros no afirmamos que lo ideal en este asunto se puede conseguir. Desde luego, que en las iglesias ha habido personas no regeneradas y siempre las habrá; de esto no hay duda, pero esto no prueba que la doctrina sea errónea. Lo que eso prueba es la necesidad de ser más cuidadosos en cuanto a la membresía de las iglesias. Este argumento es del mismo carácter que el argumento de los antiprohibicionistas, quienes se oponían a la prohibición del tráfico de los licores aduciendo como razón que la prohibición no podía forzarse. La ley no puede ser perfectamente cumplida, pero ninguna otra ley puede serlo tampoco. Si una membresía eclesiástica de personas regeneradas es el ideal, entonces nosotros debemos mantenernos cerca del ideal lo más que se pueda. Y nosotros mantenemos que la autoridad de la enseñanza del Nuevo Testamento y el mismo carácter de la iglesia como una institución cristiana, nos obliga a sostener la opinión de que solamente las personas regeneradas son las que deben ser miembros de la iglesia.

2. El bautismo, uno de los requisitos.

El bautismo es un requisito necesario para ser miembro de la iglesia. Esto se puede ver en el argumento de Pablo expresado en ^{<450601>}Romanos 6:1, en donde él discute en la suposición de que todos los cristianos han sido bautizados. Todas las denominaciones cristianas aceptan con práctica unanimidad esta afirmación. Tal vez pudiera haber algunas excepciones, como los cuáqueros y otros grupos pequeños. Por supuesto, que al discutir el punto referente a quién debe ser bautizado y qué es lo que constituye el bautismo, surge una seria división. Estos puntos serán discutidos en el capítulo siguiente. El punto referente a quién es el que debe ser bautizado, tendrá mucho que ver con el otro asunto de una membresía de personas regeneradas, como ya se discutió en la sección precedente.

3. El hacerse miembro es una cuestión voluntaria.

Lo que se ha dicho y lo que se dirá más adelante con respecto a los requisitos para el bautismo, hace evidente que la membresía de la iglesia es siempre un asunto voluntario. No se puede llegar a ser miembro de la iglesia de Cristo por el hecho de haber nacido en determinada familia o nación. Se llegaba a ser miembro de la nación judía por el nacimiento natural, y hoy en día se llega a ser miembro de determinada familia o nación del mismo modo. Pero no se puede llegar a ser miembro de la iglesia de Cristo de un modo semejante. Tampoco se puede ingresar a la iglesia por medio de cualquier ceremonia celebrada con padrinos o por votos que otros hacen a nuestro favor. Cada hombre por sí mismo debe oír, arrepentirse, creer, ser bautizado y unirse a la iglesia. El hacerse cristiano es una cosa de decisión personal, y lo mismo acontece con todo deber cristiano; y cuando la decisión personal está ausente, ningún acto puede tener valor moral o religioso.

II. LOS OFICIALES DE LA IGLESIA

Prácticamente, toda organización debe tener oficiales. Evidentemente, las iglesias del Nuevo Testamento los tuvieron. La cuestión de los oficiales de la iglesia, sin embargo, no es un asunto que esté tan vitalmente relacionado con su existencia, como la cuestión que se discutió en la división precedente, respecto a los requisitos que deben llenar los miembros. Ni tiene igual importancia que la de los puntos que hemos de discutir más adelante, en cuanto a la forma de gobierno y a la misión de la iglesia. Una iglesia puede existir y llenar sus funciones aun no teniendo oficiales, pero no podría existir como iglesia si sus

miembros no fuesen regenerados. En tal caso, la iglesia cesaría de poseer el Espíritu de Cristo y cesaría, necesariamente, de funcionar como el cuerpo de Cristo. Pero es innegable que para realizar su mejor labor la iglesia debe tener oficiales.

1. Apóstoles, profetas, evangelistas y maestros (⁴⁶¹²⁰²*1 Corintios 12:28, 29;* ⁴⁹⁰⁴¹¹*Efesios 4:11*).

En el Nuevo Testamento se mencionan estos oficiales, pero parece que éstos no fueron oficiales de iglesias locales. Evidentemente, los apóstoles poseían un alto grado de autoridad entre las iglesias, debido a su relación con Cristo y a su vocación y misión apostólicas (⁴¹⁰³¹³*Marcos 3:13;* ⁴⁴⁰¹²¹*Hechos 1:21*). Bien pudieran ser llamados los fundadores y los guías auténticos de las iglesias primitivas. La relación peculiar que tuvieron con Cristo hizo imposible el que tuvieran sucesores.

Probablemente los profetas fueron funcionarios antes que oficiales; esto es, la profecía era presentar el mensaje bajo la directa inspiración del Espíritu. Era un don, más o menos temporal en su naturaleza, que bien podía ser dado a un oficial o a otros en la iglesia. Es muy posible, entonces, el que no haya habido una clase profética oficial sino un don profético, conferido en tiempos especiales a algunos cristianos.

Algunos han pensado que los evangelistas mencionados en el Nuevo Testamento fueron muy semejantes a nuestros modernos misioneros. En lo que toca a la enseñanza, probablemente ella consistió en una función ejercida por los pastores y por otros. El pastor debía ser “apto para enseñar” (⁴⁴⁰³⁰²*1 Timoteo 3:2*). Pablo menciona por igual a pastores y maestros, lo cual da la impresión de que los tales no eran oficiales distintos sino dos funciones desempeñadas por un solo oficial (⁴⁹⁰⁴¹¹*Efesios 4:11*). Sin lugar a duda, la enseñanza era una función muy importante en las iglesias del Nuevo Testamento, y no hay duda de que era uno de los deberes de los pastores. Pero es muy posible que haya habido también personas cuya función especial en las iglesias era la enseñanza.

2. Pastores.

El oficial más significativo en el Nuevo Testamento, relacionado con una iglesia local, era el pastor. En el Nuevo Testamento hay tres términos que se usan para referirse a ese oficio —pastor, anciano y obispo. En Hechos 20, en el relato que se da de la reunión de Pablo con los ancianos de la iglesia de Efeso, en el

versículo 17 son llamados “ancianos”, mientras que en el versículo 28 Pablo los llama “obispos”. El verbo traducido por apacentar en el versículo 28, significa atender como un pastor, actuar como pastor. Este es el verbo que corresponde al nombre que se traduce por “pastor”. De modo que aquí en un solo pasaje, los mismos hombres son llamados “ancianos” y “obispos”, y son exhortados a “pastorear” el rebaño. De nuevo, en ^{<S60105>}Tito 1:5, 7, Pablo usa los términos “ancianos” y “obispos”, aplicados al mismo oficio. En ^{<600501>}1 Pedro 5:1, 2, Pedro se dirige a los “ancianos” y los exhorta a “pastorear” o “apacentar” el rebaño.

En el Nuevo Testamento no se definen en detalle los deberes de los pastores. Evidentemente, ellos debían ejercer una vigilancia general en los asuntos espirituales, debían enseñar al pueblo y dirigir en todas las actividades de la iglesia. El carácter y el desarrollo espiritual de ellos debían ser tales, que les sirvieran como cualidades para ser los directores (^{<540301>}1 Timoteo 3:1; ^{<S60105>}Tito 1:5; ^{<600501>}1 Pedro 5:1).

3. Diáconos.

Los diáconos constituían otra clase de oficiales en las iglesias del Nuevo Testamento. La selección de los siete en Hechos 6, se considera como el origen del oficio de diácono. Sin embargo, en ese capítulo no se les llama diáconos, y no existe prueba positiva de que este haya sido el origen de ese oficio.

Las cualidades de los diáconos debían ser muy semejantes a las de los pastores u obispos (^{<540308>}1 Timoteo 3:8). No hay mucha luz en cuanto a sus deberes y funciones, pero usualmente se considera que ellos debían hacerse cargo de los asuntos financieros y de negocios de la iglesia. De las cualidades que ellos debían tener, sin embargo, resulta evidente que debían cumplir con sus deberes para propósitos o fines espirituales. De esto se sigue, por lo tanto, que ningún hombre debe ser nombrado diácono sólo porque sea un buen hombre de negocios. No hay duda de que debe tener habilidades para los negocios, pero también debe tener las cualidades morales y espirituales más elevadas.

4. Otros oficiales.

Aun cuando es cierto que los pastores y los diáconos son los únicos oficiales de la iglesia local referidos en el Nuevo Testamento, nosotros no podemos estar seguros de que las iglesias no hubiesen tenido otros oficiales. Lo cierto es que las iglesias, a partir de ese tiempo, aun aquellas que reclaman estar muy

ajustadas al Nuevo Testamento, han tenido varios otros oficiales, tales como secretario, tesorero, fiscal, superintendente de la escuela dominical, y otros por el estilo. ¿Sobre qué base puede esto justificarse? Sobre la base de la necesidad. El nombramiento o selección de tales oficiales cae dentro de la esfera del método, como el doctor Gambrell lo diría, y hay que usar de sentido común y de juicio para llevar adelante la tarea que nuestro Salvador y Señor nos ha encomendado. La comisión que nos ha sido dada, nos justifica para emplear cualesquiera medios o para adoptar cualesquiera métodos que sean consistentes con los principios del evangelio y con los puntos fundamentales de la eclesiología, tales como una membresía eclesiástica de personas regeneradas y una organización democrática dentro de la iglesia. Este principio no nos justificaría en el nombramiento de “obispos”, en la aceptación moderna del término, puesto que esto se opondría con una organización democrática de la iglesia (lo cual se discutirá) y con la libertad espiritual de los hijos de Dios, y sería, por lo tanto, anticristiano en principio.

III. EL GOBIERNO DE LA IGLESIA

¿Bajo qué forma de gobierno deben manejarse los asuntos de la iglesia?

1. Diferentes formas de gobierno eclesiástico.

En general, hay cuatro formas diferentes de gobierno eclesiástico; la monárquica, en la cual la autoridad final está en las manos de un hombre, como en el caso de la Iglesia Católica Romana, con el papa de Roma a la cabeza; la episcopal, en la cual la iglesia es gobernada por un colegio o un cuerpo de obispos; la presbiteriana, en la cual la iglesia local es gobernada por ancianos, con cortes superiores de apelación; y la democrática, en la cual la congregación local es autónoma, y en la cual no hay ningún cuerpo exterior ante el que la congregación local sea responsable con referencia a sus propios asuntos internos. Desde luego que hay muchas modificaciones y combinaciones de estos cuatro tipos generales de organización.

Los bautistas son democráticos en su gobierno eclesiástico. Cada iglesia local es autónoma e independiente en la administración de sus asuntos. Ellos no aplican el término “iglesia” a ninguna organización que incluya a algo más que la congregación local, y consideran a las juntas, a las asociaciones y a las convenciones, simplemente como cuerpos organizados para la conveniencia en el trabajo cooperativo y para aconsejar en los asuntos de interés común a las iglesias.

2. Por qué la iglesia debe ser democrática en su organización.

Varias razones pueden darse del porqué la iglesia debe estar organizada en una manera democrática.

Primero, las iglesias del Nuevo Testamento estaban organizadas sobre ese plan. No hay evidencia de que haya habido algunos “ancianos gobernantes”, u “obispos”, o cualquier otra clase de oficial en el Nuevo Testamento, que haya manejado los asuntos de las iglesias. En el caso de una dificultad entre los hermanos, según se registra en Mateo 18, Jesús constituye a la iglesia en la corte de apelación final.

En el capítulo 6 de Los Hechos, los apóstoles le pidieron a la multitud que buscara siete hombres que pudieran ser nombrados para la distribución de la ayuda que la iglesia daba a las viudas; y el decir gustó a “Toda la multitud”, y ellos (la multitud) eligieron a siete. En Hechos 15, cuando surgió la disputa en cuanto a si se debía obligar a los convertidos gentiles a guardar la ley, “toda la iglesia” (v. 22) decidió el asunto bajo la dirección y el consejo de los apóstoles.

En 1 Corintios 5, Pablo aconseja a la iglesia de Corinto con respecto a cómo tratar el caso del hombre incestuoso. El no daba una orden a la usanza de un obispo moderno. A decir verdad, Pablo siempre aconsejó, exhortó e instruyó a las iglesias con las cuales él trabajó. El reclamó su autoridad apostólica contra los asaltos de sus adversarios; pero no parece que él hubiera pensado que aun su autoridad apostólica le autorizaba a ejercer coerción en su trato con una iglesia. Y si Pablo no tenía el derecho de dictar órdenes a las iglesias, es nuestra opinión que desde entonces ningún hombre ha tenido tal derecho.

Además, nosotros basamos esta doctrina de una iglesia democrática sobre algunos principios fundamentales de la religión cristiana, como también sobre la práctica y algunos preceptos del Nuevo Testamento.

Uno de estos principios es el señorío absoluto de Cristo. El afirmó ser el Señor de todos los hombres. Es inconsistente reconocer su señorío en el reino espiritual y al mismo tiempo reconocer la autoridad de un sacerdote, obispo o papa en el reino de la religión. El cristiano no puede reconocer a ningún amo o jefe en el reino espiritual, en el reino de la conciencia, sin llegar al punto de negar el señorío de Jesús. Necesariamente esto hace a la iglesia una organización democrática.

De igual manera la doctrina de la salvación por gracia por la fe, lleva consigo una organización democrática de la iglesia. Cuando los hombres se reconocen a sí mismos sin esperanza, necesitados, pecadores salvados por gracia, todas las distinciones artificiales entre ellos se desvanecen. No habrá entonces ni judío ni gentil, siervo ni libre, ni sacerdote, obispo o papa, ni clero ni laicos.

Históricamente, el alejamiento de una organización democrática de la iglesia, vino paralelo a un cambio que substituyó a la salvación por gracia por la fe, por una mediación sacerdotal de salvación a través de “sacramentos”. Una salvación mediada por sacerdotes, se acompaña y necesita del gobierno de una clase sacerdotal, pero una salvación por gracia implica una iglesia democrática.

Otra cosa que indica que la iglesia debe ser un cuerpo democrático, es el hecho de que el Espíritu Santo habita en cada cristiano para revelarle la voluntad de Cristo, y no simplemente en la clase oficial de la iglesia. No hay grupo en la iglesia que tenga un monopolio del penetrante Espíritu de Dios. El propósito del Espíritu al habitar en el corazón es hacer la voluntad de Cristo efectiva en la iglesia, y por medio de la iglesia, efectiva en el mundo. Pero siendo que el Espíritu habita en cada uno de los creyentes, cada creyente debiera tener el privilegio de hacer conocer la voluntad de Cristo, según el Espíritu se le haya revelado a él. Un gobierno episcopal o un gobierno de cualquier clase oficial, se basa en la aseveración de que el Espíritu reside de un modo especial en los obispos o en el clero o en los ancianos. Un gobierno democrático de la iglesia se basa en la aseveración de que el Espíritu habita en todos los creyentes, y en que el entendimiento del hombre en cuanto a la voluntad de Dios, está limitado por su percepción espiritual y no por su posición oficial. En una organización democrática de la iglesia, los obispos no son la iglesia, sino que el obispo simplemente ejerce ciertas funciones en favor de la congregación por nombramiento de la misma. Todas estas funciones —la predicación, la administración de las ordenanzas y las otras por el estilo— son las funciones de toda la congregación de creyentes, no del clero oficial.

3. Importancia de la doctrina.

Nosotros creemos que lo que se ha dicho justifica la posición de que el asunto de la organización democrática de la iglesia no es un asunto de menor cuantía. Somos de la opinión que tal cosa es esencial a la verdadera iglesia. Ninguna otra forma de organización es consistente con una religión espiritual, y cualquier otra forma de organización tiende hacia una religión formal y sacramental. Una

iglesia cesa de ser cristiana en sus principios y en su vida, en la misma proporción en que se aparta de la organización y del gobierno democráticos.

IV. LA MISIÓN DE LA IGLESIA

La misión de la iglesia corresponde a la del cristiano como individuo, según se expuso ya en el capítulo anterior. Podemos resumir la misión de la iglesia en la forma siguiente:

1. Compañerismo y edificación mutua de los miembros.

Pablo puso gran énfasis en la idea del compañerismo entre los cristianos y en la obligación que los cristianos tienen de conducirse de tal modo, que despierten interés en la vida cristiana. Especialmente él reconoció el deber que tiene el más fuerte de ayudar a sus hermanos más débiles en sus pruebas y tentaciones. El amor y la ayuda recíprocos debieran ser el poder predominante en la iglesia. También Pablo reconoció que algunas veces se hacía necesario el expulsar del cuerpo a aquellos miembros que anduviesen fuera de orden (^{<46050>}1 Corintios 5:1. Véase también ^{<401815>}Mateo 18:15).

2. La difusión del evangelio en el propio país así como en todo el mundo.

Una de las funciones primordiales de la iglesia es dar el evangelio al mundo. La iglesia de Cristo encontrará sus órdenes de marcha en el encargo de ir a predicar el evangelio a todo el mundo. Cualquier organización que reclame ser una iglesia, estará defraudando a Cristo si no es misionera en espíritu y en práctica.

3. La promoción de la justicia entre los hombres.

La iglesia de Cristo debe promover la justicia social y el bienestar humano en todas las esferas de la vida. Cristo se dedicó por entero al bienestar humano —física, moral y espiritualmente. Iglesias individuales, grupos de individuos cristianos o grupos de iglesias, debieran fomentar movimientos e instituciones que se encarguen de la promoción del bienestar humano. Orfanatos, hospitales, escuelas cristianas y otras instituciones de beneficencia, pueden y deben ser iniciados para ayudar a los hombres. Con frecuencia tales instituciones encarnan y manifiestan el espíritu de Cristo. Los seguidores de Cristo no pueden permanecer indiferentes ante cualquier movimiento de mejoramiento social. Las cuestiones económicas, políticas y sociales no se resuelven nunca, a menos que se establezcan sobre principios cristianos.

Sin embargo, hay ciertos movimientos y organizaciones, las cuales son benéficas en su propósito, y con las cuales los cristianos, como individuos, pueden identificarse, mientras que para las iglesias no es conveniente hacerlo. Las iglesias de Cristo deben recordar que su función es primordialmente espiritual y que ellas no deben identificarse con los movimientos que tienden a ser de carácter partidista.

4. Esfuerzos cooperativos.

Muchas veces las iglesias podrán cumplir mejor con su misión uniendo sus esfuerzos. Tales combinaciones se han verificado en el pasado pensando en el estímulo y en el compañerismo, y pensando también en los fines prácticos al hacer la obra misionera y de beneficencia. Las Juntas de Misiones, las Asociaciones y las Convenciones de toda clase, representan este esfuerzo de cooperación tanto por parte de los individuos como de las iglesias cristianas.

En todos estos movimientos, hay que recordar siempre que debe mantenerse el principio voluntario, tanto del individuo como de la iglesia, y la independencia de las iglesias locales debe salvaguardarse estrictamente.

CAPÍTULO 13. LAS ORDENANZAS

I. El Bautismo

1. Propósito del bautismo.

- (1)** No es para la salvación.
- (2)** Es símbolo de salvación.
- (3)** La fe en Cristo es una condición para ser salvo.
- (4)** Profecía de la resurrección.

2. El acto del bautismo.

- (1)** La descripción que da el Nuevo Testamento sugiere la inmersión.
- (2)** Las palabras griegas que se usan significan inmersión.

3. Los candidatos para el bautismo.

4. El administrador del bautismo.

II. La Cena del Señor

1. Significado de la Cena.

2. “Comunión cerrada”.

III. Perpetuidad de las Ordenanzas

Cristo instituyó dos ordenanzas ceremoniales y las encomendó a su pueblo para su observancia perpetua —el bautismo y la Cena del Señor. Estas dos ceremonias son representaciones gráficas de los hechos fundamentales del evangelio y de nuestra salvación por el evangelio. En oposición a esta interpretación está la interpretación de la Iglesia Católica Romana de que estas dos ordenanzas, juntamente con otras cinco, son “sacramentos” que transmiten gracia al participante. Detrás de la multiplicación de “sacramentos” está la aseveración de que nada es “santo” o bueno, excepto cuando es consagrado o hecho santo por la “Santa Iglesia”. Aun la tierra en donde el cuerpo es sepultado no es santo mientras la Iglesia (la Iglesia Romana, desde luego) no la haya consagrado.

Una razón, y quizá la única razón fundamental, por qué los cristianos han reconocido sólo el bautismo y la Cena del Señor como ordenanzas evangélicas es porque otras ceremonias que han sido propuestas, no tienen una relación esencial con el evangelio. Estas dos sí la tienen. Estas fueron instituidas por

Cristo por una muy obvia razón. Esta razón es que están adaptadas para exponer los hechos del evangelio y nuestra experiencia de salvación por gracia.

I. EL BAUTISMO

Jesús se sometió al bautismo de manos de Juan (^{<410109>}Marcos 1:9-11), administró la ordenanza (por medio de sus discípulos), y mandó a sus seguidores a hacer lo mismo, como parte de su obra hasta el fin de los siglos (^{<402819>}Mateo 28:19). Merece, por lo tanto, nuestra más cuidadosa consideración.

1. Propósito del bautismo.

Una de las consideraciones más importantes en cuanto a esta ordenanza es su significado o significancia. Consideraremos primeramente esta: ¿Cuál es el propósito de la administración de esta ordenanza?

(1) El bautismo no salva; tampoco ayuda a la salvación. No es una condición para ser salvo, ni para la remisión de los pecados. No transmite gracia; en el significado histórico del término, no es, por lo tanto, un “sacramento”.

La Iglesia Católica Romana (y otras como ella) sostiene que en el acto del bautismo el alma es regenerada, que nuestros pecados, actuales u originales, son remitidos. Efectiva y literalmente, nosotros, al ser bautizados, entramos en Cristo y nuestros pecados son realmente lavados. No hay, por lo tanto, salvación sin el bautismo.

Los Discípulos sostienen una posición bastante parecida. Ellos no sostienen que el bautismo, de sí mismo regenere o salve, pero que sí es la culminación del proceso de la regeneración; que el bautismo es una de las condiciones para la remisión de los pecados; que es para la remisión de los pecados en el sentido de que uno se somete al bautismo con el propósito de obtener la remisión de los pecados.

Aun cuando estas dos posiciones no son exactamente las mismas, son, sin embargo, tan parecidas, que bien podemos discutirlas juntas, manteniendo en general cada una de ellas que el bautismo es esencial para la salvación.

Hay varios pasajes en el Nuevo Testamento que son citados para probar que el bautismo es necesario para la salvación. Uno es el de ^{<411616>}Marcos 16:16, en donde Jesús les dice a sus discípulos: “El que creyere y fuere bautizado, será

salvo; mas el que no creyere, será condenado.” Otro es el de ^{<430305>}Juan 3:5, en donde Jesús le dice a Nicodemo que ninguno puede entrar en el reino de Dios a menos que nazca del agua y del Espíritu, y la afirmación similar de Pablo en ^{<560305>}Tito 3:5, en donde él habla del lavacro de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo. Luego tenemos la afirmación de Pedro según aparece en ^{<440238>}Hechos 2:38, exhortando al pueblo: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para (griego *eis*, hacia) perdón de los pecados”. Tenemos también la afirmación de Ananías en ^{<442216>}Hechos 22:16, diciéndole a Pablo: “Levántate, y bautízate, y lava tus pecados”. Pablo también en ^{<450601>}Romanos 6:1-4 nos dice que fuimos bautizados en Cristo y en su muerte.

En cuanto a ^{<411616>}Marcos 16:16, puede decirse que la evidencia textual está en contra de su genuinidad, y no sería seguro, de consiguiente, citarlo como una parte genuina del Evangelio de Marcos. Más todavía, debe notarse que cuando el asunto se expresa negativamente, se dice que el que no creyere será condenado, como si la fe fuera el factor decisivo más bien que el bautismo.

^{<430305>}Juan 3:5 y ^{<560305>}Tito 3:5 probablemente no se refieran del todo al bautismo, sino más bien al poder purificador del Espíritu de Dios en la regeneración, el cual se simboliza por el bautismo. Pero si los tomamos como refiriéndose al bautismo, la declaración que sigue acerca de los otros pasajes, bien puede aplicarse a ellos.

En cuanto a los otros pasajes, podemos decir lo siguiente: pueden estos interpretarse en una de dos maneras —simbólica o literalmente. Por ejemplo, ^{<440238>}Hechos 2:38 literalmente significa que se es bautizado para la remisión de los pecados, o simbólicamente que se es bautizado para eso mismo. En ^{<450603>}Romanos 6:3, Pablo da a entender que ora sea literalmente, ora sea simbólicamente, se es bautizado en Cristo y en su muerte. ^{<442216>}Hechos 22:16 significa que ora literalmente, ora simbólicamente, en un cuadro, los pecados son lavados. Y lo mismo se asegura de cada uno de los otros pasajes del Nuevo Testamento, que se citan para enseñar la idea de que el bautismo salva o de que es una condición para la salvación. Entre estos dos métodos de interpretación no puede haber un terreno lógico sobre el cual pararnos. No puede haber una posición intermedia. Esa es la debilidad de la posición de los Discípulos, la cual quiere hacer al bautismo una condición para la salvación, sin afirmar con los católicos que el bautismo real y literalmente lava los pecados.

Como una cuestión de hecho, cuando pensamos en esto, se reconoce que la palabra *en*, dentro o adentro (*into*, en inglés; *eis*, en griego) al ser interpretada literalmente, implica movimiento o moción espacial; pero interpretar esto literalmente, en el sentido de haber sido uno bautizado dentro o adentro de Cristo, dentro o adentro de su muerte, dentro o adentro de la remisión de los pecados, es hablar pura tontería. Pero se debe sostener semejante disparate o admitir que el ser bautizado dentro o adentro (*into*) de Cristo, o dentro o adentro de su muerte, es un lenguaje figurativo. Así pudiera bautizarse a otro literalmente dentro del Jordán, como Juan bautizó a Jesús (⁴¹⁰¹⁰⁹Marcos 1:9, margen en la AS, versión en inglés); pero es imposible bautizar a otro literalmente dentro (*into*, en inglés) de Cristo o de su muerte, o de la remisión de los pecados, pues estas son para nosotros realidades espirituales y no físicas o espaciales. Querer mezclar las dos y sostener que por haber sido bautizados espacialmente (esto es, literalmente) dentro del agua, podemos asimismo ser bautizados espiritualmente “dentro” de Cristo, eso es querer identificar dos cosas que son fundamentalmente diferentes y que por lo mismo, no pueden identificarse o mezclarse. Lo literal puede retratar o representar, o simbolizar lo espiritual, pero los dos no pueden mezclarse. Pretender identificar lo literal y lo espiritual es nulificar o destruir lo espiritual. Eso es exactamente lo que el romanismo ha hecho al tratar de identificar las realidades espirituales con las formas espaciales e históricas de la religión.

Más todavía, interpretar estos pasajes literalmente, esto es, de tal modo que se haga del bautismo una condición para ser salvo, es hacer del Nuevo Testamento un libro fundamentalmente contradictorio en sí mismo. Esto sería introducir una inconsistencia en el mismo corazón de su doctrina de salvación. Esto es evidente si nos fijamos en los numerosos pasajes del Nuevo Testamento en donde claramente se enseña que las únicas condiciones para la salvación son espirituales. Con profusión se expone en el Nuevo Testamento que el arrepentimiento y la fe son las únicas condiciones para la salvación — condiciones que son primordial y únicamente espirituales. La salvación es una transacción espiritual y ella depende no más que de las condiciones espirituales. Y hacer depender la salvación de cualquier ceremonia o acto exterior, es destruir la naturaleza del cristianismo como una religión espiritual. Eso sería hacer a Dios un “gran maestro de rutina”. Sería hacerlo un Dios arbitrario. Dios no es arbitrario. El no ha “prescrito” arbitrariamente las condiciones para la salvación. Las únicas condiciones para la salvación son necesariamente las que

se involucran en las relaciones de un Dios de gracia con un pecador a quien él ha de salvar del pecado.

De lo que se ha dicho, se sigue que las condiciones para la salvación son universales e inalterables. Dios no ha salvado a la gente del tiempo del Antiguo Testamento de un modo y a la gente del tiempo del Nuevo Testamento de otro modo. La salvación siempre ha sido por gracia, por parte de Dios, y por la fe, por parte del hombre. Dios salvó a Abraham por la fe, antes de que fuese dada la ley. De manera que la gracia antecedió a la ley, en los tratos de Dios con el hombre (o sea, el Antiguo Testamento o la ley de Moisés) (⁴⁵⁰⁴⁰Romanos 4:9, ⁴⁸⁰³²Gálatas 3:25). Ningún hombre ha sido salvado jamás por la observancia de la ley.

Tampoco es verdad que la “ley del perdón” fue establecida en el día de Pentecostés, incluyendo al bautismo como una condición. Conforme a esa aseveración, Jesús nunca dijo cómo los hombres podían ser salvos ni cómo podían entrar en el reino de Dios. Tales pasajes como ⁴⁵⁰¹²Juan 1:12; 3:14, 15, 16, 18, 36; 5:24, y muchos otros que prometen la salvación con la única condición de la fe en Cristo, no podrían ser reclamados por nosotros como válidos en el día presente. Con tal método de interpretación, el hecho de que Jesús haya salvado al paralítico (⁴¹⁰²⁰Marcos 2:5), a la mujer pecadora (⁴²⁰⁷⁴Lucas 7:47, 48), y al ladrón en la cruz (⁴²²³⁴Lucas 23:42, 43), no ofrecería a los pecadores en el día presente, estímulo para creer que ellos también pudieran ser salvos simplemente con creer en la gracia del Salvador. Semejante método de interpretación de las Escrituras, las convierte en un delantal remendado, que es exactamente lo que hace la crítica radical moderna. Esto no quiere decir que nosotros no debemos reconocer un desenvolvimiento progresivo de un plan para la raza por parte de Dios, pero este plan, aun siendo progresivamente manifestado, es un plan unitario, y su idea fundamental es salvación por gracia por la fe. Dios no es un Dios antojadizo, saltando de un plan a otro y constantemente cambiando de parecer.

Además, si nosotros examinamos el registro del Nuevo Testamento, del Pentecostés en adelante, la salvación por la fe es tan consistentemente expuesta después del Pentecostés como antes. Una revisión de los siguientes pasajes nos permite ver esto con claridad: ⁴⁴¹⁰⁴³Hechos 10:43; 13:38, 39; 16:31; ⁴⁵⁰¹¹⁶Romanos 1:16; ⁴⁸⁰³²⁶Gálatas 3:26; ⁴⁹⁰²⁰⁸Efesios 2:8. Muchos otros son tan decisivos como estos. El caso de Cornelio y su compañía es decisivo, según el relato que tenemos en ⁴⁴¹⁰³⁴Hechos 10:34. Allí se ve muy claro que el Espíritu

Santo descendió sobre ellos con gran demostración, antes de que siquiera una palabra se hubiese dicho acerca de que debían ser bautizados (44-48).

De manera que nosotros sostenemos que las condiciones para la salvación no han sido nunca cambiadas. Ningún hombre se ha salvado sin tener fe. Ello es una imposibilidad moral. Los hombres se han salvado sin el bautismo, en los tiempos del Antiguo y Nuevo Testamentos, antes y después del Pentecostés, tanto judíos como gentiles. Por lo tanto, el bautismo no es una condición para la salvación.

Otra cosa que hay que recordar es que la salvación es un asunto de experiencia espiritual; algo, de consiguiente, de lo cual cada uno es consciente, que cada uno puede saber. Es una cuestión de experiencia definitiva y consciente lo que da evidencia cierta de haber tenido aceptación delante de Dios. Millares de hombres y mujeres han conocido la salvación fuera del bautismo. Como asunto de experiencia espiritual, la salvación no está atada al bautismo, ni a ningún otro acto externo; pero la salvación está inseparablemente relacionada con el arrepentimiento y la fe. Para aquellos que conocen el cristianismo como una experiencia vital de compañerismo con Dios por la fe en Cristo, es una simpleza argüir que no pueden salvarse sin ser bautizados. Cuando se tiene definitivamente conciencia en la propia experiencia de que cierta cosa se ha verificado, no se está muy dispuesto a prestar atención a los que le dicen que tal cosa no ha sucedido.

(2) Aunque el bautismo no salva, ni es una condición para la salvación, sin embargo simboliza una salvación que nosotros recibimos por la fe en Cristo. No es necesario que nos extendamos sobre este punto, pues mucho de lo que se ha dicho respecto al punto anterior tiene que ver directamente con este punto.

El bautismo es un lavamiento exterior; la salvación es una limpieza interior o espiritual, una purificación del corazón por la fe. Esta limpieza interior es adecuadamente retratada o simbolizada en el lavamiento exterior del bautismo. No hay duda de que éste es el significado del “lavamiento de los pecados” en el bautismo según ^{<42216>}Hechos 22:16.

Pablo expone el significado simbólico del bautismo en ^{<45001>}Romanos 6:1. El habla del cristiano como de quien ha muerto al pecado y ha resucitado para andar en novedad de vida; como simbolizada en el bautismo. El bautismo es una muerte y una resurrección simbólicas. Obtiene su significado de una

experiencia de morir al pecado y resucitar a novedad de vida; fuera de tal experiencia, de consiguiente, el bautismo no tiene importancia. Diciéndolo de otro modo, el bautismo simboliza nuestra unión con Cristo. Somos bautizados en Cristo (^{<450603>}Romanos 6:3). El bautismo simboliza la remisión de nuestros pecados (^{<440238>}Hechos 2:38); esto es, el bautismo simboliza o retrata nuestro paso a un estado o condición de perdón.

(3) Pero nuestra muerte al pecado y nuestra resurrección a novedad de vida son una muerte y una resurrección que vienen por la fe en Jesús como un Redentor crucificado y resucitado. Pablo lo expresa en ^{<480220>}Gálatas 2:20 al decir que él ha sido crucificado con Cristo, de modo que el “viejo hombre” Pablo, ya no vive más, sino que Cristo vive en él. El dice en ^{<450604>}Romanos 6:4 que somos sepultados con Cristo a muerte por el bautismo, pero él acaba de decir en el versículo 3 que somos bautizados en la muerte de Cristo. Nuestro bautismo simboliza nuestra muerte al pecado y nuestra resurrección espiritual, pero es una muerte y una resurrección cimentadas en la muerte y en la resurrección de Jesús.

Nuestro bautismo entonces, al simbolizar nuestra muerte y nuestra resurrección espirituales, conmemora la muerte y la resurrección de Jesús como los hechos fundamentales del evangelio. Fuera de la muerte de Cristo por nuestros pecados y de su resurrección de los muertos, no hay evangelio. Y el bautismo como una ordenanza del evangelio, conmemora la muerte y la resurrección de Jesús como los hechos fundamentales del evangelio.

(4) Se ha dicho algunas veces que el bautismo lleva también el propósito de apuntar hacia adelante, hacia la esperanza de la resurrección de los cristianos. Esta esperanza de la resurrección es una fundamental bendición evangélica para todos aquellos que creen en Cristo. Nuestra esperanza de la resurrección nace de la resurrección de Jesús, como Pablo lo enseña en 1 Corintios 15. Y en el versículo 29 él dice que el bautismo por los muertos (sea lo que esto hubiera sido) no tendría significado alguno aparte de la resurrección de los muertos. Parece que Pablo relaciona el bautismo con nuestra esperanza de vida, de resurrección más allá de la tumba, tanto como con la muerte y la resurrección de Jesús y con nuestra muerte espiritual y nuestra resurrección con él.

2. El acto del bautismo.

El punto en cuanto a qué constituye el acto del bautismo, o como algunas veces se expresa, el “modo” del bautismo, es algo acerca de lo cual se ha discutido mucho. No es nuestro propósito extendernos mucho sobre este asunto. Nos hemos detenido a considerar el propósito o el significado del bautismo, con la creencia de que ello es la cuestión fundamental en relación con la ordenanza y de que un correcto entendimiento de su significado, realmente decide cualquier otro punto que en relación con el bautismo pudiera levantarse.

¿Cuál es, entonces, el acto apropiado del bautismo? Nosotros afirmamos que la inmersión, y nada más que la inmersión, constituye el acto del bautismo. Brevemente, damos unas pocas razones a favor de esta posición.

(1) En primer lugar, la descripción del bautismo, según se practicó en los tiempos del Nuevo Testamento y según se da en las traducciones en español del Nuevo Testamento, sugiere la inmersión.

En ^{<410109>}Marcos 1:9, 10 se nos dice que Jesús fue bautizado por Juan en (dentro) el río del Jordán, y que, subiendo del agua, él vio los cielos abiertos. Cuando Felipe bautizó al eunuco, descendieron al agua y subieron después del agua (^{<440838>}Hechos 8:38, 39).

(2) Otro argumento, mucho más concluyente que el anterior, se basa en el significado del verbo griego traducido (o más bien transferido, siendo que no es propiamente una traducción) por bautizar en el Nuevo Testamento y por el nombre correspondiente traducido por bautismo.

Esta palabra propiamente significa mojar, o sumergir, ora sea literal o figurativamente. Thayer en su *Lexicon of the New Testament* define el verbo como “zambullir repetidamente, mojar, sumergir”. Cremer, en su *Biblico-Theological Lexicon of New Testament Greek*, define el verbo en el sentido de “inmersión, sumergir”. Todos los otros significados son secundarios y derivados.

Ahora bien, en el idioma griego, en los días del Nuevo Testamento, había palabras cuyo significado era rociamiento y derramar. Pero los escritores del Nuevo Testamento siempre usaron la palabra que significa mojar, meter en agua o sumergir. Si ellos pensaban en el rociamiento o en la aspersión, ¿por qué es que nunca usaron las palabras que significan rociar o derramar para describir el acto del bautismo?

(3) El argumento superior a todos, sin embargo, es el que se refiere al significado de la ordenanza.

Muchas personas están listas a admitir que el modo del bautismo según el Nuevo Testamento era el de la inmersión, pero dicen que no hay necesidad para adherirse al ejemplo del Nuevo Testamento sobre el asunto. Los católicos argumentan que la iglesia tiene derecho a cambiar el acto del bautismo, siendo que la última autoridad reside en la iglesia. Muchos protestantes sostienen que ello es un asunto comparativamente poco importante, y que no hay por qué debiera haber división en cuanto a qué cantidad de agua debe usarse en el bautismo. Esa es una manera hábil y desorientadora de exponer el asunto. Especialmente es desorientadora para la gente que no sabe mucho del evangelio de Cristo y que con frecuencia muestra muy poco interés.

El punto fundamental sobre el particular es realmente éste: ¿Cuál es el significado y el propósito del bautismo? ¿Para qué sirve? Nuestra tesis es que los hechos fundamentales del evangelio son la muerte y la resurrección de Jesús como la base de nuestra salvación, y que el bautismo sirve para representar estos hechos. Consecuentemente, nosotros afirmamos que el significado de la ordenanza del bautismo radica, parcialmente al menos, en el acto que representa una muerte, una sepultura y una resurrección. Y el bautismo bellamente representa eso; mientras que el derramamiento o la aspersión no. Esta es la razón por la cual nosotros sostendemos que ningún otro modo que no sea la inmersión es bautismo; es cualquier cosa con pretensión de sustituir el bautismo.

3. El candidato para el bautismo.

¿Quién debe ser bautizado? ¿O qué es lo que constituye al creyente en el candidato indicado para el bautismo?

Si lo que se dijo acerca del propósito del bautismo es cierto, entonces se sigue que la persona únicamente adecuada para el bautismo es aquella que oye el evangelio, acepta su mensaje y cree en Cristo como su Salvador.

Juan el Bautista exigía “frutos dignos de arrepentimiento” de aquellos que venían a él para ser bautizados (^{<400308>}Mateo 3:8). Jesús “hizo y bautizó” discípulos (^{<400401>}Juan 4:1), y la misma cosa habría de ser la orden en la Gran Comisión (^{<402819>}Mateo 28:19). En el día de Pentecostés, los que recibieron la Palabra fueron bautizados (^{<440241>}Hechos 2:41). Pablo, al escribirles a los Romanos, se dirige a ellos como a aquellos que habían sido bautizados para

simbolizar la muerte al pecado y la resurrección en novedad de vida (⁴⁵⁰⁰¹Romanos 6:1). Con frecuencia él se dirigía a los miembros de las iglesias como “santos” o de algún modo semejante, demostrando que los miembros de las iglesias a quienes él escribió, eran cristianos adultos (no necesariamente gente adulta, pero lo suficientemente mayores para poder ser llamados “santos” o cosas por el estilo) (⁴⁵⁰¹⁰⁷Romanos 1:7; ⁴⁶⁰¹⁰²1 Corintios 1:2; ⁴⁷⁰¹⁰¹2 Corintios 1:1; ⁴⁹⁰¹⁰¹Efesios 1:1).

En contra de esta opinión, se afirma que los niños deben ser bautizados y educados en la iglesia. Esto se basa en otras explicaciones. Los católicos romanos y los que como ellos creen en la salvación “sacramental”, enseñan el bautismo infantil sobre la base de que los niños son regenerados en el bautismo. Los cristianos evangélicos que repudian la regeneración bautismal, topán con dificultades al querer hallar una explicación satisfactoria que justifique el bautismo de los niños. Algunos defienden esta posición diciendo que el niño nace en el reino y que, por lo tanto, debe ser bautizado o instruido en la iglesia para ser guardado en el reino. Pero esto es una abierta negación a la enseñanza del Nuevo Testamento de que nadie puede entrar en el reino si no es por la regeneración. Tampoco tiene en cuenta el hecho de que la salvación es una transacción personal y que la gracia de Dios debe ser apropiada personal y conscientemente.

Algunas veces se quiere defender el bautismo infantil aduciendo el precepto y el ejemplo del Nuevo Testamento. Pero no hay evidencia en todo el Nuevo Testamento que favorezca tal práctica. Se apela a los bautismos domésticos plurales, pero en la mayoría de los casos, hay afirmaciones que indican que esas familias se componían de personas que podían oír y creer el evangelio. En el caso del carcelero, Pablo le predicó a toda su casa, y todos creyeron y se regocijaron (⁴⁴¹⁶³²Hechos 16:32-34). Cornelio y toda su casa fueron salvos por creer en la predicación de Pedro (⁴⁴¹¹¹⁴Hechos 11:14). Pablo bautizó a la familia de Estéfanas (⁴⁴⁶⁰¹⁰¹1 Corintios 1:16), pero es interesante observar que los miembros de esta familia ministraron a los santos (⁴⁶¹⁶⁰¹1 Corintios 16:15). En el caso de Lidia, es de suponer que el orden regular del Nuevo Testamento fue el que siguió: oír el evangelio, creer la palabra y luego el bautismo.

4. El administrador del bautismo.

Una palabra puede decirse aquí acerca de otra fase de la ordenanza del bautismo. ¿Quién tiene la autoridad para bautizar? Otra forma de expresar esto es así: ¿Quién es responsable de la administración de la ordenanza?

En general, se dan tres respuestas a esta pregunta. Una es que el “clero”, o el grupo reconocido de ministros, es el responsable de la ordenanza y tiene la autoridad de administrarla. Pero esta teoría traza una línea de distinción entre el “clero” y los “laicos”, cosa extraña al Nuevo Testamento y que tiende al sacerdotalismo y el sacramentalismo. El Nuevo Testamento no da ninguna insinuación de que debe haber una clase oficial que por la “ordenación” se le confiere la “autoridad para administrar las ordenanzas” o para ejercer otras funciones eclesiásticas que los otros cristianos no pueden ejercer. Un pastor u otro “ministro ordenado” u oficial, al administrar las ordenanzas, está solamente actuando como un vocero o representante de la congregación o iglesia, y no tiene ninguna otra autoridad que la que le viene en virtud de ser un representante o un vocero tal.

Otra opinión es la de que un individuo cristiano puede bautizar. Pero esto llevaría a toda clase de irregularidades y de confusión. Otra opinión es la de que la responsabilidad para la administración de las ordenanzas descansa en la congregación o iglesia. Nosotros creemos que esta es la posición correcta. Una razón que justifica esta opinión es que el bautismo es generalmente aceptado como una manera de confesar públicamente a Cristo y de identificarse con la congregación o comunidad de los creyentes. Claramente este fue el caso en el Nuevo Testamento. Si esto es cierto, entonces el bautismo es un asunto de la agrupación. No es puramente un acto individual. Pero hay una comunidad responsable en cuanto a la administración de la ordenanza.

Sobre este punto pudiera presentarse la objeción de que él no está de acuerdo con el caso de Felipe y el eunuco, en el que más bien se ve la opinión de que a cualquier cristiano debiera permitírsele bautizar. Es cierto que Felipe bautizó al eunuco. Ni es necesario suponer que alguna iglesia le hubiese conferido a él una autoridad especial para bautizar. Suponer tal cosa sería exponerse a no contar con hechos fidedignos que respaldaran dicha suposición. En donde no hay iglesia, nosotros creemos que cualquier cristiano o grupo de cristianos puede administrar la ordenanza. Pero en donde hay una iglesia, el asunto concierne a toda la iglesia, ya que el bautismo es una ceremonia por la cual el creyente se identifica pública y formalmente con la agrupación cristiana. Un asunto como este no debiera dejarse indistintamente al arbitrio de cualquier individuo. Cuando Cornelio y su familia se convirtieron, Pedro consultó al grupo de cristianos que había llegado con él de Jerusalén. Cuando un individuo ha de administrar la ordenanza, en un lugar donde no hay iglesia, como en el caso de un misionero en un territorio no evangelizado, entonces, cuando la persona

bautizada llega a una iglesia para ser reconocida y recibida, la iglesia puede reconocer su bautismo recibiéndola en la comunión.

Esto sugiere el asunto de la “inmersión extraña” o “bautismo extraño”, o sea, una inmersión realizada por un ministro o un representante de alguna otra denominación. Algunas iglesias bautistas aceptan tales bautismos mientras que otras no. Nosotros no estamos en favor de que los que han recibido un “bautismo extraño” sean recibidos en nuestras iglesias. Nuestra objeción, sin embargo, no se basa en una “sucesión eclesiástica”, esto es, en la posición de que ha habido una cadena ininterrumpida de iglesias que llegan hasta el primer siglo; ni se basa en una sucesión de ministros regularmente ordenados. Aparte de la cuestión de si ha habido una sucesión demostrable de iglesias desde los tiempos del Nuevo Testamento, si nosotros basáramos la validez de las ordenanzas sobre una sucesión semejante, entonces no tendríamos seguridad en cuanto a la validez del bautismo de algún hombre en particular, hasta no poder trazar la sucesión exacta de la iglesia bajo cuyos auspicios ese hombre fue bautizado. Además, este método de dar validez a la iglesia y a las ordenanzas, sabe más a un eclesiasticismo episcopal que a una democracia espiritual. No hay tal “autoridad eclesiástica” que nos hubiese sido transmitida de semejante modo.

No es un asunto de una autoridad exteriormente transmitida y que le dé validez a las ordenanzas, sino es más bien una cuestión de practicar las ordenanzas de tal modo, que ellas sirvan para el propósito y la función espirituales para las cuales fueron establecidas. Y nosotros no creemos que esto puede lograrse reconociendo el bautismo de personas que no se someten a la ordenanza según está enseñada en el Nuevo Testamento, y hay muchas organizaciones que practican el rociamiento o la aspersión como la forma del bautismo, muchas que no exigen la profesión de fe en Cristo como una condición para el bautismo, y algunas otras que bautizan a la gente como una condición para recibir la remisión de sus pecados.

II. LA CENA DEL SEÑOR

La otra ordenanza ceremonial instituida por Jesús en vísperas de su crucifixión fue la Cena del Señor. Los principios expuestos en la interpretación del bautismo tienen aplicación a la Cena del Señor. Por lo tanto, no es necesario que nos extendamos mucho sobre esta ordenanza.

1. *El significado de la Cena.*

Hay cuatro puntos de vista diferentes con referencia al significado de la Cena del Señor.

Uno es la teoría católica romana conocida como la transubstanciación. De acuerdo con esta teoría, cuando el sacerdote consagra el pan y el vino, éstos cesan de ser pan y vino (aun cuando siguen teniendo la apariencia y las cualidades aparentes del pan y del vino) y se convierten en la substancia de la carne y de la sangre de Cristo. De manera que los que participan no están comiendo pan y bebiendo vino, sino que están comiendo la carne y bebiendo la sangre de Cristo. Esto no quiere decir, sin embargo, que el pan y el vino lleguen a ser meramente la carne física y la sangre física de Cristo, sino que cada partícula de pan y de vino se convierte en toda la substancia de Cristo: cuerpo, alma y divinidad. Cualquier persona, por lo tanto, que participe de la más pequeña partícula de pan o de vino (más bien de lo que fue pan y vino antes de ser cambiados) recibe a Cristo entero. De aquí que no sea necesario participar de los dos elementos, del pan y del vino. Por lo mismo, a los feligreses se les da sólo el pan, mientras que sólo los sacerdotes practican la comunión tomando las dos cosas.

Otra teoría es la luterana, conocida con el nombre de la consubstanciación. Esta teoría niega que la substancia de pan y de vino se cambien en la substancia de Cristo, pero afirma que Cristo está presente “en, con y bajo” la substancia de pan y de vino. Lutero, el que dio origen a esta opinión, insistió en una interpretación literal de las palabras “Esto es mi cuerpo” y “Esto es mi sangre”. El no permitió que esto se entendiera como un lenguaje simbólico o figurativo. El defendió su teoría de la consubstanciación aduciendo la omnipresencia de Cristo, la cual él dijo que después de su ascensión se refería tanto a su cuerpo como a su naturaleza espiritual.

La teología reformada o calvinista, en oposición a la luterana, negó la omnipresencia del cuerpo de Cristo. En conformidad con esto, negó la “consustanciación”, pero afirmó la presencia dinámica o espiritual de Cristo en los elementos del pan y del vino en la Cena. Esta teoría no es tan clara y tan definida como las otras dos; de ahí que sea un poco más difícil de comprender. Ella, sin embargo, niega las dos teorías católica y luterana, pero afirma que hay más significado en los elementos que se usan en la Cena que el de un simple significado simbólico. Efectivamente Cristo está presente en los elementos, pero sólo dinámica o espiritualmente.

En contraposición a estas tres teorías, nosotros expondremos la opinión de que la Cena tiene un significado simbólico. Podemos resumir estas cuatro opiniones, con referencia a la interpretación que ellas hacen del dicho de Cristo “Esto es mi cuerpo” (⁴⁰²⁶²⁶Mateo 26:26). El católico dice que la intención de Jesús fue de que el pan dejase de ser pan y se convirtiera en la substancia de su cuerpo. La tesis luterana es que el cuerpo de Cristo está presente, “en, con y bajo” la substancia del pan. La opinión reformada es que Cristo está presente espiritualmente en el pan. El punto de vista de Zwinglio es que el pan simboliza el cuerpo partido de Cristo por nosotros.

Esta última tesis no niega la omnipresencia espiritual de Cristo, pero sí niega que Cristo esté presente en el pan y en el vino de la Cena en una forma distinta de la que está presente en cualquier otra substancia material. Y la ominipresencia espiritual de Cristo expresada por ejemplo en sus palabras: “Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”, es una presencia que no puede expresarse o transmitirse en ninguna substancia material. El pan y el vino de la Cena no contienen ni transmiten su presencia espiritual; ellos únicamente simbolizan o representan la presencia de Cristo de tal modo, que ésta llega a ser real en la mente y de esa manera fortalece la fe.

Nosotros creemos, de consiguiente, en que la Cena del Señor es simbólica en su significado. Con respecto a esta afirmación general hay varias fases sobre las cuales bien podemos hacer hincapié.

El punto primero y fundamental es que la Cena es un acto conmemorativo de la muerte de Cristo por nuestros pecados. El hace que el pan represente su cuerpo quebrantado y que el vino represente su sangre derramada para la remisión de los pecados (⁴⁰¹⁶²⁶Mateo 16:26-28). Pablo dice que siempre que nosotros comemos del pan y bebemos del vino, anunciamos la muerte del Señor. El pan y el vino constantemente nos recuerdan el cuerpo quebrantado y la sangre derramada del Salvador.

Aun cuando no se expresa claramente en el Nuevo Testamento, quizás es justificable decir que la participación de los elementos simboliza el sostén de nuestra vida espiritual por medio de la apropiación por la fe de Cristo y de su sacrificio por nosotros. De ese modo, comemos su carne y bebemos su sangre simbólicamente en la Cena. La copa que bendecimos es una participación en la sangre de Cristo, y el pan que partimos es una participación en el cuerpo de Cristo (⁴⁶¹⁰⁰¹1 Corintios 10:16). Nuestra repetida participación simbólica de la sangre y del cuerpo de Cristo, significa una apropiación continua del Cristo que

fue crucificado como el Salvador, del Cristo que ahora vive y está presente en la fe que lo hace nuestro.

Se ha dicho algunas veces que la Cena del Señor es una comunión con Cristo y no una comunión entre los cristianos. Pero es claramente ambas cosas. Los cristianos tienen comunión entre sí por la razón de que ellos tienen comunión con Cristo. Se ha dicho también que al observar nosotros la Cena hemos de pensar solamente en Cristo. Pero pensar en Cristo siempre significa pensar en los demás. La Cena del Señor no es meramente un asunto individual; es un asunto de la agrupación o la iglesia. Pablo expresa esto cuando dice en ^{<46100>}1 Corintios 10:17: “Porque un pan, es que muchos somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel un pan”. El un pan parece simbolizar la unidad de la iglesia. Dice otra vez que debido a las divisiones o facciones reinantes entre los corintios, ellos no pueden tomar la Cena del Señor (^{<46110>}1 Corintios 11:18). Prosigue para reprobarles su extremo desprecio del uno para el otro en la forma en que ellos observaban la Cena. De cierto, entonces, que en la Cena debemos pensar en nuestro compañero cristiano, y la Cena simboliza la unidad en espíritu de los que comen del pan común y beben de la copa común.

2. “Comunión cerrada”.

Lo que se acaba de decir en el párrafo anterior arroja luz sobre otro asunto. Entre los bautistas ha habido alguna discusión en cuanto a lo que se da en llamar “comunión cerrada”. El punto se concreta a si ellos deben invitar a participar de la Cena del Señor a cristianos que pertenecen a otras denominaciones. Los que se inclinan por la “comunión cerrada” han sido severamente criticados por otras personas y por los que opinan en favor de la “comunión abierta”. Los bautistas de esta escuela censuran la supuesta estrechez de sus hermanos bautistas que creen en la “comunión cerrada”. Procuraremos exponer en pocas palabras la razón por qué nosotros creemos que la posición bautista de la “comunión cerrada” es la correcta.

En primer lugar, a menos que consideremos que la observancia de la Cena del Señor es un asunto puramente individual, entonces alguien debe tener la responsabilidad de su administración. Naturalmente, esta responsabilidad la tendría la iglesia bajo cuyos auspicios la observancia se verifica. La otra y única alternativa sería considerar al “clero” o clase oficial de la iglesia como el responsable de su administración. Pero, de igual manera que se señaló en el caso del bautismo, esta otra idea es extraña a una religión espiritual y no sacramental. La discusión total de Pablo sobre el asunto, demuestra que él

consideró a la iglesia como el cuerpo responsable en este asunto. (Véase [461102](#)¹ Corintios 11:20). El dice: “Cuando pues os juntáis en uno (en la iglesia)”. Esto pone la responsabilidad para la propia administración de la ordenanza sobre la iglesia o congregación. La iglesia, entonces, es la que naturalmente tendría la prerrogativa de decidir quiénes son los que deben participar de la Cena.

También es de esperarse que haya un acuerdo general en cuanto a que hay algunas restricciones para invitar a las personas a participar de la Cena del Señor. La invitación no es para todo el mundo. La invitación estaría limitada al menos a los cristianos; de otro modo, la Cena perdería todo significado como una institución cristiana. No habría sentido alguno en invitar a los que no son cristianos a una observancia para celebrar el evento que fundó al cristianismo. Siendo que habrá algunas restricciones con respecto a extender la invitación, el asunto que debe resolverse es qué tan restricta deberá ser la invitación.

Nuestra posición es, entonces, que la Cena del Señor es una ordenanza de la iglesia y no un asunto individual, y que los bautistas no pueden ser consistentes si invitan a la Cena del Señor a aquellos a quienes no admitirían como miembros en la iglesia. Generalmente, el énfasis se ha puesto sobre la irregularidad en el bautismo como una razón para declinar el invitar a otros a la Cena. De cierto el bautismo precede a la Cena del Señor, y nosotros creemos que el argumento de que los bautistas no inviten a la Cena a aquellos a quienes no consideran como bautizados, es un argumento válido. Pero nosotros creemos que hay otras razones. Cualquier desvío de los principios del Nuevo Testamento en la política de la iglesia o en cualesquiera otras creencias que inhabiliten a alguno para ser miembro de la iglesia, es suficiente para inhabilitarlo también para participar de la Cena del Señor. Si queremos ser consistentes no podemos admitir a alguno a la Cena del Señor y después negarle los otros privilegios de la membresía eclesiástica. Esto no quiere decir que los bautistas no consideren como cristianos a los miembros de otras denominaciones religiosas; pero sí quiere decir que ellos (los bautistas) los consideran como habiéndose desviado de los principios cristianos en algunos respectos, y, por lo mismo, los bautistas no podrían admitirlos en la membresía de la iglesia. Y siendo que la Cena del Señor es una ordenanza para la iglesia, uno de los más sagrados privilegios de la membresía eclesiástica, ninguno que no puede ser admitido como miembro de la iglesia tampoco debe ser admitido a participar de esta ordenanza.

III. PERPETUIDAD DE LAS ORDENANZAS

Algunas veces se ha debatido la cuestión en cuanto a si estas ordenanzas debieran perpetuarse. Algunos piensan que su día de utilidad ya pasó, y que como las formas religiosas cambian de tiempo en tiempo, no hay razón para continuar practicando estas ordenanzas. Pues bien, si nosotros no viéramos en estas ordenanzas más de lo que alguna gente ve en ellas, entonces no debiéramos insistir en su uso perpetuo. No es simplemente una cuestión de si Jesús mismo las autorizó o las ordenó. Como ya hemos visto, Jesús se sometió al bautismo, lo practicó, y dio un mandamiento en relación con él, el cual implica la perpetuidad de la ordenanza. El también instituyó la Cena del Señor, y Pablo dice que todas las veces que la observáramos, la muerte del Señor estaríamos anunciando hasta que él vuelva (⁴⁶¹⁰²1 Corintios 11:26).

¿Por qué Jesús instituyó o autorizó estas ordenanzas? Porque ellas estaban adaptadas para anunciar los hechos fundamentales del evangelio, o sean: la muerte y la resurrección de Jesús para la salvación de los pecadores. Y allí donde el evangelio se mantiene vivo en los corazones y en las mentes de los hombres, allí donde ellos son conscientes de ser pecadores salvados por su muerte y resurrección, y allí donde estas ordenanzas son observadas en la forma del Nuevo Testamento y con referencia a su propósito evangélico de representar la muerte y la resurrección de Cristo como la base de nuestra salvación, nosotros no creemos que pudiera ocurrírsele a alguien que estas ordenanzas deben ser abolidas. Es únicamente cuando los hombres empiezan a perder el sentido de dependencia en la obra expiatoria de Cristo para la salvación; en otras palabras, cuando el cristianismo comienza a entrar en la sombra de una religiosidad indefinida, y por consiguiente estas ordenanzas evangélicas llegan a ser consideradas únicamente como formas religiosas — sólo entonces es cuando los hombres comienzan a pensar en sustituir las ordenanzas con cualquier otra cosa. La verdad evangélica y las formas evangélicas marchan juntas. Nosotros creemos que el evangelio es la única esperanza que el pecador tiene para ser aceptado en la presencia de un Dios santo; y mientras los hombres sean conscientes de esto, deberán expresarlo en estas dos ordenanzas, las cuales son un cuadro que testifica al mundo acerca de la dependencia del hombre en el evangelio.

CAPÍTULO 14. LA REALIZACIÓN FINAL DE LA SALVACIÓN; EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO DE DIOS

I. Significado y Desarrollo del Reino de Dios

1. La soberanía universal de Dios.
2. El reino teocrático de Israel.
3. El reino espiritual fundado por Jesús.
4. El reino como un poder progresivo en el mundo.
5. El reino eterno de Dios.

II. La Muerte y la Gloria Inmortal

1. La noción del Antiguo Testamento acerca de la muerte.
2. Noción distinta en el Nuevo Testamento.
3. Las causas que explican el cambio.
4. La noción cristiana.

III. La Venida Final de Cristo

1. El hecho de su retorno.
2. El propósito de su venida.
 - (1) Para juzgar al mundo.
 - (2) Para introducir el reino eterno.
 - (3) Importancia cósmica.
 - (4) Creación, encarnación, consumación.
3. El tiempo de su venida.

IV. La Resurrección

1. Una sola resurrección.
2. Naturaleza del cuerpo de resurrección.
 - (1) Será un cuerpo.
 - (2) Continuará nuestro cuerpo actual.
 - (3) Tendrá poderes superiores a los del cuerpo anterior.
 - (4) Sabemos muy poco acerca del cuerpo de los malvados.

V. El Juicio

1. Certidumbre del juicio.
2. Propósito del juicio.
 - (1) Para manifestar el carácter.
 - (2) Para asignar el destino de acuerdo con el carácter.

(3) Para llevar a la historia humana a su consumación y para vindicar los tratos de Dios con la raza.

3. La base del juicio.

VI. El Cielo

1. El estado intermedio.

2. El estado eterno de los justos.

(1) Lugar y estado del carácter.

(2) Liberación de pecado.

(3) Comunión con Dios.

(4) Libertad del mal natural.

(5) Servicio a Dios.

(6) Desarrollo sin fin.

VII. El Infierno

1. Seguridad de un futuro castigo.

(1) Se enseña en la Biblia.

(2) El orden moral lo requiere.

(3) La naturaleza moral del hombre lo garantiza.

(4) La santidad de Dios lo requiere.

2. Naturaleza y extensión del castigo futuro.

(1) Puede ajustarse a la naturaleza de nuestro pecado.

(2) Será en proporción con nuestra culpa.

3. Eternidad del castigo futuro.

Entramos ahora a considerar lo que generalmente se llama escatología, o la doctrina de las últimas cosas. El cristianismo es una religión de redención, el que salva al hombre de su pecado. La salvación que da es una liberación presente de la culpa y de la esclavitud del pecado y una esperanza de libertad completa de la presencia y de todo indicio de pecado en la vida venidera. La escatología, entonces, no se relaciona únicamente con la doctrina de la salvación, sino que es también una parte de esa doctrina. Nuestra salvación será consumada únicamente en la vida futura. Nuestra relación con Dios en la vida futura debe considerarse como una continuación y como una expansión de nuestras relaciones con él en esta vida. Es así como se nos enseña en el Nuevo Testamento. Nosotros tenemos aquí las primicias del Espíritu; la cosecha completa vendrá después.

I. SIGNIFICADO Y DESARROLLO DEL REINO DE DIOS

Somos de la opinión que el tema de la escatología puede entenderse mejor si se le trata en relación con la idea del reino de Dios, especialmente si recordamos que este reino es un reino de redención. Según se ha indicado ya, no debemos olvidar que esta vida es una preparación para la otra, y que en algún sentido real de la palabra, la vida futura es una continuación de la presente. Dios está llevando a cabo un gran propósito para la raza, especialmente para sus hijos redimidos. Lo que del futuro no es revelado, se nos revela como el desarrollo y la consumación del plan que Dios está llevando a cabo en la historia humana. El destino eterno del hombre ha de ser el fruto de las fuerzas morales y espirituales que operan en el tiempo. Claramente, ésta es la tesis que se nos plantea en la Biblia. De consiguiente, nosotros trataremos el tema de la escatología en relación con la idea de la venida del reino o de la consumación del plan redentor de Dios.

Necesitamos primeramente entender en nuestra mente el significado y el desarrollo de la idea del reino de Dios. En la Biblia este término se usa en varios sentidos.

1. La soberanía universal de Dios.

En primer lugar, se usa con referencia a la soberanía de Dios sobre toda la creación y particularmente sobre el género humano. Esto se expresa de muchos modos en la Biblia. En el ^{<194702>}Salmo 47:2 leemos: "Porque Jehová el Altísimo es terrible; Rey grande sobre toda la tierra". En el ^{<19A319>}Salmo 103:19 aparecen las siguientes palabras: "Jehová afirmó en los cielos su trono; y su reino domina sobre todos". Esta soberanía o gobierno universal de Dios, está necesariamente incluida en el concepto bíblico de Dios. Sólo hay un Dios verdadero, y él es soberano sobre todo el universo. El está presente en todas partes y tiene todo poder. Es infinito en sabiduría y bondad. Reina sobre el universo el cual fue creado por él. Todas las naciones y los individuos están sujetos a su ley moral y deberán rendir cuenta de sus hechos a él. El envía juicios sobre Egipto, Babilonia, Fenicia y otras naciones tanto como sobre Israel. No hay punto en el tiempo o en el espacio, no hay miembro de la raza humana y no hay aparte de la vida de cualquier hombre, que no esté sujeto a su gobierno justo.

2. El reino teocrático de Israel.

Luego está el reino de Israel en el Antiguo Testamento. Dios tuvo su propósito en la raza, el cual él pudo llevar mejor a la práctica escogiendo a un hombre y a

sus descendientes como su pueblo especial. Y eso fue lo que él hizo. Escogió a Abraham y entró en un pacto con él en virtud del cual él y sus descendientes debían poseer la tierra de Canaán y debían ser una bendición a todo el mundo (^{<01120>}Génesis 12:1-3). Este pueblo llegó a ser una nación, y como una nación organizada llegó a ser el pueblo del pacto de Dios, sobre la base del acto redentor de Dios al libertarlos de la tierra de Egipto bajo la dirección de Moisés. Todavía hubo un desarrollo ulterior, cuando la nación se constituyó en un reino bajo la dirección, y con la desaprobación también, del profeta Samuel. Samuel le recordó al pueblo que Jehová era el verdadero Rey de Israel y que ellos debían de tener cuidado en no permitir que un rey humano se interpusiera en la lealtad y el servicio que ellos le debían a Jehová (1 Samuel 8). La dirección espiritual de la nación vino principalmente de los profetas, los mensajeros llamados especialmente y dotados del Espíritu, más bien que de los reyes mundanos o de la clase oficial sacerdotal.

3. El reino espiritual fundado por Jesús.

Jehová le había prometido a David que uno de sus descendientes ascendería a su trono y reinaría por siempre (^{<100712>}2 Samuel 7:12). Esta promesa encontró su cumplimiento en Cristo. Del mismo modo el reino de Israel encuentra su cumplimiento en el reino espiritual de Dios fundado por Jesús. La teocracia del Antiguo Testamento halla su importancia en su relación con el reino espiritual, para el cual sirvió como de una preparación providencial. Cuando Jesús vino al mundo, vino como un Salvador y Rey. Los magos del oriente le rindieron adoración (^{<40021>}Mateo 2:11). Entendieron que en él se cumplía la promesa hecha a David (^{<420132>}Lucas 1:32, 33; ^{<440225>}Hechos 2:25-36). En su venida, el reino de Dios fue instituido. Este fue el reino que Daniel profetizó (^{<270244>}Daniel 2:44). Jesús y Juan el Bautista vinieron predicando que el reino estaba cerca (^{<400302>}Mateo 3:2; ^{<410115>}Marcos 1:15). Este reino no era un reino político, terrenal, como los judíos esperaban que el Mesías lo instituiría, sino que era el reino de Dios en el corazón de los hombres. La esperanza de los judíos era que el Mesías descendería de los cielos en una gran milagrosa manifestación de poder, la cual espantaría a sus enemigos, rompería el poder de la dominación romana, y establecería un gran reino judío para gobernar sobre toda la tierra. Pero cuando vino Jesús “manco y montado sobre un asno”, diciendo que el reino de Dios no había venido con ostentación, sino que él era una realidad que solamente los regenerados podían ver y apreciar (^{<421720>}Lucas 17:20-21; ^{<430303>}Juan 3:3), ellos rechazaron a un rey así y a un reino como ese, con burla y desdén. Aun los discípulos más espirituales de Jesús no apreciaron la naturaleza

espiritual del reino sino hasta después de la muerte y resurrección de Jesús y del descenso del Espíritu en Pentecostés. Aun en ocasión de la ascensión de Jesús, ellos estaban todavía preguntando si era el tiempo de restaurar el reino a Israel (⁴⁴⁰¹⁰⁶Hechos 1:6), pensando, evidentemente, en una restauración del reino davídico bajo el Mesías, pero probablemente en una escala mayor. Pablo dice que el reino de Dios no consiste en comida o en bebida, sino en justicia, paz y gozo por el Espíritu Santo (⁴⁵¹⁴¹⁷Romanos 14:17). El reino es una experiencia interior, espiritual y una realidad presente. Juan dice que él es participante con aquellos a quienes él les escribe, en la tribulación y en el reino y en la paciencia que son en Jesús (⁶⁶⁰¹⁰⁹Apocalipsis 1:9). Juan afirma esto como una experiencia actual de él y de ellos. Si la tribulación y la paciencia pertenecieron a Juan y a sus compañeros cristianos en esta vida, igual cosa podemos decir del reino. No debe ponerse, entonces, el reino como algo que comenzará en el futuro; el reino empieza aquí y ahora mismo. Cuando los hombres se someten a la autoridad de Cristo como Salvador y Señor y por la presencia del Espíritu sienten justicia, paz y gozo, ellos están en el reino de Dios.

Se dice algunas veces que no puede haber un reino sin que haya un rey; y en vista de que el Rey está ausente, el reino no es todavía; el reino no será sino hasta que el Rey regrese. Es cierto que no puede haber un reino sin un rey; pero nosotros tenemos al Rey presente en el Espíritu. El vive en el cristiano (⁴³⁰⁶⁵⁶Juan 6:56; ⁴⁸⁰²²⁰Gálatas 2:20). Habita en nuestro corazón por la fe (⁴⁹⁰³¹⁷Efesios 3:17). Ningún hombre es cristiano mientras no se someta a su autoridad espiritual. El es ahora Señor y Cristo (⁴⁴⁰²³⁶Hechos 2:36). La promesa de David de que uno de sus descendientes se sentaría sobre su trono, se ha cumplido en la resurrección y en la ascensión (⁴⁴⁰²²⁹Hechos 2:29-34). Los judíos no podían reconciliar la idea de un Mesías sufriente con la de un Mesías reinante. Jesús no anunció que el reino de Dios estaba cerca para luego cambiar su programa ante el rechazamiento de su propia nación. El reino de Dios se inició en su venida. El introdujo un reino de paz y de justicia cuando vino a salvar a los hombres de sus pecados. El reconcilia a los hombres con Dios y a ellos entre sí mismos. Cuando los ángeles cantaron paz en la tierra entre los hombres de buena voluntad, no estaban cantando un canto que fuera inoportuno por el hecho de haber sido contado dos mil años antes.

4. Este reino es un poder progresivo en el mundo.

En el Nuevo Testamento se nos presenta el reino como teniendo un desarrollo durante la actual era evangélica. No deben contrastarse como dos cosas diferentes la época del evangelio y la época del reino. La venida de Cristo y su evangelio iniciaron el reino; la predicación del evangelio es el medio para el desarrollo del reino. El evangelio del reino es el evangelio de la salvación por la gracia de Dios por la fe en Jesús como un Redentor crucificado y resucitado. No hay dos evangelios, sino solamente uno.

En Mateo 13, Jesús expone dos parábolas para ilustrar el crecimiento del reino —la parábola de la mostaza y la de la levadura (vv. 31-33). Teniendo un comienzo insignificante, el reino llegará a ser un gran poder mundial. Algunos dicen que la parábola de la levadura representa el poder que el cristianismo tiene para leudar la vida individual, mientras que la parábola de la mostaza enseña la expansión del cristianismo por todo el mundo. Fuere esto así o no, lo cierto es que Jesús dio a entender que el cristianismo tendría un crecimiento indefinidamente grande en el mundo. Evidentemente, el reino de Dios ha de venir a ser un estupendo poder en la vida del mundo. Algunos objetan el tomar la parábola de la levadura como representando el desarrollo del reino. Ellos dicen que esa parábola representa la expansión del mal en la “iglesia”. Una razón que se da para esto es que en ninguna otra parte la levadura representa el bien. En respuesta, dos cosas deben decirse. Una es que, si en todas partes la levadura representa al mal, de ninguna manera esto probaría que en este pasaje ella no representa al bien. Un término figurativo no significa necesariamente la misma cosa en todos los casos en que se usa. Otra cosa que debemos recordar es que en el Antiguo Testamento la levadura no representó siempre al mal.

(Véase [030713](#) Levítico 7:13; 23:17). Hay algunos pasajes en el Antiguo Testamento los cuales parecen predecir un reino universal de paz y de justicia, tales como el [194608](#) Salmo 46:8, 9; [230202](#) Isaías 2:2-4; 11:6-9; [330401](#) Miqueas 4:1-4. Hay algunos que se mofan de la idea de que las guerras cesarán antes de la segunda venida de Cristo. Pero no hay que olvidar que muchas cosas que la gente buena no creía que acontecerían, sin embargo han acontecido. No es una proposición segura el sostener que lo que no se ha hecho no puede ser hecho, especialmente cuando tenemos en cuenta a Dios y a su gracia.

Una objeción que se aduce a esto es que el Nuevo Testamento dice que el mundo irá de mal en peor hasta que Cristo venga. No obstante, esto es una equivocación. Estos pasajes, si se examinan a la luz del contexto, creemos que se descubriría que los tales se refieren a los males que surgían en el propio tiempo del escritor, y por lo cuales él hace sus advertencias. No podemos

tomar esos pasajes como indicando un aumento predominante del mal durante la época del evangelio como un todo. Además, tal interpretación no puede estar de acuerdo con dos mil años de historia cristiana. Aun celosos hombres cristianos pueden hablar burlonamente de lo que el cristianismo ha hecho por la sociedad humana. Pero a pesar de eso, el mundo es un lugar mucho mejor en donde vivir que lo que fue cuando Jesús nació en él. Parcialmente la mujer ha sido liberada, la niñez respetada y, hasta cierto punto, protegida, y se ha justificado mejor la personalidad humana; y todo esto se debe a Jesús y a su obra redentora. Aunque lentamente, sin embargo, con toda seguridad los ideales políticos, industriales y nacionales están siendo transformados. Por lo menos ahora la nación que emprenda una guerra se esfuerza por excusarse y hacer intentos, ante la opinión pública, por echarle la culpa a otra nación. Los grandes males sociales están paulatinamente siendo puestos fuera de la ley.

Otra cosa que conviene recordar es que puede haber en algunos respectos un desarrollo del mal en contraposición con el desarrollo del reino de Dios. El mal aparece siempre oponiéndose al bien. Las formas más sutiles y peligrosas del mal no surgen del seno de las tinieblas del paganismo. Ellas aparecen como ángeles de luz en medio de las bendiciones del evangelio. El mal tiende a hacerse más sutil y más intenso donde la luz del evangelio es mayor. El Apocalipsis parece describir la lucha entre el pecado y la justicia como algo que se prolonga y que asume formas diferentes. El pecado aparece en miríadas de formas antes de ser finalmente vencido. Cuando se logra aplastarlo en una forma, aparece en otra. Nuestro objetivo debiera ser traer todo el orden social del mundo bajo el dominio de los principios del evangelio y del Espíritu de Cristo. Si se objeta que esto es un ideal que es imposible de alcanzar en esta época, sería bueno recordar que Cristo nos ha mandado ser perfectos como el Padre que está en los cielos es perfecto (⁴⁰⁰⁵⁴⁸Mateo 5:48). La Gran Comisión pone delante de nosotros un ideal tan alto en relación con la cristianización del orden social en el cual vivimos, como lo pone también el mandamiento de Jesús en lo que se refiere al carácter cristiano. La orden de que oremos para que el reino de Dios venga y para que su voluntad sea hecha en la tierra así como es hecha en el cielo, nos presenta el mismo alto ideal y nos coloca bajo la misma gran obligación.

5. El reino eterno de Dios.

El Nuevo Testamento es claro en la enseñanza de que la etapa final del reino es el reino eterno que se introducirá con la segunda venida de Cristo. Mucha

confusión de pensamiento surge en este punto. Algunos insisten en que la época del reino está todavía por venir, que ella será inaugurada en la segunda venida de Cristo. Pero el Nuevo Testamento nos hace ver con claridad que la segunda venida no inicia sino lleva a su término el reino de Dios en la tierra, e introduce el reino eterno. Los siguientes pasajes muestran claramente que la palabra se usa en este último sentido: ^{<401343>}Mateo 13:43; 25:34; 26:29; ^{<461502>}1 Corintios 15:24; ^{<550401>}2 Timoteo 4:1, 18. Esta fase del asunto se discutirá más adelante en relación con la segunda venida de Cristo.

Los temas siguientes pueden ser considerados como pasos en el establecimiento del reino eterno o aspectos de ese reino cuando quede establecido. La muerte, la segunda venida de Cristo, la resurrección y el juicio son pasos en el establecimiento del reino eterno, mientras que el cielo y el infierno son aspectos del orden de cosas cuando la autoridad y el poder de Dios hayan de establecerse sobre todas las cosas.

II. LA MUERTE Y LA GLORIA INMORTAL

1. Ya hemos considerado el hecho de que la muerte es tomada en la Biblia como la pena por el pecado.

No necesitamos ampliar aquí la discusión del asunto. Pero está el hecho de que en el Antiguo Testamento la muerte y la vida futura son generalmente vistas en un aspecto más bien sombrío. La religión del pueblo hebreo fue más bien una religión para esta vida. Es un poco difícil para nosotros ponernos en su lugar y convencernos de que esto es así, mas sin embargo, así es, como el Antiguo Testamento claramente lo muestra. Las promesas eran principalmente para esta vida, y en una proporción mayor que en el Nuevo Testamento, estaban relacionadas con los bienes temporales. Algunas veces se habló de la muerte como la cesación de la comunión consciente con Dios y del servicio activo rendido a él (Salmos 6:5; 30:9; 88:10-12; 115:17; ^{<210910>}Eclesiastés 9:10; ^{<233818>}Isaías 38:18). La prolongación de la vida sobre la tierra era la marca del favor de Dios (^{<233818>}Isaías 38:18-20). En ocasiones, el escritor parece mirar más allá de la muerte a la resurrección y a la vida con Dios, pero aun en tales casos, no se hace con una discusión muy extensa. Simplemente se asevera (Salmos 16:8-11; 73:24). El pasaje contenido en ^{<271201>}Daniel 12:1-3 es el único que no se disputa. El de Isaías es casi tan claro como el de Daniel. El uso figurativo de la expresión de Ezequiel muestra que la idea no era tan rara (^{<263712>}Ezequiel 37:12). Las enseñanzas de Pedro (^{<440225>}Hechos 2:25), de Pablo (^{<441333>}Hechos

13:33) y de Jesús (^{<41124>}Marcos 12:24), muestran que ellos entendieron que el Antiguo Testamento enseñaba la doctrina. El traslado de Enoc y de Elías al cielo, muestra que los escritores del Antiguo Testamento no creyeron que la muerte fuese el fin de la existencia. Podemos resumir diciendo que el Antiguo Testamento, como un todo, claramente no considera la muerte como la cesación de la existencia, pero no da mucha luz sobre la vida que hay más allá del sepulcro.

2. Lo más notable es que en el Nuevo Testamento todo esto cambia.

El panorama de la muerte es completamente transformado. Esto no quiere decir que la muerte en sí misma ha venido a ser considerada como buena; ello más bien significa que el mal de la muerte ha sido vencido, y a la muerte se la mira como la entrada del hijo de Dios a una vida más gloriosa y más plena. Jesús llama a la muerte un sueño (^{<410539>}Marcos 5:39). Las gentes se rieron de él por eso. El habla de la muerte de Lázaro como de un dormir (^{<431111>}Juan 11:11). Sus discípulos no podían entender tal cosa. Habla de Abraham, de Isaac, y de Jacob como viviendo, y no como muertos (^{<411226>}Marcos 12:26-27). En la historia del rico y Lázaro, Jesús nos enseña que él no considera la muerte como la terminación de la existencia consciente, sino como la entrada del justo a un estado de descanso y de paz (^{<421619>}Lucas 16:19). De Esteban se nos dice que durmió (^{<440760>}Hechos 7:60). Pablo menciona la muerte como una de las cosas que no nos pueden separar del amor de Dios (^{<450838>}Romanos 8:38), y una vez más, él la incluye entre las posesiones del cristiano (^{<460302>}1 Corintios 3:21, 22). Esta última expresión muestra que Pablo considera la muerte como llegando a ser, por la gracia de Dios, un haber antes que un deber, una bendición antes que una maldición. En su propio caso, él nos dice que sería mejor partir y estar con el Señor; esto es lo que él desea para él (^{<500123>}Filipenses 1:23). Más tarde, cuando piensa que su tiempo está por concluir, tranquilamente dice que el tiempo de su partida está cercano, y que le espera la corona de justicia (^{<550406>}2 Timoteo 4:6, 8).

3. ¿Cuáles son las causas que han traído este cambio de apreciación acerca de la muerte?

Dejando a un lado el desarrollo teológico del período interbíblico, encontramos en el Nuevo Testamento mismo la explicación. Hay tres razones primarias: una es la enseñanza de Jesús acerca de la muerte; otra es la resurrección de Jesús; y la tercera es la comunión con Dios, que los hombres obtuvieron por la fe en el Redentor crucificado y resucitado. Se refirió a la muerte como un dormir

(⁴¹⁰⁵³⁹Marcos 5:39). El dijo: “Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá jamás” (⁴³¹¹²⁶Juan 11:26). Ningún hombre ha hablado de la muerte como él habló. Sus discípulos vieron sus esperanzas con respecto a Jesús como el Mesías completamente deshechas cuando le vieron morir en la cruz a manos de hombres pecadores. Pero sus esperanzas se reanimaron por su resurrección de los muertos y el concepto que ellos tenían de su mesianismo y de la naturaleza del reino se transformó. La resurrección también produjo una transformación en la opinión que ellos tenían de la muerte. Ante sus ojos tenían una palpable demostración del hecho de que la muerte había sido conquistada. Ellos interpretaron la muerte y la resurrección de Jesús como significando que él había enfrentándose a los dos grandes problemas de la vida humana. El murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras (⁴⁶¹⁵⁰³1 Corintios 15:3). En su muerte él afrontó el problema del pecado y lo resolvió. Luchó con ella como si se tratara del mayor enemigo el hombre, y la venció. Al conquistar el pecado, conquistó la muerte, pues el pecado y la muerte son inseparables. El otro aspecto del asunto es que por la fe en Cristo los hombres entraron en comunión con el Dios viviente, y por lo mismo, tuvieron conciencia de la victoria sobre el pecado y sobre la muerte en su propia vida. Ellos eran conscientes de que la comunión que ellos tenían con Dios era una comunión tal, que la muerte no podía terminar con ella. En su vida, el poder del pecado y de la muerte se había roto por la entrada de un nuevo poder, el poder del Espíritu de vida en Cristo Jesús (⁴⁵⁰⁸⁰²Romanos 8:2). Cristo vino y tomó la naturaleza del hombre a fin de que por medio de la muerte él pudiera libertar a todos aquellos que por el temor de la muerte estaban sujetos por toda la vida a la esclavitud (⁵⁸⁰²¹⁴Hebreos 2:14-16).

4. La noción cristiana.

En lugar, entonces de que la muerte fuera algo que debía temerse, ella es la hora de la liberación para el cristiano, la hora de la entrada a una vida más gloriosa.

La muerte no es la terminación de la vida; es la entrada a una vida superior. El elemento principal en esta vida superior es que ella será una vida de comunión continua con el Señor. Esto era aquello que Pablo miraba con vehemente anhelo (⁴⁷⁰⁵⁰¹2 Corintios 5:1; ⁵⁰⁰¹²³Filipenses 1:23). La muerte es, entonces, el medio por el cual nosotros somos trasladados al “reino más alto y mejor”.

III. LA VENIDA FINAL DE CRISTO

Ha habido, y todavía hay, mucha diversidad de opinión con respecto al retorno de Cristo a la tierra. Un asunto acerca del cual hay mucha diferencia de opinión entre honestos hombres cristianos, debiera ser aquel en el cual se manifieste un espíritu tolerante, y debiera abordársele con cautela y con juicio cuidadoso. No debiéramos ser muy dogmáticos en donde evidentemente existe el peligro de perder el camino; y cuando se han expresado convicciones, debiera mostrarse el debido respeto hacia los buenos y honestos hermanos que sustentan opiniones opuestas.

Ahora deseamos considerar algunos de los aspectos más fundamentales de esta doctrina, según se nos la presenta en el Nuevo Testamento, y exponer algunas conclusiones sobre el asunto, las cuales nosotros creemos que pueden con toda seguridad mantenerse.

1. El hecho de su regreso.

Más allá de toda duda, el Nuevo Testamento enseña que Cristo volverá a esta tierra. Quizá ninguno que estudie el Nuevo Testamento se atreverá a negar que los discípulos esperaban que él volviera. Las siguientes referencias bíblicas demostrarán con claridad que el hecho del retorno de Cristo a la tierra es una enseñanza fundamental en el Nuevo Testamento: ⁴⁰¹⁶²⁷ Mateo 16:27; 24: 27, 37-39; 25:31; ⁴¹⁰⁸³⁸ Marcos 8:38; 13:26; ⁴²²¹²⁷ Lucas 21:27; ⁴³²¹²² Juan 21:22; ⁴⁴⁰¹¹¹ Hechos 1:11; ⁴⁶¹⁵⁰² 1 Corintios 15:23; ⁴⁵²⁰¹¹⁰ 1 Tesalonicenses 1:10; 4:16; ⁴⁵³⁰¹⁰⁷ 2 Tesalonicenses 1:7, 10; 2:1, 8; ⁴⁶⁰⁰¹⁰⁷ 1 Pedro 1:7; ⁴⁶¹⁰¹¹⁶ 2 Pedro 1:16; 3:4, 8-12; ⁴⁶²⁰²²⁸ 1 Juan 2:28. De ninguna manera esta lista es exhaustiva; es representativa. Algunos pudieran dudar de que unos pocos de estos pasajes se refieran al advenimiento final, pero no podrá haber duda acerca de ellos tomándolos en su totalidad. Todas las clases de escritores en el Nuevo Testamento, los primeros y los últimos, evidentemente miraron hacia adelante al retorno de Cristo, y consideraron esta esperanza como basada en una promesa de Cristo mismo, antes de que él se fuera.

2. El propósito de su venida.

¿Con qué propósito volverá Cristo a la tierra? Este punto es de la mayor importancia en relación con esta doctrina, y casi nos sentimos obligados a decir que es nuestra opinión que en este punto es en donde mucha gente buena se extravía en el camino. Quizás podemos resumir el asunto en la siguientes afirmaciones:

(1) Cristo no vendrá salvar al mundo, sino a juzgarlo.

El propósito principal de su primera venida fue el de salvar al mundo, no el de juzgarlo (⁴³⁰³¹⁷Juan 3:17; 12:47). La primera vez él vino en humildad; fue despreciado y crucificado. Pero cuando venga otra vez, vendrá en gloria y poder. El viene en una misión salvadora, pero será una misión salvadora únicamente para aquellos que le han recibido antes de que él venga. Levantará a los muertos y transformará a los cristianos vivos, y completará de ese modo su salvación (⁴⁶¹⁵⁰⁵1 Corintios 15:50; ⁵²⁰⁴¹³1 Tesalonicenses 4:13). Pero ningún pecador se arrepentirá después de que él venga. Su regreso para juzgar al mundo es un motivo para arrepentirse hoy, pero no ofrecerá ninguna oportunidad de arrepentimiento después de que él venga (⁴⁴¹⁷³⁰Hechos 17:30). Afirmar que Cristo ahora está salvando a un pequeño remanente de la raza, los elegidos, la iglesia, la esposa de Cristo, y que salvará a la gran mayoría de la humanidad después de que venga y que asombrará al mundo con una manifestación de su majestad y poder —prácticamente, esto es darnos dos planes de salvación: Uno es el plan de salvación por la persuasión moral, el poder espiritual y la influencia del evangelio; el otro es el plan de impresionar al mundo con tal demostración exterior de majestad y poder, que el mundo se sentirá compelido a someterse. Un plan como este último no existe. Ninguna cantidad de manifestación exterior de poder hará cambiar la voluntad del hombre. Esto pudiera llevar al hombre a hacer una entrega externa y pública como asunto de miedo esclavizador, pero ello no renovaría la naturaleza moral del pecador. El arma por la cual el mundo será sometido es el evangelio de Cristo, predicado por pecadores salvados por la gracia de Dios y ungidos por su Espíritu para su obra. Si este plan falla, Dios no tiene otro plan que él hubiese revelado al hombre. Es el Cristo, de cuya boca procede la espada aguda y de dos filos de la Palabra de Dios, el que sale a la guerra contra el pecado y contra la injusticia y el que los arroja de la tierra (⁶⁶⁰¹¹⁶Apocalipsis 1:16).

Pablo nos da a entender que Cristo permanecerá en el trono de su reino de mediación, hasta que todos sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies (⁴⁶¹⁵⁰²1 Corintios 15:25). Cuando él deje ese trono, su obra mediadora, en lo que a la salvación de los pecadores concierne, llegará a su fin. Entonces viene el juicio, no la salvación, para el pecador. Pedro nos enseña que la razón por la cual el Señor tarda en su venida es porque no quiere que ninguno se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento (⁶¹⁰³⁰⁹2 Pedro 3:9). Demora su

venida a fin de que los hombres puedan tener una oportunidad para arrepentirse.

(2) El viene, no para establecer un reino temporal en la tierra, sino para consumar su reino de mediación y para anunciar el reino eterno de Dios.

Como la encarnación de Dios y como Aquel que trajo por su muerte y resurrección la redención para el hombre, Cristo recibió autoridad suprema sobre la raza humana (^{<402818>}Mateo 28:18). Esta autoridad tenía referencia especial a la salvación de los hombres y miraba hacia adelante a ese fin (^{<431102>}Juan 17:2). Un día, esta autoridad será universalmente reconocida (^{<502910>}Filipenses 2:10, 11). Ella continuará hasta que el último de sus enemigos en el mundo, que es la muerte, sea sometido (^{<461502>}1 Corintios 15:24-26). Esta conquista sobre la muerte se verificará en la segunda venida, cuando Cristo levantará a su pueblo de los muertos (^{<461502>}1 Corintios 15:23). Entonces entregará el reino al Padre (^{<461502>}1 Corintios 15:24). Quizás esta última declaración significa que la obra de la redención está ahora completa, y en lo que a esa obra concierne, él devuelve el reino al Padre. Trae a la raza redimida, en unión suya, a una sujeción a Dios, y, siendo que su obra en ese sentido es concluida, él rinde de nuevo su comisión y su autoridad a Dios quien se las dio. Pero en vista de que la conquista de la muerte en el levantamiento de su pueblo se declara expresamente aquí como siendo el postre enemigo que será deshecho —esto muestra que la resurrección de los santos en la segunda venida de Cristo a la tierra, es la consumación y no la iniciación de su reino, y es la introducción del reino eterno de Dios.

(3) Se ha hecho referencia ya al hecho de que Cristo viene a levantar a los muertos y a juzgar el mundo. Ambas cosas las discutiremos más adelante. Pero hay algunos pasajes que parecen darle una importancia cósmica a la venida de Cristo. Pedro indica que el orden presente pasará y que habrá cielos nuevos y tierra nueva (^{<610312>}2 Pedro 3:12, 13). Juan vio cielos nuevos y tierra nueva (^{<662101>}Apocalipsis 21:1). Pablo indica que la creación fue sujeta a vanidad, probablemente por el pecado del hombre. El hombre gime dentro de sí mismo, esperando la adopción, la redención de su cuerpo. Del mismo modo toda la creación gime esperando participar de la libertad gloriosa de los hijos de Dios (^{<450819>}Romanos 8:19-23). Esto sería lo opuesto de lo que se dice en ^{<010317>}Génesis 3:17-19 acerca de una maldición pronunciada sobre la naturaleza por el pecado del hombre. Algunas de estas declaraciones pueden ser figurativas y simbólicas de realidades morales y espirituales, pero ellas pueden

indicar la posibilidad al menos de la renovación del mundo físico conjuntamente con la redención del hombre.

(4) Parece haber tres puntos sobresalientes en los tratos de Dios con la humanidad en Cristo: El primero fue la creación, cuando comenzó la historia del mundo; el segundo fue la encarnación, cuando ésta comenzó la raza fue creada nuevamente en Cristo como la cabeza de una humanidad redimida; el tercero será la segunda venida, cuando la historia de la raza llegue a tiempo a un fin, cuando la redención sea consumada y el orden eterno de cosas sea introducido.

Podemos ver por qué es que en el Nuevo Testamento, entonces, la venida de Cristo es el evento sobresaliente del futuro, hacia el cual todas las cosas apuntan, exactamente como en el Antiguo Testamento la primera venida del Mesías fue el gran evento hacia el cual todos miraban. La segunda venida de Cristo es la esperanza gloriosa del cristiano.

3. El tiempo de su venida.

No hay lugar en donde más sabiduría se necesite que en la discusión de esta fase de la segunda venida.

Hay dos cosas sobre las que no hay duda que nosotros nada podemos hacer. Una es fijar el tiempo de la segunda venida de Cristo. Jesús dijo que él mismo no sabía el tiempo de su venida y que nadie lo sabía excepto el Padre (^{<411332>}Marcos 13:32). Pablo rechazó la inferencia que algunos hicieron acerca de su propia enseñanza, de que él fijaba el tiempo como inmediatamente cerca (^{<530201>}2 Tesalonicenses 2:1). Jesús nos previene contra los que señalarían el tiempo y el lugar de la aparición del Mesías (^{<402423>}Mateo 24:23). El dice que su aparición será repentina e inesperada, como la luz del relámpago (^{<402427>}Mateo 24:27). El vendrá inesperadamente al mundo, como el diluvio en los días de Noé (^{<402437>}Mateo 24:37). Este es el punto, y el único punto, en su ilustración del diluvio. Allí no hay referencia a la condición moral del mundo en el tiempo de su venida.

Esto nos lleva a la otra cosa que no podemos hacer —o sea: trazar planes y programas de historia humana. La Biblia no tiene la intención de adelantarnos el desarrollo de la historia. Semejantes esfuerzos son hechos en vano. Parece que es una cosa lo suficientemente clara en el Nuevo Testamento, que la segunda venida de Cristo redondeará los asuntos de la historia humana; de modo que parece que nosotros pisamos terreno firme al decir que cualquier cosa que

suceda en cuanto a la conversión de los judíos, la revelación del hombre de pecado (más de lo que ya ha ocurrido), los triunfos del cristianismo en el mundo —todo esto acontecerá antes del advenimiento final, no después. Y es porque el autor de este libro no cree que ningún esquema de historia puede trazarse antes de tiempo, que él hace a un lado el asunto del milenio. La Biblia se refiere al milenio no más que en un pasaje oscuro, y parece que ninguno sabe qué es lo que significa dicho pasaje. (^{[662001](#)}Apocalipsis 20:1-10). Debe notarse también que no se dice nada en el pasaje acerca de la segunda venida de Cristo. El escritor cree que cualesquiera triunfos que el cristianismo haya de tener, éstos vendrán antes del advenimiento final, y que probablemente habrá grandes triunfos del evangelio y de sus principios en la historia humana. Hasta este punto, el autor de este libro es postmilenista.

IV. LA RESURRECCIÓN

1. *Sólo una resurrección.*

Parece ser que la enseñanza de la Biblia es que habrá una resurrección general al tiempo de la segunda venida de Cristo, incluyendo a los justos y a los injustos. La declaración de Daniel es que “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (^{[271002](#)}Daniel 12:2). Aquí los justos y los malvados son incluidos en la resurrección. Jesús dice que la hora viene en la cual todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios y saldrán fuera: los que hicieron bien, a resurrección de vida, y los que hicieron mal, a resurrección de juicio o condenación (^{[430528](#)}Juan 5:28, 29). Lucas hace constar que Pablo dice que habrá resurrección, tanto de los justos como de los injustos (^{[442415](#)}Hechos 24:15).

En el relato del juicio dado en ^{[662011](#)}Apocalipsis 20:11, se dice que el mar dio los muertos que estaban en él; y la muerte y el Hades dieron los muertos que estaba en ellos (v. 13). Aun cuando no se menciona esto como una resurrección, esto evidentemente significa una resurrección de todos los muertos. El concepto bíblico de la resurrección es que será una resurrección general, incluyendo a los justos y a los malvados. La impresión de estos pasajes es la de que todos los muertos serán levantados al mismo tiempo. No hay la sugerencia en ninguno de ellos de que habrá un intervalo de tiempo entre la resurrección de los justos y de los injustos.

2. *Naturaleza del cuerpo de resurrección.*

No se nos dice mucho en el Nuevo Testamento acerca de la naturaleza del cuerpo de resurrección. Sin embargo, algo de luz se arroja sobre el asunto, proveniente de dos fuentes: una es la resurrección y las apariciones de Jesús; la otra son las enseñanzas que encontramos en 1 Corintios capítulo 15 y en la enseñanza de Jesús en su controversia con los saduceos sobre este asunto (^{[411218](#)} Marcos 12:18-27). Tomando esto como base, nosotros nos sentimos seguros al adoptar las siguientes posiciones:

(1) Será un cuerpo.

La resurrección no se refiere simplemente a la inmortalidad de la naturaleza espiritual o alma del hombre. Lleva en sí el hecho de la inmortalidad, pero significa algo más que eso. El hecho de que Jesús comió en presencia de sus discípulos después de la resurrección, que anduvo y conversó con ellos, demuestra que él era más que un espíritu. A decir verdad, Jesús repudió la idea de que él era un espíritu semejante, y dijo que tenía carne y huesos (^{[422439](#)} Lucas 24:39). En otra ocasión, ellos tocaron sus pies y le adoraron (^{[402809](#)} Mateo 28:9). Además, el cuerpo de Jesús salió de la tumba. La tumba fue encontrada vacía (^{[432011](#)} Juan 20:11, 12). Cuando Pablo habla de un cuerpo espiritual (^{[461504](#)} 1 Corintios 15:44), no quiere decir que sea simplemente un espíritu en esencia. Tal cosa no sería un cuerpo del todo. Nuestro estado eterno no será el de un espíritu incorpóreo, sino que nuestros espíritus serán vestidos y materializados en un cuerpo.

(2) Será una continuación del cuerpo actual.

Como queda ya dicho, Pablo enseña en 1 Corintios 15 que el cuerpo que se siembre en el sepulcro, se levantará otra vez. Fue el cuerpo de Jesús que colocaron en la tumba de José de Arimatea el que se levantó y en el que él apareció a sus discípulos.

Algunas veces se expresa la objeción de que será imposible juntar todas las partículas de la materia que pertenecen al cuerpo actual y reunirlas en el cuerpo de resurrección. Algunas veces una partícula de materia puede pertenecer a más de un cuerpo humano. La respuesta a esta objeción es que la identidad continua del cuerpo no depende de que posea las mismas partículas de materia continuamente. Cada partícula de materia del cuerpo cambia después de varios años; y no obstante, hay identidad continua. El cuerpo del hombre maduro es una continuación del cuerpo del niño; y sin embargo, las partículas de la materia han cambiado. Lo mismo el tamaño, los aspectos, y otras características

cambian a tal grado, que nadie que hubiera conocido a la persona durante el período transcurrido, reconocería el cuerpo del hombre como teniendo alguna identidad con el cuerpo del niño. Parece que el principio de continuidad no reside en las partículas de materia que componen el cuerpo; probablemente reside en la vida que anima al cuerpo. Esto puede sugerir la propiedad de la figura de Pablo en cuanto al grano de trigo que es plantado en el suelo y luego muere. Del mismo modo el cuerpo es plantado, y fuera del viejo cuerpo surge uno nuevo, con poderes superiores, y sin embargo, es una continuidad del otro.

(3) *El nuevo cuerpo tiene poderes superiores a los del viejo.*

Esto es evidente en el caso del cuerpo de Jesús. El nos da la impresión de atravesar las puertas cerradas de un cuarto, a voluntad (^{<43202>}Juan 20:26). En la ascensión, su cuerpo subió a través del espacio. Posiblemente, nuestro cuerpo de resurrección trascenderá grandemente las limitaciones del espacio, en cuanto a que estas limitaciones pertenecen a la materia según la conocemos nosotros ahora. Pablo llama al cuerpo de resurrección un cuerpo espiritual. Según se ha indicado ya, esto no quiere decir un cuerpo compuesto de espíritu, sino un cuerpo perfectamente adaptado a los fines y usos de nuestro espíritu glorificado. Pablo dice que la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios (^{<461505>}1 Corintios 15:50). Algunos interpretan esto en el sentido de que el cuerpo de resurrección no estará compuesto de materia sino de espíritu. Esto no armonizaría con la declaración de Jesús de que su cuerpo de resurrección era carne y hueso. Lo que Pablo más bien quiere decir es que la carne y la sangre, tales como las conocemos nosotros ahora, sujetas a la corrupción y al marchitamiento, no heredarán el reino de Dios. Ya no habrá más corrupción, decaimiento y muerte, y nuestros cuerpos de resurrección serán inmortales, incorruptibles y gloriosos. En lo que toca a los aspectos definitivos en los cuales sus poderes trascenderán a los del cuerpo actual, no tenemos información.

(4) *En cuanto a la naturaleza del cuerpo de resurrección de los malvados, se nos deja enteramente en ignorancia.*

Casi todo lo que sabemos es el hecho de que los malvados serán levantados, y que ellos se levantarán a una resurrección de vergüenza y de condenación. Posiblemente en algún modo, sus cuerpos se ajustarán a sus espíritus depravados y deformados, pero nada se nos dice de esto; y donde no se nos revela nada ni encontramos sugerencias en la experiencia respecto al camino que debemos seguir, haremos mejor en guardar un reverente silencio.

V. EL JUICIO

1. *La certidumbre del juicio.*

El principio del juicio en los tratos de Dios con el hombre, corre a lo largo de la Biblia y a lo largo de la experiencia y la historia humanas. El hecho del juicio está envuelto en la libertad moral del hombre y en su responsabilidad para con Dios. No se difiere el juicio totalmente al futuro. Ningún hombre puede hacer el bien o el mal, sin cosechar inmediatamente una recompensa de bien o de mal en conformidad con su obra. Quizás no podría ser de otro modo en un reino de ley moral. Y no obstante nosotros podemos ver que estaría en oposición con la libertad del hombre, al menos hasta cierto grado, si cada obra fuese inmediatamente seguida de su correspondiente recompensa, especialmente si tal resultado fuera claro y manifiesto. El hombre seguiría el curso correcto entonces, no tanto porque él amase lo recto y odiese lo malo, sino porque él temería hacer lo malo. Un arreglo como ese, difícilmente sería de libertad y disciplina morales, sino más bien sería de coerción. Mucho de nuestra disciplina moral y de nuestro desarrollo espiritual lo obtenemos ahora de la lealtad a lo recto, en presencia del hecho de que el bien con frecuencia parece no ser recompensado y de que el pecado permanece sin castigo. Tales recompensas como las que siguen a la acción del bien o del mal, a menudo son de tal naturaleza que no resultan evidentes para el mundo. Muchas veces éstas consisten en la aprobación o desaprobación de nuestra propia conciencia. La completa recompensa de nuestras obras no se ve inmediatamente después de cometida la obra, buena o mala, ni la recompensa que muchas veces viene después es plenamente evidente para el mundo. El arreglo que tenemos en esta vida, parece ser necesario en un mundo que ha sido designado como un lugar de disciplina y de prueba morales.

Las escrituras están llenas de ejemplos que muestran cómo Dios concede su bendición al individuo o a la nación que hace el bien, o su maldición al que hace lo malo. Especialmente esto es evidente en tales períodos de juicio como el diluvio, la destrucción de Sodoma y Gomorra, la liberación de Israel de Egipto, con juicios sobre Egipto, y la cautividad de los judíos en Babilonia. En la historia de los judíos tenemos otro ejemplo notable en la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. de J.C. En el Nuevo Testamento tenemos la profecía de esto pero no tenemos el relato de su cumplimiento. Jesús predijo esta inminente destrucción sobre la nación judía, como un juicio por haberlo rechazado a él como el Mesías y como el Hijo de Dios.

En el Antiguo Testamento, el énfasis se pone sobre el juicio en esta vida; en el Nuevo Testamento, el juicio final se pospone hasta la otra vida. El juicio final no viene sino hasta el advenimiento final de Cristo. Esto se ve claramente en Mateo 25. Puede ser que el juicio final se posponga hasta el fin de la historia humana, a fin de que nuestras obras buenas y malas tengan tiempo de actuar en la historia humana hasta ver sus consecuencias finales. Todas nuestras obras tendrán suficiente tiempo para manifestarse en su cualidad moral y en sus efectos sobre la vida de otros. Todo hombre será entonces juzgado, no como un individuo aislado, sino como un miembro de la raza. La raza en su unidad y totalidad, tanto como los individuos en su calidad de unidades de la raza, serán juzgados. Dios será vindicado en su obra de haber creado a la raza tanto como en su dirección providencial y en su redención de ella. El juicio viene al fin de la historia de la raza sobre la tierra y como la consumación de esa historia.

No hay contradicción, entonces, entre la idea de un juicio parcial en los tratos de Dios con los individuos, con las naciones y con la raza durante el curso de la historia, y la idea de un juicio final al fin de la historia humana. Este último juicio viene como la terminación y la vindicación del anterior. Cada uno implica al otro, y ninguno de ellos es completo sin el otro.

2. *El propósito del juicio.*

El propósito del juicio no es instituir una investigación para determinar si el individuo será salvo o perdido. El Dios de infinita sabiduría y conocimiento no necesita de semejante corte de investigación. Sin semejante corte de inquisición, Dios conoce todos los caminos del hombre, el carácter del hombre y el destino del hombre. Tampoco será necesario para que el hombre llegue a conocer cuál es su destino. Cada hombre conoce esto en la muerte, o acaso antes. La muerte misma es indudablemente una gran crisis de juicio en la que el carácter se manifiesta y cristaliza, cuando comparecemos en la inmediata presencia de Dios. Pero a pesar de esto, parece que todavía hay la necesidad de un juicio final al fin de la historia humana.

¿Cuál es, entonces, el propósito del juicio? Podemos resumirlo así:

(1) *Manifestar el carácter de cada hombre, según se revela en sus palabras y obras, en relación con sus prójimos y en cuanto a los efectos de sus obras sobre la vida de los demás.*

Quizás sea esta la razón para que el juicio final no venga antes del fin de la historia humana, sino con la segunda venida de Cristo. El propósito del juicio

no es poner en pugna las obras buenas con las obras malas del hombre, para luego determinar su destino de acuerdo con la preponderancia de las unas sobre las otras. Pero sus palabras y sus obras son traídas a juicio como indicación de su carácter. El carácter determina el destino, y el carácter se indica y se determina por las obras.

(2) Para asignarle al hombre su destino en conformidad con su carácter.

Como se acaba de decir, esto no significa que se debe esperar hasta el día del juicio final para saber si se está salvo o condenado. Tampoco significa que no se entre al gozo de los frutos de una buena vida o a los sufrimientos de las funestas consecuencias de una mala vida, inmediatamente después de la muerte. La enseñanza del Nuevo Testamento indica lo contrario. Pero sí significa que la posesión final y completa de las recompensas por el bien o por el mal, no viene sino hasta el fin del tiempo y hasta la consumación del orden histórico. El hombre no llega a su destino final, de este lado de la segunda venida de Cristo y del juicio. Cada hombre llega a su destino final, acompañado de todos los otros miembros de la raza.

(3) El propósito es, entonces, el de traer los asuntos de la historia humana a su completa terminación y el de vindicar los tratos de Dios con la raza tanto como sus tratos con el individuo.

Si se tratara únicamente de asignarle su destino al individuo, de acuerdo con su carácter, pero estrictamente como un solo individuo, entonces es posible que el juicio no fuera una necesidad. Pero Dios creó al hombre como una raza, y no como individuos aislados; la raza como raza cayó en el pecado del primer hombre; Dios proveyó redención para la raza en el segundo Adán; él preserva y gobierna a la raza en él; y juzgará a la raza en su manifestación final.

Especialmente se pone énfasis en el Nuevo Testamento sobre que el juicio será universal (^{<402532>} Mateo 25:32; ^{<451410>} Romanos 14:10; ^{<662013>} Apocalipsis 20:13). Todos los hombres estarán allí, y los asuntos de la raza verificados durante su historia en la tierra, serán consumados. Los caminos de Dios para con el hombre, serán vindicados.

3. La base del juicio.

La base del juicio es el hecho de que el hombre es responsable ante Dios como el Autor del mundo y del ser humano. El hombre es responsable ante Dios, porque Dios lo creó, lo preserva en existencia y le da todo lo que tiene en la vida. El hombre vive en el mundo de Dios. Dios es la base y el sostén de

nuestro ser. “En él vivimos, y nos movemos, y tenemos nuestro ser” (⁴⁴¹⁷²⁸Hechos 17:28). Como libre que es, el hombre puede aceptar o rechazar a Dios y su servicio. De consiguiente, tenemos que dar cuenta a él de nuestra vida. En ningún lugar el Nuevo Testamento considera la salvación por gracia como exonerando al hombre de su responsabilidad para con Dios. Esta es la razón por qué Pablo repudia la idea de que la justificación por la fe abroga o anula la ley. El dice que más bien establece la ley (⁴⁵⁰³³¹Romanos 3:31). La salvación por gracia deja afuera a la ley como método de salvación, pero no la hace a un lado en lo que respecta a la responsabilidad del hombre para con la ley moral y su responsabilidad de rendir cuentas a Dios. La noción opuesta es la noción antinomiana de la salvación por gracia, que socava el orden moral. Es lo que se ha venido arguyendo desde los días del Nuevo Testamento como una objeción a la salvación por gracia (véase ⁴⁵⁰⁶⁰¹Romanos 6:1), pero ello se basa en un mal entendimiento de lo que la salvación por gracia significa. El hombre no se salva por ser dispensado de su obligación de guardar los requisitos justos de la ley moral; se salva al ser gratuitamente perdonado sobre la base de la sangre redentora de Cristo, siendo de ese modo respaldado por el poder de la gracia transformadora de Dios, a fin de que él pueda cumplir con los requisitos de la ley (⁴⁵⁰⁸⁰¹Romanos 8:1-4).

El don de la gracia de Dios para el hombre pecador, no exonera a éste de su responsabilidad ante Dios; más bien aumenta su responsabilidad. Siendo que Dios ha tratado con el hombre por la gracia, de cierto que el tratamiento de gracia de Dios para con el hombre será tenido en cuenta en el juicio. Esto puede darnos una insinuación de lo que Pablo quiere decir cuando escribió que Dios juzgará los secretos de los hombres conforme a su evangelio (⁴⁵⁰²¹⁶Romanos 2:16). El juicio será la vindicación del tratamiento de Dios para con la raza en el tiempo pasado, y para con los miembros individuales de la raza. Y siendo que todos los tratos de Dios con el hombre han sido hechos en Cristo por medio de Cristo, Cristo será el juez de la humanidad. La raza fue creada en Cristo, y en él es conservada y redimida; la raza será juzgada en Cristo (⁴⁰²⁵³¹Mateo 25:31; ⁴⁴¹⁷³¹Hechos 17:31; ⁴⁵⁰²¹⁶Romanos 2:16).

VI. EL CIELO

Por el cielo damos a entender el estado final de los justos. Este estado de dicha final no viene sino hasta después del juicio. Esto se puede ver en ⁴⁰²⁵³⁴Mateo 25:34, y en ⁴⁰⁶²⁰¹Apocalipsis 20:11-15, seguido del capítulo 21. También se

demuestra por pasajes como el de 1 Corintios capítulo 15, en el que la posesión del cuerpo de resurrección se coloca en la segunda venida de Cristo.

1. El estado intermedio.

¿Pero qué diremos con respecto al estado intermedio, como suele llamársele; esto es, la condición del cristiano entre la muerte y la resurrección? Es cosa muy clara que este estado no es un estado de inconsciencia o de “sueño del alma”, como se dice; es un estado de conciencia tanto para el malvado como para el justo. La parábola del rico y Lázaro nos enseña esto. Jesús habla de la muerte como de un sueño, pero esto no quiere decir que él enseñe que sea un estado de inconsciencia sino un estado de descanso y de paz, en comparación con la agitación y la lucha de esta vida. Lázaro estaba en una posición de reposo en el seno de Abraham (⁴²¹⁶¹⁹Lucas 16:19). Este estado intermedio es un estado de comunión consciente con el Señor. Pablo, al hablar de la muerte, contrastándola con el deseo de continuar en esta vida, nos dice que aquella es “mucho mejor”. ¿Y por qué piensa él así? Porque se refiere a “partir y estar con Cristo” (⁵⁰⁰¹²³Filipenses 1:23). Al mismo tiempo, pues, en que el estado intermedio no es el estado final del cristiano, se nos hace ver claramente, sin embargo, que es una condición de comunión consciente e inmediata con Cristo, y es, de consiguiente, más glorioso y más bendito que la vida presente.

2. El estado eterno de los justos.

Hablando con más propiedad, el cielo denota el estado eterno de los justos, o su estado después de la resurrección y del juicio. Y no obstante, debemos reconocer que en la Biblia no se traza una línea muy clara de demarcación entre el estado al cual el cristiano entra inmediatamente en la hora de la muerte y su condición después del juicio. Es probable que los sistemas de teología hayan hecho más distinción en esto, que las enseñanzas del Nuevo Testamento podrían justificar. El hecho, sin embargo, de que la resurrección y el juicio final son puestos en la segunda venida, justifica la posición de que el cristiano no alcanza su estado final en este lado del orden eterno que se anunciará en el juicio final. El cristiano no llega al pleno y final gozo de las bendiciones de la redención, sino hasta que la nueva creación de una nueva humanidad en Cristo Jesús es completa. Nuestra salvación es parte de un plan que el Dios redentor tiene en su mente para una nueva raza, la cual está siendo creada en la imagen de Cristo Jesús. El individuo cristiano llegará a su destino final como un miembro de esta nueva raza redimida, de la cual Cristo es la cabeza. Nosotros no seremos perfeccionados aparte de los que nos precedieron y de los que

vendrán después de nosotros. Ahora podemos saborear la dicha de la redención en esta vida; en la hora de la muerte nosotros entramos a una posesión más plena de esa dicha; pero después del juicio entraremos a un completa posesión de ella. Lo que se ha dicho aquí, sin embargo, acerca de la felicidad eterna de los redimidos, tiene en gran parte aplicación a la condición de los justos entre la muerte y la resurrección.

(1) ¿Dónde está el cielo?

Primordialmente el cielo no es un lugar sino un estado de carácter. Es libertad del pecado y plenitud del compañerismo con Dios. Un hombre con pecado en su corazón no podrá ser feliz en ninguna parte del universo de Dios; éste convertiría cualquier paraíso en un infierno. El carácter es más que el ambiente. Un ambiente perfecto no hará un carácter perfecto. Algunos oradores baratos piensan que todo lo que se necesita para convertir a los pecadores en santos y al mundo en un paraíso, es un balde lleno de comida. Pero la experiencia más bien nos indica que, sin la gracia regeneradora de Dios, entre más fáciles sean las condiciones para el pecador, lo más probable es que se vuelva más perverso.

Por otra parte, la salvación no sería completa sin un cambio de ambiente tanto como un cambio en el carácter. Según indica el N.T., habrá una renovación del universo físico, juntamente con la libertad de los hijos de Dios, de la esclavitud del pecado y de la corrupción (⁴⁵⁰⁸¹⁹Romanos 8:19; ⁶¹⁰³¹³2 Pedro 3:13). Habrá cielos nuevos y tierra nueva para ser habitados por una nueva humanidad. Esto será cierto ya sea que la declaración de Pedro se refiera a la renovación del universo físico o que sea una figura de la regeneración del universo moral. El hecho de que nosotros habremos de tener cuerpos, probablemente requerirá “una habitación local y un nombre”. El cielo indudablemente será un lugar tanto como un estado del carácter. ¿Será en la tierra? Nadie lo sabe, y no hay para qué ahondar sobre el asunto. Nuestro cuerpo glorificado puede tener el poder de trasladarse de un punto a otro en el espacio en conformidad con nuestra voluntad glorificada. Nos sentimos en terreno sólido al afirmar que, mientras el punto primordialmente acerca del cielo es un estado de carácter, el cielo incluirá también un ambiente perfecto.

(2) Nuestro estado eterno será una libertad completa del pecado.

O, para poner el asunto afirmativamente, será santidad de carácter. El llegar a ser semejante a Cristo, esto es el cielo. Nosotros sabemos que cuando él

apareciere seremos semejantes a él (⁶²⁰³⁰²1 Juan 3:2). Lo que Dios tiene en su mente desde la eternidad es hacernos semejantes a Cristo en el carácter. El nos predestinó para hacernos semejantes a la imagen de su Hijo (⁴⁵⁰⁸²⁹Romanos 8:29). No hay nada que contriste tanto el corazón del cristiano en esta vida, como sus propias faltas y sus propios pecados; él anhela con gemidos indecibles su completa libertad. Esta la obtendrá en la otra vida. Uno de los principales elementos en la felicidad del cristiano en la vida venidera será el verse completamente libre del pecado. Y el pecado no solamente será quitado de nosotros, sino que será quitado de todo el orden social del cual formaremos parte. Los perros, los hechiceros, los fornicarios los homicidas, los idólatras, y todos los que aman y hacen mentira —los tales no entrarán en la Santa Ciudad (⁶⁶²²¹⁵Apocalipsis 22:15).

(3) Nuestro estado eterno será una vida de comunión sin estorbos con Dios en Cristo.

La comunión del cristiano con Dios es su principal alegría en esta vida. Es esto lo que trae gozo y esperanza y poder conquistador. Y es una comunión más plena lo que el cristiano anhela en la otra vida. Pablo dice que sería mejor partir y estar con el Señor (⁵⁰⁰¹²³Filipenses 1:23). Esta es la explicación de la expectación anhelosa de la segunda venida que encontramos en el Nuevo Testamento. Cuando Jesús estuvo en la tierra, sus discípulos tuvieron comunión con él en la carne. En esta vida nuestra comunión con Dios se ve estorbada por nuestros pecados y nuestra ceguera espiritual. Cuando nosotros veamos al Señor cara a cara y seamos completamente transformados conforme a su imagen, entonces nuestra comunión con él será abundante y completa. Esto lleva consigo la idea de que el cielo es la completa realización de la vida de comunión que el hombre tiene con Dios aquí y ahora.

El compañerismo con Dios lleva consigo el compañerismo con su pueblo. Aquellos a quienes nosotros conocimos en la tierra probablemente los conoceremos allí, lo mismo que a las huestes de los redimidos. Las relaciones terrenales, sin embargo, serán absorbidas en una relación superior. Esto es verdad hasta cierto punto aquí; lo será más extensamente allá. Si pudiésemos recordar allá las relaciones familiares, no hay duda que ellas estarán subordinadas a las relaciones superiores. No habrá casamientos ni nadie entrará en relaciones de matrimonio (⁴¹¹²⁵Marcos 12:25). En el cielo habrá relaciones sociales, pero éstas estarán subordinadas a las religiosas. Dios será el primero, nuestros compañeros después.

(4) El orden eterno es un orden libre de todo mal natural como la tristeza, la enfermedad y la muerte.

En el Nuevo Testamento hay abundantes indicaciones de que todas las formas del mal natural serán trascendidas en la vida glorificada del cristiano durante la vida venidera. Dios quitará toda lágrima de los ojos de su pueblo (²³²⁵⁰⁸ Isaías 25:8; ⁶⁶⁰⁷¹⁷ Apocalipsis 7:17; 21:4), y la tristeza y los lamentos desaparecerán (²³⁵¹¹¹ Isaías 51:11). La conquista total del pecado lleva consigo la trascendencia completa de todas las otras formas del mal. Cuando el hombre está enteramente de acuerdo con Dios y en completa armonía con su voluntad, entonces todo tiende a resultarle bien al hombre. “Y no habrá más maldición; sino que el trono de Dios y del Cordero estará en ella...” (⁶⁶²²⁰³ Apocalipsis 22:3). Y la razón por qué no habrá más maldición es porque el trono de Dios y del Cordero estarán allí. La autoridad y el gobierno de Dios habrá abolido todo mal y toda cosa que está anatematizada. Relativamente esto es así en esta vida, pero llegará a su completa realización en la vida venidera.

Esta completa trascendencia del mal se describe muy bellamente en Apocalipsis capítulos 21 y 22 bajo la figura de la Nueva Jerusalén que desciende del cielo. Según el Apocalipsis no salimos de la atmósfera de conflictos y de luchas sino hasta que hemos pasado el juicio de que trata el capítulo 20 y hemos llegado a la Nueva Jerusalén según el capítulo 21. Pero cuando llegamos al capítulo 21, nos parece que hemos arribado a una atmósfera completamente nueva, una atmósfera de calma y de alegría eternas. Las luchas y las desilusiones de esta vida terrenal son ya cosa del pasado. Venimos a una vida social perfecta en la cual lo único que reina es el amor a Dios y a los habitantes del cielo. Dios es supremo. Todos sus enemigos y nuestros enemigos son conquistados. La vida abundante es la porción del pueblo de Dios y la paz eterna es también de ellos.

(5) Allí habrá un servicio incesante a Dios.

Sus siervos le servirán en el orden eterno (⁶⁶²²⁰³ Apocalipsis 22:3). El cielo no es un lugar para la inactividad; no es un paraíso para los haraganes. Es un lugar de vida abundante —y vida significa actividad. En la misma naturaleza del caso, los seres creados han de servir al Dios que los creó. No se nos dice qué formas tomará nuestro servicio. Es suficiente que sepamos que serviremos a Dios. Indudablemente que alabanza y adoración serán rendidas eternamente al Dios que nos redimió (⁶⁶¹²¹⁰ Apocalipsis 12:10). Pero no hay duda que nosotros haremos también algo más que cantar y adorar. Aun el canto puede volverse monótono si no se le acompañara de otras formas de actividad.

(6) Indudablemente que el cielo será también un lugar o un estado de desarrollo sin fin.

Desde luego se nos puede preguntar: “¿No es el cielo un estado de perfección, y por ventura la perfección no excluye la idea del crecimiento?” El cielo es un lugar de perfección; es libertad del pecado y su maldición total. Pero un estado perfecto para el hombre no es un estado en el cual no haya crecimiento. Esto se demuestra en el caso de Jesús. El fue inmaculado, pero creció. Un estado de perfección para un ser creado es más bien un estado en el cual cualquier cosa que estorbe al crecimiento es suprimida. El gran impedimento al crecimiento en esta vida es el pecado. Cuando el pecado sea quitado de nosotros y nosotros seamos puestos en un ambiente en el cual el pecado como un obstáculo al crecimiento sea suprimido, entonces estaremos en condición de empezar a crecer como debiéramos.

En ⁴⁶¹³⁰⁹1 Corintios 13:9-12, Pablo indica que habrá un gran cambio en el método y en el carácter de nuestro conocimiento. Probablemente aquí él se esté refiriendo al orden eterno. Indudablemente nuestro conocimiento entonces será más directo e intuitivo que ahora. Entonces veremos cara a cara y conoceremos como somos conocidos. Pero no podemos interpretar esto en el sentido de que signifique omnisciencia. Sólo Dios es omnisciente. Para el ser que no es omnisciente siempre hay lugar para crecer. Y cuando nosotros lleguemos a una comunión muy estrecha con Dios, indudablemente se hará una renovación y un reacomodamiento de nuestros poderes racionales, que hará posible el que crezcamos en conocimiento en un grado al que ahora creeríamos imposible.

Otra vez es Pablo quien nos indica que la fe, la esperanza y el amor son las virtudes permanentes de la vida cristiana (⁴⁶¹³⁰¹1 Corintios 13:13). El conocimiento desaparece en el sentido de ser absorbido por un conocimiento más pleno, así como el conocimiento del niño es absorbido en el conocimiento del hombre (⁴⁶¹³⁰⁸1 Corintios 13:8-11). La fe, la esperanza y el amor no dejan de ser; permanecen por siempre. Pero la esperanza mira hacia el futuro; mira hacia algo que todavía no se ha realizado. Esto indica que en el cielo mismo habrá siempre ante nosotros posibilidades hacia las cuales nos estamos dirigiendo ahora y que todavía no hemos adquirido. Y la declaración de Pablo indica que la fe y la esperanza son tan eternas como el amor. Pareciera que esto necesitaría de la idea de que la vida futura para el cristiano será una vida de eterno crecimiento. Posibilidades ilimitadas de desarrollo en conocimiento,

poder y santidad son nuestra herencia en Cristo Jesús, y las edades sin fin son nuestras para aprovechar nuestras posibilidades.

VII. EL INFIERNO

1. La certeza del castigo futuro.

Según se señaló ya en relación con el Juicio, la idea del juicio corre a través de toda la Biblia. Las ideas de juicio divino y de castigo por el pecado son inseparables. Lo que se ha dicho, de consiguiente, acerca de la certeza del juicio, podrá aplicarse al castigo por el pecado.

En esta vida se castiga a los hombres por sus pecados. Eso se demuestra claramente en los ejemplos y las enseñanzas de la Biblia. También se verifica en la experiencia. Pero los hombres no reciben el castigo total por sus pecados cometidos en esta vida. El castigo completo por el pecado debe recibirse, de consiguiente, en la otra vida. Por las siguientes razones nosotros afirmamos que los hombres serán castigados en la vida futura:

(1) Eso se enseña claramente en la Biblia.

En el Antiguo Testamento se hace hincapié en el castigo por el pecado, pero es un castigo aplicado principalmente en esta vida. En el Nuevo Testamento se enseña con claridad el castigo por el pecado en la vida futura. Nadie enseña esto con más claridad y más enfáticamente que Jesús. Solemne y repetidamente él advierte a los hombres en contra de los peligros del fuego del infierno en donde Dios destruirá el alma y el cuerpo (⁴⁰⁰⁵²²Mateo 5:22, 29; 10:28; 18:9; ⁴¹⁰⁹⁴³Marcos 9:43, 45; ⁴²¹²⁰⁵Lucas 12:5). La enseñanza de Jesús está expuesta con claridad especial en relación con lo que él dice acerca del Juicio (⁴⁰²⁵⁴¹Mateo 25:41-46). El Apocalipsis habla del lago de fuego a donde los malos serán echados después del Juicio, y lo identifica con la muerte segunda (⁴⁶⁶²⁰¹⁰Apocalipsis 20:10, 14, 15; 21:8).

(2) La misma existencia de un orden moral requiere que los pecadores sean castigados.

La razón para que haya un infierno es porque hay pecado en el mundo. En un mundo moral debe haber una diferencia entre los justos y los malos. Si el justo y el malo son tratados de igual manera, no habría orden moral; sería amoral. La misma existencia del pecado, entonces, demanda el castigo del pecado. El hombre que vive en pecado nunca puede ser feliz. El pecado y el castigo no

pueden separarse. Cristo salva a los hombres primeramente del pecado, después del castigo. El no puede salvar del castigo a menos que antes salve del pecado. La misma palabra en el Antiguo Testamento puede traducirse por iniquidad o castigo. (Véase ^{<010413>} Génesis 4:13). Esto muestra que en el pensamiento hebreo no podía separarse el castigo del pecado. Muchos hombres piensan que si ellos tan sólo pudieran permanecer fuera del fuego después de morir, que todo estaría bien para ellos. Lo que necesitan ver es que deben quitar de su alma el fuego del pecado. El pecado lleva en sí su propio castigo. El hombre no puede sentirse feliz mientras permanezca en el pecado. El orden moral del mundo hace esto imposible. Mirado desde este punto de vista, el hombre se fabrica su propio infierno. Siega lo que siembra. Su violencia se vuelve sobre sí mismo. Sus pies se enredan en la trampa que él pone para otros. Cava una zanja y él mismo cae en ella. (Véanse Salmos 7:15, 16; 9:15, 16; 57:6).

(3) *La naturaleza moral del pecador es una garantía de que el pecado será castigado.*

Porque el hombre es lo que es, sufrirá por su pecado. El no puede escapar del castigo del pecado porque no puede escapar de sí mismo. Los latigazos de la conciencia y de la memoria, el inútil pesar y el remordimiento que vienen después del despertar de una vida despilfarrada, harán un infierno lo suficientemente caliente para cualquier hombre. “Yo mismo soy el infierno”. Cuántos hombres hay que descubren que esto es así. Al principio, el hombre piensa que si él pudiera escapar de la ley y del reproche público, que todo irá bien con respecto a él. Pero al fin él se da cuenta de que no puede tener paz en ninguna parte, sino hasta que llegue a tener paz en su propia mente y en su propio corazón.

(4) *El pecado debe castigarse porque se opone a la naturaleza santa de Dios.*

El pecado viola el orden moral del mundo; pero ese orden es una revelación de la naturaleza santa de Dios. Este es el mundo de Dios. La misma naturaleza del pecado es tal que destronaría a Dios. Dios debe castigar el pecado o abdicar su trono. Como se dijo ya, el hombre se acarrea destrucción a sí mismo. Pero de esto no se sigue que su castigo no venga de Dios. Dios instituyó y sostiene el orden moral bajo el cual el pecador sufre. Ese orden moral está hecho de tal modo, que el hombre no puede pecar sin que por ello sufra, y la razón de que

esto sea así es porque Dios quiere que sea así. Puede ciertamente decirse, entonces, ora que el pecador se destruye a sí mismo, ora que Dios lo destruye.

2. Naturaleza y extensión del castigo futuro.

(1) Las expresiones que suelen usarse —“infierno de fuego”, “lago de fuego” y “muerte segunda”— indican lo terrible del destino del impenitente.

Hay algunos que insisten en que el fuego de que se habla debe ser un fuego literal. Algunos insisten en esto con gran celo y piensan que la interpretación figurativa del lenguaje deshace la realidad del castigo futuro. Pero uno pudiera mantener esta posición únicamente en la suposición de que una figura del lenguaje no representa una realidad. Jesús habla del lugar de castigo como de un lugar de las tinieblas de afuera (^{<400812>}Mateo 8:12; 22:13; 25:30). No podría ser un lugar de ambas cosas, de fuego literal y de tinieblas literales. Pero no hay más razón para tomar una expresión como literal de la que hay para tomar la otra como literal. Además, un fuego literal destruiría a un cuerpo que se lanzara en él. Algunos dirán que se trata de un fuego literal, pero no de la clase que nosotros conocemos. Pero esto es lo mismo que decir que no es un fuego literal. Más todavía, infligir un dolor puramente físico en el pecador, no sería adaptar su castigo a la naturaleza de su pecado. El castigo del pecador en esta vida está adaptado a la naturaleza de su pecado, y no hay una buena razón para que lo mismo no sea cierto en el mundo venidero. Siendo que nosotros cosechamos la recompensa final de nuestras obras en la vida futura, parecería que la conformidad del castigo a la naturaleza del pecado estaría más ajustada aún que en esta vida. El sufrimiento físico no sería un castigo adecuado para pecados espirituales. Es enteramente posible, entonces, que la naturaleza del castigo en la vida futura dependerá de la naturaleza del pecado que se castiga, y que habrá tanta variedad en las clases de castigo infligido como variedad hay en las clases de pecadores castigados.

(2) Es una cosa muy clara en el Nuevo Testamento que el castigo será en proporción a la magnitud de la culpa.

Jesús reconoce esto cuando dice que en el día del juicio será más tolerable el castigo a Tiro y a Sidón que el castigo para las ciudades que lo rechazaron a él y a su mensaje (^{<401122>}Mateo 11:22). Pablo también manifiesta creer en este principio. El dice: “Porque todos los que sin ley pecaron, sin ley también perecerán; y todos los que en la ley pecaron, por la ley serán juzgados”

(⁴⁵⁰²¹²Romanos 2:12). El también dice que los que no tienen la ley, son ley a sí mismos; mostrando la ley escrita en sus corazones y dando testimonio juntamente sus conciencias (⁴⁵⁰²¹⁴Romanos 2:14, 15). Este principio claramente se recomienda a sí mismo al sentido de justicia del hombre. No hay nada ni en la razón ni en las Escrituras, que justifique la idea de que todos los impenitentes serán castigados en la misma medida en la vida futura.

3. La eternidad del castigo futuro.

Parece ser una cosa muy clara en la Biblia que el castigo futuro de los malos no tiene término. En la parábola del rico y Lázaro, respondiendo a la petición del hombre rico de que Lázaro moje la punta de su dedo en agua y refresque la lengua del rico, Jesús representa a Abraham diciendo: “Y además de todo esto, una grande sima está constituida entre nosotros y vosotros, que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden. Ni de allá pasar para acá” (⁴²¹⁶⁶Lucas 16:26). Parece que Jesús expresamente enseña aquí que si un hombre muere sin arrepentirse, no hay esperanza de misericordia en la otra vida. Su condición es inalterable. No hay traslado de un lugar a otro. Otro pasaje que parece ser decisivo sobre este punto, es el que trata del juicio en Mateo 25. Jesús dice: “E irán éstos al tormento eterno, y los justos a la vida eterna” (⁴⁰²⁵⁴⁶Mateo 25:46). Aquí el Señor usa la misma palabra para describir la duración del castigo de los malvados que la que usa para describir la duración de la bienaventuranza de los justos. Si en el caso de los justos la palabra significa duración sin fin, ¿por qué razón no debe tener el mismo significado al aplicársela en el mismo contexto al castigo de los malvados?

En general, hay dos tesis que niegan la eternidad del castigo futuro. Una es la tesis del restauracionismo o universalismo. En diferentes formas, esta tesis sostiene que el hombre sufrirá en la vida futura por sus pecados, pero que este sufrimiento será medicinal en su naturaleza, y que por sus sufrimientos se purificará de su pecado y finalmente quedará libre de él. No hay evidencia en las Escrituras, sin embargo, de que el sufrimiento en la vida futura ha de ser medicinal en su naturaleza; tenemos enseñanza positiva de lo contrario. El sufrimiento es medicinal en esta vida, pero no totalmente. No hay enseñanza en el Nuevo Testamento acerca de que la vida futura será redentora en su propósito. Todo lo que tenemos sobre este asunto está en la dirección contraria.

Luego, hay otros que afirman que el pecado y su castigo son destructores en el sentido de que el alma y sus poderes son borrados de la existencia. Se nos

hace observar que el pecado aquí tiende a disipar y a destruir. Esta tendencia destructora del pecado es el castigo por el pecado, y la muerte segunda es la completa aniquilación de la existencia del hombre. Pero esto nos llevaría a la conclusión de que entre más grande pecador se llegue a ser, más pronto la conciencia llegaría a su fin y, de consiguiente, su castigo sería menor. Además, el pecado no siempre tiende a destruir en esta vida los poderes de la conciencia humana. Y cuando así sucede, ello puede deberse al hecho de que en el alma del hombre habita un organismo de “carne y sangre”. Esto puede no ser cierto respecto del alma durante el estado intermedio ni después de la resurrección del cuerpo.

De manera que la única esperanza de liberación del pecado y de sus terribles consecuencias sustentada en el evangelio de Cristo, está en esta vida, y la evidencia indica que ningún hombre se salvará después de haber partido de este mundo. Esto no quiere decir, como algunas veces se asevera, que la teología evangélica enseñe que la gran masa de la humanidad está condenada al infierno eterno, ya que sólo una pequeña porción de la raza ha profesado aceptar a Cristo. Ello quiere decir que en el Nuevo Testamento consta con toda claridad que el hombre que consciente y definitivamente acepta a Cristo como Salvador y Señor, tiene asegurada la bienaventuranza eterna con Cristo en la otra vida; y que el hombre que consciente y voluntariamente rechaza la misericordia de Dios manifestada en Cristo y muere en impenitencia, es advertido con toda solemnidad de que será eternamente castigado por sus pecados. La gran cantidad de personas colocadas en estas dos clases, podemos dejarla seguramente en las manos de Dios, estando ciertos de que él hará lo que es justo con referencia a cada criatura humana, y de que él sabe a cuál de estas dos clases pertenece cada hombre.

Cuánta luz moral y cuánto conocimiento espiritual es necesario tener antes de cometer pecados que sellen su destino para mal, quizás nosotros no podamos determinarlo; ni ello es nuestra responsabilidad. Decidir esta cuestión es la prerrogativa de Dios. La nuestra es proporcionarle a todo hombre, tanto como nos sea posible, la plena luz del evangelio, a fin de que pueda tener salvación consciente por la fe en Cristo o que pueda quedar sin excusa al rechazar la gracia de Dios.

NOTAS

- ^{ft1}Véase Williams, C. B., *The Function of Teaching in Christianity*, págs 253 sgtes.
- ^{ft2}Véase Strong, A. H., *Systematic Theology*, Vol. II pág. 523.
- ^{ft3}La Religión Cristiana en Su Expresión Doctrinal pág. 143.
- ^{ft4}Véase Dvidson Old Testament Theology, pág. 145
- ^{ft5}Para una discusión de esto, véase Faibairn, *The Place of Christ in Modern Theology*.
- ^{ft6}Cf. Stevens, Pauline Theology, pág. 160.
- ^{ft7}Scarborough, L. R., *Christ's Militant Kingdom*, págs. 47, 48.
- ^{ft8}Véase Denney, Jas., *Death of Jesus*, y Robertson, A. T. *Epochas en la Vida de Jesús, y La Divinidad de Cristo en el Evangelio de Juan*.
- ^{ft9}Véase Mullins, *La Religión Cristiana en Su Expresión Doctrinal*.
- ^{ft10}Véase Strong, *Systematic Theology*.
- ^{ft11}Forsyth, P. T., *Christian Perfection*, págs. 5, 6.
- ^{ft12}Véase *Systematic Theology*, Tomo III.
- ^{ft13}Ibíd.
- ^{ft14}Science and Health, págs. 107, 111, 112, 113, 115, edición de 1913.
- ^{ft15}*Systematic Theology*, Vol. III, págs. 543, 549.
- ^{ft16}Véase referencia previa a *Systematic Theology*.